

## A SER HISTORIA

«Esta apuesta desde el corazón de los jóvenes de Rodeemos el Diálogo llega en el momento indicado. Nuestra juventud quiere hablar. Nuestra juventud exige ser escuchada. Nuestra juventud nos propone frente al pasado un manifiesto de futuro. Este libro es una lección intergeneracional que invita a la sociedad colombiana a no dejar de creer en la paz; A SER HISTORIA».

—ANDREI GÓMEZ-SUÁREZ

Profesor investigador del Centro de Religión,  
Reconciliación y Paz de la Universidad de Wíchester  
y cofundador de Rodeemos el Diálogo.

«*A Ser Historia* es la confirmación de que los jóvenes no son el futuro, sino el presente de este país. Una apuesta creativa e innovadora de lo que necesita a gritos Colombia: espacios de diálogo para reconstruir la confianza en el otro, escuchar para comprender, y hacer de la diversidad nuestra mayor fortaleza. Este libro es un relato conmovedor sobre los múltiples diálogos entre jóvenes y actores del conflicto armado, y sobre la decisión consciente y decidida de que la nueva generación no está dispuesta a regresar a la guerra».

—KAREN ARTEAGA GARZÓN

Directora Colombia  
Rodeemos el Diálogo

ICONO •

ISBN: 978-958-5472-55-6



9 789585 472556

Red

Rodeemos el Diálogo

A SER HISTORIA



A SER  
HISTORIA

Red

Rodeemos el Diálogo

ICONO •

Rodeemos el Diálogo-ReD

# A SER HISTORIA



© 2021, Karen Arteaga Garzón, Andrei Gómez-Suárez  
© 2021, Icono Editorial, Rodeemos el Diálogo-ReD



Rodeemos el Diálogo

**Dirección Rodeemos el Diálogo - Colombia**

Karen Arteaga Garzón

**Dirección General Rodeemos el Diálogo**

Andrei Gómez-Suárez

**EQUIPO DEL PROYECTO A SER HISTORIA**

Laura María Correa Romero, María Ángela Dávila, Laura Milena Gallo Solano, María José González, Natalia Jassai Gutiérrez, María Paula Herrera Peña, Jacobo Méndez Rodríguez, Julián David Moreno Ardila, Valentina Montenegro, Clara Sofía Mosquera Yepes, Sara Sofía Muñoz Veloza, César Augusto Peralta Guzmán, Holger David Santamaría Perea, Oriana Soler Trujillo, María José Tejedor González, Camilo Villarreal Gaviria

**Coordinadores Proyecto A Ser Historia:**

Oriana Soler Trujillo  
Camilo Villarreal Gaviria

**ICONO**

Carrera 28A # 73-29  
Teléfono: (57-1) 457 4089  
Bogotá, D.C., Colombia  
[www.iconoeditorial.com](http://www.iconoeditorial.com)

**Dirección Icono Editorial**

Gustavo Mauricio García Arenas  
[gmgarciaarenas@gmail.com](mailto:gmgarciaarenas@gmail.com)

**Corrección**

Ludwing Cepeda Aparicio

**Diagramación**

Nohora Morales Alonso

**Portada e ilustraciones**

María Ángela Dávila

ISBN 978-958-5472-55-6

Impreso en Colombia

*Printed in Colombia*

Todos los derechos reservados.  
Prohibida la reproducción total o parcial  
de esta publicación, mediante cualquier sistema,  
sin previa autorización escrita de la editorial.

## Contenido

Introducción	5
Capítulo 1. Sobre el Proyecto A Ser Historia	15
Capítulo 2. La guerra que vivimos en Bogotá	39
Capítulo 3. El rol de la juventud en los escenarios de conflicto y reconciliación	67
Capítulo 4. La guerra que vivimos las mujeres	85
Capítulo 5. La contradicción entre guerra y democracia	107
Capítulo 6. La importancia de cumplir los acuerdos de paz	135
Capítulo 7. Identidades de paz	161
Capítulo 8. La categoría de víctima	181
Capítulo 9. La condición humana en la guerra	203
Capítulo 10. La importancia del liderazgo social	233
Capítulo 11. Rol del arte en la construcción de paz y la reconciliación	257
Capítulo 12. Reconciliación pluridimensional	277
Acciones urgentes	313
Manifiesto generacional	317



## Introducción

—¡Ah! —dijo. —Entonces usted tampoco cree.

—¿En qué?

—Que el coronel Aureliano Buendía hizo treinta y dos guerras civiles y las perdió todas —contestó Aureliano—. Que el ejército acorraló y ametralló a tres mil trabajadores, y que se llevaron los cadáveres para echarlos al mar en un tren de doscientos vagones.

El párroco lo midió con una mirada de lástima.

—Ay, hijo —suspiró—. A mí me bastaría con estar seguro de que tú y yo existimos en este momento.

—GABRIEL GARCÍA MÁRQUEZ  
*Cien años de soledad*

El ejercicio de construir memoria en un momento de transición resulta una labor difícil. La sociedad sigue dividida por la violencia generalizada, y los intereses de diferentes grupos siguen presentes en la construcción de paz. Todos quieren ser los buenos, los más justos, los menos bárbaros, los únicos que tienen una justificación para ejercer la violencia, los que tenían la razón. La historia, más en un momento de transición, está lejos del consenso. Quienes estamos vivos tenemos interés en salir tan bien como sea posible en los libros de historia.

El entendimiento de la historia reciente marca el camino por seguir. La forma en que entendemos el origen de la guerra y sus consecuencias también nutre nuestra decisión de aquello que es necesario para acabar con la violencia. Por lo tanto, entender lo que pasó en nuestro país, no solo durante los últimos sesenta años sino en su historia completa, es más un ejercicio de presente que de pasado. Tiene que ver con tener las herramientas, como

generación *centennial*, para discernir la historia profunda, aquella en la cual conviven horrores y justificaciones, la que está llena de dualidades y paradojas.

La construcción de memoria histórica en el contexto colombiano no puede consistir solo en darle la razón a uno u otro combatiente. Para las víctimas, la memoria histórica es más que un ejercicio académico: es parte de la reparación, un reconocimiento de lo que les hicieron, la exigencia de que quienes lo hicieron acepten su responsabilidad. Ellas, lejos de ser pasivas en su contexto, se han convertido en guardianas de la paz y promotoras de la no repetición. Cada vez que cuentan su historia le recuerdan a la sociedad lo que vivieron para, lejos de la venganza y el odio, garantizar el cierre de las heridas del pasado. El ejercicio de escuchar sus historias, documentarlas y retratarlas es un homenaje a su dolor y resistencia.

A nosotros los jóvenes durante décadas nos han visto como sujetos problemáticos e influenciables, sin criterio alguno y sin agencia propia. Estas ideas simplemente nos limitan como actores sociales. Por ello, para nosotros es importante distanciarnos de los prejuicios y focalizar nuestros esfuerzos en la construcción de paz desde nuestras propias experiencias, y establecer diálogos de saberes de forma horizontal.

Una de las principales ganancias que nos dejó el proceso de paz es la transformación que ha experimentado la cultura política de la juventud: como jóvenes, entendimos que no somos un grupo social aislado e indiferente de los acontecimientos sociales del país, y tenemos claro que nuestros proyectos y expectativas de vida están vinculados estrechamente con los acontecimientos de orden nacional. Por ello, tenemos el desafío de repensar el país a partir de la comprensión del complejo proceso de paz que atravesamos, pero también el de hacerle frente a la larga tradición de violencias que evoluciona con el paso del tiempo.

Como grupo, nos llama poderosamente la atención la idea de que la juventud es un terreno fértil para apoyar la transición

del conflicto armado por medios políticos. Transición que tejimos y seguimos tejiendo en nuestros encuentros desde la escucha activa y la profunda empatía tanto por las víctimas como por los victimarios. Entendemos que antes de la transición a la democracia participativa es necesaria una transición social profunda, la cual se da desde los procesos de memoria. Una memoria construida desde las fuentes orales y narrativas vivas con fines de reconstrucción histórica que nos permite revalorizar los sujetos silenciados históricamente y plantear así una forma de rescate de la participación de actores hasta entonces excluidos del debate. De esta manera, escuchar las diferentes posiciones, sensibilidades y experiencias individuales en torno al conflicto armado hace parte de los rasgos que tornan innovadora la aproximación testimonial que proponemos. Una metodología basada en la reflexión que nos permitió no solo escuchar los relatos de víctimas, victimarios y constructores de paz, sino escrutar y analizar posteriormente cada uno de estos.

La importancia de la acción de las y los jóvenes en el contexto actual está dolorosamente marcada por las recientes violencias contra las juventudes de Colombia. Muchas veces contra quienes, cuando eran niños y niñas, habían ya vivido la guerra. Nos horrorizan masacres como las de Samaniego, Llano Verde, Carmen de Bolívar y Buenos Aires. El ejercicio de rechazar la violencia ante el resurgimiento de la guerra es un ejercicio de resistencia. Recordar lo que pasó con determinación y convicción en la lucha por la paz es un homenaje a todos y todas quienes han caído en este camino.

Alguna vez una gran lideresa indígena del pueblo wiwa dijo: «Hacer memoria es caminar la palabra viva de nuestros ancestros», y eso es lo que hacemos con cada uno de los encuentros: caminar de la mano con las personas que generosamente nos relatan sus vidas y sus resistencias, y de esta forma tejer lazos solidarios de apoyo. Como jóvenes, somos quienes debemos caminar y escuchar la palabra de quienes están cansados de llorar



a sus muertos, de quienes aún los buscan, de quienes quieren volver a sus tierras, de quienes llevan décadas de resistencia ante los actores armados y de quienes tienen apuestas creativas para parar la guerra.

Un grupo de jóvenes activistas para apoyar el Acuerdo de Paz nos interesamos por crear espacios de diálogo con quienes habían vivido la guerra en su cuerpo y su alma. Sabíamos que esto nos ayudaría a entender más profundamente una historia que sigue viva; no obstante, no esperábamos que este proceso trajera una transformación personal y colectiva.

El proyecto A Ser Historia, de la red transnacional Rodeemos el Diálogo, tuvo su primer encuentro en marzo de 2019. Involucró a catorce jóvenes de diferentes universidades de Bogotá que se reunieron con la curiosidad de entender más a fondo lo que había pasado durante casi sesenta años de violencia política en Colombia. En el camino nos encontramos con más jóvenes interesados, tanto en Bogotá como en rincones alejados de esta ciudad, motivados por la construcción de verdad y memoria.

Entre marzo de 2019 y junio de 2020, llevamos a cabo 18 encuentros. En ellos tuvimos como invitadas a once víctimas de diferentes hechos victimizantes y a seis excombatientes de varios grupos armados. Escuchamos sus historias de forma atenta, solidaria y generosa. Lejos de las formalidades y con energía juvenil, creamos espacios sagrados de confianza para la reflexión sobre nuestra historia y la condición humana. Sus historias abrieron nuestros ojos, no solo al dolor y la soledad, sino también a aquello que parece imposible en medio de una situación de violencia generalizada: el amor.

Las víctimas que escuchamos mostraron ser expertas en aquello que vivieron. Como nos dijo Pilar Navarrete, se convirtieron en detectives, abogados, antropólogos forenses, expertos en justicia transicional y en reconciliación. La resistencia y la resiliencia han llevado a que ellas mismas se acompañen, y a que se hayan convertido en sus propias voceras. Lejos de jugar un rol

pasivo o egocéntrico, se han dedicado a construir un país mejor para las siguientes generaciones. Hoy entienden como nadie los retos, las complejidades y las contradicciones del momento que vivimos. Sus narraciones no solo nos sirven de ejemplo, sino como fuentes de conocimiento para construir un país en paz. Sus relatos muestran una faceta de la historia, pero también una capacidad única para entender paradojas.

De las conversaciones con los excombatientes rescatamos su compromiso profundo con una transformación para Colombia lejos de las luchas armadas. Han entendido la importancia de la verdad y el reconocimiento de su responsabilidad para lograr la reconciliación. Entienden el daño que hicieron y reivindican las ideas que les inspiraron, sin justificar acciones que solo se pueden describir, más que explicar. Nos mostraron la posibilidad de terminar con la violencia sin olvidar las diferencias; de convertirnos en contradictores en vez de enemigos.

Por medio de encuentros pequeños, con treinta asistentes como máximo y un promedio de diecinueve, más de cien jóvenes han podido escuchar de primera mano historias sobre la guerra y el camino de la construcción de paz. Las reflexiones que surgen de este ejercicio son las que inspiran las siguientes páginas. La construcción de confianza, tanto para los invitados como para los asistentes, fue clave en el logro de espacios honestos y solidarios. La confianza como valor principal del proceso permite la construcción de empatía, dejando de lado los juicios sobre aquello que no compartimos o entendemos.

En este reporte, encontrará el lector once ensayos en los que reflexionamos sobre el país que queremos, conscientes de que Colombia hoy sigue siendo un país en guerra marcado por profundas desigualdades. Los textos que desarrollamos muestran los contrastes vividos durante más de un año de encuentros, así como las reflexiones de los jóvenes que participamos en ellos.

El primero se titula «La guerra que vivimos en Bogotá». En este texto, reflexionamos sobre los efectos que tuvieron los

ataques a la capital del país. Sobre todo, buscando entender cómo la violencia en esta ciudad, donde se ha llevado a cabo el proyecto, tuvo un impacto central en la forma como se desarrolló la política a nivel nacional. Además, analizamos el impacto del desplazamiento forzado, así como de las exclusiones en la forma en que se vivió la guerra en la capital.

El segundo, denominado «El rol de la juventud en los escenarios de conflicto y reconciliación», analiza la forma en que los jóvenes fueron víctimas del conflicto armado por medio de diferentes dinámicas de violencia. También es un homenaje a quienes, desde diferentes visiones de país, han luchado por una Colombia más incluyente. Indaga en las diversas formas en que diferentes generaciones han entendido el cambio social y las herramientas que han utilizado para lograrlo.

Luego podrá encontrar «La guerra que vivimos las mujeres». En este capítulo, identificamos y analizamos las distintas formas en que las mujeres han vivido el conflicto armado en Colombia. Vimos que hay ciertos factores implícitos en el rol femenino tradicional impuesto, que también salen a relucir dentro de las dinámicas de la guerra. Un punto crucial del que hablaremos es la forma en que los cuerpos feminizados son utilizados en la guerra como forma de conquista de los territorios y de las comunidades. De igual forma, hablaremos de cómo las mujeres han podido recuperarse de los hechos victimizantes que sufrieron.

Más adelante se presenta «La contradicción entre la guerra y la democracia». En este texto, analizamos por qué Colombia es, supuestamente, la democracia más longeva de América Latina y también tuvo la guerra más larga en el hemisferio. Esto, teniendo en cuenta la incompatibilidad existencial entre la guerra y la democracia. Los impactos de la violencia política sobre las instituciones, como las elecciones y los partidos, así como sobre las garantías para participar, han sido suficientemente profundos para preguntarnos si la democracia en Colombia realmente puede considerarse como tal.

En el siguiente texto, «La importancia de cumplir los acuerdos de paz», hacemos un recorrido por la historia de algunos de los procesos de paz que hemos tenido en Colombia, e identificando los avances que cada uno tuvo, así como los incumplimientos. Entender la historia de la construcción de paz en nuestro país es central para poder cerrar los conflictos que aún están por transformarse para llegar a convertirse en contextos propicios para la paz.

Le sigue «Identidades de paz». Este texto busca aportar al debate del rol de la identidad en el conflicto y en la construcción de paz con un énfasis en el actual contexto nacional. Las transformaciones en las identidades no solo llevaron al conflicto armado, sino que impulsan hoy la construcción de paz.

El siguiente ensayo es «La categoría de víctima». Allí hacemos un recuento de las diferentes perspectivas de los invitados con respecto a la noción de víctima y de qué forma tuvieron lugar los hechos victimizantes que sufrieron. Vemos cuáles han sido los alcances de la Ley 1448 de 2011 y, además, estudiamos cómo se dio el proceso de aceptación de su condición de víctimas y las formas de resiliencia y sanación que adoptaron y siguen practicando para continuar apostándole a la no repetición.

El octavo texto se denomina «La condición humana en la guerra». En este, reflexionamos sobre la forma en que tanto los excombatientes como las víctimas han logrado procesos de sanación, y cómo se han logrado reconciliar con la vida, inclusive cuando no encuentran posibilidades de reconciliación, y cómo esto afecta su relación con la construcción de paz.

El noveno ensayo se titula «La importancia del liderazgo social». Este es un homenaje a los líderes y lideresas sociales que defienden los derechos humanos. Su trabajo es vital para la construcción de paz territorial, y sabemos que su eliminación física también es la eliminación de los proyectos de sus comunidades. Este texto es una reflexión sobre la relevancia de su trabajo.

Por su parte, en «El rol del arte en la construcción de paz», damos una mirada a las diferentes manifestaciones artísticas que han venido surgiendo a lo largo del conflicto. Allí vemos cómo el arte es un medio de sanación para las personas que se ven inmiscuidas en la violencia del conflicto, pues emerge para hacer memoria y ofrecer herramientas de reconciliación.

En el último texto, «Reconciliación pluridimensional», reflexionamos sobre el anhelo de la reconciliación. Esto bajo el entendimiento de que la reconciliación no solo ocurre con procesos simbólicos que involucran víctimas y excombatientes, sino que también el país tiene una responsabilidad profunda en el propósito de lograr las condiciones materiales para modificar las situaciones y los contextos que alimentan la violencia. En esto último, el Estado y la sociedad en general tienen un rol central.

Agradecemos a los compañeros de Rodeemos el Diálogo cuyo apoyo hizo posible este trabajo: a su directora en Colombia, Karen Arteaga Garzón; a su exdirectora, Beatriz Vejarano Villaveces; a su director general, Andrei Gómez-Suárez; a María Eugenia Díaz, por el trabajo editorial; a Carolina Gómez, por su apoyo administrativo, y, en general, a su equipo transnacional, cuyos miembros acompañaron este proceso y nos asesoraron en diferentes momentos.

Agradecemos también a los más de cien jóvenes que asistieron a nuestros espacios. Sus aportes, preguntas y reflexiones fueron centrales en nuestro trabajo. En particular, agradecemos a María Paula Herrera, Juan Fernando Soto, Ángela María Gómez, Sara Trujillo, Sofía Porto, Angie Aguirre, Diego Contreras, Jonni Duquino, Laura Moreno y Manuel Delgado por su cumplida asistencia a los encuentros y su apoyo en diferentes tareas.

Agradecemos a la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, la Convivencia y la No Repetición. En particular, a Darío Sendoya, Sinthya Rubio, Julián Bermeo y María Elena Rodríguez por su acompañamiento en todo este proceso. También agradecemos y hacemos un homenaje a la comisionada María

Ángela Salazar, quien creyó en este proceso y muchos otros procesos juveniles. Ella nos convenció de la importancia de movilizar a las y los jóvenes para construir futuro y creer que la paz es posible.

Finalmente, queremos agradecer a Pilar Navarrete, Ciro Galindo, María Eugenia Guzmán de Antequera, Iván Calderón Alvarado, Isabela Sanroque, María Violet Medina Quiscué, Vera Grabe, Juan Carlos Villamizar, Olga Esperanza Rojas, Luz Marina Hache, Darillery Díaz, Rodrigo Londoño, Luis Arlex Arango, Óscar José Ospino, Alberto Vidal, Yolanda Perea Mosquera, Héctor Marino Carabalí Charrupi, Antonio Navarro Wolff y Aída Avella. Su generosidad para acompañarnos y narrar sus historias nos permitió entender cómo el conflicto comenzó y cómo se fue transformando y deshumanizando, los actores involucrados, sus impactos en diferentes territorios y los esfuerzos desarrollados para acabar la violencia.

Este texto está dedicado a Héctor Jaime Beltrán Fuentes, Eduardo Umaña Mendoza, Elkin Galindo, José Antequera, Cristóbal Sanroque, Carlos Pizarro Leongómez, Mario Calderón, Elsa Alvarado, Gustavo Marulanda García, Eduardo Loffsner Torres, el sargento José Vicente Rojas, María Ricardina Perea Mosquera, Bernardo Jaramillo Ossa, Manuel Cepeda Vargas, Álvaro José Caicedo, Jair Cortés, Josmar Jean Paul Cruz, Luis Fernando Montaña, Léider Cárdenas, Óscar Andrés Obando, Laura Michel Melo, Campo Elías Benavides, Daniel Vargas, Bayron Patiño, Rubén Darío Ibarra, Jhon Sebastián Quintero y Brayan Alexis Cuarán, entre el millón de personas asesinadas y desaparecidas en nuestro país. Su ejemplo y memoria inspiran el trabajo por una paz que garantice que a nadie le vuelva a pasar lo que les ocurrió a ellos.



CAPÍTULO I

## Sobre el Proyecto A Ser Historia

---







EL PROYECTO A SER HISTORIA, enmarcado en la línea de ReD Joven, surgió como una respuesta al negacionismo de la sociedad colombiana. Decidimos acercarnos a jóvenes bogotanos que inicialmente no habían vivido de manera directa la guerra con historias de quienes sí la conocían en carne propia.

Entre los meses de marzo de 2019 y de mayo de 2020 llevamos a cabo dieciocho encuentros. En estos pudimos hablar con trece víctimas y seis excombatientes. Nueve eran hombres y diez mujeres. Dos fueron personas afrocolombianas y una, indígena nasa. Cada uno de estos encuentros tuvo una participación promedio de dieciocho jóvenes. En total, más de cien jóvenes asistieron al menos a un encuentro.

Los últimos trece encuentros tuvimos que llevarlos a cabo de forma virtual, dado el contexto del virus Covid-19. Esto nos permitió ampliar la participación y por ello nos acompañaron jóvenes líderes y lideresas de diferentes lugares del país. Participaron jóvenes de los Montes de María, el Urabá, el Chocó, Buenaventura, entre otros. Sus profundas reflexiones aportaron al entendimiento del conflicto en los territorios y la construcción de paz a nivel generacional.

En todos los encuentros que realizamos tanto los invitados como los participantes mostraron generosidad y solidaridad. Durante dos a tres horas, entre una y dos veces al mes, ReD Joven se sentaba a escuchar historias que cada vez parecían menos lejanas. Historias de amor profundo, truncado por la violencia, como las de Pilar Navarrete y María Eugenia Guzmán de Antequera. Historias de autorreconocimiento, como

las de María Violet Medina e Iván Calderón. Sueños de cambio en diferentes momentos de nuestra historia, como los de Vera Grabe, Rodrigo Londoño, Juan Carlos Villamizar y Luz Marina Hache. Historias de mujeres increíbles y resilientes, como Yolanda Perea y Darllery Díaz. Historias sobre el poder del perdón, como la de Óscar José Ospino, Luis Arlex Arango, Isabela Sanroque y Olga Esperanza Rojas. Historias de transformación social, como las de Ciro Galindo, Héctor Marino Carabalí y Alberto Vidal.

Siempre privilegiamos la creación de confianza en nuestros espacios. Esto bajo la creencia de que solamente reconociéndonos desde nuestra humanidad podríamos tejer puntos de encuentro en medio de la polarización. Por esto creímos, desde el principio, que los espacios no podían ser para intercambiar monólogos. No podían ser ni conferencias, ni interrogatorios, debían ser verdaderos diálogos.

Para lograr esto, estudiamos las experiencias que en Rodeemos el Diálogo habíamos encontrado útiles para lograr diálogos sobre el conflicto. Además, de recurrir a la creatividad e imaginación de nuestro equipo de jóvenes para posibilitar espacios memorables y entrañables. Entendimos la importancia de conocernos entre todas y todos, y por eso al comenzar cada espacio había un breve espacio para que cada persona se presentara, incluyendo las personas invitadas. En las preguntas iniciales nos gustaba escuchar sobre quiénes eran, antes de entrar en las diversas controversias de este momento histórico que vivimos. Las conversaciones siempre abarcaron tanto lo que se vivió en la guerra como los esfuerzos de diferentes actores para construir paz y reconciliación. Por último, en reciprocidad con la generosidad brindada por nuestros invitados, organizamos una actividad en la que también los participantes podían expresar lo que se llevaban del espacio.

Todos los espacios fueron cuidadosamente planeados, lo cual implicó realizar una convocatoria solo a jóvenes interesados

en escuchar los testimonios sin juzgar. Los espacios siempre se hicieron con reglas de confidencialidad, y sus grabaciones únicamente han sido utilizadas para la redacción del presente reporte. El uso de esta información se ha hecho, sin excepción, con permisos otorgados verbalmente por los invitados e invitadas antes de las conversaciones.

## Pilar Navarrete

Pilar Navarrete nunca pensó que se quedaría viuda tan solo a los veinte años. Conoció a Héctor Jaime Beltrán cuando aún estaba en el colegio con tan solo 15 años. Se conocieron en la casa de la hermana de Jimmi, como le gustaba llamarlo, cuando practicaban para la obra *Toque de queda*. Cinco años después, cuando Pilar tenía apenas veinte, ya estaban casados y tenían varios hijos.

Jimmi fue desaparecido entre el 6 y 7 de noviembre de 1985 durante la toma del Palacio de Justicia. Había entrado a trabajar en la cafetería por recomendación de una amiga, y era mesero. Antes había perdido varios trabajos por su forma de ser, y su familia lo había enviado al Ejército esperando que se ajuiciara. En este trabajo, al menos ganaba un salario mínimo.

Pilar, con las otras familiares de los desaparecidos, se volvió investigadora. De la mano con abogados como Eduardo Umaña Mendoza y Rafael Barrios, ha logrado forzar al Estado colombiano a asumir responsabilidad sobre la desaparición en el Palacio de Justicia. El más importante logro en este sentido fue la sentencia de la Corte Interamericana de Derechos Humanos en 2014. Aunque ya se les entregó indemnización, siguen pendientes varias de las medidas de reparación.

Tras casi treinta años de lucha fue encontrado parte del cuerpo de Jimmi enterrado por la familia del magistrado Julio César Andrade. Había sido entregado por Medicina Legal a la familia de Andrade y fue por la voluntad de esta misma de exhumarlo que se pudo encontrar el cuerpo de Jimmi. Hoy, el cuerpo del magistrado Andrade sigue desaparecido y su familia vive aquello que Pilar experimentó por tantos años. A pesar de lo avanzado, aún hay muchas verdades pendientes. ¿Por qué estaba la cédula de Héctor intacta y él se quemó? ¿Por qué recibió un tiro en la cadera? ¿Por qué fue entregado su cuerpo a la familia de Andrade y no a la suya?

## Ciro Galindo

A Ciro Galindo la guerra lo ha perseguido durante gran parte de su vida. Nació en Coyaima, Tolima. Desde joven, le interesó el trabajo social y de esa forma entró en 1985 a la Unión Patriótica. Vivió la persecución contra ese movimiento político, de la cual es sobreviviente en los Llanos Orientales; y, en particular, en La Macarena, donde se convirtió en guía de turismo ecológico. Tuvo tres hijos. El primero murió ahogado en Caño Cristales cuando se golpeó la cabeza con una piedra tras una caída. El segundo, a quien llamaba Memín, de cariño, fue reclutado forzosamente por las FARC-EP durante la zona de distensión. A pesar de los esfuerzos de su padre, Memín tuvo que ir a la guerrilla.

Durante el gobierno de Álvaro Uribe se acogió a un programa de desvinculación de menores. El Estado le prometió un proyecto productivo y oportunidades de educación a cambio de colaboración con las autoridades. Memín fue reclutado por la fuerza pública para tener más información, y dado su conocimiento fue entregado al Bloque Centauros de las Autodefensas. Cuando intentó escapar a este grupo fue secuestrado y asesinado.

Su otro hijo, Esnéider, también fue reclutado por un grupo paramilitar cuando estaba buscando trabajo. Logró escapar con vida, pero aún hoy tiene problemas de seguridad, incluyendo varios atentados en su contra. A raíz de los problemas de seguridad, se vieron obligados a desplazarse forzosamente varias veces. Una de ellas a Bogotá, donde vivieron en extrema pobreza durante varios años. Esta compleja situación llevó a la muerte por depresión y cáncer a Anita, la esposa de Ciro.

Ciro es líder comunitario del barrio San Antonio, en Villavicencio. En este barrio le fue entregada una casa gratis por el Estado. La lucha por la vivienda digna ha sido central a su resistencia. Por medio de Justicia y Paz, ha obtenido verdad sobre el asesinato de Memín. Aún está a la espera de que el Estado se responsabilice por utilizar a su hijo y entregarlo a los paramilitares. Su historia es contada en el documental *Ciro y yo*.

## María Eugenia Guzmán de Antequera

María Eugenia y José eran mundos opuestos. María Eugenia nació en una familia muy pobre donde tenía que rentar novelas para poder leer. Desde antes de terminar el colegio, tuvo que pagar por sus estudios. Fue expulsada de la Facultad de Sociología de la Universidad del Atlántico por pedir la expulsión de profesores incompetentes. Llegó a estudiar Derecho a la Universidad Libre. Ahí conoció a José. Quien, por otro lado, era de una prestante familia barranquillera, hijo de un abogado. José estudiaba Derecho en la Universidad del Atlántico y desde muy joven había sido líder estudiantil. En la universidad, organizaba los diferentes procesos estudiantiles a nivel nacional.

Militaron juntos en el Partido Comunista, y en 1985 se unieron a la Unión Patriótica. Se mudaron de su natal Barranquilla a Bogotá para tomar labores oficiales del partido. En ese entonces, José facilitó labores de paz e inclusive trabajó con Álvaro Gómez Hurtado para lograr un gran acuerdo nacional. Pero también vivieron los dos el dolor de los constantes asesinatos a compañeros de lucha.

El 3 de marzo de 1990 José Antequera fue asesinado en el aeropuerto de Bogotá cuando se dirigía a donde sus padres en Barranquilla. Debido a las protestas estudiantiles a raíz de su muerte, se demoraron cinco días en poder enterrarlo. Inclusive Érika, su hija, tuvo que pedirle al alcalde que permitiera el rito. María Eugenia quedó viuda con un hijo de cuatro años y una hija de nueve, y volvió una tradición hablar en su hogar sobre lo que ocurrió y sobre los diferentes impactos que tuvo en sus vidas a través de los años.

Fue pionera de la memoria, pues buscó que sus dos hijos nunca olvidaran a su padre. Es por esta razón que, aún hoy, utiliza «de Antequera» como su segundo apellido. Trabajó con otras mujeres víctimas del genocidio contra la Unión Patriótica y llevaron el caso a la Corte Interamericana de Derechos Humanos. Hoy, retirada de su ejercicio profesional, sigue viviendo en la misma casa que compraron con Antequera cuando por primera vez llegaron a Bogotá.

## Iván Calderón Alvarado

Iván Calderón Alvarado creció con cuatro padres. Dos de ellos eran quienes lo habían criado y fueron quienes conoció a medida que iba creciendo. A dos de ellos los conoció solo por fotos, pues fueron asesinados cuando él tenía tan solo 18 meses.

Su padre, Mario Calderón, era sacerdote jesuita retirado y sociólogo. Había estudiado en Francia y al volver a Colombia buscó trabajar con las comunidades campesinas de la Zona de Reserva Campesina del Sumapaz. Su madre, Elsa Alvarado, era comunicadora social. Los dos trabajaban en el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP).

Fueron asesinados el 19 de mayo de 1997, junto con Carlos Alvarado, el padre de Elsa. Solo sobrevivieron Elvira Chacón, madre de Elsa, e Iván. El atentado fue perpetrado por sicarios enviados por las Autodefensas Unidas de Colombia. Según investigaciones judiciales, fue el mismo Carlos Castaño quien ordenó el asesinato por parte de la banda La Terraza, también responsable de otros magnicidios en Bogotá por la misma época.

Desde entonces, Iván creció tratando de mantener un bajo perfil para evitar latentes problemas de seguridad. Decidió estudiar Sociología, quizás a pesar de su padre, y para su tesis volvió al Sumapaz para investigar la deshumanización como fenómeno del conflicto armado. Aunque rechaza seguir un legado, pues ha desarrollado un plan de vida separado al que le fue frustrado a sus padres, sigue trabajando por la Sumapaz por la que ellos luchaban.



## **María Violet Medina Quiscué**

María Violet Medina Quiscué es indígena nasa de Tierradentro, en los límites entre el Cauca y el Huila. Dice que al ser mayor desea estudiar afuera para volver a su territorio y ser gobernadora de su cabildo o alcaldesa de su municipio.

Cuando era profesora tradicional de niños Corewaje en el departamento de Caquetá se volvió frecuente testigo del reclutamiento forzado que las FARC-EP, en particular, perpetraban. Tras cansarse de que este grupo reclutara y abusara de sus estudiantes, decidió enfrentarse a un comandante. Esto llevó a su desplazamiento forzado a Bogotá.

A pesar de tener educación tradicional y haber sido profesora de primaria anteriormente, la ciudad la recibió de forma fría y distante. Desde ese momento, notó que en la ciudad no había oportunidades diferenciales para las personas indígenas que se veían obligadas a desplazarse de su territorio. No había respeto por sus saberes tradicionales ni posibilidades de continuar con sus proyectos de vida.

Luego de recibir apoyo psicológico para afrontar sus traumas, encontró maneras de organizarse con otros indígenas en Bogotá. Se unió al cabildo municipal que funciona en la localidad de Kennedy y comenzó a hacer incidencia para la política de indígenas víctimas en Bogotá. Se movió en diferentes espacios para garantizar que las diferentes políticas distritales tuvieran en cuenta el enfoque étnico haciendo énfasis en las diferencias entre los diversos pueblos indígenas. Ha dedicado los años que ha estado en Bogotá a garantizar los proyectos de vida indígenas en la ciudad. Hoy es representante indígena en la Mesa Distrital de Víctimas y estudia Psicología.

## Juan Carlos Villamizar

Para Juan Carlos Villamizar, el exilio fue la posibilidad de irse de casa; dice que no lo habría hecho de otra forma. Salió del país muy joven, cuando era estudiante de Ciencia Política en la Universidad Javeriana. En esa época era militante comunista y activista estudiantil; particularmente, vinculado a impulsar los diálogos entre el Gobierno nacional y las FARC-EP en El Caguán, región del país que visitaba con frecuencia.

Luego de un secuestro en el campus de la universidad, comenzó a ser amenazado por las Autodefensas Unidas de Colombia. Tras estar un tiempo protegido con un esquema de seguridad, se vio obligado a buscar asilo en España. Varios compañeros del movimiento estudiantil habían sido asesinados para entonces.

Terminó su carrera en la Universidad Deusto en Bilbao. Se articuló con los movimientos políticos del Estado español con los que trabajó en el Parlamento Catalán, y con los movimientos colombianos en Europa. Hizo parte del Foro Internacional de Víctimas, así como del Partido Polo Democrático y luego de la Unión Patriótica, partido del cual fue candidato por los Colombianos en el Exterior.

Tras ser invitado a hacer parte de la delegación de víctimas en La Habana, Cuba, durante las negociaciones de paz decidió retornar a Colombia. Hoy trabaja en el Centro Internacional para la Justicia Transicional coordinando proyectos con excombatientes de las Autodefensas Unidas de Colombia, algunos de quienes fue víctima.

## **Olga Esperanza Rojas**

Olga Esperanza Rojas fue siempre novia, nunca alcanzó a ser esposa. Cuando su esposo, el sargento José Vicente Rojas, tenía vacaciones se las repartía en estar con sus padres y su familia. El sargento Rojas siempre soñó en vivir una vida tranquila en su casa propia al jubilarse del Ejército. Nunca vivió este sueño, pues fue secuestrado y desaparecido por las FARC-EP.

Olga tuvo que levantar sola a su familia mientras continuaba su búsqueda. Tuvo su hijo menor, Emerson, cuando ya estaba desaparecido su esposo. Estuvo obligada a vivir en precariedad con poco apoyo estatal la difícil situación de convertirse en madre soltera y cabeza de familia.

En los años posteriores a la desaparición del sargento José Vicente, Emerson estuvo muy enfermo. Las situaciones que Olga vivió fueron tan difíciles que inclusive llegó a considerar el suicidio. Pero decidió a través de la fe recuperar sus ganas de vivir y sacar adelante a su familia.

Para ella, el final de la guerra se da cuando vemos al otro como ser humano. Por eso participó con las Madres de Soacha en un ejercicio de reconciliación entre víctimas de diferentes grupos armados. También se ha encontrado con excombatientes de la guerrilla en este mismo interés.

Hoy sigue buscando a su esposo con la esperanza de que aparezca vivo. Con su hijo Emerson están vinculados con otras familias de militares secuestrados y desaparecidos en una organización llamada Acomides O.V. Esta organización incide en pro de los derechos de los militares víctimas y sus familias trabajando con los organismos del Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición para ser incluidos en el proceso de justicia transicional.

## Luz Marina Hache

Luz Marina Hache trabajó desde que tenía 13 años. Su educación se la dio el movimiento sindical, al que entró a los 17 y donde se volvió marxista convencida. Durante gran parte de su vida, hasta su reciente retiro, fue sindicalista y ayudó a organizar diversos movimientos sindicales, entre ellos los que llevaron al paro cívico de 1977.

Eduardo Loffsner era militante del M-19 y sindicalista. Se habían conocido en la lucha sindical y luego se hicieron pareja mientras Eduardo estaba en la cárcel y Luz Marina trabajaba con los presos políticos. Le gustaban los cigarrillos Pielroja, leer, el café y las lentejas. Antes de su desaparición, trabajaba como sindicalista de la Universidad Pedagógica y se había alejado del Eme. Eduardo fue desaparecido en 1989, mientras Luz Marina estaba de viaje en Santa Marta. Dos meses antes, le había pedido que en caso de desaparecer no fuera como las mujeres que en ese momento marchaban con las escarapelas de sus desaparecidos.

Luz Marina se organizó para exigir los derechos de los detenidos-desaparecidos después de nunca mencionar la desaparición de su compañero durante 14 años. Fue cofundadora del Movimiento de Crímenes de Estado (MOVICE). Su labor por la defensa de los derechos humanos la obligó a exiliarse en Francia con Iván Cepeda, quien también fue fundador de ese movimiento. Todavía trabaja para encontrar las verdades sobre la desaparición de Eduardo, así como las de otras víctimas de crímenes de Estado.

## **Darllery Díaz**

Darllery Díaz nació en su finca en Gaitania, Tolima. Siempre fue muy cercana a su papá y disfrutaba de la vida campesina. Vivió una niñez rural, tan solo interrumpida por su embarazo a los 16 años. La vida rural se acabó en el 2003 cuando fue desplazada por las FARC-EP con su padre y su hermano a Bogotá. Desde muy joven, tuvo interés por el liderazgo social.

Su padre mantuvo a la familia unida durante el duro desplazamiento. A raíz del desplazamiento, tuvieron que encontrar nuevas formas de sobrevivir. Luego de permanecer unos años en Bogotá, se fue a Mosquera a vivir en una finca prestada por la empresa en la que trabajaba su esposo.

En el 2013, recibió un apartamento en la Plaza de La Hoja, el proyecto de viviendas gratis en el centro de Bogotá. Ahí inició su liderazgo de mujeres víctimas en Bogotá. Comenzaron a notar que extrañaban la vida en el campo y, a pesar de las dificultades, empezaron a plantar albahacón y hacer pesto en la terraza del edificio. También se empoderaron en su vida personal y para cambiar sus relaciones personales. A raíz de esto, comenzó a participar en los espacios de administración del conjunto con el objetivo de defender los derechos de las víctimas desde ese espacio.

Al volver a visitar su tierra natal, se encontró con la ETCR de Planadas, donde viven quienes anteriormente la desplazaron. Hoy trabaja con ellos vendiendo el café que hacen y recomienda repetidamente el *tour* que hacen por Marquetalia, que también queda en el municipio de Planadas. Aunque a veces quiere volver al Tolima, ha decidido quedarse en Bogotá y seguir apostándole a crecer con su familia.

## **Alberto Vidal**

Alberto Vidal es natal de Alto del Palo en Caloto, Cauca. Ese es su territorio. Desde muy joven fue víctima de la violencia. En su vereda hubo una masacre en la que asesinaron a siete personas, entre ellas familiares de Alberto, y tuvieron que salir hacia Tuluá con su familia. La vida como desplazados en Tuluá fue dura y los obligó a retornar a su finca a pesar de la violencia de todos los actores armados presentes en el territorio. Pero no pudieron quedarse mucho tiempo, tan solo meses después fueron desplazados de nuevo a la cabecera municipal de Caloto.

Comenzó a ser líder desde muy joven. Fue un liderazgo heredado de su abuelo papero, quien también tuvo que ver con procesos organizativos. Tuvo la oportunidad de estudiar danzas tradicionales del Cauca con una beca y luego decidió armar una academia de música y danza caucana. Esta fundación se llamaba la Fundación de Arte y Cultura de Caloto. También fue profesor en una escuela de indígenas nasa, con quienes su comunidad convive en el norte del Cauca, donde aprendió a hablar nasa yuwe.

Hoy es representante de las víctimas jóvenes en la Mesa Nacional de Víctimas, así como en sus instancias municipales y departamentales. Trabaja con víctimas en todo el país para mejorar la atención integral a las víctimas del conflicto armado.

## **Yolanda Perea Mosquera**

Yolanda Perea Mosquera nació en Riosucio, Chocó. Vivió feliz en el campo durante su niñez. Le gustaba treparse a los árboles y coger frutas, montaba caballo y pescaba. Era libre dentro de la finca familiar donde vivía con su madre, sus abuelos y sus tíos. La consentida de la casa, sobre todo, de sus abuelos. Un día, un miembro de las FARC-EP acabó con su felicidad al violarla cuando tenía tan solo 11 años de edad en la casa de sus abuelos.

Cuando su madre se enteró fue a reclamarle al campamento de las FARC-EP cercano a la finca. Esto llevó a que los mismos hombres, quienes habían negado haber violado a Yolanda, fueran de nuevo a la finca y la golpearan, lo cual desencadenó un aborto. Yolanda ni siquiera tenía claro cómo podía quedar embarazada. Más adelante, asesinaron a su mamá.

Así acabaron con la infancia de Yolanda y pronto con su paraíso terrenal, del cual se tuvo que desplazar meses después. Lejos de su natal Riosucio, tuvo que trabajar desde los 16 años en el Urabá. Además, comenzó a tener problemas de seguridad desde que inició labores con organizaciones como la Ruta Pacífica de las Mujeres y la Iniciativa de Mujeres por la Paz. Esta situación de seguridad ocasionó su desplazamiento forzado a Medellín. Aún la persiguen.

Comenzó a trabajar para la defensa de víctimas de violencia sexual en el marco del conflicto armado. Hoy es representante de las mujeres víctimas de violencia sexual en la Mesa Nacional de Víctimas y también es parte del Comité Nacional de Paz.

## Héctor Marino Carabalí

Héctor Marino Carabalí tiene su ombligo enterrado en la vereda La Toma, entre los municipios de Suárez y Buenos Aires en el Cauca. Desde muy joven, comenzó a hacer parte de las reuniones de mayores donde aprendió de los líderes de la comunidad. Eso inspiró su propio liderazgo, que lo llevó al concejo municipal cuando tenía tan solo 19 años.

Rápidamente, la frustración con la política electoral y la violencia lo distanció de la política electoral. Con la incursión del paramilitarismo alrededor del Naya, se volvió mucho más peligroso liderar a su comunidad. Desde 2008, ha tenido amenazas personales contra su vida, y hoy solo puede movilizarse en su territorio en una camioneta blindada y con escoltas. Inclusive llegaron a matar a su primo, Ibes Trujillo, como forma de limitar su proceso organizativo.

Creó la organización Renacer Siglo XXI para trabajar con víctimas afrocolombianas en el Norte del Cauca. Lidera la lucha contra el extractivismo en su territorio y está organizando una Guardia Cimarrona como forma de autoprotección no violenta para su comunidad. Este y otros esfuerzos lo llevaron a hacer parte de la comisión de activistas negros que redactaron el Acuerdo Étnico como parte del Acuerdo de Paz en La Habana, Cuba.

También ha sido parte de la Mesa Nacional de Víctimas, así como de otros espacios de representación. Ha sido parte de giras para visibilizar la situación en Colombia y es protagonista del documental «Nos están matando».



## **Aída Avella**

Aída Avella es una persona central en la historia de Colombia durante más de cuarenta años. Maestra, desde muy joven, fue militante comunista y sindicalista. Formó parte de la organización del paro cívico de 1977. Luego pasó a ser militante de la Unión Patriótica cuando este partido fue fundado en 1985.

Participó en diferentes cargos de elección popular como miembro de este partido, como delegataria a la Asamblea Nacional Constituyente y concejala de Bogotá. También fue dirigente del partido y llegó a ser la primera mujer en ser presidenta de un partido en Colombia.

No obstante, fue víctima de la violencia contra su partido político. Vio morir a cientos de sus compañeros de lucha, como Bernardo Jaramillo Ossa y Manuel Cepeda Vargas. Es de las pocas sobrevivientes de la dirección del partido de ese entonces. También fue víctima de un atentado en Bogotá en 1996 que la obligó a exiliarse durante más de una década en Suiza.

En Suiza, se vio obligada a vivir desde lejos lo que ocurría en Colombia. Tuvo que dejar de lado las luchas políticas que llevaba en el país y dedicarse a los trabajos típicos de inmigrantes y refugiados en Europa. Debó aprender el idioma y las costumbres en medio del dolor que le causaba el exilio y el asesinato de sus compañeros. Durante 18 años, vivió en esas condiciones.

Dejó a su familia en Europa y volvió a Colombia en 2014 para hacer política con la Unión Patriótica. Fue fórmula vicepresidente de Clara López en 2014. Luego fue candidata al Concejo de Bogotá, donde no pudo recuperar la curul que le quitó la guerra, y se convirtió en senadora en 2018.

## Isabela Sanroque

Isabela Sanroque nació con el nombre de Carolina, el que le dio su madre. Creció en los barrios populares del norte de Bogotá como hija única de una madre soltera donde logró su bachillerato y entró a estudiar la licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital. En el barrio conoció a un vecino que tenía trabajo clandestino con las FARC-EP y con el Partido Comunista Clandestino; principalmente, haciendo propaganda. Comenzó a realizar estos trabajos mientras estudiaba.

Pensaba terminar su carrera antes de irse de lleno a la guerrilla, pero la persecución militar y paramilitar hizo que fuera demasiado peligroso seguir trabajando en la ciudad. Le dejó una serie de cartas a su madre para que creyera que estaba bien y se unió a la guerrilla en el Sumapaz. Durante más de una década, operó entre Sumapaz y el Yarí, zonas en las que llegó a ser comandante y fue autoridad entre las comunidades en las que la guerrilla tenía influencia.

Durante los diálogos de paz, luego de haber dirigido una misión que terminó con varias capturas, fue comisionada para trabajar en comunicaciones en la mesa de diálogos. Viajó a La Habana y, además de trabajar en comunicaciones, fue parte de la subcomisión de género donde se desarrolló el enfoque de género. Desde entonces, ha sido parte de la dirección del partido FARC en Bogotá y del Consejo Nacional de Paz. Además, fue candidata en dos ocasiones por este partido: para representante a la Cámara por Bogotá en 2018 y para edilesa de Teusaquillo en 2019.

## Vera Grabe

Vera Grabe es colombiana de ascendencia alemana. Hija de un carpintero, creció en un hogar de clase media. Estudió en el Colegio Andino y luego comenzó sus estudios en Antropología en la Universidad de los Andes. Desde muy joven, fue educada en los valores de justicia social, y por su cercanía a los grupos de teatro conoció a los diferentes grupos de izquierda de los años setenta. Y, así como se hizo cercana a estos grupos, también se volvió consciente de su sectarismo.

Se unió al Movimiento 19 de Abril desde el principio. Estuvo en la cárcel después del robo de armas del Cantón Norte y hasta la amnistía del gobierno Betancur. Durante esta época vivió fuertes violaciones de las que aún se acuerda. Tras salir de la cárcel, participó en la organización de la guerrilla en Antioquia, así como en diferentes tareas de la denominada «diplomacia guerrillera». Como comandante de esta guerrilla, vivió el machismo en la sociedad colombiana y con sus compañeros.

Con la desmovilización del M-19 en 1990 llegó a la Cámara de Representantes sin siquiera hacer campaña en Bogotá. En ese momento, le apostaron de forma innovadora a la desmovilización y dejación de armas cuando otras guerrillas no creían en esa opción. Fue congresista en 1991, luego de la Asamblea Nacional Constituyente. También fue parte de la misión diplomática en España donde comenzó su interés por la investigación sobre la cultura de paz. Esto la llevó a la academia, más adelante escribiría su tesis doctoral *La paz como revolución*. Hoy dedica su vida a construir la paz desde los cambios cotidianos y la cultura de paz.

## Rodrigo Londoño

Rodrigo Londoño es un campesino del Quindío. Fue de familia comunista y desde el colegio estuvo vinculado a actividades de liderazgo. En su época de estudiante, llenaba la cartelera con propaganda del Partido Comunista. La primera vez que quiso entrar a la guerrilla, los mismos guerrilleros trataron de convencerlo de no hacerlo. Pero su terquedad fue más fuerte, entró a la guerrilla con tan solo 17 años de edad.

En las FARC-EP, subió rápidamente de rango. En 1986, entró a ser parte del Estado Mayor de la guerrilla, donde dirigió el Bloque Oriental y el Bloque del Magdalena Medio. Participó en los procesos de paz entre Betancur y Pastrana.

Luego del bombardeo que mató a Alfonso Cano, fue elegido en la dirección de la guerrilla con el gran reto de continuar el proceso de paz que se exploraba con el gobierno Santos. A pesar de las dificultades internas que se vivían en la guerrilla, decidió apostarle a la agenda que se había pactado con el Estado. Esta decisión la mantuvo hasta en los momentos más difíciles del proceso.

Hoy es presidente del Partido FARC (ahora Comunes), que se creó a partir del Acuerdo de Paz. Sigue cumpliendo con sus compromisos y es un fuerte crítico de las disidencias que se han creado. Es compareciente en varios casos ante la Jurisdicción Especial para la Paz. Tiene un hijo que nació después de la firma del Acuerdo de Paz y quien lo acompaña constantemente en sus compromisos públicos.

## Óscar José Ospino

Óscar José Ospino es un hombre costeño. Su sueño siempre fue tener su finca y producir desde ahí como lo hacía su familia mientras crecía. Era ganadero y cercano a su familia. Esto terminó cuando el ELN los desplazó, mató a varios de sus familiares y les quitó la finca. Después de estos acontecimientos, Óscar se unió al Bloque Norte de las Autodefensas Unidas de Colombia.

Mientras era miembro de las Autodefensas tenía una vida doble como ganadero ante su familia. Trabajaba bajo las órdenes de Jorge 40 y estaba encargado de zonas en el Cesar, alrededor de Valledupar y la Serranía del Perijá. Fue una de las zonas que más fuerte y violentamente vivió el fenómeno de las Autodefensas, como el propio Óscar lo entiende.

Este bloque se acogió al proceso de desmovilización pactado con el presidente Álvaro Uribe. El Bloque Norte se desmovilizó en 2006. A diferencia de otros líderes de este Bloque, Óscar no se entregó a las autoridades y fue capturado en Venezuela en 2010. Fue incluido en el proceso de Justicia y Paz, donde contribuyó al esclarecimiento de cientos de hechos. Fue condenado por estos crímenes y pagó nueve años de cárcel.

Estando preso conoció a varios excombatientes de diferentes guerrillas. Hoy está dedicado a diversas actividades alrededor de la reconciliación. En primer lugar, con sus víctimas, a quienes atiende tanto en los procesos judiciales como por fuera de ellos con frecuencia. Además, habitualmente tiene encuentros con excombatientes de las guerrillas con las que combatió en la costa Caribe, y ha desarrollado varios proyectos en conjunto para la no repetición.

## Luis Arlex Arango

Luis Arlex Arango es llanero. Creció en una familia campesina. La mitad de su familia tenía afiliaciones a la izquierda armada y la otra a la derecha armada. Creció en un ambiente violento y en medio de las diversas confrontaciones. Eso llevó a que muy joven, apenas con 14 años, se uniera a las autodefensas de los Llanos. Cree que perdió su juventud y le encantaría poder recuperar el tiempo perdido en la guerra.

Ya estando en las autodefensas, estas fueron adheridas por la casa Castaño y se dio la masacre de Mapiripán como inicio de esa alianza en el Orinoco. Con el tiempo, el bloque se fue narcotizando, lo cual llevó a un incremento en la violencia y a fuertes rupturas dentro de los combatientes.

Pasó por Justicia y Paz y pagó casi diez años de cárcel. Entre los crímenes por los cuales pagó estuvo el asesinato, tras consejo de guerra, de su comandante Miguel Arroyave. También ha participado en importantes encuentros con sus víctimas, experiencias que están retratadas en la película *El mayor regalo*. En estas historias se muestra la grandeza de las víctimas, quienes acogieron de forma generosa a quien había sido su victimario.

Hoy sigue trabajando por la paz. En particular, para evitar el reclutamiento forzado, crimen del cual él se declara responsable. Sigue colaborando con las autoridades judiciales, en particular en Justicia y Paz, donde esclarece aún desapariciones forzadas y ejecuciones extrajudiciales que se dieron en los Llanos Orientales.

## **Antonio Navarro**

Antonio Navarro es pastuso. Estudió Química y llegó a ser decano de esa facultad en la Universidad de Nariño. Cuando era profesor y al ver el estado de la democracia durante el Frente Nacional, decidió apostarle al cambio social. De esa forma entró al Movimiento 19 de Abril, donde originalmente operó en la ciudad y luego se vio obligado a moverse a la guerrilla rural. Estuvo en la cárcel luego del robo de armas del Cantón Norte en Bogotá.

En 1985 fue víctima de un atentado en una cafetería en Cali. Le lanzaron una granada que llevó a que perdiera su pierna y la movilidad de la parte izquierda de su lengua. Tuvo que viajar a Cuba y a México para su tratamiento y recuperación del atentado, además de mantener su seguridad durante su incapacidad. Al estar afuera del país, vivió las negociaciones con el gobierno Barco y el final de la guerra con el Estado.

Al volver a Colombia, se lanzó a la Alcaldía de Cali, donde tuvo relativo éxito sin haber terminado el proceso de desmovilización como guerrilla. Se vio obligado a tomar la dirección del partido M-19 en abril de 1990 cuando mataron a Carlos Pizarro, menos de dos meses después de la dejación de armas. Esto llevó a que fuera candidato presidencial en ese año, como reemplazo de Pizarro, y delegatario a la Asamblea Nacional Constituyente. Como uno de los líderes de los tres partidos más votados, llegó a la copresidencia de la Asamblea con Horacio Serpa y Álvaro Gómez, quien había sido víctima del M-19. También compartió la Asamblea con Jaime Castro, quien había sido víctima de la guerrilla cuando era ministro de Gobierno.

Luego de la Asamblea Nacional Constituyente, ha tenido una larga carrera política, en la que ha sido senador, gobernador de Nariño y alcalde de Pasto.

CAPÍTULO 2

**La guerra que vivimos en Bogotá**







LA NARRATIVA DE QUE SOLO el campo vivió el conflicto armado ha sido parte del imaginario de la guerra después del Acuerdo del Teatro Colón. Es cierto que la huella más fuerte de la guerra se vivió en el campo. En las zonas rurales los diferentes grupos armados estuvieron presentes durante todo el conflicto. Tanto excomandantes guerrilleros como de autodefensas son de origen campesino, y mayoritariamente operaron en estas zonas. Así mismo, las zonas rurales de nuestro país fueron aquellas que se vieron sitiadas por las confrontaciones, estigmatizadas por diferentes actores y las que por la fuerza alimentaron con sus hijos e hijas los grupos armados.

Tales grupos también actuaron en la ciudad y dentro de ella se organizaron. Para esto recurrieron a diferentes repertorios violentos, como veremos más adelante. Durante los encuentros de A Ser Historia, que durante su primer año se dieron de forma presencial en la ciudad de Bogotá, la mayoría de nuestros invitados que fueron víctimas vivieron la guerra en el campo; sin embargo, también tuvimos la oportunidad de escuchar personas cuyas vidas se vieron, de una u otra forma, afectadas por el conflicto en la capital. Debido a esto, decidimos abrir un espacio dedicado a estas experiencias. Con este fin planteamos la siguiente pregunta: ¿qué dinámicas y repertorios de violencia marcaron la forma en que Bogotá vivió el conflicto armado interno?

Aunque la guerra tuvo impacto con más frecuencia en las zonas rurales de Colombia, en Bogotá se vivió con intensidad en momentos específicos. Las acciones violentas en la capital colombiana, más que control territorial y permanencia, buscaban

dejar una huella profunda en la vida social y política del país. Adicionalmente, el influjo de víctimas de desplazamiento forzado moldeó la geografía de la ciudad y creó dinámicas particulares de convivencia en ella.

Para mostrar estos impactos hablaremos de los magnicidios, las tomas, los atentados terroristas, la desaparición forzada y la tortura, dirigidos a generar impacto en la política nacional. Nos referiremos al desplazamiento forzado y sus efectos, y a las ejecuciones extrajudiciales. También hablaremos de la forma en que jóvenes bogotanos integraron diferentes grupos armados.

### **Magnicidios**

Entre los años 1989 y 1990, el aeropuerto El Dorado de Bogotá se volvió un lugar peligroso para quienes ejercían la política en Colombia. El 3 de marzo de 1989 fue asesinado en esta terminal José Antequera, secretario nacional de organización del Partido Comunista. Un año después Bernardo Jaramillo Ossa, candidato a la presidencia, fue asesinado también dentro del aeropuerto. Tan solo un mes después, el 20 de abril, dieron muerte a Carlos Pizarro en un vuelo que despegaba de este aeropuerto. Al igual que Antequera, se dirigía a Barranquilla el día que fue asesinado; era en ese momento candidato presidencial por la Alianza Democrática M-19. En agosto de 1989, también fue asesinado en Soacha, municipio aledaño a Bogotá, el candidato liberal a la presidencia Luis Carlos Galán.

La elección de 1990 no fue una elección sino una eliminatoria. Tanto el Partido Liberal como la Alianza Democrática M-19, que lanzaba candidato presidencial por primera vez, tuvieron que presentar candidatos de reemplazo. La Unión Patriótica (UP) no lanzó a nadie más, pues era la segunda vez que asesinaban a su candidato: Jaime Pardo Leal había sido ejecutado en 1987 en La Mesa, municipio aledaño a la capital. Esto hizo parte del genocidio político contra la Unión Patriótica. Otros

importantes dirigentes de este partido también fueron asesinados en Bogotá, como Teófilo Forero (en 1989) y Manuel Cepeda (en 1994). Como mencionamos en el ensayo «La contradicción entre la guerra y la democracia», más de cinco mil militantes y simpatizantes de la Unión Patriótica fueron asesinados en todo el país. Posteriormente, Álvaro Gómez Hurtado, candidato conservador en la elección de 1990, fue inmolado en 1995. Según dijo María Eugenia Guzmán de Antequera:

A la muerte de Antequera (...) se formó en la ciudad todo un ... cómo diríamos ... hubo mítines por todas partes, se incendiaron carros. Esa noche se presentaba un concierto de Rod Stewart, que venía por primera vez a Colombia. Y El Campín, eso no le cabía un alma con el concierto de Rod Stewart. Entonces, se canceló el concierto (...), lo que a su vez incrementó los desórdenes. Entonces, por todas las calles hubo de todo, fue algo absolutamente espantoso. Yo de ahí me fui para mi casa, rodeada de bastante gente (...). A los cinco días no nos dejaban hacer el entierro todavía. Porque ellos consideraban que si se hacía el entierro no podía haber marcha, y resulta que todo el movimiento estudiantil de la ciudad, de todas las universidades de todo, cinco mil personas hubo en esa marcha. Pero entonces tocó que mi hija Érika saliera en la televisión y le pidiera por favor el cuarto día ante toda la prensa, además internacional porque venía prensa de todo el mundo, le pidiera al presidente que por favor le dejara hacer el entierro de su papá. (Encuentro A Ser Historia. Invitada María Eugenia Guzmán de Antequera, 25 de mayo de 2019)

Casi una década después fueron asesinados importantes defensores de derechos humanos, también en la ciudad. Fue famoso el asesinato del periodista y comediante Jaime Garzón, quien adelantaba gestiones para facilitar diálogos de paz y liberaciones de secuestrados, ocurrido en las cercanías de Corferias el 8 de agosto de 1999. También se destacan los asesinatos en 1998 de los

investigadores del Centro de Investigación y Educación Popular, (CINEP) Mario Calderón y Elsa Alvarado, en su apartamento en Chapinero, y del abogado Eduardo Umaña Mendoza, fundador del Colectivo de Abogados José Alvear Restrepo (CAJAR), en su oficina en 1997. El impacto de estos crímenes sobre quienes eran parte de los procesos que las víctimas adelantaban fue decisivo en la continuación de estos.

Pilar Navarrete, que estaba siendo representada por Umaña Mendoza en el caso de las desapariciones producidas en la retoma del Palacio de Justicia, nos dijo:

Me entrevista un periodista y me dice: «¿Qué siente?». Y yo le digo: «Me quedé viuda, volví y me quedé viuda. Me quitaron a mi amigo, a mi compañero, el gran ser humano que era el doctor Umaña». Y yo digo que lo que yo sentí es que no iba a pasar nada, pero él era una persona muy importante, muy inteligente y había hecho las cosas tan bien que cuando tú haces algo con unas raíces bien fundamentadas eso tiene fruto. Y el caso ya estaba andando solito (...). Pero el dolor fue grandísimo; miedo, miedo también. Porque dijimos: Bueno, si se atreven a asesinar al abogado, qué podemos esperar nosotros, los que estábamos haciendo escasamente como algo, como de a poquitos. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Pilar Navarrete, 30 de marzo de 2019)

Evidentemente, la eliminación física de quienes defendían la democracia y los derechos humanos era un proyecto político. En este estaban involucrados militares, agentes de inteligencia y grupos paramilitares. Dicho proyecto venía de actores estatales contra quienes denunciaban al Estado o eran alternativa de poder, y tenía además el interés en mantener un *statu quo* profundamente ligado a la guerra y la inequidad.

Los magnicidios, particularmente los que se dieron en Bogotá contra figuras de importancia nacional, tuvieron el resultado de poner en juego la democracia. El profundo impacto que tuvieron estos hechos, en especial al comenzar la última década

del siglo XX, lo tratamos en el capítulo «La contradicción entre guerra y democracia». Vale recalcar que creó miedo a ejercer la oposición y la defensa de los derechos humanos, y aún hoy estas actividades siguen siendo de alto riesgo.

Los magnicidios buscaban eliminar físicamente la diferencia y estigmatizar, queriendo dar a entender que quienes son asesinados tienen cuentas pendientes con grupos armados y por tanto son parte de la guerra. Como señalamos en el capítulo «La importancia del liderazgo social», esta retórica, que viene desde el genocidio de la Unión Patriótica (Gómez-Suárez, 2018), aún permanece y se manifiesta en el asesinato de líderes y lideresas sociales, y defensoras y defensores de derechos humanos, que ha cobrado más de setecientas vidas desde la firma del Acuerdo Final.

### **Tomas y atentados terroristas**

El M-19 introdujo la guerra urbana en el conflicto armado interno. Por medio de acciones profundamente simbólicas, logró golpes a objetivos militares. Antes de eso, las guerrillas habían estado confinadas en el campo y esa era una de las críticas de esta nueva guerrilla, que por medio de estos actos logró mayor relevancia política.

Inicialmente, la toma a la embajada de la República Dominicana resultó ser un importante avance político para el grupo armado, luego de haberse tomado la edificación y secuestrado a dieciséis oficiales de alto rango y diplomáticos que estaban en un festejo en ese lugar. La toma se mantuvo durante casi dos meses, y se negoció con el Gobierno la entrega de los rehenes en Cuba, a donde también llegaron los secuestradores. Muchos de ellos, como Rosemberg Pabón, vivieron en Cuba durante más de diez años hasta la desmovilización de esta guerrilla. A pesar de lograr salir libres y de recibir tres millones de dólares por parte del Gobierno, no lograron el cometido, que era la liberación de los presos políticos.

No obstante, no tuvieron la misma suerte cuando cinco años después se tomaron el Palacio de Justicia en el centro de Bogotá. En esta operación, buscaban hacer un juicio político al presidente Belisario Betancur por el fracaso de los diálogos de paz en Corinto, Cauca. Para ese momento se había pactado un cese al fuego y, para la guerrilla, este se había roto en varias ocasiones, como en la batalla de Yarumales y el atentado contra Antonio Navarro Wolff. En el modo teatral del grupo armado, querían entrar al Palacio para hacer ahí el juicio contra el presidente.

Vera Grabe nos habló sobre las narrativas acerca de la toma del Palacio de Justicia:

Lo del Palacio de Justicia, eso fue en el 85. De acuerdo con la coyuntura política, lo manipulan, es de los hechos más manipulados en la historia de Colombia. En épocas en que se quiere polarizar, en que se quieren levantar estigmas y prejuicios, vuelve y se levanta y vuelve el tema. Y yo creo que la gran dificultad del Palacio de Justicia es que se sigue mirando, se tiende a mirar, en lógica de violencia. Y lo que hay que hacer, sin negar el hecho, es buscar la comprensión de ese hecho. Porque ese hecho no se da porque el Eme quería la violencia. El M-19 buscaba que sus acciones salieran bien; el caso de la toma de la Embajada salió bien, en el sentido de que todo el mundo salió ileso. Con esa idea se hizo esa toma, pero no se pensó que el Estado no fuera a respetar la justicia. Y por eso tuvo ese desenlace tan fatal. Entonces, hay que entender el momento, tanto el momento del Eme, del país como el de los militares también. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Vera Grabe, 21 de septiembre de 2019)

La reacción de las fuerzas armadas fue mucho más fuerte de lo que esperaba la guerrilla, que anticipaba un resultado similar al conseguido en 1980. Rápidamente, el centro de Bogotá se convirtió en una batalla campal. Entraron tanques y helicópteros al Palacio. El coronel Alfonso Plazas Vega, encargado de la operación,

describió su actuación en ese momento con la frase que se hizo famosa: «Mantener la democracia, maestro».

Una de las más importantes preguntas sobre el conflicto armado tiene que ver con este evento y las responsabilidades que tiene cada actor en él. Naturalmente, hay una responsabilidad importante por parte de la guerrilla, que decidió hacer la acción a pesar de los riesgos que esta implicaba. Sin embargo, también es necesario entender la responsabilidad del Ejército Nacional en su reacción antisubversiva. Fue este organismo estatal el que sacó personas vivas del Palacio hacia la Casa del Florero donde, según las denuncias, hubo torturas. Con el tiempo, por medio de una investigación exhaustiva de los familiares a pesar de la inoperancia de las instituciones, se han encontrado videos en los que se ve a las personas salir vivas del Palacio escoltadas por soldados. Posteriormente, también se han encontrado los cuerpos: algunos, como el de Carlos Horacio Urán, enterrados en el Cantón Norte; y otros, como el de Héctor Jaime Beltrán, exhumados en tumbas de otras personas asesinadas en la toma y retoma. Aún quedan preguntas importantes por responder con respecto a la suerte de quienes salieron vivos del Palacio y nunca llegaron a sus hogares. En 2019 la Fiscalía afirmó que «no hubo personas desaparecidas, sino malas identificaciones y la entrega equivocada de cuerpos a los familiares de las víctimas».

Más adelante, en este informe nos referiremos a la desaparición forzada. Pilar Navarrete nos relató:

Dicen que mi esposo fue encontrado dos días después en el patio de atrás donde no hubo incendio. Algunos restos con un pedazo de tela negra y con la cédula. Los restos arcidos, quemados, puros carboncitos pero la cédula estaba intacta. ¡Háganme el favor! ¿Por qué yo nunca vi a mi esposo en Medicina Legal? Yo me culpaba. (...) Yo me la pasé ocho, nueve días en Medicina Legal sin dormir. Todos los días viendo todos los restos, sacando de bolsas todos los cadáveres, oliendo todos los huesos,



mirando todos los restos para saber si era él. Mirándole todos los dientes porque los dientes tenían una forma particular, para saber si era él. ¿A qué horas lo metieron ahí? Resulta que el hijo de Julio César Andrade, del magistrado, él llega a Medicina Legal y acababan de traer los restos del papá, y le dicen: «Este es su papá, no lo busque más, porque mire, esta es la tela del pantalón» (...). Mi esposo estuvo en Barranquilla treinta años. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Pilar Navarrete, 30 de marzo de 2019)

Otra tesis respecto a la responsabilidad estatal, más allá de las desapariciones, ha tenido que ver con la seguridad, que fue retirada. Sobre todo, teniendo en cuenta que habían sido capturadas dos personas del M-19 con planos del Palacio. A pesar de esto, el Palacio funcionaba solo con la seguridad privada y sin acompañamiento de la fuerza pública.

Yo acostumbraba a reunirme con mi esposo todos los viernes para ir a comprar algo, vivíamos en Soacha, y luego irnos para Soacha. Comprábamos siempre o pizza o pollo. Y él me dijo que no podía volver a ir porque en octubre habían encontrado unos guerrilleros con los planos del Palacio de Justicia y que estaba seguro que se lo iban a tomar. No él, que todo mundo estaba seguro. Y sí, salió en los periódicos. Yo esto lo cuento con el fin de ponerlos a ustedes en contexto de que la toma del Palacio de Justicia era algo que estaba anunciado. Ya sabían que iban a tomarse el Palacio de Justicia, y los militares simplemente retiraron toda la guardia y dejaron que esto sucediera. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Pilar Navarrete, 30 de marzo de 2019)

En la década posterior, a pesar de ser una de las épocas más violentas de la historia del país, la violencia no fue a causa de las guerrillas. Durante la década de los noventa, los ataques terroristas que vivió Bogotá, así como otras ciudades, fueron principalmente responsabilidad de los carteles de narcotráfico.

La forma en que las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) entraron a la guerra urbana comenzando el milenio resultó profundamente letal. Como respuesta a la terminación de los diálogos en la zona de distensión de San Vicente del Caguán y a la elección de Álvaro Uribe, se realizaron una serie de atentados en Bogotá. El primero fue un ataque contra el Palacio de Nariño el día de su posesión en agosto de 2002. Este episodio abrió una época de fuerte guerra entre el Estado y la guerrilla, como el país no había visto antes.

Una expresión de esta guerra sin aparentes límites, por la cantidad de víctimas y el impacto político, fue el atentado al Club El Nogal el 6 de febrero de 2003. Este atentado dejó treinta y seis muertos y más de doscientas personas heridas. Un carro bomba fue ingresado al parqueadero y estacionado al lado de una de las columnas que sostenía la edificación. Más de seiscientas personas estaban en el edificio en el momento de la explosión.

Martha Luz Amorochó, madre de Juan Carlos y Alejandro, narró así su experiencia:

A las 4:30 de la mañana no encontramos nada, es la última vez que vamos al Hospital Militar con mi esposo y unos amigos. Y nos dicen que existe un N.N. de 42 años. (...) Ese N.N. de 42 años era nuestro hijo Juan Carlos, de 22. Fue tal el impacto. Él estaba en la cafetería, que se cayó y le cayó una viga encima. Es tal el impacto, que lo califican como de 42 años, Juan Carlos estuvo en coma durante 13 días y Alejandro falleció. (Martha Luz Morocho, 2 de abril de 2014)

Recientemente se ha popularizado la tesis de que el atentado fue planeado por información de inteligencia de las FARC-EP, que afirmaba que el Gobierno y grupos de autodefensas se reunían en este club. No obstante, el atentado no tuvo como víctima ningún oficial gubernamental, militar o paramilitar. Las víctimas fueron trabajadores del club y socios que estaban disfrutando de su tiempo libre.

Bertha Frías, víctima del atentado al Club El Nogal, comentó:

Cuando a uno lo ven que uno es del Nogal piensan: «Ah no, esos son clase *firiffi*, esos tienen toda la plata del mundo». Los que cayeron acá, primero, fueron en un 70% los empleados. La niña que limpiaba el piso, el cocinero, el ascensorista o la ascensorista. Gente con un salario mínimo. Y eso es clave porque nos han querido mostrar que es solo la clase pudiente del país la que cayó allá. (...) El Club El Nogal tiene de todo como en botica, como digo yo. Primero, cuando hablo de esto trato de mostrar que, víctimas, aquí no importa la clase social ante una situación de un conflicto armado. (Bertha Frías, 6 de junio de 2019)

El presidente Álvaro Uribe estuvo en el lugar de los hechos pocos minutos después de la explosión. Esta acción, junto con los secuestros de militares y políticos, sustentaba la tesis del Gobierno de que las FARC-EP, más que un grupo revolucionario, era uno terrorista, similar a los que perpetraron los ataques contra las Torres Gemelas en Nueva York año y medio antes. Esta tesis se volvió popular y fue acogida internacionalmente, como fue el caso de los Estados Unidos y de la Unión Europea. Se necesitaron casi diez años antes de retomar la esperanza para volver a la mesa de diálogo.

También el Ejército de Liberación Nacional (ELN) tuvo varios momentos de tensión con los gobiernos de Juan Manuel Santos y de Iván Duque en medio de negociaciones. En enero de 2018, luego de completar el periodo del cese al fuego bilateral pactado, esta guerrilla puso una bomba que mató a seis personas en una estación de policía en Barranquilla. Esto llevó al congelamiento de los diálogos durante cerca de dos meses. Las negociaciones se retomaron y posteriormente fueron suspendidas cuando, en el mes de agosto de 2018, tomó posesión de la presidencia Iván Duque.

El 17 de enero de 2019 la ciudad de Bogotá volvió a sentir el terror de los atentados terroristas. Una bomba detonada en la Escuela de Cadetes General Santander en el sur de la ciudad, mientras se realizaba una ceremonia de graduación, dejó veinte muertos, además del atacante y sesenta y ocho heridos. Al igual que el de El Nogal, este ataque también fue llevado a cabo con un carro bomba, cargado con ochenta kilos de explosivos. El ELN, en un comunicado posterior, aceptó la responsabilidad y trató de justificarlo como respuesta a un bombardeo anterior en el que habían fallecido jóvenes en entrenamiento, y como una operación lícita dentro del derecho de la guerra.

Días después de esta atribución del atentado por la guerrilla, el presidente Duque decidió cerrar definitivamente la mesa de negociación. Además, ordenó la captura de los jefes del ELN, violando los protocolos de fin de las negociaciones. Luego solicitó a Cuba, país garante del proceso, la extradición de los negociadores. Este episodio generó un importante altercado diplomático con este país, que también es garante del proceso de paz con las FARC-EP.

«No deseo que a la vuelta de unos años los quieran dejar en el anonimato como lo quieren hacer con nosotros, convirtiéndolos en una mera estadística. Tampoco deseo que a aquellos que encuentren verdades incómodas de lo ocurrido los quieran matonear o silenciar», escribió Frías en una columna del 6 de febrero de 2019, tres semanas después del atentado a la Escuela de Cadetes, en la conmemoración de los 16 años del atentado al Club El Nogal (Frías, 6 de febrero de 2019).

Hay algo en común entre el impacto del atentado al Club El Nogal y el atentado a la Escuela de Cadetes. Ambos lograron legitimar la respuesta militar como solución al conflicto armado, en vez de soluciones políticas. El rechazo a estas acciones alejó la posibilidad de cerrar el conflicto por la vía del diálogo. Similarmente, la toma del Palacio de Justicia fue el gran error del M-19, como lo aceptaron varios de sus excomandantes ante la

Comisión de la Verdad, pues llevó a que se perdiera la legitimidad de sus acciones.

El impacto de los ataques terroristas y las tomas en Bogotá llevan a redefinir la geografía de la ciudad: realizar ataques contra objetivos altamente simbólicos con la intención de sentar precedentes políticos. No obstante, el simbolismo tiende a jugar en contra de los intereses subversivos, y los ataques terminan causando indignación por su propio significado simbólico.

### **La desaparición forzada**

Si bien la desaparición forzada fue utilizada por parte de grupos de autodefensa entre la década de los noventa y la primera década del tercer milenio, anteriormente ya era una táctica propia de la fuerza pública. Esta forma de victimización ocurrió en Bogotá con frecuencia durante el periodo del Estatuto de Seguridad Nacional, cuando entidades de la fuerza pública (como el B-2) fueron responsables de la desaparición de personas, como Omaira Montoya (joven militante del M-19), Eduardo Loffsner (sindicalista militante del M-19), también de al menos diecisiete desaparecidos en la toma y retoma del Palacio de Justicia, y muchos otros. En este contexto, la desaparición forzada fue utilizada por el Estado como arma de venganza frente a contradictores políticos y otros actores sociales. Esta dinámica sirvió para dismantelar procesos sindicales, sociales y políticos.

La desaparición es un mecanismo de invisibilización, de ocultamiento y silenciamiento. Al secuestrar a una persona, sustraerla de su entorno, asesinarla y ocultar su cuerpo se priva a la familia de sus propios derechos. Una práctica común de los victimarios es la de negar su accionar, e inclusive de estigmatizar o humillar a los familiares que se dedican a la búsqueda.

Inicialmente, Pilar no reconocía lo sucedido como una desaparición forzada, le parecía algo que solo podría ocurrir en una dictadura. La aceptación de que su esposo estaba desaparecido

no fue fácil. La incertidumbre es algo que corroe el corazón; la esperanza siempre está presente, pero los pensamientos pesimistas se hacen inevitables y por ello es imposible quedarse quieto cuando se sufre un hecho como este. Héctor Jaime Beltrán —o Jimmi, como se referían a él con cariño— era padre de familia y esposo de Pilar, y era trabajador en la cafetería del Palacio de Justicia cuando sucedió la toma por parte del M-19. Nos relató Pilar Navarrete:

Pilar es la mamá joven a los 15, que se queda sola a los 20, y que empieza un camino de lucha bastante fuerte, primero por encontrar y decirle al Estado que su esposo sí era desaparecido (...), tener que demostrarle al Estado que ellos sí trabajaban ahí, eso me llevó casi cinco años. (...) Y de esa manera me convertí en una luchadora. A mí no me gusta la palabra «lideresa», pero creo que sí, eso soy. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Pilar Navarrete, 30 de marzo de 2019)

En el proceso de hallar a Jimmi, Pilar conoció otras víctimas que habían pasado por situaciones similares, en quienes encontró apoyo mutuo, creando redes entre ellas para buscar la verdad, la justicia y la construcción de memoria. ¿Cómo buscas a alguien de quien apenas sabes qué tenía puesto el último día que lo viste? La sensación de no saber si buscas a alguien con vida o si solo estás buscando su cuerpo es inquietante, es estar bajo el desasosiego de la incertidumbre, a la deriva de la verdad.

Es importante tener en cuenta que en 1985 no se había tipificado el crimen de la desaparición forzada. Antes de la Ley 589 del 2000, Colombia era un país que, aunque ya llevaba décadas en conflicto, no reconocía el estatus de desaparecido; ellos eran inexistentes ante los ojos del Estado.

Los restos de Jimmi quedaron perdidos por mucho tiempo; probablemente ya estarían mezclados entre los restos de las víctimas del desastre de Armero, que había ocurrido en fecha cercana a los hechos del Palacio.

Pasaron veinte años en los que no sucedió nada en términos jurídicos. Pilar vivió una extensa lucha en búsqueda de una respuesta sobre el paradero de su esposo, haciendo presión en la Fiscalía por el estudio de su caso, y ante la Corte Interamericana de Derechos Humanos en el 2012. Esto ayudó a que se fuera prestando mayor atención a su lucha, que era a la vez la lucha de muchas otras víctimas. Entre ellas, estaba la familia del magistrado Julio César Andrade, que durante mucho tiempo estuvo velando los restos de Jimmi sin saberlo. Con ello se demostró que incluso el dolor tiene clase social, y permitió cuestionar el hecho de que en las instancias burocráticas puede llegar a darse prioridad a algunas víctimas sobre otras. Esto pudo haber sucedido con la respuesta de las instituciones a las familias de los magistrados, comparada con la atención que dieron a los familiares de los trabajadores de la cafetería.

El caso de Luz Marina Hache también es fundamental. Su relato parte desde su preadolescencia. Siempre se interesó por los procesos sociales, se inscribió en la lucha sindical desde muy joven y formó parte del Movimiento Nacional de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), del cual es cofundadora.

Luz Marina describió a Eduardo como alguien muy cachaco que leía muchísimo, tomaba tinto y fumaba Pielroja; que le gustaban las lentejas con papa y el arroz con huevo. Parecían características muy sencillas, pero cuando alguien es desaparecido se convierten en los rastros que deja de su existencia y su personalidad. Un desaparecido pierde su cualidad humana, se transforma en una identidad difusa que sus allegados deben luchar por preservar.

Durante la vigencia del Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala se dio una persecución a los líderes sindicales y a aquellos que habían participado en el paro cívico de 1977. Como Eduardo estaba además relacionado con el M-19, estuvo preso durante un periodo antes de ser desaparecido. Se había concluido la creación de la Central Unitaria de Trabajadores (CUT), y

se estaba consolidando la Asociación de Familias de Detenidos Desaparecidos (ASFADDES) cuando Luz Marina se enteró de la participación de Eduardo en una movilización, y luego no volvió a saber de él hasta el día de hoy. La búsqueda se tornó incesante; aunque no hizo pública la desaparición durante 14 años, ella lo buscó de manera independiente. Fue a Medicina Legal a ver los cadáveres, a buscar alguna coincidencia que la condujera a encontrarlo, buscó en las alcantarillas de Bogotá pensando en la posibilidad de que hubiese tenido un accidente, fue a la Estación Sexta de la Policía y jamás halló respuesta. Aunque luego el caso fue llevado a la Fiscalía, la negligencia del Estado frente a este es evidente. Actualmente el caso sigue en la impunidad.

Además, cabe mencionar que la cuestión del perdón y la reparación es sumamente problemática: no se puede perdonar si no se sabe quién fue el autor del hecho victimizante. «La desaparición del Negro me robó mi sonrisa», dice Luz Marina, refiriéndose a su compañero Eduardo.

En los casos de desaparición forzada, las piezas sobre la búsqueda de la verdad no encajan, son manipuladas y dejan muchos vacíos que se intenta llenar con verdades a medias. Las víctimas de estos hechos, como Pilar y Luz Marina, claman por las piezas de este rompecabezas incompleto. La verdad es fundamental; Pilar se pregunta por qué Jimmi tenía dos disparos en la cadera, por qué sus restos se hicieron pasar por los de otra persona. Las respuestas las deben tener personas como Alfonso Plazas Vega e Iván Ramírez Quintero. Eduardo aún no ha sido encontrado. El Estado y las instituciones militares deben respuestas, pues con la desaparición forzada se está retando al tiempo, al espacio y a la verdad, por medio de la duda y la incertidumbre.

## **Tortura**

Esta dinámica del conflicto se dio puntualmente en el marco de los juicios militares contra crímenes políticos cometidos por



parte de subversivos. Los más fuertemente afectados por las torturas fueron el M-19 y su militancia. Varios exmilitantes de este grupo, como Vera Grabe, Gustavo Petro y Antonio Navarro, han denunciado cómo fueron tratados en las guarniciones militares luego de su captura. Estos hechos no han sido debidamente reconocidos, dado que la Ley de Víctimas y Restitución de Tierras ampara a quienes fueron víctimas del conflicto armado solo a partir de 1985.

Esta situación nos fue descrita por Vera Grabe, y además son constantes las narraciones sobre estos hechos en documentales y documentos sobre el M-19.

En su relato, Vera menciona que toda persona de la guerrilla sabía que si el Ejército la capturaba seguramente sería torturada. La tortura fue un método que utilizaba el Ejército y las instituciones estatales de inteligencia para conseguir que los presos políticos hablaran y dieran información importante sobre la guerrilla.

Además, en la época en la que estuvo activo el M-19, aún regía la Constitución de 1886, que en su artículo 28 les permitía a agentes del Estado tener en cautiverio a prisioneros por diez días sin que nadie supiera. Este fue el caso de Vera, quien fue torturada durante diez días bajo el Estatuto de Seguridad en el año 1979. Ella fue capturada junto con un compañero, y durante los diez días que estuvieron en la Escuela de Caballería fueron torturados por medio del hambre, el frío y la humillación. En el caso puntual de Vera Grabe, la tortura incluyó violencia sexual.

Además, agrega que en ningún momento recibió apoyo psicológico. En nuestro encuentro nos comentó: «Tocó afrontarlo a palo seco, porque era como algo normal. Pensando uno con los años, hubiera sido bueno [el apoyo psicológico] porque se asumía como parte de lo que a uno le tocaba afrontar cuando lo detenían, (...) por eso tenía que afrontarlo desde la fortaleza».

Vera nos explicó que en ese momento ni ella ni nadie hablaba sobre la tortura; se trataba de una dinámica inevitable de la guerra. Pero igual destaca que no se debe minimizar esta práctica,

pues deja huellas emocionales y físicas muy fuertes que perduran por toda la vida, como ella misma nos comentó: «Yo creo que a uno sí le quedan sus rayoncitos, por ejemplo, a mí me pasa que en la ducha cuando está fría me ahogo, porque a mí me metían en la pileta del agua, entonces el tema del ahogo es muy tenaz». Por ese entonces, el apoyo psicológico no era lo habitual y Vera nos mencionó que ellos tampoco lo buscaron.

### **El desplazamiento forzado**

El desplazamiento forzado incidió en la forma en que creció Bogotá desde el siglo XX. Es común escuchar historias de quienes llegaron a la ciudad durante la violencia bipartidista, cuando por primera vez el despojo de tierras llevó a que muchos campesinos tuvieran que buscar oportunidades en las urbes. Tras las dinámicas de desplazamiento forzado vinieron las de crecimiento de la ciudad, así como la ampliación de la clase obrera.

Muchas veces el desplazamiento surge como respuesta a otros desplazamientos. Salir de la región puede mejorar la seguridad de quienes están siendo perseguidos por grupos armados. Sin embargo, muchas veces, como lo vivió Marino Córdoba al salir de Riosucio, Chocó, en la Operación Génesis, no es suficiente salir de casa, sino que es necesario alejarse de la zona de influencia de los violentos.

Según cifras de 2019 del Registro Único de Víctimas, hay aproximadamente trescientos mil desplazados viviendo en Bogotá. Esto representa el 4.1 % de la población desplazada en el país. No obstante, en esta cifra puede haber un subregistro, sobre todo a causa de las dificultades de acceso a la institucionalidad, además de los retornos que se han dado y que no han sido contados.

Uno de los grandes retos para la población víctima de desplazamiento es retomar su proyecto de vida. Muchas veces teniendo proyectos de vida rurales, adaptarlos a la ciudad es un reto. Más aún cuando hay connotaciones étnicas en estos proyecto:

«El Distrito ha tenido varias cosas que nos han hecho hacer mucha más resistencia en todos nuestros planes de vida. Los pueblos indígenas han tenido esa resistencia de poner en marcha los planes de vida», dijo María Violet Medina.

Aunque aún sigue siendo muy difícil, hay iniciativas para retomar la actividad agrícola en la ciudad. Un ejemplo notable es la huerta urbana en la Plaza de La Hoja. En este lugar, situado en el centro de Bogotá, la comunidad construyó una huerta hidropónica en el techo de la edificación, donde ha desarrollado un cultivo de albahacón con el cual se produce pesto. Darlery Díaz nos contó esta experiencia:

En el primer año que llegamos a La Hoja empezamos a hacer como unas terapias de mujeres y era lo que a cada una le hacía falta. Y llegamos a la conclusión de que a todas nos hacía falta el campo. Entonces decidimos comenzar a hacer el trabajo de las huertas. Un trabajo muy bonito. (...) No nos funcionó porque realmente todo el mundo necesita soluciones. Y en ese momento era un experimento que no nos daba soluciones a muchas expectativas que tenían como tal las mujeres. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Darlery Díaz, 18 de enero de 2020)

### **Ejecuciones extrajudiciales**

Entre los años 2006 y 2009 rigió la política de *body count* (conteo de cuerpos) en el Ejército Nacional, durante la guerra contra las FARC-EP y el Ejército de Liberación Nacional (ELN). Esto implicaba que los militares tenían recompensas por la cantidad de desmovilizaciones individuales, capturas o bajas que se dieran. Esto llevó a una profunda corrupción en el Ejército, donde fueron asesinados jóvenes inocentes y hechos pasar por guerrilleros dados de baja en combate. La Jurisdicción Especial para la Paz (JEP) ha acreditado 2248 víctimas de estos hechos, pero podrían llegar a ser diez mil asesinados en estas circunstancias, según organizaciones civiles.

Aunque este fenómeno se dio en diferentes zonas del país, Bogotá y Soacha estuvieron afectadas de forma particular. Concretamente en el año 2008, muchos jóvenes en esta región fueron engañados y secuestrados por militares bajo la promesa tramposa de que les darían un trabajo fuera de la ciudad. Después de acceder a la oferta eran asesinados y algunos de ellos enterrados en fosas comunes, para reportarlos como bajas en combate, en muchos casos vestidos de camuflado y con botas de caucho. Varios de los jóvenes asesinados fueron encontrados con las botas al revés, camuflados nuevos y sin los agujeros de bala que tenían sus cuerpos. Muchos fueron encontrados en el municipio de Ocaña, Norte de Santander. El presidente del momento, Álvaro Uribe, dijo respecto a este caso: «No fueron a recoger café; estaban con propósitos delincuenciales». Además de la desaparición forzada de sus hijos, las familias fueron sometidas a soportar infamias y falsedades bajo la idea de que sus hijos estaban vinculados con la guerrilla. Se demostró que esto era falso.

«Se lo llevaron con engaños», dijo Anderson Rodríguez Valencia, hermano de Jaime Estiben Valencia Sanabria, de 16 años, ante los magistrados de la Jurisdicción Especial de Paz. «Era el más consentido de mi mamá (...). Mi mamá, por buscar la verdad, sufrió amenazas. En estos momentos, ni ella ni mi hermana están en el país. Mi familia se desintegró».

Esta conducta es evidencia de dinámicas profundamente clasistas en la guerra. Los jóvenes secuestrados y ejecutados extrajudicialmente fueron raptados de sus hogares en las zonas más vulnerables de la ciudad. Eran jóvenes que, además, en muchos casos eran hijos de familias desplazadas por violencias anteriores, o como consecuencia de difíciles situaciones económicas en las regiones, y que por eso llegaron a barrios marginales en diferentes ciudades.

Adicionalmente, muestra la profunda degradación que vivió el conflicto armado. El desprecio a la vida llegó a ser tal que hubo miles de personas asesinadas de esta forma. Durante la

época en que el país vivió estas ejecuciones extrajudiciales (mal llamadas falsos positivos), era más importante para algunos miembros de organizaciones estatales ganar la guerra contra la subversión que proteger la vida humana, pues fueron eliminados miles de adolescentes en el afán por dar resultados. Las familias llevan más de diez años viviendo un drama profundo, como el de todos los familiares de las personas desaparecidas por causa de una guerra de la que no son parte. «Mi hijo amaba su ejército (...), pero yo no asimilaba que mi hijo les prestó el servicio militar dos años y dos meses y que ellos mismos me lo hubieran matado», dijo Soraida Muñoz, madre de Jony Duvián Soto Muñoz, en una audiencia ante la Jurisdicción Especial para la Paz.

De este hecho victimizante surgieron las Madres de Falsos Positivos de Bogotá y Soacha (MAFAPO). Este es un importante movimiento social que agrupa y organiza a las madres y familiares de víctimas de ejecuciones extrajudiciales. Inicialmente se dedicaron a encontrar a sus seres queridos, luego a recuperar su buen nombre (pues no eran guerrilleros) y a obtener justicia. Su liderazgo ha sido clave para descubrir esta conducta del Ejército durante el conflicto armado. Hoy el caso se encuentra ante la JEP, donde ya hay varios militares comparecientes. Aún guardan la esperanza de volver a ver a sus familiares y tener ese minuto invaluable para decirles lo que nunca pudieron. Hasta pedirles perdón. Luz Ángela Garzón Páez, hermana de Eduardo Garzón, de 33 años, compartió su sentimiento ante la JEP:

Yo simplemente espero que algún día, en algún lugar, me pueda volver a encontrar con mi hermano, poderlo abrazar y decirle que lo amo, que lo extraño con el alma y el corazón (...) y que me perdone por no poder haber ido a verme con él ese día que él me llamó. Eso me duele, me duele en el alma. (JEP, 17 de octubre de 2017)

Pero no es todo. Nada más cercano a la ficción que el reclutamiento de Fair Leonardo Porras Bernal: lo asesinaron y le pu-

sieron un arma en la mano derecha. Fair tenía 26 años de edad pero mentalmente solo nueve, según su madre, y su mano derecha no era funcional. Fue acusado de llevar un arma en esa mano, así como de ser el encargado de las finanzas dentro de la guerrilla. «Yo lo parí a él para la vida y él me parió para la lucha», dice frecuentemente Luz Marina Bernal, madre de Fair, casi como un lema.

Ahora, yendo a otros lugares del país, al Llano exactamente, el mayor Gustavo Enrique Soto ha dicho aceptar su responsabilidad y querer ayudar a buscar a los desaparecidos contando la verdad. En su afán por mantenerse en el «*top diez*» de las mejores unidades del ejército destrozó muchas familias.

José Éver Veloza, excomandante de las AUC de los bloques Calima y Bananero, habló de su participación en estos hechos:

Desaparecimos mucha gente, cantidad de gente. Porque cuando comenzábamos a la gente se le daba muerte en el pueblo o veredas. Pero la fuerza pública nos dijo que no dejáramos los muertos en la carretera, sino que los desapareciéramos porque eso les subía los índices de homicidios a ellos y entonces los perjudicaba. Entonces así comenzamos a desaparecer la gente. Vicente Castaño nos encomendó varios secuestros en Barranquilla, Santa Marta, Tolú (...) y que el 99% de las personas que matamos hoy en día sus familias no han podido recuperar sus cuerpos o restos. Eran personas inocentes. (*El Espectador*, 1.º de agosto de 2020)

El coronel Gabriel de Jesús Rincón cuenta: «Yo no maté, pero sí predispuse para que los hechos se cometieran; conocí de hechos los cuales no denuncié, y permití que las unidades que se encontraban allá, en el área de combate, hicieran esas prácticas». Rincón fue condenado en 2017 a 46 años por el asesinato de cinco jóvenes de 20 a 25 años de edad que vivían en Soacha. «Los habían emborrachado y los llevaron hacia un (...) falso retén del Ejército y ahí los reclutadores los entregaban al Ejército

(...) y al otro día amanecían los muchachos muertos», cuenta Carmenza Gómez, madre de uno de los asesinados y miembro de MAFAPO.

¿Cómo se hacía todo? «Nunca entré a explicarles (...), lo único que les dije fue: van a salir a esta operación, les van a acomodar y a entregar a unas personas, y ustedes ya saben qué es lo que tienen que hacer», relata Rincón.

Pero las ejecuciones no se dieron porque sí, o porque los militares quisieran exclusivamente dar de baja a civiles. Cuenta el coronel Rincón:

Las instigaciones (lo llamo así) hacia los comandantes de pelotón era que tenían que dar resultados como fuera. Y esos «como fuera» los llevaban a que cometieran prácticas de esas, de asesinatos no en forma legal, pero dando los visos de legalidad para que mostraran a la opinión pública que eran resultados de muertes en combate donde realmente no lo eran. (JEP, 5 de marzo de 2019)

Aún no es clara la verdad completa y las responsabilidades de quienes dieron la orden están aún por saberse.

### **Vinculación de jóvenes bogotanos a grupos armados**

Aunque el grueso de los combatientes en casi todos los grupos armados fue de origen rural, también hay que destacar casos de militancias urbanas. En particular, el M-19 fue creado en Bogotá y ejecutó sus más importantes acciones en la ciudad. Estas incluyeron, como se mencionó anteriormente, las tomas de la Embajada de la República Dominicana y del Palacio de Justicia. En su comienzo, también llevaron a cabo acciones como robar la espada de Bolívar de la Casa-Museo Quinta Bolívar y las armas del Cantón Norte. Dice el mito que Carlos Pizarro y Álvaro Fayad, entre otros, habían militado en las FARC-EP y decidieron salir, dado que esa guerrilla penetraba cada vez más en la selva, en vez de salir a la ciudad.

No obstante, Antonio Navarro nos habló sobre las dificultades de sostener una guerrilla en la ciudad:

Nosotros creíamos en la importancia de tener mayorías en todo el país. Y no íbamos a poder conseguir esas mayorías si no influíamos sobre la población urbana. Pero la realidad es que en las ciudades es muy difícil tener una guerrilla permanente porque los problemas de espacio y tiempo le dan toda la ventaja al Estado. Entonces, las estructuras urbanas terminan siendo muy vulnerables a la acción del Estado. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Antonio Navarro Wolf, 13 de junio de 2020)

Aunque seguían buscando la posibilidad de ejecutar acciones en la ciudad, mantuvieron su clandestinidad en el Cauca y el Caquetá. Finalmente dejarían sus armas en Santo Domingo, Cauca.

Vera Grabe, que estudiaba Antropología en la Universidad de los Andes al entrar a la guerrilla, nos contó sobre cómo su educación en justicia social llevó a entrar a este movimiento. Había conocido las actividades que realizaban diferentes grupos de izquierda y le parecían sectarios. No obstante, le llamó la atención la propuesta política que se convertiría en el M-19. «En Colombia es muy fácil encontrarse con los grandes contrastes y las grandes dificultades e injusticias».

Pero también encontramos otra razón por la cual personas de origen urbano terminan en las guerrillas. Particularmente, luego de comenzar la militancia en el Partido Comunista y de hacer trabajos de sabotaje y pintas en la ciudad, Isabela Sanroque se vio obligada, por razones de seguridad, a tomar las armas. En ese momento, tanto el paramilitarismo como la política de Seguridad Democrática ponían en riesgo la seguridad de quienes adelantaban trabajo político en la ciudad. Esto llevó a que tuviera que salir de la ciudad e integrar las filas de la guerrilla en el Yarí, donde estuvo hasta que viajó como delegada a las negociaciones de La Habana:



Yo estaba en la universidad y tuve la oportunidad de conocer por el barrio a alguien que tuvo un proceso social y que tenía contacto con FARC-EP, entonces pasaron como dos o tres años para que esa persona tomara la decisión de decirme. (...) Ahí ya me hicieron la propuesta y ahí empiezo a trabajar en el partido clandestino, que implicaba realizar actividades como de conspiración. Entonces nosotros lo que hacíamos era reunirnos a estudiar, a veces hacíamos pintas en la calle, cosas no operativas. (...) Luego entonces ya tomo la decisión porque en esa época estaba Uribe en el poder y empezaba a haber muchas desapariciones, violaciones de derechos humanos. Empezó esa situación de persecución, de capturas, entonces yo dije: «No, pues me voy a ir a estar un tiempo, unos seis meses». (Encuentro A Ser Historia. Invitada Isabela Sanroque, 15 de junio de 2019)

### **Conclusión: la forma en que Bogotá vivió la guerra contribuyó a forjar el futuro del país**

Los actos en Bogotá buscaron desestabilizar el sistema democrático así como presionar al Gobierno central. Los momentos en que Bogotá se vio afectada por la guerra fueron también aquellos en los que Bogotá tomó decisiones trascendentales sobre el futuro del conflicto armado, en muchos casos profundizando la confrontación armada entre el Estado y los grupos subversivos. Mientras tanto, las acciones de guerra rurales, permanentes y brutales no tuvieron el mismo impacto político. Lo único que puede mover a Bogotá es Bogotá misma.

Pero no solo las acciones en Bogotá afectaron al resto del país. Las inequidades y la violencia en el campo marcaron la forma en que creció Bogotá. Su geografía, historia y demografía están marcadas por personas que son expulsadas de sus territorios y encuentran en la capital la única forma de progresar. Así mismo, esta resulta ser una historia de abusos contra las personas más vulnerables, que se convierten en revictimizaciones. Estas, así como las injusticias en el campo, han marcado ese futuro cíclico del conflicto.

## Referencias

- El Espectador. (1.º de agosto de 2020). «H.H.». se confiesa. *El Espectador* [Judicial]. Recuperado de <<https://www.elespectador.com/noticias/judicial/hh-se-confiesa/>>.
- Frías, B. L. (6 de junio de 2019). *Fui mi propio laboratorio. Pasé de la guerra a la paz*. [Videoconferencia]. Instituto de Estudios Políticos y Relacionales Internacionales. Recuperado de <<http://iepri.unal.edu.co/1/post/fui-mi-propio-laboratorio/>>.
- Frías, B. L. (6 de febrero de 2019). Atentado al Nogal, mis reflexiones 16 años después. *El Tiempo*. Recuperado de <<https://www.eltiempo.com/justicia/conflicto-y-narcotrafico/atentado-al-nogal-16-anos-despues-reflexiones-de-berthallucia-fries-323824>>.
- Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). (5 de marzo de 2019). *Audiencia del coronel (R) Gabriel Rincón Amado*. [Video]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=yoKhg7c3YGG>>.
- Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). (17 de octubre de 2017). *Audiencia pública para escuchar a los familiares de los jóvenes de Soacha ejecutados extrajudicialmente*. [Video]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=or-eN1imsfE>>.
- Morocho, M. L. (2 de abril de 2014). *Plan Perdón*. [Video]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=i2yDm6-OLCk&t=97s>>.



## CAPÍTULO 3

# El rol de la juventud en los escenarios de conflicto y reconciliación

---





EL DESEO CARACTERÍSTICO DE los jóvenes por desafiar la realidad que construyen durante su infancia a partir de las enseñanzas y vivencias dentro sus familias y comunidades, así como el deseo de encontrar su lugar en la sociedad y explorar su identidad, han sido el fuego de las revoluciones en la historia de la humanidad.

En el caso de Colombia, podemos ver esta realidad representada en los movimientos juveniles que surgieron a lo largo del conflicto armado y los que están surgiendo en el periodo del posconflicto, como este grupo. Nos reunimos con figuras representativas de algunos de los movimientos más importantes de la historia del conflicto armado colombiano, como Vera Grabe (M-19), María Eugenia Guzmán de Antequera (UP), Isabela Sanroque (FARC-EP), Juan Carlos Villamizar (Asociación Colombiana de Estudiantes Universitarios) y Rodrigo Londoño (FARC-EP). Todos ellos participaron en su juventud como actores del conflicto, en espacios sociales y democráticos, o en procesos de reconciliación. Los invitamos para que nos hablaran de estas experiencias de su juventud.

Los diferentes diálogos que hemos tenido muestran que durante la historia de Colombia siempre han existido personas de todas las edades comprometidas con el cambio. Muchas de ellas han dedicado su vida entera al cambio social.

Cada persona en su juventud ha sentido el fuego de la rebeldía que no hay cómo apagar; y cuando ese fuego se junta con un país violento y desigual entrar a la lucha parece obligatorio. Siendo así, muchas de las figuras clave para las transformaciones históricas de nuestro país comenzaron muy jóvenes. Por ejemplo,

Antonio Nariño tradujo el texto de la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano a sus 27 años, y a los 30 estaba en prisión. Francisco de Paula Santander tenía esta misma edad cuando lideró las tropas que ganaron las batallas del Pantano de Vargas y de Boyacá.

Existen otros ejemplos sobresalientes de personas que le han apostado a la transformación social durante su juventud. Jorge Eliécer Gaitán tenía 31 años cuando se posesionó por primera vez en el Congreso e hizo el debate de control sobre la masacre de las bananeras. Guadalupe Salcedo Unda tenía treinta años cuando depuso las armas para contribuir al fin de la Violencia, y fue asesinado tres años después. Así mismo, unos estudiantes fueron masacrados en 1957 por buscar la renuncia de Gustavo Rojas Pinilla y el retorno a la democracia.

Es una constante de las generaciones más jóvenes, particularmente durante los años en que se transita de la adolescencia a la edad adulta, querer cambiar la sociedad. Pero esto no implica que todas las generaciones hayan pensado el cambio de la misma manera. A medida que envejecen, muchos de quienes antes eran revolucionarios se vuelven cada vez más conservadores. Las generaciones que los suceden no solo reciben sus luchas, sino que también se oponen a sus ideas y las atacan. En cada momento de la historia, las luchas y la forma de luchar han sido diferentes.

En este texto, analizaremos la relación entre el conflicto armado y la juventud. En particular, entendiendo lo que implica el conflicto armado en las vidas de las personas jóvenes y las diferentes acciones políticas que tomaron en el marco de la guerra.

### **¿Qué implica vivir el conflicto armado siendo joven?**

Para entender el rol de la juventud en la historia reciente de Colombia, es necesario tener en cuenta que el hecho de crecer dentro de un contexto de guerra determina una diferencia significativa

en el desarrollo de los individuos, y esto fue una marca importante en la caracterización de la juventud colombiana de dicha época. En este apartado hablaremos de lo que percibimos fueron las generaciones de jóvenes durante nuestra historia reciente a partir de sus experiencias de vida.

Los contextos de desigualdad en el acceso a las oportunidades, la imposibilidad de movilidad social, la exclusión en el acceso a los servicios y la falta de espacios de participación política para la mayoría de la población influyeron fuertemente en la guerra en Colombia en los últimos cincuenta años. Esto, ligado a la coexistencia de varios actores armados que se empezaron a disputar el territorio nacional, obligó a la población a tomar partido por uno de los bandos de la guerra o ser víctima del conflicto armado (Rodríguez, s. f). Este es un fenómeno que permeó todas las esferas sociales del país y cambió totalmente las dinámicas de vivencia y convivencia entre actores y poblaciones que se encontraron en medio de esta guerra.

Estas dinámicas marcaron, por lo tanto, no solo una sino varias generaciones de jóvenes, las cuales, dependiendo del periodo histórico en que vivieron, tuvieron diferentes posiciones y acciones frente al conflicto armado. Es decir, existe una importante diferencia entre los jóvenes que se involucraron con grupos armados, los que fueron víctimas de reclutamiento forzado o de desplazamiento, y aquellos que pertenecieron a grupos o movimientos estudiantiles. Si bien estas posibilidades se dieron durante todo el conflicto armado, cabe resaltar que hubo épocas en las que se vieron más fortalecidas unas dinámicas que otras; por ejemplo, fue diferente la experiencia de juventud que tuvieron personas como Vera Grabe o Rodrigo Londoño a la que vivió Juan Carlos Villamizar, o incluso a la de Ciro Galindo con su hijo que fue reclutado por las FARC-EP cuando era apenas un niño de 13 años. Todos estos relatos nos permitieron entender y dimensionar de primera mano cómo la guerra impactó a la juventud colombiana, tema que entraremos a ver con más detalle.



### **¿Por qué los jóvenes han tenido un rol tan importante en el conflicto armado colombiano?**

Alrededor de las historias de vida que escuchamos en nuestros encuentros, notamos que hubo generaciones enteras entregadas a la guerra, que participaron activamente en grupos armados por no tener más opción o que fueron víctimas de secuestros, reclutamiento forzado, violaciones, desplazamiento forzado, torturas, entre otra infinidad de actos que atentaron contra su integridad. Esto nos permitió dimensionar el daño causado sobre la juventud y la infancia colombiana: los efectos psicológicos del conflicto armado hicieron que los jóvenes crecieran en medio del temor por expresarse, en medio del silencio y de ver desdibujado su rol activo dentro de la construcción de la sociedad en la que han vivido.

Los jóvenes son actores estratégicos del desarrollo. Sin duda, se encuentran en el centro de las dinámicas tanto de conflicto como de reconciliación; esto se debe a las características de esta etapa de la vida y a las situaciones a las que se tienen que enfrentar en un contexto de conflicto social y político como el que se vive en Colombia.

Según la Comisión Económica para América Latina y el Caribe (CEPAL), en la región existe una relación inversa entre pobreza y edad, lo que significa que los niños, niñas y jóvenes son una población más pobre que los adultos y los adultos mayores. Esto, sumado a los agudos cuadros de violencia entre los jóvenes, dinamiza la lógica de involucrarse en la guerra y favorece su participación, forzada o voluntariamente, en los escenarios de conflicto (Rodríguez, s. f.).

### **¿Qué características cognoscitivas, actitudinales y afectivas del proceso mediante el cual los individuos se estructuran nos permiten entender el comportamiento político de los jóvenes colombianos a través de las generaciones?**

Como se mencionaba anteriormente, en términos de desarrollo psicosocial, la juventud se caracteriza por el deseo de desafiar los aprendizajes de la primera etapa de la vida, encontrar su rol como individuo en la sociedad y explorar la propia identidad. Estos deseos pueden ser consumados al involucrarse en una causa que pretende cambiar las dinámicas sociales vividas durante sus primeros años. Por ello, no es una simple coincidencia que exista una elevada participación juvenil en los escenarios de construcción social.

La juventud es una etapa de la vida en la que los padres dejan de ser el modelo para seguir del individuo y los pares pasan a ser el modelo de referencia más cercano, lo cual permite el surgimiento no solo de las subculturas, sino también de movimientos estudiantiles y juveniles que pretenden cambiar algunos aspectos de la realidad. Así es como, en un espacio en el que la ciudadanía teme y desconfía de las organizaciones tradicionales, los jóvenes se organizan con el fin de participar conjuntamente en la irrupción social (Rodríguez, s. f.).

Si bien los jóvenes colombianos a lo largo de las generaciones no han sido protagonistas de la participación política convencional, sí han tenido un rol protagónico en la participación no convencional y en la búsqueda de alternativas al modelo de gobierno tradicional. Así, en vez de participar en actividades que legitiman el orden establecido, prefieren movilizar el descontento y el cambio social.

Los estudios afirman que, con el aumento de la edad, las personas se muestran más predispuestas a participar en la política tradicional y menos a involucrarse en actividades políticas no convencionales (Bean, 1991; Bernhagen & Marsh, 2007). Este fenómeno, según Soule (2001), quien estudió comparativamente la participación política de las generaciones X y Y (*millennial* y *centennial*), tiene como principal factor explicativo el desconocimiento político. Los resultados señalan que los adultos se encuentran más involucrados psicológicamente con la política tradicional, dado que en su cotidianidad se ven más expuestos a

diálogos relacionados con la participación convencional (Norris, 2003; Verba, Schlozman & Burns, 2005).

Otra de las explicaciones del rol protagónico de los jóvenes en la participación política no convencional la hace Rodríguez (2001), quien manifiesta que los partidos políticos y otras organizaciones políticas tradicionales generan distancia con los ciudadanos jóvenes, al poner en evidencia una precaria capacidad para escuchar y resolver sus demandas e intereses. Brussino, Rabbia & Sorribas (2009) señalan que otra forma de entender los resultados del estudio realizado en Córdoba, Argentina, es que los jóvenes con mayor sensación de competencia en el ámbito de lo político prefieren participar en protestas y en otro tipo de actividades políticas no convencionales a unirse a un partido político.

### **Décadas de los setenta y ochenta**

Comenzaremos el análisis generacional desde los *baby boomers*. Esta generación abarca a quienes nacieron entre 1945 y 1960, los años posteriores a la Segunda Guerra Mundial. Crecieron en medio de la Guerra Fría y del surgimiento de ideales revolucionarios en América Latina, sobre todo, inspirados en la Revolución cubana de 1959.

Si bien nuestro conflicto armado reciente nace en la década de los sesenta, son las décadas de los setenta y ochenta las que van a tener una influencia significativa en el fortalecimiento de los grupos armados (especialmente al margen de la ley), pues el ambiente nacional estaba fuertemente influenciado por ideales de revolución y rebeldía, pero también de represión y fortalecimiento del aparato estatal; nos referimos al Estatuto de Seguridad de Turbay Ayala a finales de los años setenta y principios de los ochenta, o al nacimiento del Movimiento 19 de Abril a principios de los setenta.

A través de los relatos de Vera Grabe y de Rodrigo Londoño, logramos evidenciar que tanto en el campo como en la ciudad se vivían las influencias revolucionarias que impulsaron a los

jóvenes a hacer parte de los diferentes grupos armados con el fin de conseguir el triunfo de la revolución. En el primer caso, Vera cuenta cómo, a pesar de crecer en la capital del país y no haber vivido el conflicto armado de primera mano en su infancia, al llegar a la universidad empieza a conocer personas que pertenecen al M-19 y cómo operan dentro de la universidad para reclutar gente joven que los apoye. Así ingresó ella, según nos cuenta:

El Eme para mí es sobre todo una propuesta de transformación cultural, porque el Eme revolucionó la manera en que se concebía la revolución (...); planteó que la revolución no era un sacrificio, sino que era una fiesta (...). Estamos porque queremos estar. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Vera Grabe, 21 de septiembre de 2019)

Vera Grabe fue, poco a poco, hilando su historia de vida desde el contexto nacional en sus años de juventud y cómo vivió aquella época; ella se define como hija de la generación del Frente Nacional. Lo dice así:

Soy de una generación que de alguna manera se inscribe en la rebeldía de los años 68-70. Soy de una generación que es hija del Frente Nacional, en el sentido de que nacimos en una época donde el país se lo distribuían entre liberales y conservadores, en un régimen muy excluyente donde opciones alternativas tenían muy poca cabida. Aunque existieron, obviamente, tampoco es blanco o negro la historia. Y quienes queríamos ser rebeldes teníamos dos rutas; yo siempre digo: podíamos ser *hippies*, pero el hipismo en Colombia no tenía la beligerancia que de pronto tenía en otros contextos, entonces la guerrilla estaba como a la vuelta de la esquina. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Vera Grabe, 21 de septiembre de 2019)

Vera respondía muy bien a su generación. Era una mujer rebelde, así que decidió entrar al M-19, movimiento armado que se

identificaba su contexto. Se fundó en 1974, luego del robo de las elecciones de 1970 por Misael Pastrana al general Rojas Pinilla.

En esa época, era atractivo entrar a las guerrillas puesto que, como dice Vera, no existían maneras alternativas de acceder a la política o ser un actor social influyente en la sociedad. De igual forma, existía el ejemplo de países vecinos como Cuba, que lograron una revolución por medio de las armas. Ante la falta de posibilidades democráticas, la lucha armada por los ideales parecía la mejor opción.

Vera entró a la guerrilla como fundadora, y con el paso del tiempo su fuego rebelde se fue transformando. Habiendo terminado su etapa como guerrillera, reflexionó sobre si el uso de las armas era realmente una revolución. Ella lo narra de la siguiente manera:

El primer proceso de paz del M-19 lo empuja desde la contundencia armada, es decir, a mayores acciones armadas mejor posibilidad de diálogo. Y eso lleva a un primer acuerdo de paz en el 84, donde se define una tregua para un espacio de diálogo nacional y se abre un espacio político que finalmente se cierra, porque cuando la paz se plantea desde las armas siempre están las armas ahí, siempre generan ruido, y ayudan es a polarizar, por lo general. Entonces, ese es el primer proceso de paz que acaba con la tragedia del Palacio de Justicia; y es después del 85 que el Eme poco a poco empieza a hacer el giro hacia la paz que lleva finalmente al proceso de paz del año 90, que se plantea distinto. Ahí Pizarro plantea que hay que hacer la paz desde la paz. Es decir, atrevernos a decir que las armas ya no las vamos a usar, que no vale la pena, y que esta guerra no vale la pena y que, por lo tanto, renunciamos al uso de las armas. Entonces, fíjense que hay una manera distinta de entender la paz: una paz planteada desde las armas, desde la fuerza militar y una paz que ya se plantea como renuncia a la violencia (...). La paz es más revolucionaria que la guerra. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Vera Grabe, 21 de septiembre de 2019).

Vera pasó su juventud entera en la guerra, puesto que ingresó a los 24 años a la lucha. El hecho de vivir en este país en este tiempo y de entregarle su juventud a la lucha armada la llena de experiencias y aprendizajes, como el que se encuentra aquí plasmado; una persona o un movimiento ya no es original y rebelde cuando la sociedad entera es homogénea en su forma de lucha, la violencia ya era la regla para la sociedad colombiana y la paz se mantenía inexplorada, pero para comprender esta decisión tuvieron que pasar 16 años antes de firmar la paz.

En contraste con la de Vera, encontramos la historia de vida de Rodrigo Londoño, un joven de origen rural que nació y creció en el Quindío bajo influencias de izquierda por parte de su familia, pues su padre era comunista y desde niño se vio involucrado en el ambiente y las enseñanzas de este sector. Participó en la Juventud Comunista y a la edad de 17 años decidió ingresar a las FARC-EP con la ayuda de un amigo que hacía parte del mismo grupo. A pesar de que dentro del partido intentaron evitar que se uniera, la decisión ya estaba tomada. En definitiva, el ambiente que se vivía y las ganas de participar en estos grupos era lo que imperaba en la juventud de la época, pues pertenecer a una causa era imprescindible.

### **¿Qué otra alternativa había además de las armas?**

Un caso diferente al de Vera y Rodrigo es el de los activistas que terminan militando y trabajando en un proyecto político conocido como la Unión Patriótica. Ejemplo de ello son José Antequera y la que en su momento era su novia, María Eugenia Guzmán, a quienes, con el paso de los años, el amor convirtió en esposos. Ellos también son de la generación *baby boomer* y como hijos de la misma época decidieron apostarle al cambio social desde la palabra y desde la política. En 1985 se fundó la Unión Patriótica, UP, a partir de las negociaciones que se desarrollaban con la guerrilla de las FARC-EP en La Uribe, Meta. Allí surgió este partido

en el que se recogían diferentes voces, con lo cual diversos sectores de la sociedad sentían que tenían un espacio para expresarse: era una alternativa frente a los dos partidos tradicionales, el Liberal y el Conservador. José Antequera era líder de este partido político, experiencia que lo llevó a vivir momentos de angustia, alegría y amor hacía el país. Pero, más allá de esta figura política, ¿quiénes fueron José y María Eugenia en su juventud?

José Antequera era estudiante de Derecho de la Universidad del Atlántico en los años setenta y dirigente de la Juventud Comunista (JUCO); desde su juventud mostró rebeldía frente al sistema tradicional. María Eugenia Guzmán, quien estudió siete semestres de Sociología en la misma universidad, organizó protestas contra un grupo de profesores por sus malas conductas, y eso hizo que la expulsaran. Luego estudió en la Universidad Libre, de donde se graduó de abogada. Ella, junto con José y otros estudiantes, tenía un grupo donde se reunía a hablar del país:

Yo, viendo esta reunión donde estamos todos aquí, en un estado de confianza delicioso, me devuelvo en el tiempo y les puedo decir solamente que así como estamos aquí sentados, así empezamos nosotros. Aquella época de la guerra de Vietnam estaba alborotada, el hipismo, qué cosa tan deliciosa, todo el mundo con marihuana; ¿cómo así que marihuana para todo el mundo? Que el amor y la paz, que el amor libre, que cómo así que guerra; no, lo que nos toca defender es que no haya guerra. Nosotros éramos cantidad de jóvenes de 18 años, todos estudiantes, con una mentalidad muy de nuestra época y nuestro tipo de crianza. (Encuentro A Ser Historia. Invitada María Eugenia Guzmán de Antequera, 25 de mayo de 2019)

Aunque querían cambios sociales, tomar la vía armada nunca fue una opción; si luchaban contra la violencia no podían también caer en ella. Puesto que a María Eugenia le parecía delicioso e importante el hipismo, aunque ella no se identificaba como tal, las

armas y la violencia iban en contracorriente de sus ideales dialógicos y pacifistas. En una conversación posterior, María Eugenia nos menciona lo siguiente:

Nosotros, ninguno de los dos, a pesar de las circunstancias, decidió tomar la vía de las armas. Es una pregunta que nosotros de pronto, jamás, nunca nos hicimos; como militantes políticos, como estudiantes, como jóvenes, realmente ninguno de los dos jamás contempló la posibilidad de tomar las armas. Creo que era mucho más fuerte nuestra convicción sobre el proceso político en la vida, sobre el desarrollo político. Y no, definitivamente unirnos al tema de la guerra como ejército jamás lo contemplamos siquiera; y bueno, creo que es una decisión bastante personal, y se toma de acuerdo a las circunstancias de cada uno. Pero para nosotros siempre la vía democrática y la vía de la lucha de clases a través de las soluciones más formales, más diálogos, pues siempre creo que esto fue lo que nos sedujo más. (Encuentro A Ser Historia. Invitada María Eugenia Guzmán de Antequera, 25 de mayo de 2019)

Al narrar y escuchar estas tres historias de los jóvenes *boomers* y un análisis contextual, entendemos que cualquier forma de lucha y acción es motivada por generar un cambio positivo en el país, aun cuando exista el debate sobre la legitimidad.

### **La década de los noventa e inicios del 2000, o la época de los *millennials***

#### **¿Cuáles son las características de los *millennials*?**

Estos jóvenes nacidos a partir de los años ochenta son una generación digital, hiperconectada y con altos valores sociales y éticos.

El furor de pertenecer a grupos armados y entregar la vida por las causas se transforma entrada la década de los noventa, cuando el grupo del M-19 decide entablar conversaciones con el Gobierno y, posteriormente, desmovilizarse. Durante esta época



hay dos intentos de acuerdos de paz con las FARC-EP, uno en el Gobierno de César Gaviria y otro bajo el mandato de Andrés Pastrana; un ambiente que empieza a cambiar el contexto político y que, por supuesto, influye en la juventud de la época. Esta década, sin embargo, tiene la particularidad de vislumbrar también, en medio de los intentos de paz, el nacimiento de las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC) y, para principios de la década del 2000, el recrudecimiento de la guerra. Es importante resaltar que, aunque se estaba intentando crear un escenario de paz, persistía la guerra y muchos jóvenes continuaron vinculándose a las guerrillas existentes, y a las ahora consolidadas AUC.

Este es el contexto en el cual vivió su juventud Juan Carlos Villamizar, quien para la época pertenecía a los movimientos estudiantiles, que tomaban mucha fuerza en las universidades públicas y privadas. Estos movimientos llegaron a ser tan importantes que lograron incluso participar en los diálogos de paz del Caguán del año 2000 con las FARC-EP. Dentro de este grupo de jóvenes activos política y socialmente se encontraba Villamizar, quien participó de las asambleas estudiantiles y los festivales nacionales de jóvenes; fue miembro de la Federación de Estudiantes Universitarios (FEU), y ayudó a consolidar el rol activo de la juventud dentro del proceso de construcción de la sociedad colombiana. Todas estas iniciativas estudiantiles eran innovadoras debido a la diversidad de jóvenes que se organizaban: estudiantes de universidades públicas y privadas, de región, jóvenes pertenecientes a iglesias, *boy scouts*... En fin, un activismo ciudadano poco habitual.

Pero todo este impulso juvenil se vio mermado cuando empezó la arremetida contra todo aquel que tuviese una participación en organizaciones de izquierda o movimientos estudiantiles. Esto debido al rompimiento de las negociaciones del Caguán con las FARC-EP. La guerra retornó con más fuerza y empezó a

sentirse incluso en la ciudad, con el secuestro y asesinato selectivo de estudiantes que impulsaban actividades y movimientos a favor del fallido acuerdo de paz. Al respecto, Villamizar dice:

En ese momento Carlos Castaño nos declaró objetivo militar a quienes estábamos en la Facultad de Ciencia Política (...), matan a dos de nuestros compañeros de la dirección de la FEU en un salón de clase en la Universidad de Antioquia (...). Ese fue el momento en el que dijimos: no hay posibilidad alguna de que nosotros sigamos participando activamente porque no hay garantías. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Juan Carlos Villamizar, 19 de octubre de 2019)

La posibilidad de una juventud diferente había sido borrada del mapa. Nuevamente, las opciones para los jóvenes, tanto de zonas rurales como urbanas, se redujeron a pertenecer a grupos armados, o a permanecer en silencio sin participación, pues cualquier intento era cobrado con la vida. Esa era la realidad del país hasta 2012 cuando empezaron los diálogos de La Habana entre el Gobierno y las FARC-EP.

También encontramos a Isabela Sanroque, quien tuvo oportunidades distintas a las de Juan Carlos Villamizar. Ella ingresó a la guerrilla activa de las FARC-EP. Pero Isabela no puede ser reconocida únicamente como excombatiente; es una joven de una zona popular de Usaquén, en Bogotá, estudiante de la Licenciatura en Ciencias Sociales de la Universidad Distrital. Leía sobre la revolución y sobre el Che y a la vez, como cualquier joven, tomaba cerveza los viernes y disfrutaba salir a bailar. Durante su juventud hacía trabajos barriales y populares, y con el transcurso de los años y su gran sentido de liderazgo se convirtió en una gran líder de la guerrilla de las FARC-EP.

Al mismo tiempo que Juan Carlos se iba al exilio, Isabela ingresaba a la guerrilla de las FARC-EP. Siendo ambos jóvenes y con sueños que cumplir, la guerra los obliga a dejar la universidad

y a sus amigos. A pesar del dolor de estar obligados a cambiar su proyecto de vida, se negaron a renunciar a sus sueños y al finalizar la guerra siguen luchando por la construcción de paz.

**¿Cuáles son las diferencias entre los movimientos de los *centennials*, los movimientos juveniles de los *millennials*, los de la generación X, y los *baby boomers*?**

Así como se hizo una descripción de la experiencia de ser joven en Colombia a diferencia de ser joven en cualquier otro lugar, es fundamental dejar claro que las herramientas con las que cuentan las nuevas generaciones han cambiado las dinámicas de los movimientos juveniles y se han profundizado los objetivos de justicia y equidad. Los testimonios de nuestros invitados dibujaron una Colombia de militancias dentro de movimientos rígidos, con ideologías formales, que buscaban cambios estructurales en contraste con los movimientos juveniles de los *centennials*. Así, podemos identificar una mayor informalidad en los movimientos juveniles actuales que se basan en cuestionamientos de la vida cotidiana y las redes se organizan para fines concretos e inmediatos.

Podemos inferir que el acceso a las tecnologías digitales y las redes sociales ha marcado una diferencia significativa en la forma de participar de los jóvenes, y sigue siendo un interrogante si estos nuevos modos de participar, de encontrar una identidad y de explorar la individualidad serán efectivas en la consolidación de las organizaciones juveniles y su impacto. Sin embargo, lo que sí es claro es que los jóvenes, incluso si es por medio de las redes sociales, son una población protagónica en la irrupción social, y a través de sus redes organizadas para lograr fines concretos aún continúan siendo protagonistas del cambio. Solo el tiempo podrá resolver la pregunta de cuáles son los alcances de los nuevos movimientos juveniles. Pero sin duda aquellos que surgieron en el milenio pasado siguen inspirando a los jóvenes para que

encuentren su lugar en la sociedad a través de la participación ciudadana, particularmente después de los movimientos sociales alrededor del Acuerdo de Paz.

### **Conclusión: la Colombia en paz está en manos de los jóvenes, generación tras generación**

El que no conoce su historia está condenado a repetirla. Con esta conocida frase abrimos nuestra conclusión, puesto que al escuchar la polifónica historia de Colombia a través de los relatos vivenciales, al escuchar a los diferentes actores que hoy ya son adultos, pero cuya juventud se vio marcada por un contexto violento, entendemos que nosotros y nosotras somos hijos e hijas de nuestra generación, somos la generación del acuerdo de paz, la de las marchas pacíficas y la que dice ¡nunca más! a la violencia.

A través del diálogo, recogemos mecanismos de lucha y, sobre todo, la búsqueda de la verdad y la empatía por nuestros antecesores; recogemos y reconocemos las luchas que se han venido dando para la transformación del país y la búsqueda de la paz. En tanto somos la generación de la tecnología, siempre estamos en busca de aprender más y de construir en conjunto a través de diálogos intergeneracionales e ideas frescas para la transformación.

La Colombia en paz es joven; diferentes movimientos y olas de transformación que se ven son reflejo de cuándo se ha logrado, generación tras generación, manteniendo la bandera de paz. Hoy somos nosotros quienes escribimos esto, jóvenes universitarios de distintas carreras y de distintas ideologías, que vemos claramente las actuaciones de otros más jóvenes que nosotros: la generación táctil, que está en búsqueda de la verdad y la reconciliación en el ambiente político. Ellos y ellas heredarán estas luchas.

## Referencias

- Bean, C. (1991). Participation and political protest: A causal model with Australian evidence. *Political Behavior*, 13(3), 253-283.
- Bernhagen, P. & Marsh, M. (2007). Voting and protesting: Explaining citizen participation in old and New European democracies. *Democratization*, 14(1), 44-72.
- Brussino, S., Rabbia, H. & Sorribas, P. (2009). Perfiles socio-cognitivos de la participación política de los jóvenes. *Revista Interamericana de Psicología / Interamerican Journal of Psychology*, 43(2), 279-287. Recuperado de <[https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/36867/CONICET\\_Digital\\_Nro.3525f187-d3a4-45eb-9ee9-a205ec0945eb\\_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y](https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/36867/CONICET_Digital_Nro.3525f187-d3a4-45eb-9ee9-a205ec0945eb_A.pdf?sequence=2&isAllowed=y)>.
- Norris, P. (2003). Young people & political activism: From the politics of loyalties to the politics of choice. Paper presented at the Council of Europe Symposium «Young people and democratic institutions: From disillusionment to participation», Strasbourg, France.
- Rodríguez, E. (s.f.). Jóvenes, movimientos juveniles y políticas públicas de juventud en la región andina: una «hoja de ruta» para encarar los desafíos del futuro. Jovenesenmovimiento. celaju.net. Recuperado de <<http://jovenesenmovimiento.celaju.net/wp-content/antecedentes/16.pdf>>.
- Rodríguez, J. C. (2001). «Participación juvenil y ciudadanía, en VV.AA». En Comisión Económica para América Latina y el Caribe & Organización de las Naciones Unidas, Protagonismo juvenil en proyectos locales, *Lecciones del Cono Sur* (pp. 73-87). Santiago de Chile, D.F.: Organización de las Naciones Unidas.
- Verba, S., Schlozman K. & Burns, N. (2005). «Family ties: Understanding the intergenerational transmission of participation». En A. S. Zuckerman (Ed.), *The social logic of politics. Personal networks as contexts for political behavior* (chap. 5). Philadelphia, PA: Temple University Press.

CAPÍTULO 4

**La guerra que vivimos las mujeres**

---





LAS MUJERES QUE HABITAN en sociedades y sistemas patriarcales, como es el caso colombiano, han vivido históricamente y a lo largo de sus experiencias un riesgo importante para su integridad, su dignidad y hasta su vida. Sin embargo, este riesgo puede verse agudizado si, además, estas sociedades presentan conflictos bélicos entre distintos actores armados en disputa por territorios, mercancías y poderes. Las mujeres involucradas en el conflicto armado colombiano han sufrido un impacto diferencial, agudizado por los roles tradicionales establecidos en una sociedad machista y, a partir del cuestionamiento de estos, se destacan como regeneradoras del tejido social. Los hechos victimizantes no se limitan al ámbito físico: se hace necesario reconocer, además, sus implicaciones psicológicas, y cómo también afectan directamente las poblaciones.

### **Mujer como territorio de conquista: violencia sexual**

Una importante expresión de este fenómeno es la violencia sexual, en la que, si bien no se ejerce únicamente hacia personas que se identifican con el género femenino, sí se observa un patrón predominante hacia este grupo.

Como dicen Beltrán, Correa & Olaya (2016) en su tesis de grado, *Nuestro cuerpo como primer territorio de aprendizaje y transformación individual y colectiva*: «El cuerpo es el lugar de enunciación en donde se configuran opresiones, memorias, resistencias y discursos». En Colombia, un país profundamente marcado por la violencia, se ha usado el cuerpo como primera instancia para ejercerla; se han generado traumas que transforman



la visión de sí mismo y la de los otros, modificando así los vínculos entre los habitantes de todo un país. El cuerpo de la mujer colombiana lleva consigo la narrativa de todo el país, cuenta la historia de un territorio violentado, de una constante lucha por el poder que termina por afectar profundamente a quien vive en carne propia lo complejo del conflicto.

Según Ángela Salazar, comisionada de la verdad recientemente fallecida, el cuerpo femenino ha sido «territorio de violencia y un botín de guerra»; lleva en sí, como diría Yolanda Perea, la memoria de un suceso que da cuenta de una sociedad colombiana «que silencia a las víctimas, de un Estado incapaz de hacer justicia, de familias y comunidades tolerantes a las violencias de género y de un manto de señalamiento, vergüenza y culpa que impide que se reconozca la verdad sobre lo sucedido».

Un ejemplo importante para nosotras y nosotros es Yolanda Perea. Ella nos permitió comprender de una forma más humana todo este fenómeno que previamente conocíamos solo en las estadísticas.

Yolanda nos contó la importancia que tenía su figura materna para ella: su madre, una madre soltera que le enseñó a ser fuerte, que la empoderó brindándole la capacidad de expresar sus desacuerdos siempre que lo necesitara. Nos narró cómo, en un momento, tuvo todo, cariño de hogar, alimentación y educación; sin embargo, también nos relató la forma en que todo esto fue destruido debido a la guerra, cómo todo lo que conocía se vino abajo debido a la violencia: «La violencia quita la tranquilidad del campo, transforma las dinámicas de este lugar».

Nos habló del cruel suceso de su violación y que, cuando esta sucedió, no recibió explicación alguna, dada su edad; nos contó que el tiempo se detuvo, que salió de sí para evitar el profundo dolor que ese acto le causó; nos relata cómo pasó de ser una niña alegre a convertirse en un ente que respondía ante la vida por obligación, pues su cuerpo había sido ultrajado, desprendido de ella.

Comenta también cómo su madre reaccionó cuando le contó lo sucedido, y la manera en que sus otros familiares intentaron callarla para evitar más problemas. Nos cuenta que, después del suceso, su madre hizo el reclamo ante las FARC-EP y estos negaron lo ocurrido; pasado un tiempo, estos guerrilleros asesinaron a su madre y su familia tuvo que huir. Fue sumamente difícil tener que empezar de cero, y más en un contexto en donde, siendo negra, es ignorada y abandonada por el Estado.

Nos comparte que, a pesar de las dificultades, ella salió adelante con una herida que sigue impresa en su cuerpo: la culpa, esta fue tratada gracias a la ayuda psicológica que la condujo a comprender que ella fue una víctima y no la causante de todo lo que le ocurrió. Describe que a través del perdón fue capaz de superar lo ocurrido y narra la necesidad de que otras personas puedan sanar también; esto la llevó a crear un grupo en donde es esencial la «rejunta», término que define como: reunión o encuentro entre personas muy diversas, que se juntan para construir. Aprendió que en la unión se pueden construir lazos y resignificar sucesos.

A través de la historia de Yolanda, podemos comprender lo complejo que ha sido el conflicto armado para las mujeres, pues este marca los cuerpos, afecta los lazos interpersonales y silencia a las víctimas; sin embargo, nos demuestra también la importancia de la reflexión sobre los sucesos y de comprenderse a sí mismas para poder avanzar; nos muestra lo fundamental que es construir lazos mucho más fuertes que los que se han roto para poder seguir adelante en el camino hacia el posconflicto.

### **El sufrimiento diferencial: desplazamiento forzado**

La figura del desplazamiento forzado fue una de las más evidentes debido a la gran cantidad de personas que salieron de sus hogares y entornos de origen huyendo de la violencia perpetrada por distintos actores del conflicto armado, quienes en su camino hacia una verdadera justicia y en la búsqueda de ser escuchadas eran

vistas muchas veces en las calles de las grandes ciudades en condiciones de precariedad y con dificultades para rehacer sus vidas.

Zonas urbanas como Bogotá, Barranquilla, Cali o Medellín no habían sido tocadas por el conflicto de una forma tan directa como los demás municipios del país; en ellas predomina un ambiente competitivo y muy hostil hacia quienes no pueden adaptarse con facilidad a estos entornos. Esta hostilidad resulta revictimizante y ubica en posiciones de vulnerabilidad a aquellas personas que de por sí ya están en una situación desproporcionada debido a la dificultad que supone empezar de cero en un entorno desconocido. Ahora, si a esta situación de desplazamiento forzoso se le suma el hecho de ser mujer, suele darse una situación incluso más limitada, pues las oportunidades laborales son más escasas y la carga de los estereotipos femeninos son constantes.

Este fenómeno se ve evidenciado a través de la historia de Darllery Díaz, quien nos narró su proceso siendo víctima del desplazamiento forzado. Ella nació y vivió su infancia en Gaitania, Tolima, en una finca bajo la crianza de su padre. Se convirtió en madre a los 16 años y mantuvo una vida muy activa en su comunidad, tanto así que se convirtió en presidenta de la Junta de Bienestar Familiar. Allí conoció a su esposo, con quien tuvo un hogar durante veinte años hasta su llegada a Bogotá, tras ser desplazada en el 2003 junto con su familia. En ese momento, Darllery tuvo que asumir un cambio radical de su vida en diferentes aspectos y enfrentarse con otra realidad que le generó golpes emocionales bastante fuertes no solo a ella, sino también a sus hijos en sus formas de percibir la vida y en sus proyectos. El cambio de contexto derivó en grandes dificultades para la búsqueda de un nuevo hogar.

### **Hechos victimizantes indirectos**

Es incuestionable que existe un subregistro de aquellas mujeres que no fueron directamente violentadas por un actor armado,

sino que han perdido a personas importantes de sus núcleos familiares o interpersonales, tales como hijos, hijas, parejas, amigos, entre otros. Estos casos los pudimos ver en los encuentros de A Ser Historia, al escuchar la historia de Pilar Navarrete, quien se define a sí misma como una mujer madre de cinco y abuela de seis. De muy joven, conoció a Héctor Jaime Beltrán, su esposo, quien desapareció durante la toma y retoma del Palacio de Justicia.

Veintisiete horas después del inicio de la toma, Pilar llegó al Palacio para buscar a Jimmy; allí vio cuerpos calcinados, sangre y escombros. Todo esto le creó una imagen traumática que la marcaría para siempre. Tras una ardua búsqueda, se encontraron los restos.

Pilar, después de la desaparición de su pareja, de quien dependía económicamente, tuvo que asumir sola el peso de la crianza y sostenimiento económico de sus cuatro hijas. Esto implicó para ella trabajar, lo que nunca había hecho, mientras cuidaba a sus hijas y, además, aprendía sobre la búsqueda de personas desaparecidas. Pero esta no era su única preocupación, no se trataba solo de dinero: en su caso, la pérdida de su pareja significó una herida muy dolorosa que no podía cerrarse. «Que estuviera desaparecido significa que podría regresar, que podría estar vivo», comenta.

Por otro lado, observamos una situación similar en la historia de Luz Marina Hache, sindicalista y exmilitante del M-19; su compañero, con quien participaba en los mismos proyectos políticos, fue desaparecido en 1986. La pérdida de su pareja implicó para Luz Marina una carga emocional fuerte, además de la responsabilidad de asumir sola la crianza de sus hijos. A esto se le sumaron afectaciones a su seguridad que la llevaron a su exilio y a profundas rupturas familiares.

De igual forma, observamos esta situación en el caso de Olga Esperanza Rojas, quien fue afectada por el conflicto armado cuando, el 2 de noviembre de 1992, su esposo fue desaparecido. Esto la obligó a cumplir un rol de padre y madre en la crianza

de sus dos hijos y a asumir la carga económica de su familia, cambios que tuvo que afrontar de manera inmediata sin haber podido procesar de manera adecuada este impacto. «Cuando desapareció comenzó una gran pérdida, tanto emocional como material, porque usted queda sin nada, queda como si a usted le hubieran echado un baldado de agua y esa agua se le hubiera llevado todo», dice Olga Esperanza.

Olga narra que al principio este proceso fue complejo, debido al golpe de la noticia, olvidó todo y quiso terminar con su vida. Lo único que pasaba por su mente era la pérdida de José Vicente y el profundo dolor que esto acarrió: «Yo en ningún momento pensé que tenía hijos, sino en la pérdida de esa persona (...). Yo escuché una voz que me dijo: ¿Y sus hijos?, y me detuve y lloré, sin mentirle, como por una hora».

Estos hechos, de forma irrefutable, ocasionan impactos radicales en la vida y el sentir de estas mujeres, situación que se agrava cuando se ven sometidas a dinámicas de desplazamiento forzado, ya sea solas o con la responsabilidad de hijos, hijas u otras personas a su cargo. En esta misma línea, cabe resaltar que en estos contextos machistas en los que nacieron mujeres como las entrevistadas y dentro de los cuales ellas han cumplido determinados roles se ven revictimizadas una vez que sus compañeros hombres ya no están, pues deben asumir labores que antes eran consideradas propias del rol masculino dentro de la familia, entre ellas, el sustento económico.

Aun así, es necesario reconocer el gran espectro que comprende el género y que los hechos victimizantes no afectan solo a las mujeres cisgénero. Otras personas que se identifican con el género femenino muchas veces terminan siendo revictimizadas por las mismas entidades estatales, como sucede con los órganos encargados del registro de víctimas. Esto sucede cuando no se les reconoce su identidad, a causa del desconocimiento y la falta de capacitación en asuntos de género, situación que describe Colombia Diversa (2017) en su informe *Vivir bajo sospecha*.

Por último, no solo son relevantes los hechos de victimización o revictimización física, sino también las afectaciones a la salud mental de las víctimas, las cuales viven día a día con sensaciones de miedo, rabia, odio e impotencia. En la mayoría de casos, no cuentan con una ayuda psicológica, a causa de la tendencia estatal a reparar solo monetariamente a quienes se han visto afectados por la violencia.

### **Resiliencia**

La historia vivida por cada una de las mujeres que ha sido afectada directa e indirectamente por el conflicto armado no ha sido solamente de dolor, sufrimiento y violencia, sino también de coraje, valentía y dignidad, atributos con los que ellas han resistido, convirtiéndose en un símbolo de resiliencia. Estas mujeres, en medio del dolor causado por el conflicto armado en sus territorios, consideraron que lo habían perdido todo. Sin embargo, lo que hicieron fue levantarse y empezar a ser buscadoras de la verdad; en muchos casos, por medio de organizaciones que les ayudaran a sanar y guiar en ese camino, y en otros, volviéndose lideresas sociales y generando lazos de solidaridad con otras mujeres que se reconocen como víctimas.

En cualquiera de estos dos casos, cada una de ellas reveló su gran capacidad para recuperarse e iniciar una nueva vida de resistencia: una vida de lucha por sus derechos, de reconciliación y de búsqueda de la verdad. Entendemos la resistencia como «la acción de las mujeres como actores sociales que buscan cambios o transformaciones de sus contextos, a partir de situaciones que consideran perjudiciales o problemáticas para sí mismas o para sus entornos» (CNMH, 2017 p. 267). A ellas, como hijas, madres, esposas y amigas, el haber perdido alguno de sus seres queridos y entrado en la categoría de víctimas les generó una transformación radical en sus vidas, que modificó sustancialmente desde su forma de pensar hasta su forma de actuar, y desarrolló

en ellas un empoderamiento, una valentía y una resiliencia para enfrentar sus pérdidas. Más allá de esto, encontraron que es un proceso por el cual ellas deben pasar para no olvidar la importancia de la verdad y el perdón. Su principal objetivo es hacer memoria; ellas se vuelven la voz de sus familiares y amigos, de aquellos que perdieron la vida en medio del conflicto armado. Para lograrlo, usan su creatividad, su voz y su cuerpo, dejando una huella a donde van, sin callar lo que les sucedió y enseñando otras perspectivas para afrontar la guerra por medio del arte.

Según el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica, *La guerra inscrita en el cuerpo*, y lo que escuchamos en los encuentros con estas mujeres, sus acciones de resistencia demuestran su búsqueda incesante por la reivindicación de sus derechos y por la restitución de su dignidad. Es por ello que, sin importar las adversidades, algunas han emprendido caminos organizativos, de memoria y artísticos para manifestar y hacer pública su inconformidad con la violencia y su compromiso con la dignidad. Las resistencias de las mujeres se fundan en las acciones diarias del afecto, del trabajo por otros y otras, del apego a la vida y del sueño de un cambio (CNMH, 2017 p. 292).

A continuación, se dan a conocer las acciones que actualmente ha emprendido cada una de estas mujeres resilientes, tocadas por el conflicto armado.

Un ejemplo de esto es Yolanda Perea, quien tomó protagonismo en el 2011 cuando la amenazaron, estando en Medellín, por pertenecer a organizaciones sociales. Su reacción ante esa amenaza fue buscar la ayuda de Ángela Salazar, quien la apoyó para fundar la corporación afrocolombiana El Puerto de la Tierra, que trabaja por los derechos de las mujeres.

En el 2013, Yolanda participó en la campaña *Violaciones y otras violencias. Saquen mi cuerpo de la guerra*. Luego viajó a España y allí contó su historia de vida en una charla internacional sobre la violencia. Al regreso, se integró a la Mesa de Víctimas que creó la Ley 1448 de 2011 o Ley de Víctimas. También parti-

ció y dirigió las mesas de víctimas de Antioquia, Medellín, sobre el tema de la violencia sexual. En compañía de otras mujeres, posteriormente, creó la campaña *Arrópame con tu esperanza*, que actualmente trabaja con mujeres y hombres víctimas de violencia sexual. En este proyecto confeccionan colchas que construyen entre todas y todos como forma de reparación; estas colchas reflejan memorias y sentimientos, que ayudan a recordar y a construir la paz. Yolanda se refiere a esta iniciativa diciendo que ahí «hacen la rejunta desde esa esperanza de arropar a Colombia y que Colombia nos arrope con esa no repetición».

Yolanda es una mujer que muestra su valentía y su empeño en contribuir a la paz en Colombia con cada paso que da, así como cuando hace escuchar su voz para que otras mujeres también se empoderen. En Yolanda se pueden percibir algunas de las formas de discriminación existentes en Colombia, como las que ha debido enfrentar por ser mujer, negra, víctima del conflicto armado, madre y líder social. Pero ella sirve de inspiración para demostrar que lo mismo que algunos estigmatizan puede servir para generar acciones de resistencia.

Por otro lado, Darlery guía procesos de resistencia en la Plaza de La Hoja, donde recibió una casa por parte del Estado. Aquí encontró un apoyo emocional al compartir su historia y escuchar las de muchas otras mujeres que también fueron víctimas del conflicto armado. Allí, en sesiones de terapia, cuando se preguntaron qué les hacía falta, todas coincidieron en que extrañaban sus vidas en el campo, por lo que decidieron hacer unas huertas. Con el trabajo comunitario y colectivo en las huertas, empezaron un proceso de empoderamiento y sanación, hasta el punto de tomar la decisión de abrirse nuevos horizontes, estudiar e independizarse. A través de esto, ellas cambiaron muchas de las ideas y prácticas que traían, derivadas de una cultura machista.

Darlery llegó a ser parte del Consejo de Administración de La Hoja, donde quiso hacer muchos cambios positivos. Además, cuando volvió a Gaitania habló con las mujeres sobre el



empoderamiento femenino no solo desde la diferencia respecto al hombre, sino desde el autocuidado, la autoestima y el reconocimiento de los valores propios, generando en su territorio nuevas posibilidades que, en su momento, ella no conoció. Actualmente se ha replanteado sus convicciones y manifiesta que quiere hacer parte de iniciativas más personales. En este momento, está enfocada en un proyecto con los jóvenes y en la prevención del consumo de estupefacientes. Para finalizar, nos deja la siguiente reflexión:

En cada ser humano que nos entra en el camino hay algo, y Dios lo pone en el camino para algo. Hay veces que uno no ha explorado muchas cosas y llegan otras personas y se lo exploran. Entonces, cada ser humano llega a la vida de uno a hacer algo. Para mí no es un orgullo contar mi historia, es simplemente una forma de llegarle a la gente y decirles que a veces nos enfrascamos en nada y a veces nos sentimos tristes por bobadas, y lo cierto es que se viven cosas en la vida realmente fuertes. Dios nos da la capacidad de seguir adelante, cada día va a ser mejor y va a venir con cosas nuevas, con pruebas también. Hay días grises, pero el color se lo pone uno. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Darlery Díaz, 18 de enero de 2020)

En la ciudad, según dice María Violet, «las personas indígenas, además de que les vulneran el acceso a la salud y a la educación, tienen que enfrentarse a la discriminación y la estigmatización», por lo que ella emprende su camino de resistencia como representante de la comunidad indígena en la Mesa Local de Víctimas.

Sobre su rol de mujer dirigente, dice que «a pesar de lo duro que es, ha sido una bendición», debido a que le ha dado la fortaleza para decir que las mujeres indígenas tienen mucho que dar para encontrarse a sí mismas y poder ser una voz de sus pueblos. Así ha logrado visibilizar en Bogotá el rol del indígena, generando procesos como la construcción de un colegio indígena, donde se destaca la diferenciación de los pueblos. Este es el plan de vida de María Violet.

Actualmente tiene muchos proyectos, entre los cuales está dedicarse a la maternidad y terminar de estudiar. También espera volver a su territorio para ser gobernadora y, posteriormente, alcaldesa de su municipio con el propósito de fortalecer su territorio.

María Violet demostró que ha vencido las adversidades en Bogotá y la discriminación por ser mujer e indígena. Antes que rendirse, se fortaleció para que esas injusticias que tuvo que vivir no las sufra ningún indígena, demostrando su resiliencia a través de la lucha por los derechos de estos pueblos. Busca el reconocimiento de sus costumbres, sus habilidades y sus concepciones del mundo, y también generar la comprensión en la ciudad de que los grupos étnicos necesitan tejer lazos con el medio urbano para lograr el bien común, pero sin que dejen de reconocerse sus saberes.

Después de la desaparición de Eduardo, la vida de Luz Marina Hache se fue acomodando poco a poco y, a pesar de que el dolor seguía presente, se estabilizó tanto laboral como económicamente. Incluso tenía tiempo para participar en las movilizaciones y las reuniones con familiares de las personas desaparecidas. Posteriormente esto derivó en su afiliación al grupo MOVICE (Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado).

Sin embargo, su activismo no se ha quedado únicamente en la organización de movimientos y movilizaciones. Pilar considera que tiene talento para la actuación y se ha dedicado a participar e incluso a producir obras teatrales para mantener viva la memoria de la desaparición forzada. Creó un *stand up comedy* titulado *El palacio arde*, en el que reconstruye el último día de su compañero Jimmy.

Luego de 32 años de búsqueda, finalmente logró encontrar parte de los restos de Jimmy. Así pudo darle fin a su búsqueda, pero no a su lucha por el esclarecimiento de la verdad de los hechos de la toma y la retoma del Palacio de Justicia.

Luz Marina incursionó desde muy joven en la militancia sindical. Fue durante los preparativos para el Paro Cívico de 1997

cuando conoció a su compañero Eduardo Loffsner Torres, quien también hacía parte de la guerrilla del M-19 y que más tarde fue víctima de desaparición. Después de perderlo, ella siguió toda la ruta de búsqueda sin tener respuestas, y hasta el día de hoy no sabe nada del paradero de Eduardo. Luz Marina hace especial énfasis en la diferencia entre la desaparición forzada y el secuestro: mientras que el segundo permite dar información, aunque limitada, a los familiares y allegados a la víctima, el primero deja una gran incertidumbre frente a lo ocurrido y no permite a los familiares y amigos hacer un duelo completo. Actualmente, Luz Marina es integrante del MOVICE. Fue cofundadora hace 15 años de ese movimiento, que exige verdad, justicia, reparación y garantías de no repetición. Con estos nuevos proyectos de activismo, ha podido seguir adelante con su vida, sin dejar de lado la memoria de su pareja. A pesar de ello, hay heridas que aún no ha podido sanar.

Olga Esperanza es una mujer fuerte y sensible que encontró en sus hijos la valentía para seguir adelante. Ella empezó a trabajar y a realizar diversos emprendimientos para poder mantener a su familia y progresar económicamente. Nunca se rindió en la búsqueda de su esposo a lo largo de los años; sin embargo, saber la verdad en esta guerra es algo muy difícil, y este caso no fue la excepción. Lo único que le quedó fue seguir buscando pistas y atando cabos que la acercaran a la tan anhelada verdad. A pesar de los diversos obstáculos que la vida puso en su camino, la resiliencia siempre estuvo allí. Olga buscó una solución a cada conflicto que surgió y siempre procuró el bien para ella y su familia. Esto, además, acompañado por la comprensión de la realidad del otro y evitando el odio. Aunque el dolor sigue ahí, ya no siente rabia; por el contrario, pide a Dios y quiere compartir su fuerza con otras mujeres que aún no cuentan con la fortaleza suficiente para afrontar los dolores que provoca esta complicada coyuntura.

Ella es un ejemplo de la sororidad y de la empatía; de una fuerza inmensa, pero también de una indudable sensibilidad.

Olga Esperanza nos dio a conocer su historia, una historia que nos propone salir del egocentrismo, que nos propone amar la vida, apreciar al otro y comprender que el camino hacia la paz es complejo pero posible.

María Eugenia de Antequera, a través del uso de su apellido, empezó a construir memoria y recordar a su esposo, José Antequera, víctima del genocidio dirigido a los miembros de la UP y quien fue asesinado el 3 de marzo de 1989 en el aeropuerto El Dorado de Bogotá. Ella es prueba de la fuerza y el amor por la vida de las personas que sufrieron la pérdida de sus seres queridos a causa de la violencia, que no ha parado de azotar nuestro país.

Después de un tiempo de la muerte de su esposo, a través de la realización de talleres de víctimas, empezó a lograrse la sanación conjunta entre las víctimas de aquellos asesinatos. Así, tras su proceso de resiliencia, ella ayuda a otras mujeres afectadas por estas dinámicas violentas, con el apoyo de profesionales. Enfatiza que en el dolor no existen clases, que todos sentimos el mismo dolor y que en la guerra nadie gana nadie. María Eugenia nombra que lo más valioso es lograr que una mujer hable, pues muchas veces el dolor es tan fuerte que no se puede siquiera expresar; este sentimiento sigue siendo tan personal y profundo, que deja marcas que se somatizan y se hacen evidentes, incluso, en los rasgos físicos de las víctimas. María Eugenia considera que la palabra tiene un papel fundamental en la reparación y el reconocimiento de estas personas, quienes, al ser escuchadas, toman una posición diferente respecto a su vida futura.

### **Las mujeres y la militancia**

En los encuentros, pudimos escuchar las voces de mujeres que hicieron parte de las guerrillas y de otros grupos protagonistas del conflicto armado en Colombia, lo cual nos permite analizar y conocer sus experiencias, y de qué forma la diferencia de género dio paso a prácticas y opresiones distintas.

En las diversas guerrillas y movimientos sociales que han actuado en Colombia, sobresale el rol de la mujer en la construcción y el funcionamiento de estos colectivos. Es importante mencionar que, a pesar de que se dieron grandes pasos en los grupos subversivos por incluir a la mujer en su actividad política, aún es evidente el peso que tiene el rol tradicional femenino impuesto por el patriarcado en el relacionamiento con sus compañeros hombres y en las relaciones con las contrapartes ideológicas y en el combate: el Estado y la fuerza pública.

Muchas mujeres han debido transformarse y transformar sus entornos con gran valentía y fuerza para seguir sus ideales y formas de pensar respecto a los ámbitos sociales y políticos; sin embargo, la constante violencia en Colombia las ha llevado a distintas posiciones, como es el caso de vincularse a grupos armados históricamente dominados por figuras masculinas, para transformar y hacer verdaderamente parte de un cambio.

Isabela Sanroque cambió su vida de un barrio popular de Bogotá para unirse a la guerrilla y perseguir sus ideales de justicia social y revolución. Así, la guerrilla se convirtió en una familia para ella, la cual también contribuyó a construir. Esto posteriormente la llevó a una reivindicación de sus derechos como mujer durante y después de los acuerdos de paz a través del feminismo fariano, el cual sigue manteniendo a través de su participación en el partido FARC.

Ella, al ser una mujer de origen popular, siempre tuvo gran sensibilidad por las injusticias sociales que veía a su alrededor desde pequeña, por esto decidió incursionar en el pensamiento y el movimiento revolucionario. Así, nos cuenta: «Para mí, hablar de cambios sociales es hablar de una decisión de vida. Yo ingresé a las FARC-EP porque claramente nuestra realidad es muy complicada». En los comienzos de esa guerrilla, el impacto de las mujeres no era muy grande, pero al pasar los años se fueron uniendo más y más mujeres al movimiento, lo cual necesariamente derivó en el desarrollo de la posición del

grupo armado en materia de género, en tanto existe un avance en las concepciones de las mujeres como sujetos políticos y combatientes.

Isabela Sanroque nos contó su experiencia como mujer en la guerrilla más antigua del país. Según su relato, mujeres y hombres estaban en igualdad de condiciones y se repartían el trabajo equitativamente. Las tareas en las zonas rurales donde la guerrilla actuaba se organizaban sin jerarquías de género y con iguales condiciones para todos. «Mujeres y hombres cocinábamos; cada uno lavaba su ropa». Cuenta que desde las primeras conferencias de esta guerrilla se exigía igualdad de derechos para ambos sexos. Con respecto a las acusaciones de violencia sexual dentro de las FARC-EP, Isabela nos explicó que esas premisas se caen cuando se ve que en las filas el 40 % eran mujeres. «¿Qué mujer se quedaría en una organización si la violentan?», cuestiona.

«No teníamos matrimonios dentro de la organización; entonces no teníamos que estar ligadas a alguien económicamente o a sometimientos emocionales». Para Isabela, dentro de la guerrilla lo personal también se volvía político y la revolución atravesaba los ámbitos del afecto y de las relaciones sexoafectivas. Según ella, eso les daba libertad y tranquilidad a las mujeres.

Aunque Isabela afirma que nunca hubo casos de violencia sexual dentro de la guerrilla, varios informes recibidos por la Comisión de la Verdad reúnen testimonios de víctimas que fueron violentadas sexualmente por guerrilleros farianos.

Similarmente, Vera Grabe fue militante de la guerrilla del M-19 desde su creación hasta su desmovilización. Ella nos contó cómo las mujeres eran parte vital para la organización al componer un 40 % de esta en 1984, no obstante, no hacían parte de las comandancias superiores y debían negar su feminidad para ser reconocidas como autoridad para sus inferiores.

Desde joven, Vera rechazó el sectarismo de otros movimientos revolucionarios, aquellos que venían de las diferentes

vertientes socialistas y comunistas, hasta que encontró uno con el que sentía afinidad, el grupo del M-19; ella sentía que ahí podía tener miedos, que podía tener dudas y que realmente había un proyecto diferente. Al contrario de los otros movimientos, el M-19 buscaba acercar la revolución a la ciudad y utilizaba dinámicas más urbanas.

Vera continúa su relato, «en el M-19 la mujer desde el principio fue muy importante, un componente muy esencial»; no se daban relaciones de subordinación y las mujeres tenían una importante participación en las acciones directas, en los operativos y en la parte de inteligencia de la organización. Para 1984, el 40 % de las filas del M-19 estaba conformado por mujeres, sin embargo, en la comandancia superior este porcentaje se reducía a cero.

A pesar de la alta participación de las mujeres en la militancia, el grupo seguía permeado por las tradiciones y actitudes machistas de los militantes hombres. Como también nos contó Vera, el hecho de que la guerrilla respete y valore a las mujeres no significa que no haya machismo. «Cuando yo daba las mismas órdenes que mi compañero, a mí me llamaban militarista; entonces, cuando un hombre da las órdenes está bien, pero si una mujer las da es fascista». También, varios de sus compañeros le decían que hablara con voz de hombre, exaltando la imagen de la masculinidad y relacionándola con la fuerza necesaria para pertenecer a la guerrilla.

Con respecto a los actos de violencia sexual, Vera menciona que no se dieron casos de este tipo dentro del M-19. Es importante resaltar que, durante la época de militancia de esta guerrilla, una de las formas que usaba la fuerza pública como tortura con las guerrilleras detenidas era el uso de la violencia sexual, práctica que tenía como propósito la vulneración de la dignidad de la víctima y la reafirmación del poder estatal que perseguía a los grupos subversivos.

## **La reincorporación política después de la guerrilla**

En los diversos procesos del cese al fuego es inevitable para los y las militantes pensar en los cambios sociales, económicos y políticos que va a sufrir su vida y su entorno después de haber vivido por fuera de las urbes durante tanto tiempo, principalmente por la estigmatización. En el caso de las mujeres, corresponde a una doble preocupación, debido a que necesariamente ingresan a una sociedad más grande y con dinámicas machistas y patriarcales en la que probablemente no van a ser reconocidas con el nivel de autoridad, respeto y confianza que se pudo construir con sus camaradas en un entorno cercano. Sin embargo, en los casos de Vera e Isabela se evidencia cómo ellas han hecho de estas dinámicas unas oportunidades para desempeñarse liderando y participando activamente en procesos de construcción de paz, democracia y equidad, entendiendo el género como una lucha transversal a todos los temas.

Vera, después de haber participado en el proceso de desmovilización del M-19 en el año 1990, entró a la Cámara de Representantes por Bogotá en el tiempo en que se desarrolló la iniciativa de la Séptima Papeleta, que desde el movimiento estudiantil promovió la Asamblea Nacional Constituyente. Fue cuando en 1991 se suspendió el Congreso y se dio paso a la Asamblea. Concluida esta, Vera entró al Senado para ser parte del primer Congreso encargado de la implementación de las grandes reformas propuestas por la nueva Constitución.

Hoy, después de una vida que incluyó la lucha armada, además de ser congresista, fórmula vicepresidencial y académica, es reiterativa en la importancia de construir paz en el día a día. Está decidida a continuar el legado del M-19 de una forma diferente a la que han tomado otros de sus compañeros, como Antonio Navarro y Gustavo Petro. Ya alejada de la política, busca llevar un mensaje en contra de la polarización y a favor de la paz decidida.



Vera abordó la paz de diferentes formas durante su vida: primero desde la guerra, luego desde la política y ahora desde la educación. Para ella, los espacios de paz son otro tipo de revolución, en donde esta se puede convertir en un lente por el que se puede percibir la vida, y dice que «no todo es blanco y negro». Actualmente ejerce un trabajo en pedagogía de cultura de paz, que consiste en identificar nuestras violencias cotidianas, abordar los conflictos desde perspectivas no violentas y fortalecer las prácticas de paz.

En la misma línea, Isabela Sanroque, o Carolina, como la bautizaron sus padres, ha desarrollado talleres y proyectos desde su experiencia con la familia que luego tomó el nombre de FARC, convirtiéndola en una posibilidad de transformación pacífica a través de instancias gubernamentales, posteriormente al Acuerdo. Mantiene firmemente sus principios y constantemente denuncia las injusticias existentes en los territorios y ciudades, además de la entrega total a la construcción de paz y de cumplir su meta de graduarse de la universidad.

Para ella, la reincorporación significó un proceso difícil, pero a la vez descubrió la importancia del diálogo al ser encomendada por un comandante para negociar en La Habana. No le era fácil sentarse a dialogar con quienes habían ordenado los bombardeos y ataques que le habían costado la vida a tantos camaradas, entre ellos, a su compañero Cristóbal, pero aceptó. Así, junto con compañeras como Victoria Sandino, Isabela integró la Subcomisión de Género, que introdujo el enfoque de género en el Acuerdo.

Después de las negociaciones estuvo un tiempo desarrollando actividades de pedagogía de paz en la zona veredal de Icononzo, donde hizo dejación de armas. Luego se instaló en Bogotá, lugar desde el que busca visibilizar el mensaje del partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, FARC. Le ha apostado en su proceso de resiliencia a la vida política, como candidata a la Cámara por Bogotá y a edilera en Teusaquillo.

### **Conclusión: el papel de la mujer va más allá de lo que una sociedad machista le determina**

Al encontrarnos con cada una de las historias, percibimos que, más que testimonios, son las voces de mujeres resilientes que no se dejaron aniquilar por la guerra. Mujeres que reflejan las diversas interpretaciones y emociones de la guerra desde el dolor, la rabia, la desilusión, la desaparición, el desplazamiento, la pérdida y la esperanza. Pero que también, a partir de esto, han demostrado que el papel de la mujer va más allá de lo que una sociedad machista determina, generando redes entre sí y transformando la guerra en otras perspectivas que llevan a la paz. Son el claro ejemplo de la fortaleza, empoderamiento y liderazgo; son quienes, a pesar de sufrir estigmatizaciones y subestimaciones en muchas ocasiones, han sacado fuerza del dolor, de esas emociones, para levantarse, regenerar, reconstruir y hacerse escuchar.

### **Referencias**

- Beltrán Rodríguez, D. P., Correa Ochoa, N. & Olaya Narváez, J. M. (2016). *Nuestro cuerpo como primer territorio de aprendizaje y transformación individual y colectiva*. (Tesis de grado), Universidad Pedagógica Nacional, Bogotá, D.C. Recuperado de <<http://repository.pedagogica.edu.co/bitstream/handle/20.500.12209/2319/TE-19035.pdf?sequence=1&isAllowed=y>>.
- Colombia Diversa. (Mayo de 2017). *Vivir bajo sospecha*. Recuperado de <<http://www.colombiadiversa.org/conflictoarmadolgbt/documentos/vivir%20baja%20sospecha.pdf>>.
- Ramírez, A. B., Pino, A. M., Pérez, H. N. B. & Murcia, A. M. S. (2017). *La guerra inscrita en el cuerpo*. Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH).



CAPÍTULO 5

**La contradicción entre  
guerra y democracia**

---





COLOMBIA Y SUS DIRIGENTES políticos se jactan constantemente de que somos la democracia más antigua de América Latina. Su afirmación radica en que en 1810 José Miguel Pey fue elegido por voto popular como alcalde de Santa Fe de Bogotá, en el que se ha considerado como el primer acto democrático celebrado en la América liberada del yugo español. Desde entonces, el país ha mantenido la tradición electoral, solo exceptuando la dictadura militar de Rojas Pinilla, que al final tuvo una duración de cuatro años (el mismo tiempo que un periodo de gobierno). Esto nos diferencia de otros países como Chile, que enfrentó un régimen militar durante 17 años. Naturalmente, la práctica de la democracia se ha transformando a través del tiempo y de las luchas históricas, con avances como el voto de la mujer y la participación de los indígenas. No obstante, en la actualidad se sigue relacionando la democracia principalmente con el sufragio universal, y lo cierto es que el concepto de democracia tiene una multiplicidad de elementos que en muchos casos en el país no se cumplen, a pesar de estar contemplados en la Constitución Política.

Nos regimos bajo el principio de democracia participativa consagrado en la Constitución de 1991. El artículo primero de la Carta Política consagra y plantea los elementos necesarios para tener una comprensión más amplia del concepto de democracia: define a Colombia como un Estado Social de Derecho, democrático, participativo y pluralista, fundado en el respeto de la dignidad humana. De igual manera, el artículo tercero le entrega la soberanía al pueblo, de quien emana el poder público.

El contraste entre la narrativa planteada en la norma de normas y la realidad de un pueblo que vivió un conflicto armado interno por más de cincuenta años pone en tela de juicio la materialización de todos los elementos consagrados en la Constitución, a tal punto que es posible preguntarse: ¿de qué manera el conflicto armado es reflejo de las contradicciones y tensiones entre el accionar estatal y su discurso democrático?

A través del ejercicio de (re)construcción de la memoria histórica, los actores directos e indirectos del conflicto armado dan a conocer sus trayectorias de vida personal y los acontecimientos que, para ellos, han puesto en evidencia la manera en que la acción y omisión estatal han ido en contra de los valores democráticos. El reto principal del ejercicio fue llegar a una definición integral de democracia. Intentando dar cuenta de la información obtenida en los encuentros, la democracia debe ser comprendida como un sistema político en el que la ciudadanía tiene mecanismos efectivos y reales para participar activamente en la toma de decisiones políticas. La Sentencia C-537 de 1993 de la Corte Constitucional plantea que es necesario «el reconocimiento a todo ciudadano del poder-derecho de participar en la gestión y ejercicio del poder político que conduce a la ideación de otros canales y mecanismos de participación-gestión para que la praxis sea verdaderamente democrática en todos los ámbitos y planos del acontecer social y político», poniendo así en evidencia la necesidad no solo de generar espacios de participación, sino también de garantizarlos.

Adicionalmente, existen otros indicadores que dan respuesta a la pregunta de qué tan democrático es un país, como la capacidad de organizarse en partidos alternativos, lo que se pone en duda a raíz de acontecimientos como el exterminio de la UP o la libertad de expresión de ideas, teniendo Colombia miles de exiliados por amenazas al expresar sus puntos de vista, y líderes sociales asesinados a diario por defender los derechos de sus comunidades, consagrados en la Constitución.

Si bien la historia de Colombia trae consigo una idea de democracia, la realidad del último medio siglo ha desafiado ese concepto del que con tanto orgullo se habla. La violencia ha jugado un papel determinante en la definición de Estado y el concepto de soberanía interna, tanto que puede «llegar a generalizarse a nivel del sistema político cuando la violencia se convierte en práctica común en las relaciones entre individuos o entre organizaciones y es aceptada como parte del funcionamiento de los distintos sistemas de la sociedad» (Contreras, 2007). De tal manera, vale la pena cuestionarse sobre la realidad democrática de un país con miles de desplazados, secuestrados, asesinados, reclutados y una serie de guerrillas que poco a poco se han ido desmovilizando, y que han ingresado a la vida civil y política; pues aún está por verse si la institucionalidad será capaz de garantizar la seguridad de estos excombatientes o si se presentará un nuevo exterminio.

### **El genocidio de la Unión Patriótica**

En el año 1984, a raíz del acuerdo de cese al fuego con las FARC-EP del Gobierno de Belisario Betancur, se creó el partido Unión Patriótica. En ese momento, se buscaba la transición de esa guerrilla de las armas a la política electoral. Pero también se buscaba dar espacio a varios sectores de la sociedad que habían estado marginados del bipartidismo, particularmente desde el inicio del Frente Nacional.

La UP agrupaba, entre otras fuerzas, a personas de las FARC-EP que iban a dejar la lucha armada como parte de un proceso de paz. Además, incluía al Partido Comunista Colombiano, que hasta entonces no había podido lanzar candidatos sino en alianza con diferentes sectores del Partido Liberal. Agrupaba también sindicatos, cooperativas y diversos movimientos sociales en diferentes territorios del país.



Los primeros resultados del partido fueron buenos, sobre todo teniendo en cuenta que era la primera vez que en Colombia había una opción diferente al bipartidismo. Lograron puestos en el Congreso: cuatro senadores y cuatro representantes a la Cámara. Además, consolidaron un fuerte poder local, con una significativa presencia territorial.

Así como desde un comienzo los resultados fueron positivos para la UP, también muy pronto comenzó el exterminio de sus integrantes. Meses después de su posesión en 1986, fue asesinado en Barrancabermeja el representante a la Cámara Leonardo Posada. La suerte para los dirigentes locales fue similar, incluso por cuenta de grupos paramilitares que ejecutaron masacres para castigar a pueblos enteros por haber elegido funcionarios de este partido. Este fue el caso de la masacre de Segovia en 1989. Explicó María Eugenia Guzmán:

De cada reunioncita quedamos uno, otro por ahí. Tuvimos que vivir con eso. Qué fue lo más duro de todo el proceso. (...). Matazón total para todos cuando ya se hacen las elecciones, cuando todos ganamos las elecciones; que creíamos que habíamos cogido el mundo en las manos. Todo lo hicimos legal, legítimo, con gente que estudiaba; mejor dicho, de seis a seis todos los días, los sábados, los domingos. Le pusimos la vida entera, el alma y todo a ese proyecto. Pero la respuesta del Gobierno fue una eliminación física que llevó al asesinato más o menos de unas cinco mil personas en promedio y las que nunca sabremos. (Encuentro A Ser Historia. Invitada María Eugenia Guzmán de Antequera, 25 de mayo de 2019)

Los líderes más importantes de este partido a nivel nacional fueron exterminados en menos de diez años: Jaime Pardo Leal, Bernardo Jaramillo Ossa, José Antequera, Teófilo Forero y Manuel Cepeda Vargas, entre otros. Líderes regionales como Aída Ave-lla e Imelda Daza debieron salir exiliadas; ambas vivieron más de una década por fuera de Colombia. Además, la situación de

seguridad llevó a acrecentar las filas de las FARC-EP, pues se unieron nuevos reclutas a esta guerrilla, además de los miembros que no se desmovilizaron. Estos incluyeron a Iván Márquez y Simón Trinidad. Entre 1986 y 2002, fueron cinco mil las víctimas de este genocidio político.

El impacto del genocidio de inmediato fue positivo para sus perpetradores. En primer lugar, los diálogos con el gobierno Betancur se estancó, entre otras razones, por el exterminio del partido. En los años que siguieron al comienzo del genocidio, se debilitó gradualmente el poder político del partido. Luego de los primeros éxitos electorales, rápidamente el exterminio frenó su crecimiento. En la Asamblea Nacional Constituyente, donde corrientes alternativas y progresistas abrieron un particular espacio de construcción política, tan solo tuvieron representación con dos delegados. Aunque para Antonio Navarro, uno de los presidentes de esta asamblea, la diferencia tenía que ver con la distancia entre la izquierda tradicional y una nueva izquierda, representada en el M-19, no se puede negar el efecto del genocidio sobre la representación. En 2002 la UP recibió tan baja votación que el Consejo Nacional Electoral le quitó su personería jurídica, sin considerar la violencia excepcional de la que había sido víctima. Así, el primer proyecto alternativo al bipartidismo fue desaparecido. Solo en 2013, por orden del Consejo de Estado, la personería jurídica le fue restituida.

La responsabilidad de este genocidio aún no es clara. Es evidente, como lo determinó la Comisión Interamericana de Derechos Humanos (CIDH), en su admisibilidad del caso 11.227, que hubo responsabilidad estatal y paramilitar. En diferentes sentencias de los juicios a los grupos de autodefensa, como la de José Éver Veloza, se hace evidente su involucramiento en el genocidio. No obstante, hay poca información sobre las responsabilidades individuales, sobre todo de actores estatales y de organismos de inteligencia. Se espera que la JEP ayude en el camino de este esclarecimiento.

## **Violencia contra defensores de derechos humanos por el paramilitarismo**

Los orígenes del paramilitarismo en Colombia no son totalmente claros. Los grupos paramilitares surgen bajo la figura de seguridad privada y sus orígenes se remontan a los años sesenta cuando grupos de terratenientes e industriales de las regiones contrataban seguridad privada para proteger y vigilar sus bienes. Años después, comienzan a organizarse grupos con tintes ideológicos, en respuesta a diferentes dinámicas tanto de la población civil como de las guerrillas. Un ejemplo claro es el de Muerte a Secuestradores (MAS), grupo paramilitar formado a raíz del secuestro por el M-19 de Martha Nieves Ochoa, hermana de Fabio, Jorge Luis y Juan David Ochoa, miembros del Cartel de Medellín, y en general frente al aumento de robos de ganado y cobros de vacunas. Su carácter de contrainsurgencia les daba la calidad de legalidad y legitimidad para actuar en contra de las guerrillas, esto, claro está, respaldado por el Gobierno y la fuerza pública.

Ariel Ávila (2019) citando a la CIDH, plantea que: «los grupos paramilitares comenzaron a perpetrar acciones prohibidas por mandato de las Fuerzas Militares o en calidad de auxiliares de dichas fuerzas y progresivamente se convirtieron en fuerzas independientes». En ese orden de ideas, el Gobierno se valía de dichos mercenarios para llevar a cabo acciones ilegales prohibidas dentro del Derecho Internacional Humanitario (DIH). Es importante resaltar la influencia de países como Estados Unidos en el desarrollo de estos grupos a través del Instituto del Hemisferio Occidental para la Cooperación en Seguridad, que en 1963 funcionaba bajo el nombre de United States Army School of the Americas, y se encargaba de realizar capacitaciones militares.

Sin embargo, un gran número de graduados de la escuela fueron implicados en violaciones de derechos humanos. «En mayo de 1999, unas doce organizaciones defensoras de los derechos humanos en EE. U.U. marcharon frente a la Casa Blanca para exigir el cierre de la Escuela de las Américas, en el fuerte

Benning, a la que señalaron como un lugar de adiestramiento en tortura y asesinato para los militares latinoamericanos» (*El Tiempo*, 13 de diciembre de 2000). Durante esta época, Harold Koh, entonces subsecretario de Estado para Derechos Humanos del Gobierno de Estados Unidos, «presentó un informe en el que insinuaba que miembros del Ejército tenían nexos con grupos paramilitares» (*El Tiempo*, 13 de diciembre de 2000).

El *modus operandi* de los grupos paramilitares, como lo contempla el informe *Basta Ya* del CNMH, se refiere al «campo arrasado». Esta modalidad generó un aumento significativo de la violencia y desencadenó el desplazamiento forzado de miles de familias. Adicionalmente, pretendió limitar y terminar con las actividades políticas de oposición: «Miles de militantes de izquierda fueron asesinados por estos grupos. Casi todos los días los medios de comunicación reportaban el asesinato de activistas políticos y sociales» (Ávila, 2019). Muchos campesinos involucrados involuntariamente en el conflicto armado eran tildados de colaboradores de las guerrillas y, por lo tanto, enfrentaban la mano dura de estos grupos. Sin embargo, la violencia paramilitar no se limitó únicamente a las zonas rurales del país, sino que se extendió a todo el territorio. En los cascos urbanos y las grandes ciudades, diferentes defensores de derechos humanos eran perseguidos y asesinados. Muchos de ellos ni siquiera participaban directa y activamente en movimientos políticos o ideológicos, ni tenían aspiraciones de alcanzar algún tipo de cargo público, sino que buscaban hacer tangibles los derechos consagrados en la Constitución de 1991 en pro del bien común. De tal manera, el discurso de contrainsurgencia y de apoyo militar en contra de agrupaciones al margen de la ley se convirtió en una persecución a activistas políticos sin ideologías marcadas: «En una buena parte de las regiones del país, el paramilitarismo no fue contrainsurgente y se dedicó a golpear líderes sociales y políticos. La contrainsurgencia era un objetivo secundario» (Ávila, 2019).

Iván Calderón Alvarado perdió a sus padres cuando tenía tan solo un año. Elsa Alvarado y Mario Calderón trabajaban en el Centro de Investigación y Educación Popular (CINEP) y son un ejemplo de los mártires del conflicto armado. A Mario le gustaba trabajar en los barrios populares y buscaba generar conciencia en las personas sobre la defensa del territorio. Trabajó durante mucho tiempo por la protección del medio ambiente, y en este camino contribuyó a la creación de la Reserva de Sumapaz. Elsa, por su parte, era una persona muy crítica y siempre estaba buscando cómo generar un cambio positivo en las comunidades. A ambos los unía el amor por el pueblo colombiano y por su pequeño hijo, Iván.

Iván ha tenido que construir una idea de quiénes fueron sus padres a través de relatos, historias y fotografías. Habla sobre la deshumanización y dice que «es un método de defensa y de ataque al mismo tiempo del victimario, para poder justificar la violencia y defenderse de sus consecuencias religiosas, morales, políticas, etc.». Sin embargo, afirma que no puede decir hasta qué punto este fenómeno se presenta en cada caso particular; lo que sí puede asegurar es que siempre existe una justificación y un argumento por el que un alto mando puede convencer a sus subalternos de llevar a cabo una determinada acción. Sobre este caso,

el exjefe paramilitar Diego Murillo Bejarano, alias Don Berna, ha afirmado que el crimen fue ordenado por Carlos Castaño y ejecutado por la banda de sicarios La Terraza, que tenía bajo su mando (...). Además hay un militar vinculado: el coronel (R) Jorge Eliécer Plazas Acevedo, quien habría ayudado a los sicarios para ejecutar el crimen. (*El Espectador*, 12 de agosto de 2015)

Esto demuestra, una vez más, que quien piense diferente o tenga proyectos que van en contravía de los intereses de alguno de los grupos insurgentes y paramilitares colombianos está condenado a la muerte.

A pesar de la persecución y el particular interés de ciertos grupos y sectores por silenciar a las personas e impedirles conocer sus derechos y defenderlos, Iván dice que «la lucha de derechos humanos sigue y este país sigue produciendo mucha gente valiente dándole la cara a la muerte, que sigue defendiendo los derechos humanos, y ese esfuerzo es digno de ser reconocido —solo que este no es el momento político». De tal manera que, para esperanza de toda una nación, aún existen personas intentando luchar por sus comunidades.

Sin embargo, es importante resaltar el fenómeno de la criminalización por la defensa de los derechos humanos que se daba en la época. Activistas y defensores que no profesaban ninguna ideología política en particular fueron asesinados bajo el argumento de la contrainsurgencia. Al igual que Elsa y Mario, civiles como Jaime Garzón y José Eduardo Umaña pagaron con su vida: el primero por intentar facilitar gestiones para una negociación de paz y buscar la liberación de secuestrados, y el segundo por luchar por los derechos de los pueblos autóctonos. Lo anterior es un tema polémico para una nación que se jacta de su vocación democrática pero que, en primer lugar, no tiene la capacidad de garantizar la vida para todos sus ciudadanos y además permite, y en determinados casos facilita, el asesinato de quienes buscan alcanzar este objetivo.

Es irónico considerarlo desde ese punto de vista ya que, al recordar la definición de Weber del Estado, uno de los elementos primordiales es el de la soberanía interna que, para lograrla, exige la presencia de las instituciones estatales en todo el territorio. Cuando un defensor de derechos humanos pone sobre la mesa una queja sobre un tema que afecta a una comunidad, debería ser una señal de alarma para el Gobierno, pues significa que alguna institución no está cumpliendo su rol o ni siquiera se encuentra presente en un territorio, ausencia que permite la entrada de grupos ajenos al Gobierno a resolver ese problema o, en su defecto, a sacar provecho de la situación. En ese orden de ideas, el liderazgo

y el activismo social deberían ser vistos como una oportunidad para el Gobierno y la posibilidad de un trabajo conjunto y en el marco de una relación horizontal. La protección de las personas que dedican su vida a buscar el bienestar comunitario tiene que ser tan importante y prioritaria, como la protección de cualquier funcionario, diputado o político que trabaje directamente con el Gobierno. Esto implica generar investigaciones exhaustivas que permitan identificar a los perpetradores de estos actos, muchos de los cuales ya han sido declarados de lesa humanidad y, más importante aún, develar el rol de instituciones, como las Fuerzas Militares, en estos hechos en contra de la población civil.

Iván no tuvo la oportunidad de conocer a sus padres. Elsa y Mario ya no tienen la posibilidad de educar a las comunidades para que conozcan sus derechos y educarnos a todos para que entendamos la importancia del medio ambiente. No obstante, su legado queda en todo el trabajo que lograron realizar y en su hijo Iván, quien también es sociólogo, pero también en la esperanza de una nación en la que defender los derechos humanos no nos cueste la vida.

### **Parapolítica**

A finales de los ochenta comienza a darse en Colombia un fenómeno de descentralización administrativa, proceso facilitado gracias a la elección popular de alcaldes a partir de 1988. Las regiones comenzaron a tener mayor independencia y un rol más importante en la política nacional. Las dinámicas que se desarrollaban en los territorios cambiaron y por eso las élites políticas en el poder se vieron obligadas a buscar ayuda: «La resistencia a la democratización local llevó a que sectores políticos tradicionales pidieran ayuda a grupos paramilitares para eliminar a la oposición» (Ávila, 2019). Así, se inició una relación entre el paramilitarismo y la política: «Mediante estas dos estrategias, violencia y clientelismo, los paramilitares se infiltraron en el ámbito local»

(Rodríguez, 2008). Comenzaron a surgir fenómenos atípicos: por ejemplo, que un candidato que se presentaba por primera vez obtuviese una votación extremadamente favorable, o que alguien que se presentaba por segunda vez aumentara de manera significativa su votación. Ariel Ávila (2012), citando a López y Sevillano (2008), afirma:

El fenómeno que se conoce como parapolítica hace referencia a las relaciones que se establecieron entre la clase política, mayoritariamente local y regional, con grupos paramilitares cuyo objetivo fue capturar la representación política y las funciones públicas por medio del posicionamiento de agentes políticos y funcionarios públicos en instituciones nacionales, locales y regionales. (Ávila, 2012, p. 10)

La estrategia paramilitar de eliminar físicamente contrincantes políticos y a la vez imponer los candidatos aliados marcó la forma en que se hizo política en Colombia al comienzo del milenio. Esta alianza llegó a controlar el 40 % del Congreso de la República, así como importantes cargos de liderazgo regional. La ganancia para los grupos paramilitares fue tener amigos en el Congreso para su proceso de paz, y para los políticos tener aliados armados. Esto se puso de manifiesto cuando Salvatore Mancuso se presentó ante el Congreso en pleno sin haber dejado las armas. Estos vínculos se hicieron también evidentes en el caso del alcalde de El Roble, Eudaldo Díaz, asesinado tras haber denunciado al entonces gobernador Salvador Arana por amenazas contra su vida.

### **El secuestro de políticos por las FARC-EP**

Uno de los elementos de la lucha armada de las FARC-EP fueron los secuestros, de larga duración, sobre todo contra miembros de la fuerza pública y políticos. Particularmente al final de la década del noventa, la guerrilla comenzó un plan de retenciones como



política de la organización. Durante la época de los diálogos en la zona de distensión de El Caguán, las FARC-EP publicaron la Ley 002, que establecía un impuesto a favor de la guerrilla: «Quienes no atiendan este requerimiento, serán retenidos. Su liberación dependerá del pago que se determine». Algunos de estos secuestros duraron más de una década. También, como en el caso de los once diputados de la Asamblea del Valle del Cauca, muchos de los secuestrados murieron en cautiverio o fueron asesinados.

Los secuestros se dieron desde los primeros tiempos del conflicto armado. El empresario Harold Eder fue secuestrado y asesinado por las FARC-EP en 1965. Políticos como Álvaro Gómez Hurtado y Andrés Pastrana fueron secuestrados por diferentes grupos armados. La guerrilla de las FARC-EP fue particularmente reconocida por la duración de los secuestros. La persona que más tiempo estuvo en poder de esta guerrilla, el sargento César Augusto Lasso de la Policía Nacional, permaneció encadenado por más de 13 años.

Muchos de los políticos secuestrados eran considerados como no canjeables. Esto significaba que las FARC-EP no estaban dispuestas a cambiarlos por guerrilleros encarcelados. El caso de Ingrid Betancourt se volvió famoso internacionalmente, pues era senadora, candidata presidencial y ciudadana francesa. En su momento, a cambio de la liberación de Betancourt, se ofreció a las FARC-EP representación en Francia con una oficina.

Alan Jara dice, en su libro *El mundo al revés* (2010), que el Mono Jojoy le comentó que el plan era tomar como rehenes a los parlamentarios. Entonces Jara objetó, pues él ya no era gobernador y tampoco era parlamentario; Jojoy le dijo: «Pero iba a ser».

Sin embargo, muchos de los políticos secuestrados por las FARC-EP no pertenecían a la oligarquía o a la derecha. Muchas de las personas secuestradas estaban apoyando la solución negociada del conflicto, buscaban la salida humanitaria y querían lograr la paz. Un caso icónico en este sentido fue el de Gilberto Echeverri, quien era gestor de paz para el departamento de

Antioquia en la gobernación de Guillermo Gaviria, quien también fue secuestrado y asesinado. Sobre este tema, Sigifredo López, el único sobreviviente de los diputados secuestrados y asesinados de la Asamblea del Valle, le dijo a la JEP:

Yo he sido un defensor de la solución política del conflicto desde que tenía uso de razón política, unos 15 o 18 años; empecé a entender que el conflicto colombiano solo tenía una solución política. Y he defendido el Acuerdo Final que puso fin a este conflicto de 54 años. (JEP, 2 de noviembre de 2018)

Las condiciones del secuestro eran inhumanas. Las víctimas han denunciado que durante el secuestro estaban hacinadas. Que muchas veces les fue negado el derecho a tener tratamiento médico cuando estuvieron enfermos. Eran sometidos a marchas en condiciones muy precarias hasta por dos meses. Incluso, las secuestradas mujeres sufrieron violencia de género. «Ese miedo permanente a morir, a ser asesinado o a caer en un bombardeo, sin proponérselo desde luego nadie, hacía que fuera extremadamente inhumano vivir allí. El intentar sobrevivir allí», dice Alan Jara en su informe mixto (escrito y oral) ante la JEP.

En últimas, es evidente el propósito de esta organización guerrillera de tener políticos secuestrados para aumentar su poder ante el Gobierno nacional y la comunidad internacional. Los secuestrados le permitían a la guerrilla impulsar la posibilidad de intercambio humanitario para liberar a sus militantes. También le sirvieron para ganar visibilidad y acercarse a gobiernos extranjeros, como Venezuela y Brasil, que facilitaron liberaciones. Además, les daba seguridad, pues la fuerza pública evitaba bombardeos a campamentos donde se pusiera en riesgo a los secuestrados.

El objetivo de las FARC-EP no se cumplió. Lejos de aumentar su poder para negociar, aunque en algunos casos obtuvieron la libertad de importantes personajes como Rodrigo Granda,

el secuestro de políticos fue contraproducente tanto para la organización como para las posibilidades de lograr una solución política. Demonizó al grupo ante la opinión pública nacional e internacional, donde entró en la categoría de grupo terrorista, más que revolucionario.

Solo el final del secuestro abrió el camino para la negociación definitiva de la paz con el Estado colombiano. Pero la mancha de estos hechos quedará sobre la imagen de la guerrilla; hoy convertida en partido político, sigue siendo parte del debate sobre el proceso de paz de esta guerrilla, y será el primer caso por el cual podrían ser sancionados sus miembros en la JEP.

### **La transformación política tras los procesos de paz**

Las guerrillas en Colombia han surgido por diferentes causas. Sin embargo, todas ellas convergen en la necesidad de ejercer presión sobre los gobiernos de turno y exigir mayor participación política para los ciudadanos. Para muchos de estos grupos, la búsqueda de la democracia justificó un alzamiento en armas. A partir de ese pensamiento se organizaron con el fin de cambiar el *statu quo* y la manera como funcionaba el Gobierno. Muchos de ellos buscaban influir y participar directamente en política, razón por la cual este punto fue tan importante en la agenda de las diferentes negociaciones de paz. Analizar el paso de una guerrilla de las armas a las instituciones estatales es fundamental para definir si se está dando una apertura democrática o no. En este sentido, tanto el M-19 como las FARC-EP afrontaron procesos que, aunque muy distantes el uno del otro, pusieron a prueba las capacidades de negociación del Gobierno y le presentaron al país un nuevo actor en la política.

El 9 de marzo de 1990, en Caloto, Cauca, sucedió algo histórico: el M-19 y el Gobierno de Virgilio Barco firmaron un acuerdo de paz. Este fue el primer proceso de paz entre un Gobierno y una guerrilla latinoamericana. El M-19 se caracterizó

por seguir dinámicas e ideologías diferentes a las de otras guerrillas del momento, las FARC-EP, el ELN y el EPL. El M-19 era una guerrilla urbana e intelectual, con alta presencia de académicos. Algunas de sus acciones más memorables fueron: el robo de la espada de Bolívar, el 17 de enero de 1974; el secuestro de Hugo Ferreira, gerente de Indupalma; la toma de la embajada de la República Dominicana en 1980; el robo de armas al Cantón Norte conocido, como la Operación Ballena; y la toma del Palacio de Justicia en 1985.

A lo largo de la existencia de esta guerrilla y antes de alcanzar la paz, sucedieron diferentes procesos que son de gran importancia para entender el éxito del último. Durante el Gobierno de Turbay, «Jaime Báteman cita al presidente de la República en Panamá para realizar los primeros acercamientos en la construcción de una propuesta democrática» (Lizarazo, 2016), a lo que el Gobierno responde emitiendo una orden de captura. Durante ese periodo, aún se pensaba la paz como una rendición de la guerrilla ante el Gobierno. Sin embargo, durante el mandato presidencial de Belisario Betancur se expidió la Ley 35 de 1982, que declaraba la amnistía, y en el mismo año se convocó una Comisión de Paz. Este hecho fue visto con buenos ojos por las guerrillas. El M-19 aceptó los primeros diálogos; sin embargo, el 10 de agosto de 1984 fue asesinado su dirigente Carlos Toledo Plata y se produjo la toma de Yumbo por la guerrilla, en respuesta a lo ocurrido. No obstante, «se firma finalmente un acuerdo de tregua entre el Gobierno y el M-19 en medio de actos públicos en Corinto (Cauca) y Hobo (Huila)» (Lizarazo, 2016). El presidente se reunió en México con algunos dirigentes e iniciaron los diálogos. No obstante, el 6 de noviembre de 1985 se dio la toma del Palacio de Justicia y allí se rompieron los diálogos y la tregua. Finalmente, se inició un nuevo diálogo con el Gobierno de Virgilio Barco. Se crearon mesas de trabajo durante nueve meses de negociación y finalmente se suscribió, tras un Gran Diálogo Nacional, el «Pacto Político por la Paz y la Democracia».

Este documento requería el mecanismo de refrendación; sin embargo, las reformas se hundieron.

El Gobierno nacional presidido por Virgilio Barco y amparado en las funciones que le imprimía el estado de sitio vigente y tras los resultados de la iniciativa popular de la Séptima Papeleta que provocó un situación de facto, decretó contabilizar los votos depositados en las elecciones de mayo. Aunque esto se consideraba en contravía de la Constitución de 1886, la Corte Suprema de Justicia lo avaló, pues se consideró imposibilitada para limitar el poder del constituyente primario, es decir, del pueblo (Lizarazo, 2016).

Una de las novedades que se presentaron en ese momento fue la candidatura de Carlos Pizarro a las elecciones presidenciales. Así se materializaba la reincorporación de un excombatiente a la vida civil y política que, además, contaba con el apoyo de la gente. Sin embargo, en abril de 1990, Pizarro fue asesinado. Este fue un gran golpe para los firmantes de la paz. No obstante, durante nuestro diálogo con Vera Grabe, ella afirmó: «A nosotros nos asesinaron a Pizarro, pero la decisión de la paz estaba tomada más allá de los incumplimientos y las dificultades». Por esta razón decidieron seguir adelante con lo que se había negociado.

La siguiente bienvenida a la democracia se da con la participación, como Alianza Democrática M-19, o AD M-19, en las elecciones para la Asamblea Nacional Constituyente, en la que obtienen la segunda mejor votación. La transición de la Constitución de 1886 a la de 1991 es posible, según Vera, gracias a los jóvenes y al proceso de paz con el M-19. Este fue un proceso de creación colectiva, en el que se les dio prioridad y mayor importancia a los derechos humanos.

Después de la constituyente, el M-19 participa en las elecciones de 1991: «Inicialmente, dentro de la negociación de paz se había previsto que nosotros tuviésemos una favorabilidad política, pero eso se cayó», dice Vera. No obstante, esa favorabilidad no fue necesaria, pues obtuvieron nueve senadores y trece represen-

tantes a la Cámara. Es evidente que la ciudadanía apoyaba a los recién desmovilizados. Vera afirma: «Teníamos que ver si la gente nos quería y comenzamos a ver unos resultados muy rápidos. En el caso mío, yo era candidata a la Cámara de Bogotá, yo no tenía ni cédula y no había hecho campaña, sin embargo, salgo elegida». En ese orden de ideas, la ciudadanía aceptaba y apoyaba la iniciativa política del M-19. A pesar de esa gran favorabilidad, es importante cuestionarse cómo una guerrilla que había sido partícipe de la masacre ocurrida en el Palacio de Justicia había logrado recuperar la confianza de la gente. Vera dice que a diferencia de los procesos del pasado «no era solamente hablar de paz, sino materializarla a través de un acto radical; en este caso, fue dejar las armas». Dice que era un discurso honesto y que la gente vio en el M-19 una actitud de transformación.

El martes 4 de septiembre de 2012, el entonces presidente Juan Manuel Santos se dirigió a la nación para anunciar los acercamientos que se habían logrado entre el Gobierno y la guerrilla de las FARC-EP: «Expliqué cómo habíamos llegado a este encuentro, por qué las condiciones estaban dadas para intentar un nuevo proceso con la guerrilla, y los principales puntos de la agenda de negociación que se iba a desarrollar» (Santos, 2019). Así, se hacía pública una serie de conversaciones adelantadas entre ambos actores y se iniciaba un proceso que terminaría casi cuatro años después.

Las FARC-EP surgen como una guerrilla campesina con ideología marxista-leninista. Tenían como objetivo la toma del poder y la reivindicación de los derechos del campesinado. Durante su existencia hubo diferentes aproximaciones e intentos de negociaciones de paz. En 1982 el Gobierno de Betancur aprobó una ley de amnistía que dio paso a un acuerdo entre diferentes guerrillas. «En este acuerdo se llegó a un cese bilateral del fuego, la suspensión del secuestro y la apertura de espacios políticos para la guerrilla. Como resultado de este proceso, surgió la Unión Patriótica, partido político formado por desmovilizados de las

guerrillas sentadas en la mesa. El partido se constituyó como alternativa política en 1985» (CIDOB, s.f.). Estas conversaciones no tuvieron éxito y la guerrilla de las FARC-EP, al igual que otras, se retiró.

Desde ese momento se inició la persecución contra la UP, antes descrita en este texto. Ahora bien, no se debe desconocer que gobiernos como el de Virgilio Barco intentaron aproximaciones con la guerrilla; sin embargo, no todos los gobiernos lograron establecer mesas de diálogo. Otro intento se dio durante el Gobierno de Andrés Pastrana, en el que fue creada la zona de distensión del Caguán. En este proceso no se dio un cese al fuego sino que se mantuvo la confrontación armada mientras se iban discutiendo puntos de la agenda. No obstante, la falta de compromiso bilateral iba fracturando la negociación, lo que había sido evidente desde el episodio de la «silla vacía»<sup>1</sup>. Finalmente en 2002 se rompieron los diálogos. «El punto de quiebre que llevó al desarrollo de la «Operación Tanathos» para recuperar el control fue el desvío de un avión comercial obligado a aterrizar en la zona de distensión para el secuestro del entonces diputado Jorge Eduardo Géchem» (CIDOB, s.f.). Finalmente, en el 2012 inician las aproximaciones entre el Gobierno de Juan Manuel Santos y las FARC-EP, diálogos que culminan con el Acuerdo Final para la Construcción de una Paz Estable y Duradera.

Uno de los puntos más importantes dentro de la agenda de esta negociación fue la participación política. Este gran tema se dividió en tres: términos de apertura democrática, eliminación de la violencia y participación ciudadana. No es descabellado

---

<sup>1</sup> «Con la presencia de personalidades nacionales e internacionales, el 7 de enero de 1999, comenzó el proceso de paz entre el gobierno Pastrana y las FARC. A pesar de que Manuel Marulanda no acudió a la apertura de la negociación en San Vicente del Caguán y dejó la silla vacía que se convirtió en un símbolo de la fallida negociación, el gobierno Pastrana reiteró su voluntad de alcanzar la paz» (*El Espectador*, 23 de junio de 2016).

pensar que una guerrilla que tenía como principal objetivo llegar al poder buscaría garantías de participación política. El primer ejercicio en el que se evidencia esta nueva imagen de guerrilla desmovilizada es en el nombre del partido creado luego de firmado el acuerdo. Pasan de ser las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia-Ejército del Pueblo (FARC-EP) a ser el partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común (FARC). El Gobierno colombiano entendió que para poder hablar de paz eran necesarios el pluralismo y la apertura política.

Estos elementos que buscaban promover la democracia en Colombia como medio para alcanzar la paz se consagran en el punto 2 del acuerdo. Su texto introductorio plantea:

La construcción y consolidación de la paz, en el marco del fin del conflicto, requiere de una ampliación democrática que permita que surjan nuevas fuerzas en el escenario político para enriquecer el debate y la deliberación alrededor de los grandes problemas nacionales y, de esa manera, fortalecer el pluralismo y por tanto la representación de las diferentes visiones e intereses de la sociedad, con las debidas garantías para la participación y la inclusión política. Es importante ampliar y cualificar la democracia como condición para lograr bases sólidas para forjar la paz. (Acuerdo de Paz. Punto 2, 2016)

De esta manera, se presenta un cambio en el discurso y en el tradicional concepto de democracia que manejaba el Gobierno. Dentro de esa consideración de participación política vale la pena enfocarse en los sucesos históricos de las elecciones legislativas de 2018 y las regionales de 2019: la desmovilizada guerrilla tuvo la oportunidad de presentar candidatos y participar en las elecciones populares, hecho nunca antes visto. Darío Villamizar (2018), refiriéndose a esta situación, plantea que, «por un lado, se logra desterrar la violencia de la política y, por otro, se promueve la libertad de expresión. Ambas son condiciones esenciales de una



democracia». Se pone así nuevamente sobre la mesa la estrecha relación entre la necesidad de crear espacios políticos alternativos y permitir la participación de quienes se reintegraron a la vida civil.

La llegada a la vida civil no es ni fue un proceso fácil para quienes se reincorporaron: «Para mí ha sido muy duro el traslado de la montaña a la ciudad (...); la montaña se vuelve la casa, despertarse entre los árboles, el agüita pura y esa relación con la naturaleza», dice Isabela Sanroque, excombatiente, sobre su nueva vida. También afirma: «El día que yo hice dejación de armas, dije: pues, bueno, ya es otro momento de la vida, se cumplió este ciclo y hay que asumir que ahora nuestra arma es la palabra».

Después de la firma del Acuerdo de Paz, Isabela se instaló en la Zona Veredal de Icononzo, donde hacía pedagogía de paz. Después vino a Bogotá a visibilizar la propuesta política del partido FARC y del Acuerdo de Paz, y después a participar como candidata a edil de Teusaquillo. Nos cuenta: «Ayer salimos de la sede por casualidad; el camarada Timo dijo que me iba a acompañar a inscribir la lista a la Registraduría y caminamos desde la sede con banderas y la gente nos pitaba y nos aplaudía y nos saludaba, y yo decía esto era impensable hace años». Ellos son conscientes de esta oportunidad y quieren darse a conocer a las personas.

A pesar de no haber obtenido un buen resultado en las elecciones, el partido FARC ya tiene las posibilidades que en un pasado se consideraban imposibles. Ahora es responsabilidad de ellos dar a conocer su propuesta política y ganar militantes y simpatizantes. Es importante resaltar que se han dado logros poco a poco, como la llegada de Griselda Lobo como segunda vicepresidenta del Senado. Sin embargo, no todo es color de rosas; si bien este es un gran paso para la apertura democrática de Colombia, existen varios retos que tiene que asumir el Gobierno para no revivir situaciones pasadas, como el genocidio de la UP. El partido

FARC desde un comienzo ha pedido garantías para el ejercicio de la oposición política, pues varios de sus miembros han sufrido amenazas. Esta protección es solicitada tanto para quienes participan directamente del ejercicio político, como para quienes regresan a la vida civil. Desde la firma del acuerdo, el número de excombatientes asesinados ya alcanza las doscientas treinta personas. Adicionalmente, se han presentado situaciones como el desplazamiento colectivo de noventa y tres excombatientes del Espacio Territorial de Capacitación y Reincorporación (ETCR) de Ituango a Mutatá, que se vieron obligados a salir de su territorio por reiteradas amenazas. Es importante que el Gobierno tenga la capacidad de proteger y satisfacer las necesidades básicas de estas personas, porque esa incapacidad o falta de atención fue la que llevó, en un principio, a un grupo de personas a tomar las armas. Cuando el Gobierno se hace el sordo, hay quienes optan por el sonido de las balas.

Uno de los indicadores de la democracia es la capacidad de los ciudadanos de participar en política y hacer oposición. Cuando esto sucede, la apertura democrática es un punto a favor para Colombia. Tanto con el M-19 como con las FARC-EP se dio el caso de un grupo armado que deja las armas y las cambia por la palabra, como dice Isabela Sanroque. Sin embargo, en ambos procesos se presentaron situaciones que no fueron favorables para el objetivo buscado. En el caso del M-19, el asesinato de Pizarro ejemplifica una realidad a la que treinta años después se enfrentan candidatos y líderes sociales; y en el caso de las FARC-EP, el asesinato y las amenazas contra quienes regresan a la vida civil son un grave obstáculo para la democracia. El Gobierno tiene una gran responsabilidad en la construcción de paz; sin embargo, este es un trabajo colectivo con la gente. Vera Grabe habla de la necesidad de generar una cultura de paz; ella dice que la paz se puede convertir en un tipo de lente por el que podemos ver nuestra vida, que no toda es en blanco y negro.

**Conclusión: existe una contradicción entre el discurso promovido por el Estado y la realidad**

Al entender la democracia como un concepto que se transforma y que va más allá del sufragio universal, se puede hacer un análisis más riguroso de la contradicción entre el discurso promovido por el Estado y la realidad. El primer indicador que utilizamos fue el de identificar si realmente existen mecanismos efectivos para participar en la toma de decisiones. A lo largo de la historia colombiana hemos identificado factores como el Frente Nacional, que limitaron la libertad de elección del pueblo colombiano. Adicionalmente, la falta de acceso de ciertos sectores a mecanismos de expresión política hicieron que se buscaran las armas como una alternativa para lograr alcanzar ese poder. Otros elementos como la parapolítica han dificultado este proceso. La manipulación de elecciones, las amenazas y asesinatos contra la oposición, sin duda alguna, limitan la libertad tanto de postularse como de elegir. Sin embargo, al pasar los años ha sido notorio el esfuerzo por involucrar a nuevos actores en el ejercicio político. La Asamblea Constituyente es el claro ejemplo del pueblo ejerciendo su soberanía y manifestando su deseo de reformar la norma de normas. Afortunadamente, su voluntad se vio materializada a través de la Constitución de 1991.

Otro indicador de democracia es el derecho de organizarse en partidos alternativos. El genocidio de la UP y la cantidad de exiliados debido a amenazas por pertenecer a algún partido diferente a los dos tradicionales son el ejemplo más claro de que esta meta en Colombia aún se ve lejana. Desde el siglo pasado, conservadores se encargaban de asesinar a liberales y liberales de asesinar a conservadores. Algunas cosas han cambiado con la posibilidad de participación del M-19 en las elecciones de 1992 y del partido FARC en las de 2018 y 2019; no obstante, aún queda un largo camino por delante. Pasos importantes han sido la consagración de este derecho en la Constitución de 1991 y las

reformas establecidas en el punto 2 del acuerdo para ampliar la democracia; sin embargo, aún falta hacerlos realidad.

El indicador de garantías de seguridad va muy ligado al anterior, y hemos identificado que en este sentido Colombia aún tiene muchos retos por delante. Con el genocidio de la UP, Colombia tuvo responsabilidad no solo por omisión, sino también por acción. Este factor terminó con la negociación que se adelantaba en ese momento con la guerrilla de las FARC-EP y dificultó futuras aproximaciones. A lo anterior, se suma la relación entre el paramilitarismo y las instituciones del Gobierno, como las Fuerzas Militares. El uso de mercenarios para cumplir la agenda oculta del Gobierno va en contra de su obligación de garantizar seguridad a la población civil, en la medida en que le otorga legitimidad a un grupo y le entrega garantías para actuar, renunciando el Estado al monopolio de la fuerza como uno de los pilares del Estado moderno. Si bien al comienzo este mecanismo se planteó como un método de guerra y contrainsurgencia, la historia nos ha demostrado que se degeneró y que aún hoy en día existen grupos paramilitares que después de su desmovilización actúan en contra de la oposición política y de la población civil. Adicionalmente, una situación actual en la que se hace evidente la falta de alcance institucional es la ausencia de garantías para líderes sociales, defensores de derechos humanos y excombatientes, que siguen siendo asesinados sistemáticamente. La incapacidad del Estado de llegar a la Colombia profunda no solo con fuerza pública, sino con las soluciones que necesitan las comunidades, genera espacios con condiciones que favorecen el surgimiento de grupos al margen de la ley y la violación de los derechos humanos.

Es imperativo que las instituciones colombianas tengan presencia y representación en todo el territorio colombiano porque de esta forma se garantiza la satisfacción de las necesidades básicas de las personas, su participación en la toma de decisiones

y la capacidad del Gobierno de proteger a sus ciudadanos. Esta presencia corresponde a un acompañamiento integral, social, pedagógico y económico el cual va mucho más allá del envío de miembros de la fuerza pública. Si bien Colombia ha logrado mejorar en determinados aspectos, aún existen fenómenos como el asesinato de líderes sociales o el crecimiento de los grupos paramilitares y las bandas criminales, conocidas como Bacrim, que van a seguir extendiéndose por el país como una bola de nieve. El poco alcance institucional del Estado es el origen de un sinfín de problemas estructurales que este mismo tiene que solucionar.

## Referencias

- Acuerdo de Paz. Punto 2. Participación Política: Apertura Democrática para Construir la Paz. (24 de noviembre de 2016). Recuperado de <<https://www.funcionpublica.gov.co/evalgestornormativo/norma.php?i=79893>>.
- Álvaro Rodríguez, M. (2008). La parapolítica: la infiltración paramilitar en la clase política colombiana. *Ánfora*, 15 (24),1-14. ISSN: 0121-6538. Recuperado de <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=3578/357834342010>>.
- Ávila, A. (2012). *Homogeneización política, parapolítica y democracia local*. Bogotá, D. C.: Fescol. Recuperado de <<https://library.fes.de/pdf-files/bueros/kolumbien/09146.pdf>>.
- Ávila, A. (2019). *Detrás de la guerra en Colombia*. Bogotá, D. C.: Planeta.
- Barcelona Center For International Affairs (CIDOB) (s. f.). Procesos de paz anteriores. (FARC-EP Y ELN). Recuperado de <[https://www.cidob.org/es/publicaciones/documentacion/dossiers/dossier\\_proceso\\_de\\_paz\\_en\\_colombia/dossier\\_proceso\\_de\\_paz\\_en\\_colombia/procesos\\_de\\_paz\\_anteriores\\_farc\\_ep\\_y\\_eln](https://www.cidob.org/es/publicaciones/documentacion/dossiers/dossier_proceso_de_paz_en_colombia/dossier_proceso_de_paz_en_colombia/procesos_de_paz_anteriores_farc_ep_y_eln)>.
- Campos, Y. (Productor y director). (2003). *Memoria de los silenciados: el baile rojo*. [Documental]. Colombia.

- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2018). *Paramilitarismo. Balance de la contribución del CNMH al esclarecimiento histórico*. Bogotá, D. C.: CNMH.
- Contreras, S. (Enero-junio 2007). Sistema político y democracia en Colombia. Redes de inclusión en los años sesenta y noventa. Una aproximación desde la teoría de los sistemas. *Diálogos de Saberes* (26), 191-230
- El Espectador. (23 de junio de 2016). Cuando Marulanda dejó la «silla vacía». *El Espectador*. Recuperado de <<https://www.elespectador.com/colombia2020/pais/cuando-marulanda-dejo-la-silla-vacia-articulo-854548/>>.
- El Espectador. (12 de agosto de 2015). «Don Berna» señaló a tres generales por crimen de Jaime Garzón. *El Espectador* [Judicial]. Recuperado de <<https://www.elespectador.com/noticias/judicial/don-berna-senalo-a-tres-generales-por-crimen-de-jaime-garzon/>>.
- El Tiempo. (13 de diciembre de 2000). Cierran la Escuela de las Américas. *El Tiempo*. Recuperado de <<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-1294463>>.
- Inter-American Commission on Human Rights. Criminalización de la labor de las defensoras y los defensores de derechos humanos / Comisión Interamericana de Derechos Humanos. (OAS. Documentos oficiales; OEA/Ser.L/V/II). ISBN 978-0-8270-6529-1.
- Jara, A. (2010). *El mundo al revés*. México: Grupo Editorial Patria.
- Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). (2 de noviembre de 2018). *Informe oral de Sigifredo López*. [Video]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=8ZAXCWKPYaU>>.
- Lizarazo, A. (2016). *Proceso de paz del Movimiento 19 de Abril (M-19) con el Gobierno de Virgilio Barco. «Subvertir la paz, negociar la democracia»*. (Tesis de pregrado), Universidad Distrital Francisco José de Caldas, Bogotá, D. C.
- Santos, J. M. (2019). *La batalla por la paz*. Bogotá, D. C.: Planeta.



## CAPÍTULO 6

# La importancia de cumplir los acuerdos de paz

---







EL ACTUAL GOBIERNO COLOMBIANO y sus predecesores tienen una larga historia de firmar acuerdos con diferentes sectores de la sociedad. También, de cumplirlos solo parcialmente o de traicionarlos. Hay dos ejemplos de esto en la Colonia.

El primero es el del líder palenquero Benkos Biohó en San Basilio de Palenque. Biohó había llegado a Cartagena como esclavo, proveniente de Guinea Portuguesa (hoy Guinea-Bisáu). Luego había huido y liderado la fundación del palenque en San Basilio en el siglo XVII. Tras la derrota de los españoles ante los cimarrones, se llegó al acuerdo de respetar su libertad y permitirle transitar por la ciudad. Seis años después del acuerdo, fue capturado y colgado.

El segundo ejemplo fue la traición a la rebelión comunera de 1789 por el Virreinato. Tras lograr capitulaciones por parte del Virreinato, que tumbaron los impuestos sobre el tabaco y el aguardiente, entre otros, varios de los líderes comuneros fueron capturados. Entre ellos estaba José Antonio Galán, quien fue ejecutado y desmembrado, y sus extremidades exhibidas públicamente para causar miedo en la población.

Posteriormente, en 1953, Guadalupe Salcedo dejó las armas como parte del acuerdo para poner fin a la violencia bipartidista. Cuatro años después fue asesinado en Bogotá por agentes de la Policía. Las historias de excomandantes guerrilleros asesinados luego de la dejación de armas parecen ser una constante en los intentos de cerrar las guerras en Colombia.

Los diferentes acuerdos de paz, sometimientos a la justicia y desmovilizaciones de grupos armados se han dado en diferentes

contextos. Inicialmente, el acuerdo de paz con el M-19 fue firmado con el Gobierno de Virgilio Barco en 1989. En ese momento, antes de que se contemplara una asamblea constituyente, este grupo decidió desmovilizarse tras una negociación que llevó a un acuerdo de cinco páginas. Este acuerdo tenía tres elementos centrales: la participación política, convirtiéndose en partido político en el marco de una circunscripción especial para grupos subversivos en el Congreso; la reincorporación a la vida civil de los excombatientes, con garantías de seguridad; y algunos cambios políticos en temas de justicia y en el tratamiento del narcotráfico.

La Asamblea Nacional Constituyente fue la herramienta que permitió la desmovilización de la mayoría de guerrillas del país. Grupos guerrilleros como el Ejército Popular de Liberación (EPL), el Movimiento Armado Quintín Lame (MAQL), la Corriente de Renovación Socialista (CRS) y el Partido Revolucionario de los Trabajadores (PRT), entre otros. El Gobierno de César Gaviria en ese momento logró la desmovilización de estos grupos a cambio de ofrecerles una presencia con voz pero sin voto en la Asamblea, permitiendo su participación en política y concediéndoles la amnistía. En la Asamblea, el EPL tuvo dos representantes, y el MAQL y CRS, uno cada uno. Estos representantes, por no haber sido electos, no tenían voto. Acuerdos similares fueron propuestos a las FARC-EP y al ELN pero no los acogieron.

Doce años después de la Constituyente, comenzó la desmovilización de los grupos paramilitares reunidos en las Autodefensas Unidas de Colombia. Este proceso marcó una gran diferencia: ya no habría participación política y no serían admitidas las amnistías generalizadas. Este viraje fue inspirado en los nuevos estándares del derecho penal internacional establecidos por el Estatuto de Roma, en el que los crímenes de lesa humanidad y crímenes de guerra no podían ser amnistiados. Siguiendo estos lineamientos, la gran mayoría de la tropa fue amnistiada y se iniciaron procesos de reintegración individual, mientras que

los máximos responsables pasaron por el proceso judicial de la Ley de Justicia y Paz. Esta fue la primera experiencia de justicia transicional en Colombia.

Finalmente, tras cuatro años de diálogos en Cuba, el Gobierno de Juan Manuel Santos logró firmar un acuerdo de paz con las FARC-EP. Es el acuerdo más complejo de todos. Tiene varios capítulos dedicados a transformaciones en el campo, el sistema político y la lucha contra las drogas. Este acuerdo integra la participación política, garantizando diez curules en el Congreso para la exguerrilla, y la justicia transicional, creando un sistema dedicado a garantizar los derechos de las víctimas. Además, apuesta a una reincorporación colectiva, diferente a la de las AUC.

No obstante, ha habido una constante en los diferentes acuerdos que se han firmado entre el Estado y los grupos al margen de la ley: el incumplimiento de lo pactado y el exterminio de los excombatientes.

### **Las negociaciones**

Antes de pasar a discutir sobre los diálogos de paz y su implementación, es necesario repasar las diferentes negociaciones entre el Estado y los grupos armados, sobre todo teniendo en cuenta que las diferentes negociaciones tenían diferentes fines. Algunas desembocaron en acuerdos de paz con negociaciones políticas de fondo, otras en acuerdos de desmovilización con amnistías y otras más en sometimientos a la justicia. A diferencia de muchos conflictos, entre ellos los centroamericanos, donde los acuerdos de paz se lograron con un solo frente unido de todos los grupos armados, en Colombia el Estado tuvo que negociar por separado con cada grupo guerrillero (Pizarro, 2017). Además, el surgimiento de grupos de autodefensa ocurrió de forma posterior, paralela a las negociaciones de paz que llevaron a la desmovilización de las primeras guerrillas.

La historia de las negociaciones de paz entre el Estado y grupos armados al margen de la ley es casi tan antigua como el surgimiento del conflicto armado. El Gobierno de Julio César Turbay, el mismo que instituyó la doctrina de Seguridad Nacional en la lucha contra la subversión, conformó una comisión de paz, liderada por el expresidente Carlos Lleras. Lo hizo como respuesta a una ley de amnistía condicionada que había promulgado el Gobierno y había tenido pocos resultados.

Las negociaciones que adelantó el Gobierno de Belisario Betancur fueron trascendentales para la historia del país. Por primera vez se sentaron delegados del Gobierno y de los grupos subversivos para llegar a una solución política. Se acercaron a esta con acuerdos de cese al fuego. No obstante, no se logró dar el paso final para llegar a la paz. El incumplimiento de los acuerdos de cese al fuego por la fuerza pública, así como el surgimiento del paramilitarismo de la mano del narcotráfico, sabotearon la posibilidad de paz. De este proceso surgió la UP como alternativa democrática tanto al bipartidismo como a la acción armada de las FARC-EP, pero prontamente comenzó la violencia generalizada contra este partido que terminó por exterminarlo, como hemos narrado. El incumplimiento de la tregua con el M-19 llevó a la batalla de Yarumales y tuvo como reacción la toma del Palacio de Justicia.

Según Vera Grabe, en el proceso de paz con Betancur, el M-19 no estaba decidido a dejar la lucha armada: se pensaba en la guerra como forma de llegar a la paz. Sobre la intención de paz del M-19 durante esa negociación, nos dijo ella:

Es una paz que está montada desde la guerra. Es decir, nosotros desde el ochenta hasta el 84 hacemos guerra por la paz. (...) El primer proceso de paz del M-19 lo empuja haciendo desde la contundencia armada. Es decir, a mayores acciones armadas mejor posibilidad de diálogo. Y eso lleva a un primer acuerdo de paz en el 84 donde se define una tregua para un diálogo nacional y se abre como un espacio político que finalmente se

cierra. Cuando la paz se plantea desde las armas, siempre están las armas ahí, siempre generan ruido y ayudan es a polarizar. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Vera Grabe, 21 de septiembre de 2019)

También Rodrigo Londoño nos comentó sobre cómo vivieron las FARC-EP esas negociaciones: «Acuerdos hubo; lo que pasó es que no se pudieron cristalizar porque nos sabotaron de entrada».

El siguiente intento de hacer la paz con las guerrillas se dio a finales de la década de los ochenta. Inicialmente, se comenzaron conversaciones con el M-19 en el Cauca. La negociación fue liderada por el comandante de la guerrilla, Carlos Pizarro, y por parte del Gobierno fue delegado Rafael Pardo. Se logró acordar la dejación de armas por la guerrilla, que no había sido aceptada en procesos anteriores, a cambio de una amnistía, un plan de seguridad y un acuerdo político. Esta vez, según Vera Grabe, había un entendimiento de que la paz no era solo un fin sino un medio:

Pizarro plantea que hay que hacer la paz desde la paz. Es decir, es atrevernos a decir que las armas ya no las vamos a usar, que no vale la pena, que esta guerra no vale la pena. Y que, por lo tanto, renunciamos al uso de las armas. Entonces fíjense que hay una manera distinta de entender la paz. Una paz planteada desde las armas, desde la fuerza militar, y una paz que ya se plantea como renuncia a la violencia. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Vera Grabe, 21 de septiembre de 2019)

En esta ocasión, se firmó un acuerdo político que incluía la participación política y la amnistía. Además, el proceso fue paralelo a la Séptima Papeleta, que obligó al Estado a llamar a elecciones para una Asamblea Nacional Constituyente. El EPL y otros movimientos insurgentes se animaron a firmar la paz con el Estado a raíz de la posibilidad de tener un puesto en la Constituyente.

No obstante, dos guerrillas quedaron por fuera de los diálogos con el gobierno Gaviria: las FARC-EP y el ELN. El mismo

día en que se votó por los delegatarios en la Asamblea Nacional Constituyente, el Ejército bombardeó Casa Verde, donde estaba el secretariado de las FARC-EP. De esta forma estrenó ese Gobierno la «guerra total» contra la insurgencia que quedaba. Así se alejó la posibilidad de un acuerdo de paz durante más de 15 años. Aunque en 1992 se intentó de nuevo lograr acuerdos en Tlaxcala y Caracas, no fue posible.

En 1998, Andrés Pastrana intentó también hacer negociaciones con las FARC-EP. Para eso aceptó crear una zona de distensión, sin presencia de fuerza pública. Esta zona rápidamente fue controlada por la guerrilla y utilizada para secuestrar políticos y militares, así como desarrollar otras actividades ilícitas. Por ejemplo, Ciro Galindo nos contó sobre cómo su hijo Elkin fue reclutado dentro de la zona de distensión. También el ejército violó el acuerdo de distensión con bombardeos realizados en sobrevuelos. Este proceso quedó en la memoria colectiva por el momento en que Manuel Marulanda dejó esperando al presidente Andrés Pastrana el día de la ceremonia de iniciación de los diálogos en San Vicente del Caguán, en un incidente que se denominó la «silla vacía». El siguiente Gobierno desechó desde el principio la posibilidad de una negociación política con las guerrillas.

Poco se conoce del proceso entre el Gobierno de Álvaro Uribe Vélez y las Autodefensas Unidas de Colombia (AUC). Nunca fue publicado. Los diálogos se dieron en Santa Fe de Ralito, corregimiento de Tierralta, Córdoba, con la Organización de Estados Americanos y la Iglesia católica como garantes. La negociación estuvo encabezada por el alto comisionado para la Paz, Luis Carlos Restrepo, y tuvo en la mesa a varios jefes de los diferentes bloques de las autodefensas. El principal compromiso que se hizo público es que todos los bloques y frentes harían dejación de armas antes del 31 de diciembre de 2005. Óscar Ospino, quien se desmovilizó en febrero de 2006, nos dice:

Como autodefensas consideramos que teníamos que desmovilizarnos por varias razones. Les voy a decir tres: una, porque teníamos que acabar esa espiral de violencia; dos, la organización, como organización, se salió de las manos, creció de manera rápida con el narcotráfico; y tres, confiamos en la palabra de un Gobierno que terminó traicionándonos. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar Ospino, 29 de febrero de 2020).

Lo central en el acuerdo entre las AUC y el gobierno Uribe fue el sometimiento a la justicia y la reinserción. No se discutieron cambios estructurales en la sociedad como en otros acuerdos. Fue una negociación solo sobre la forma en que funcionaría la desmovilización y cómo el Gobierno desarrollaría una ley para facilitar estos procesos.

Para las autodefensas, el final de la guerra fue el entendimiento de que, lejos de evitar la violencia causada por las guerrillas, habían perpetuado la guerra. También había confianza en el interés del nuevo Gobierno de terminar con la subversión, pues había prometido mano firme y el fin de la búsqueda de la solución política.

Uno de los propósitos del Gobierno de Juan Manuel Santos fue lograr la solución negociada con las dos guerrillas que aún existían en el momento de su posesión, el ELN y las FARC-EP. De esta forma pondría fin durante su mandato al conflicto armado más largo de la historia.

Los diálogos con las FARC-EP se desarrollaron a lo largo de cuatro años en La Habana, Cuba. La delegación del Gobierno fue encabezada por Humberto de la Calle y también incluyó a Sergio Jaramillo, alto comisionado para la Paz. Por la guerrilla, la delegación estuvo encabezada por Iván Márquez. La agenda, que fue negociada en diálogos secretos, tenía seis puntos: 1) la reforma rural integral, 2) la participación política, 3) el fin del conflicto, 4) la solución al problemas de las drogas ilícitas, 5) las víctimas, y 6) la implementación y verificación. El primer acuerdo



fue anunciado en agosto de 2016, y firmado en Cartagena el 26 de septiembre de ese año con la presencia del secretario general de las Naciones Unidas, Ban Ki-moon. Sobre este acuerdo, Rodrigo Londoño nos dijo:

Cuando nos embarcamos en este acuerdo con el Estado colombiano, con todos los temores del mundo, la certeza que a uno le daba, y por lo menos a mí en lo personal, era que si lográbamos que la gran mayoría de la sociedad colombiana, y en especial la juventud, se apersonaran de este proyecto, esto salía adelante. Y esa era la tarea. En la guerrilla lo que hacíamos era buscar el apoyo de la población civil, de la población en general, del pueblo colombiano, a un proyecto militar. Un proyecto político, pero para ejecutarlo a través de las armas. Y eso es lo que nos la pasábamos haciendo. Ahora es lo mismo. Buscando el apoyo político de la gente pero ya sin las armas en la mano. No pensando en destruir las instituciones del Estado. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Rodrigo Londoño, 1.º de febrero de 2020).

Luego del plebiscito, que el Gobierno había propuesto como refrendación popular del Acuerdo de La Habana, y que perdió por 40 000 votos, fue necesario renegociar parte de lo acordado. La renegociación incluyó una etapa de negociación entre el Gobierno y los voceros del No en el plebiscito, y luego de nuevo en La Habana para acordar los cambios con las FARC-EP. Este segundo acuerdo fue firmado el 24 de noviembre y refrendado por el Congreso de la República el 30 de ese mes.

### **Los procesos de desarme, desmovilización y reincorporación (DDR)**

Hay poca información sobre cómo fue el proceso de desarme, desmovilización y reincorporación de las guerrillas desmovilizadas entre 1990 y 1992. Evidentemente, fue un éxito la reincorporación política, en particular del M-19, cuyo representante,

Antonio Navarro Wolf, formó parte de la presidencia tripartita de la Asamblea Nacional Constituyente. Por otra parte, el EPL pasó a ser el partido Esperanza, Paz y Libertad, organización que a julio de 1991 ya tenía excombatientes muertos a manos de las FARC-EP.

El M-19 dejó las armas el 8 de marzo de 1990 en un acto con presencia de medios de comunicación. Durante un año habían estado concentrados en un campamento en Santo Domingo, Cauca. En este campamento no solo se planificó el desarme de esta guerrilla: también se preparó su transición a partido político. Sin haber dejado las armas, se lanzaron Carlos Pizarro y Antonio Navarro a las alcaldías de Bogotá y Cali, respectivamente. También fue en este campamento donde el filósofo Estanislao Zuleta pronunció su conferencia «La democracia y la paz», cuando era asesor de derechos humanos de la Presidencia.

En esa oportunidad, se creó el Plan Nacional de Rehabilitación (PNR) que mutaría varias veces hasta convertirse en la actual Agencia Nacional para la Reincorporación (ARN). A esa entidad se le dieron tareas como proveer un dinero mensual (cerca de dos salarios mínimos mensuales) a cada excombatiente durante algunos meses y dar acompañamiento psicosocial para facilitar su proceso de reinserción.

Este proceso tuvo, no obstante, sus dificultades. Fue difícil para el Gobierno incentivar al sector privado para contratar excombatientes. Un artículo de 1991 habla sobre 129 exguerrilleros del M-19 desempleados en el Valle del Cauca (*El Tiempo*, 13 de mayo de 1991). Inclusive, en 2018 el estigma contra los excombatientes de esta guerrilla llevó a que la Corte Constitucional protegiera el derecho de uno de ellos a tener un trabajo en el sector público y no ser discriminado (*El Tiempo*, 5 de julio de 2019). Este caso muestra los retos de la reinserción a largo plazo.

La gran mancha sobre el proceso de reincorporación fue el exterminio de los excombatientes, que se convertiría en una constante de los procesos de desmovilización de grupos armados.

Esto ocurrió en particular con el partido Esperanza, Paz y Libertad, que sucedió al EPL. Corpolibertad, una organización ubicada en Apartadó, denunció que el partido vivió un exterminio similar al de la UP. De más de 2500 combatientes que dejaron las armas, fueron asesinados alrededor de 230, cerca del 10% de los desmovilizados. La principal persecución se dio por parte de las FARC-EP. Esta guerrilla acusaba al EPL de aliarse con el Departamento Administrativo de Seguridad (DAS) para ejercer violencia contra la UP.

«Cuando el EPL hizo parte de la Coordinadora Guerrillera Simón Bolívar, siempre mantuvimos buenas relaciones con las FARC-EP. Nunca nos esperamos esto de parte de ellos», recuerda Mario Agudelo, exmilitante del EPL y sobreviviente a la persecución.

Además, el EPL tuvo una importante disidencia, liderada entre otros, por Francisco Caraballo. Según él, por culpa de la oligarquía no se dio la dejación de armas:

La oligarquía, habiendo extraído lecciones de los momentos de diálogo con la guerrilla, se planteó una política engañosa, que combina la demagogia en las palabras con la violencia en los hechos, que afirma estar dispuesta al diálogo o a la negociación con la guerrilla, pero con la «sencilla» condición de que esta se rinda sin ninguna contraprestación. Una oligarquía o un Gobierno que prometen cambios, mucha apertura de la democracia, pero que en la práctica es incapaz de propiciarlos. Por estas razones es comprensible que siga existiendo un movimiento armado revolucionario, el derramamiento de sangre e incluso brutalidades propias de una guerra que ha durado varias décadas, así como tantas trampas y engaños de las castas que se hallan empotradas en el poder. (Partido Comunista de Colombia, 30 de junio de 1994)

Esta disidencia (que es reconocida por el Estado como Grupo Armado Organizado [GAO], sin carácter político) sigue activa

hoy, particularmente en el Catatumbo, región del Norte de Santander. Miembros de esta guerrilla, como Diego Murillo, también desertaron y se fueron a las autodefensas.

Si bien la AD M-19 no vivió un genocidio como el que padecieron la UP o Esperanza, Paz y Libertad, sí fue asesinada una parte importante de los miembros del partido. Varias decenas de excombatientes fueron asesinados, entre ellos Carlos Pizarro, quien era candidato presidencial y había dejado las armas tan solo un mes antes. También cabe resaltar que este grupo no tuvo disidencias organizadas, aunque algunos de sus miembros sí se fueron para otras guerrillas, en vez de desmovilizarse.

La desmovilización de las AUC entre 2003 y 2005 presentaba un reto mucho mayor para el Gobierno que la de las guerrillas en los noventa. En primer lugar, se desmovilizaron los diferentes bloques por separado y paulatinamente en un tiempo prolongado. Este proceso fue supervisado por la Organización de Estados Americanos (OEA). Se desmovilizaron 32 000 combatientes de los diferentes bloques, entregando al Gobierno un arma por cada dos combatientes, en promedio.

Mientras algunos ya habían dejado las armas, otros seguían activos. El primero fue el Bloque Cacique Nutibara en noviembre de 2003 y el último fue el Bloque Elmer Cárdenas en agosto de 2006. Los bloques con más desmovilizados fueron el Bloque Central Bolívar con 6300 personas y el Bloque Norte con 4700. Cuando ya se habían dado procesos de dejación de armas, otros grupos seguían cometiendo crímenes contra la población. «En el 2005 sufrí desplazamiento forzado. El grupo paramilitar estaba en proceso de desmovilización e hizo como la última limpieza social, que le dicen ellos, y ahí iba a caer yo», nos contó Claudia Quintero, quien fue víctima de las AUC en el Catatumbo cuando estaban en proceso de desmovilización. Esto para Gustavo Gallón es inaceptable, como dijo en una conferencia en «Retos y oportunidades de la reforma a la Ley de Justicia y Paz»:

Se mató una cantidad de gente: más de 4500 personas registramos en la Comisión Colombiana de Juristas que fueron asesinadas o desaparecidas por los grupos paramilitares mientras se discutía la negociación con el Gobierno. Desde el 1.º de diciembre de 2002 cuando el presidente Álvaro Uribe dijo que ese proceso estaba surgiendo con la condición de que no hubiera un muerto más... Esa condición no se cumplió, esa condición se violó abiertamente. (ICTJ, 16 de mayo de 2012)

Los líderes del grupo, quienes iban a afrontar un juicio en Justicia y Paz, fueron capturados poco después de la desmovilización. Los excomandantes fueron, en su mayoría, detenidos en la Cárcel de Máxima Seguridad de Itagüí. En 2008, dos años después del final de la dejación de armas y cuando ya estaban en el proceso judicial, fueron extraditados los trece líderes más importantes de las antiguas autodefensas. Esto fue visto como una traición del Gobierno, pues ponía en riesgo la seguridad jurídica de quienes seguían en el proceso. Según la administración Uribe, estos líderes fueron extraditados porque seguían delinquiendo y por eso fueron procesados en Estados Unidos.

Para Óscar Ospino, esto fue un acto de traición al acuerdo: «¿Uribe qué hizo? Nos desmovilizó, nos metió presos, extraditó a nuestros máximos comandantes y botó el proceso de paz».

La gran mancha respecto al cumplimiento por parte de los excombatientes de las AUC en su proceso de desmovilización fue la creación de varios grupos residuales: los Rastrojos, los Caparrapos, las Águilas Negras, las Autodefensas Gaitanistas de Colombia, entre otros. Estos grupos están particularmente involucrados en prácticas de exterminio social y en la eliminación sistemática de líderes sociales.

Pero también debe resaltarse la cantidad de personas desmovilizadas de las autodefensas que han sido asesinadas. Más de tres mil excombatientes, alrededor del 10% de las tropas han sido asesinadas después de dejar las armas. La mayoría de estos crímenes aún no están esclarecidos.

«A las AUC las reinsertaron con 3600 muertos (...), un gran número de excombatientes con problemas de drogadicción. (...) Yo soy un crítico, definitivamente, de la reinsertión de las AUC (...) Algunos salimos con problemas hasta de depresión de la prisión (...), nos reinsertaron con suicidios», cuenta Luis Arlex Arango, quien lideró el Bloque Centauros de esta organización en los Llanos Orientales.

El punto 3 del Acuerdo Final entre las FARC-EP y el Gobierno se refiere al final del conflicto armado. En este se contemplan tres tipos de reincorporación: socioeconómica, jurídica y política. La política tiene que ver con su transición a partido político y su paso por el Congreso con diez curules durante ocho años (dos legislaturas). La jurídica tiene que ver con la amnistía para todos aquellos que no son máximos responsables, así como el paso por la JEP de quienes lo son, garantizar la desvinculación de los menores de edad reclutados y su entrega a las autoridades competentes. En la socioeconómica se hace un estudio para establecer proyectos productivos que garanticen su autosostenimiento y adicional cada excombatiente recibe dos millones de pesos y una renta básica por dos años.

Los integrantes de esta guerrilla estuvieron concentrados durante seis meses en Zonas Veredales Transitorias de Normalización (ZVTN) para la dejación de armas. Esta fue supervisada por las Naciones Unidas, quienes dispusieron de las armas, que se destinarían a construir tres monumentos. Estas zonas se convirtieron posteriormente en los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación (ETCR) donde excombatientes y sus familias hacen aún hoy su proceso de reincorporación e inician sus proyectos productivos, inclusive a pesar de que la mayoría ya salieron a buscar sus proyectos en otros lugares.

Con las ZVTN aparecieron las primeras evidencias de lo difícil que sería la implementación del Acuerdo. Fueron muchas las denuncias de incumplimientos del Gobierno, que incluyeron fallas en la construcción de los espacios, ausencia de instalaciones

de agua potable e inclusive abastecimiento con comida vencida. Durante el tiempo que duró la dejación de armas, el Estado se encargó de su sostenimiento. Luego comenzaron a recibir un apoyo del 90 % del salario mínimo, que aunque sería solo por dos años fue extendido al cumplirse el tiempo. También se les prometió apoyo con proyectos productivos, proceso que de igual manera ha resultado lento.

Durante la negociación, la guerrilla de las FARC-EP había sido crítica de la aproximación individual a la reinserción, que era la forma como se había desarrollado en el proceso con las AUC. Por lo tanto, optaron por negociar un modelo de reincorporación colectiva. Fueron insistentes en no dejar que el proceso dividiera al colectivo, y por eso se crearon diferentes instancias para hacerle seguimiento a la implementación desde el que se convertiría en el partido FARC-EP. Con ese fin existen la Comisión de Seguimiento, Impulso y Verificación a la Implementación (CSIVI) y el Consejo Nacional de Reincorporación (CNR), ambos con representación tanto del Gobierno como del partido. Se creó también la Cooperativa ECOMUN, encargada de gestionar los proyectos colectivos de los excombatientes.

Al proceso de desmovilización de las FARC-EP lo persiguió además el fantasma de las disidencias y las reincidencias. Desde el comienzo del proceso, el Frente Primero liderado por Gentil Duarte objetó los acuerdos y anunció que no se desmovilizaría. También existe una importante disidencia en el sur de Nariño, en la costa Pacífica, originalmente liderada por alias «Guacho», autodenominada el Frente Oliver Sinisterra. Esta guerrilla tuvo una incidencia particularmente clave en el retiro de Ecuador como país garante del proceso de paz con el ELN, luego de que secuestrara y asesinara a tres periodistas ecuatorianos.

Uno de los más importantes golpes fue el retorno a las armas de un grupo importante de dirigentes que ya estaban desmovilizados, entre ellos el jefe negociador en La Habana, Iván Márquez, y Jesús Santrich. Santrich alcanzó a tomar posesión

en la Cámara de Representantes luego de estar un año preso, pendiente de la definición de su extradición por acusaciones de narcotráfico. Con ellos se rearmó también Henry Velásquez Saldarriaga, alias «el Paisa», quien había salido de un ETCR en Caquetá con Márquez cerca de seis meses antes. Esta disidencia es conocida como la Segunda Marquetalia, como se denominaron en el video que publicaron anunciando su regreso a las armas.

Después de la firma del Acuerdo de La Habana, hasta la fecha más de 230 excombatientes han sido asesinados. El 15 de julio de 2020, 93 excombatientes y sus familias se vieron obligados a desplazarse por razones de seguridad, del ETCR de Ituango a Mutatá. Esto afecta de manera significativa la implementación del acuerdo, porque algunos excombatientes por proteger sus vidas han decidido volver a la lucha armada, fortaleciendo las disidencias o cualquier otro grupo armado ilícito. Por otra parte, en medio de esta situación, el ELN desconfía de entablar conversaciones para un posible acuerdo y se muestra muy esquivo, generando más violencia sobre el territorio nacional.

### **Los procesos de justicia y verdad**

Las reincorporaciones efectuadas en la época de la Asamblea Nacional Constituyente no tuvieron procesos de justicia. Esto se debe a razones jurídicas y políticas. En lo jurídico, en ese momento eran comunes las amnistías. En la región, durante esos años, se expidieron amnistías amplias en países como Guatemala y Argentina. En Colombia, en 1980, el presidente Julio César Turbay ofreció una amnistía condicionada a todas las guerrillas: para poder acogerse, tenían que desmovilizarse antes, lo cual causó desconfianza en los movimientos guerrilleros. No obstante, no fue un completo fracaso: un grupo importante del ELN se desmovilizó en ese momento, creando la primera experiencia de «replanteamiento» (como ellos lo denominaron) de la lucha armada.



Más tarde, en el Gobierno de Belisario Betancur, en el marco de negociaciones se expidió otra ley de amnistía. Aunque esta era incondicional, el objetivo era que fuera un primer paso para las soluciones negociadas al conflicto armado. A esta amnistía se acogieron, específicamente, los guerrilleros del M-19 que habían sido capturados en 1979 tras el saqueo al Cantón Norte. Como mencionamos anteriormente, este proceso de paz no logró concretar desmovilizaciones de grupos armados.

En ese momento, la amnistía no era una herramienta nueva a nivel nacional ni en lo internacional. Tampoco era una herramienta impopular, dado que los hechos más degradantes aún no habían ocurrido, y las guerrillas tenían una alta legitimidad política y poco poder militar. Por lo demás, la posibilidad de una asamblea constituyente proponía unas nuevas reglas de juego en la política colombiana, que deberían acabar con la guerra en Colombia. Esta nueva Constitución buscaba democratizar el Estado, y a la vez regular más profundamente al Ejército, el cual sí había cometido crímenes de lesa humanidad, como torturas y desapariciones forzadas. En muchos casos, estos crímenes habían sido perpetrados contra guerrilleros, entre ellos los del M-19.

No obstante, las amnistías no estuvieron completamente exentas de controversia. Ha sido particularmente cuestionada la del M-19 respecto a la toma y retoma del Palacio de Justicia en noviembre de 1985. Aunque algunos integrantes de este grupo fueron amnistiados por esta acción, los militares presuntamente responsables de tortura y desaparición forzada, tanto de civiles como de combatientes del M-19, sí han tenido que responder penalmente. Todos los guerrilleros que hicieron parte de la toma están muertos, con excepción de Claudia Enciso, que está en el exilio. También murió antes de la desmovilización Álvaro Fayad, que dirigía la organización en el momento de la toma. No obstante, esta ha sido una controversia que permanece y ha

tenido impacto en las carreras políticas de excombatientes como Gustavo Petro y Antonio Navarro. Por esta razón, la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad, creada por el Acuerdo de Paz, ha desarrollado dos espacios de contribución a la verdad con quienes lideraron el M-19 y siguen vivos.

Esta forma de aproximarse al cierre jurídico de conflictos armados ya no era válida, ni política ni jurídicamente, cuando 13 años después se desmovilizaron los miembros de las Autodefensas Unidas de Colombia. En 1998 se había firmado el Estatuto de Roma, que establecía la Corte Penal Internacional, ratificado por Colombia en 2002 al final de los diálogos en San Vicente del Caguán. Pero, además, las acciones delincuenciales de los grupos de autodefensas fueron masivas, y sus crímenes de lesa humanidad habían sido denunciados durante más de una década. En particular, los grupos de autodefensas se habían vuelto populares por masacres como la de Mapiripán (1997) y El Salado (2000), entre otras, así como por graves crímenes como los asesinatos de Eduardo Umaña Mendoza, Jaime Garzón, Elsa Calderón y Mario Alvarado.

La amnistía para los paramilitares no era una opción. No obstante, no habría una dejación de armas si no se otorgaba al menos un tratamiento jurídico preferencial. En consecuencia, la Ley 975 de 2005 fue creada como la opción jurídica para la desmovilización de estos grupos, aunque también abrió la posibilidad para desmovilizaciones individuales de otros grupos armados al margen de la ley.

El tratamiento preferencial contenido en la Ley de Justicia y Paz resultó central en un debate nacional sobre el paramilitarismo. Fue una ley controvertida, cuya interpretación fue decidida en fallos de la Corte Constitucional y la Corte Suprema de Justicia. Entre estos, la Corte Constitucional negó la posibilidad de amnistiar delitos políticos y conexos. Se optó por un proceso de alternatividad, donde los postulados serían condenados a

la pena respectiva en el Código Penal, pero solo pagarían hasta ocho años si seguían las condiciones de la ley. Solo el Gobierno podría postular tanto a las personas que eran parte de los grupos de autodefensa como de otros grupos al margen de la ley. Para muchas organizaciones de víctimas, esto no sería suficiente para reparar los daños y esclarecer la verdad.

Este proceso comenzaba con audiencias libres donde los postulados les explicaban a los fiscales todo lo que sabían. Luego, en una audiencia llamada «incidente de reparación integral», debían enfrentar a las víctimas y responder sus preguntas. Esto llevó a críticas importantes contra el proceso, pues en estos incidentes muchas veces los excombatientes justificaban sus actuaciones, lo que tenía efecto revictimizante. Estas dificultades fueron retratadas por Hollman Morris y Juan Lozano (2010) en su documental *Impunity*.

La congestión en estos procesos se hizo evidente en la medida en que, tras cinco años de la Ley de Justicia y Paz, solo habían dictado alrededor de cuarenta sentencias. La intención de investigar y juzgar todos los crímenes ocurridos durante la guerra probó ser demasiado ambiciosa. Por esa razón, se determinó que las personas que habiendo sido parte de grupos de autodefensa no hubieran incurrido en crímenes de lesa humanidad no tendrían que responder judicialmente por sus crímenes, sino hacer parte de un programa de acuerdos por la verdad en el CNMH. Este proceso ha permitido esclarecer más profundamente el fenómeno del paramilitarismo en Colombia.

La siguiente etapa de la justicia transicional en Colombia buscaba un cierre completo. A diferencia de las soluciones jurídicas anteriores, el punto 5 del Acuerdo Final de La Habana fue diseñado para permitir el cierre del conflicto armado. Fue así como, además de una solución judicial, también creó un sistema integral de justicia transicional que incluía la Comisión para el Esclarecimiento de la Verdad y la Unidad de Búsqueda de Personas Dadas por Desaparecidas.

Otra innovación particular de este sistema es que contiene también soluciones jurídicas para los militares. El ámbito de Justicia y Paz era solo para los actores armados ilegales. La JEP tiene competencia sobre militares y exguerrilleros, así como civiles terceros en el conflicto, en crímenes cometidos en el marco y en razón del conflicto armado.

A pesar de la reducción de penas y la posibilidad de penas alternativas, amplios sectores de víctimas han expresado su apoyo al Sistema Integral y en particular a la JEP. «Más allá de mi situación personal, quiero nuevamente manifestarles mi agradecimiento por el trabajo que hacen por Colombia, por procurar impartir justicia restaurativa y sembrar las bases para la construcción de la paz y la reconciliación en nuestro país. Valoro mucho su trabajo y su esfuerzo», dijo al comienzo de su informe mixto en la JEP Sigifredo López.

### **La participación política**

Otro tema central a los diferentes procesos de paz en el país ha sido la participación política. Si una de las causas de la guerra era la exclusión de la posibilidad de participar, la solución tenía que contemplar las condiciones para que se incluyeran ideas alternativas en política.

La primera experiencia de participación política, con la que se buscaba cerrar el conflicto armado, fue la UP. Como se ha mencionado anteriormente, este iba a ser el partido en el que se integrarían las FARC-EP al dejar la lucha armada. Fue creado en el marco del acuerdo de La Uribe (Pizarro, 2017) y buscaba ser la salida no solo para esta, sino también para otras guerrillas.

La UP se presentó como un hito esencial en la democratización de Colombia. Permitió una opción al bipartidismo, y tuvo resultados destacados considerando que era la primera vez que existía una opción diferente a los partidos tradicionales. Aunque

había disidencias y diferentes corrientes dentro de los partidos, no había una opción realmente diferente por fuera de ellos.

Sin embargo, la UP no solo representaba a la guerrilla, sino también a otros sectores de la sociedad. Hoy parece claro que fue un error crear el partido antes de lograr un acuerdo de paz, pues la continuación del conflicto fue el final de esa oportunidad política. La estigmatización, bajo la idea de que las FARC-EP combinaban las formas de lucha y que los miembros del partido eran guerrilleros, fue una de las razones del genocidio. La UP perdió vigencia en la realidad nacional a la par que perdió a sus más importantes líderes.

Como se mencionó anteriormente, la circunscripción especial de paz que les garantizaba puestos a exguerrilleros en el Congreso cayó por el «mico» de la prohibición de la extradición. Esto implicó perder la oportunidad de que tanto la AD M-19 como otros partidos surgidos de una guerrilla tras ese proceso de paz tuvieran garantizada la representación en el Congreso. No obstante, rápidamente su popularidad haría que esta circunscripción no fuera necesaria.

La AD M-19 fue particularmente exitosa al entrar a la política. En la primera elección en la que participaron en 1990, dos días después de hacer la dejación de armas, lograron resultados impresionantes. Nos dijo Vera Grabe:

Yo era candidata a la Cámara por Bogotá, no tenía ni cédula y no había hecho campaña. Sin embargo, salgo elegida como con 50 000 votos (...). Había un ambiente donde la gente quería este proceso y votó (...). Pizarro sacó con una campaña muy corta (...), como candidato a la alcaldía, 70 000 votos. Había un ambiente muy favorable y simpatía. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Vera Grabe, 21 de septiembre de 2019)

En la elección presidencial, a pesar del asesinato de Pizarro, Antonio Navarro sacó el 12 % de los votos a la presidencia. Luego

en la Asamblea Nacional Constituyente tuvieron 19 delegatarios, lo cual les garantizó la copresidencia. Finalmente, en la elección al Congreso de 1991 lograron el 10% de los votos y veintidós congresistas.

El partido Esperanza, Paz y Libertad alcanzó a tener un poder importante en el Urabá. Logró tener dos alcaldes del municipio de Apartadó, en periodos consecutivos, así como varios concejales. No obstante, ante el exterminio y lo reducido de su tamaño, el partido terminó uniéndose a la AD M-19 en 1992 y nunca tuvo representación en el Congreso.

Esto no ocurrió con los excombatientes de las AUC. Dado que la Corte Constitucional no reconoció el carácter político de este grupo armado, no era posible darles representación política ni cancelarles las sanciones contempladas en el Código Penal que restringían sus derechos políticos. Además, como mencionamos anteriormente, el interés del gobierno Uribe era quitarles el carácter político a los grupos armados, bajo la idea de que en Colombia hubo narcoterrorismo y no una guerra civil.

Como vimos, ha sido frustrante para miembros de las AUC no haber tenido las oportunidades políticas de otros grupos armados. «Así como hizo Timochenko: soltó el fusil y pal Senado. Nosotros soltamos el fusil y pa' la cárcel», dice Óscar Ospino.

En 2016, al firmarse el Acuerdo Final, se pactan dos ámbitos diferentes de participación política. El punto 2 del Acuerdo se denomina «Participación política». Este punto trata de profundizar la democracia para toda la sociedad, en particular, fortaleciendo la protección estatal a la oposición y a la protesta social. También plantea mecanismos para mayor representación de víctimas y regiones afectadas por el conflicto. En particular, habían acordado 16 puestos en la Cámara de Representantes para esas poblaciones durante dos periodos, coincidiendo con el tiempo en que el partido FARC tiene garantizadas las diez curules. A pesar de varios intentos, este proyecto nunca logró pasar en el Congreso.

Por otro lado, el punto 3 comprende todos los temas de la desmovilización y la reincorporación. Entre ellos, la reincorporación política. Este punto tiene que ver con la participación de los desmovilizados de las FARC-EP en política, y la creación del partido que se convertiría en la Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, con recursos presupuestales para el partido y la garantía de su presencia en el Congreso y de su personería jurídica hasta 2022.

No obstante, las campañas del nuevo partido se han visto también envueltas en problemas profundos de seguridad. Las campañas al Congreso y a la Presidencia en 2018 tuvieron que ser suspendidas por este motivo. También, a finales de 2019, se desmontó un plan para asesinar a Rodrigo Londoño, presidente del partido FARC.

«Pues definitivamente nuestra apuesta política es por eso, por la transformación, y en eso estamos», nos dijo Isabela Sanroque, quien acababa de inscribir su candidatura a edil de Teusaquillo el día anterior.

La participación política del partido FARC ha estado inmersa en controversias a razón de que aún no ha terminado su paso por la justicia transicional. Varios de los congresistas son hoy parte de los casos que lleva la JEP por secuestro y reclutamiento forzado, por los cuales ya han sido llamados.

### **Conclusión: lograr la paz completa es una tarea pendiente**

La historia muestra que muchas conquistas importantes en la historia de nuestro país se han dado como resultado de procesos de paz. Lejos de la guerra, como lo dice Vera Grabe, la paz es revolucionaria. Por medio de procesos de paz se cambió la Constitución, se ha avanzado en satisfacer los derechos de las víctimas y hoy el país cuenta con la oportunidad de reformar el campo, la política y enfrentar de manera integral el problema de las drogas, entre otros.

Las historias que hemos escuchado también muestran que la paz, más allá de una negociación política, es una decisión moral. La paz en Colombia se ha sostenido por medio de la decisión de personas valientes, que le siguen apostando a pesar de la guerra que continúa. Lo han hecho a pesar de la inseguridad, así como en medio del miedo a que no cambie la sociedad como esperaban al dejar las armas.

La historia también muestra una tradición de incumplimientos. Por el lado de los grupos armados, han existido personas profundamente comprometidas con los procesos de paz, así como otras que no dejaron las armas o volvieron a delinquir, entre ellos, algunos comandantes y líderes. Sin embargo, los acuerdos de paz implican, además, compromisos estatales muy precisos. El Estado, por regla general, tiene más obligaciones derivadas de los acuerdos que los grupos insurgentes.

Si el Estado no toma en serio los acuerdos de paz, no los implementa a cabalidad, o falla en garantizar la seguridad jurídica y física de los excombatientes, será muy difícil convencer a otros grupos armados de que confíen en el Estado. Solo un compromiso profundo del Estado con el cumplimiento de los pactos pendientes logrará la confianza de otros grupos armados para llegar a acuerdos.

La historia muestra también que la guerra en Colombia no acabará por la vía armada. La incapacidad, como sociedad, de acabar con la guerra, ha costado muchas muertes. La violencia luego de las desmovilizaciones ha perpetuado la violencia. Y las estrategias estatales, como la «guerra integral» del gobierno Gaviria o la Seguridad Democrática del gobierno Uribe Vélez, solo profundizaron la desconfianza. En varios momentos de la historia, la suma de incumplimientos de los acuerdos de paz y estrategias de guerra llevó a alejar la posibilidad de salidas políticas.

La guerra en Colombia, el conflicto armado interno, es de orden político y, por lo tanto, solo se solucionará por medio del diálogo.



## Referencias

- El Tiempo. (13 de mayo de 1991). EL M-19 vive una nueva guerra: la reinserción. *El Tiempo*. Recuperado de <<https://www.eltiempo.com/archivo/documento/MAM-82182>>.
- El Tiempo. (5 de julio de 2019). Aceptan tutela de ex-M19 rajado en prueba de polígrafo para un trabajo. *El Tiempo*. Recuperado de <<https://www.eltiempo.com/justicia/investigacion/aceptan-tutela-de-ex-m19-rajado-en-prueba-de-poligrafo-para-un-trabajo-377222>>.
- International Center for Transitional Justice (ICTJ). (16 de mayo de 2012). ICTJ. Retos y oportunidades a la ley de Justicia y Paz. Dr. Gustavo Gallón. [Video]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=JCJQQfQUYMI>>.
- Partido Comunista de Colombia. (30 de junio de 1994). Francisco Caraballo: Soy un rebelde consciente, revolucionario consecuente y comunista convencido. *Cedema.org* [Comunicado]. Recuperado de <<http://www.cedema.org/ver.php?id=2357>>.
- Pizarro, E. (2017). *Cambiar el futuro*. Bogotá, D. C.: Debate.

CAPÍTULO 7  
**Identities de paz**

---





EL EJERCICIO DE (RE)CONSTRUCCIÓN de la memoria histórica a través del diálogo con personas que vivieron el conflicto armado en Colombia evidencia cómo aún dentro de la diversidad socio-cultural existe un factor común a todas las personas que compartieron su relato: la violencia. Esto quiere decir que el conflicto armado ha sido un elemento esencial en la configuración de su relato de vida.

Sin embargo, este factor común no se mantiene estático; en determinado momento estas personas también se definen como agentes de paz, de la no repetición del conflicto armado, o incluyen en su relato la construcción de paz. De manera que hay una relación entre la forma en que su identidad en un inicio es atravesada por la violencia y cómo luego se configura en el activismo o el liderazgo social en torno a la construcción de paz.

Debido a esta constatación surgió el interés por indagar cómo se produce la transformación de la identidad como víctima o combatiente hacia la denominación común de constructores de paz. Al respecto, sostenemos que el momento transicional en Colombia requiere que quienes estuvieron involucrados en el conflicto armado se reconozcan en esa autodenominación. Para ello definiremos primero qué se entiende por identidad y por construcción de paz, intentando dar cuenta de las voces de quienes compartieron su relato.

La identidad debe ser entendida como el lugar de enunciación; es decir, se trata de una denominación política, estratégica, que responde a los intereses y las necesidades de las personas.

Es algo que se debe mirar como un proceso, sujeto a cambios, modificaciones y rupturas. Es posible que algunas categorías se mantengan a lo largo de toda su vida y que otras puedan desaparecer e incluso volver a aparecer más adelante.

Hablar sobre la identidad parte desde el lugar de enunciación y la autodeterminación de la persona, que responde muchas veces en un principio a la forma en que se reconoce el ser y con la que emprende relaciones sociales, pero también aquella que se configura bajo una denominación política y estratégica, que responde a los intereses y las necesidades de las personas.

Ahora bien, a pesar de esos cambios, una de las denominaciones que más interesa es la de constructor(a) de paz. Definir qué es un constructor de paz sería anular las diferencias y particularidades de cada persona, pero sí se puede decir que hay un punto común: terminar con las violencias que atraviesan su identidad. Esto quiere decir que el discurso de la construcción de paz se comprende mejor en función de la identidad. Esto se comprobará a través de los diferentes ejemplos que se mencionan más adelante.

Es crucial explorar las diferentes experiencias que vivieron los invitados y lo que los llevó a la construcción de su relato, pues en este se encuentran tanto elementos identitarios que los definían antes de ser víctimas o combatientes como la forma en que se transformaron a raíz del conflicto armado. Teniendo en cuenta la variabilidad y flexibilidad de la identidad, que tiende a la transformación, es importante también recoger las verdades de cada invitado desde sus evoluciones identitarias hasta su llegada a ser constructor de paz, y reconocer la diversidad que hay en ellas a la vez que comparten un elemento común: la experiencia de la violencia.

Partiendo de la identidad no solo como la forma en que un individuo se percibe a sí mismo o al grupo propio, sino además como el modo en que uno, o su grupo, entiende al otro y se relaciona con ese otro. Es importante también explorar cómo las identidades de las personas dentro de una misma comunidad

cambian y crean una experiencia individual para cada uno. Igualmente, reconocer que, dentro de una comunidad que comparte unas mismas creencias, las experiencias de vida han marcado de manera diferente el lugar de enunciación de cada uno, como su historia alrededor del conflicto. Aunque la identidad es un proceso cultural, también es uno donde puede surgir pluralidad de identidades (Castells, 1999, p. 28), lo que implica que una persona expresa sus identidades de forma directa en su lugar de enunciación. De modo que en el siguiente análisis se va a explorar el lugar de enunciación de los diferentes invitados, dando a entender las diferencias que puede haber en las experiencias personales y las historias de vida que constituyen la identidad de la persona antes y ahora.

### **¿Cuáles identidades marcaron el conflicto armado?**

El primer análisis que haremos tiene que ver con la forma en que las identidades produjeron la guerra que vivimos, a tal punto que llevaron a diversas personas a tomar las armas para defender diferentes ideas, así como que sus victimizaciones tuvieran vulneraciones particulares en las víctimas. Las experiencias de vida de las diferentes personas involucradas en el conflicto armado ciertamente marcaron la identidad y el lugar de enunciación de cada uno de ellos de forma alterna, pero muchos con rasgos en común muy propios de la persona.

Este es el caso de algunas comunidades étnicas como las afro y las indígenas que vivieron el conflicto. Con respecto a los afros, en la historia de Yolanda Perea Mosquera, Alberto Vidal y Héctor Marino Carabalí se puede ver cómo los tres se identifican como afros y están orgullosos de serlo. Hay también diferencias: Alberto Vidal se enuncia como afro, pero hace la aclaración de que es del norte del Cauca, pues reconoce que ese contexto es especial por los departamentos limítrofes que lo rodean, y explica que la cultura de su comunidad negra es distinta a la cultura

negra del Pacífico, de donde viene Yolanda, que nació en Riosucio, Chocó, o de otras zonas del mismo Cauca, como Buenos Aires, donde nació Héctor. En cuanto a las comunidades indígenas, María Violet Medina Quiscué enuncia su historia como la de una mujer indígena del pueblo nasa de Tierradentro, Cauca.

Para quienes provienen de pueblos étnicos, es central ser reconocidos en la diferencia. No es lo mismo una persona afrodescendiente del Chocó a una del Norte del Cauca; sus costumbres y formas de ver el mundo son diferentes. Tampoco es lo mismo un nasa que un arhuaco o un emberá, que son pueblos diferentes con lenguas y cosmovisiones distintas. Es erróneo intentar agruparlos en un solo pueblo, pues al hacerlo se les estigmatiza y homogeneiza, repitiendo los errores del pasado.

Si bien la ubicación geográfica genera diferencias entre identidades similares, hay un aspecto que comparten entre ellas, que es la pertenencia y el amor por el territorio, además de su identificación con él. Yolanda, Alberto, Héctor y María Violet hablan siempre por el territorio. Más específicamente, a Héctor y María Violet no les gusta hablar en primera persona en su relato, sino en tercera persona y en colectivo, pues esto les permite hablar siempre con la voz de la comunidad —en el caso de Héctor— o como un homenaje a una cosmovisión milenaria —en el caso de María Violet—. Finalmente, tanto Yolanda como Alberto, Héctor y María Violet desarrollan un importante liderazgo en sus respectivas comunidades; algunos de una forma casi heredada de sus familiares, como en el caso de Alberto y Héctor, y otros de una forma espontánea a raíz de sus vivencias y necesidades, como en el caso de Yolanda y María Violet.

Para quienes han vivido la guerra en el territorio, la victimización va más allá de lo vivido por ellas mismas en sus cuerpos. Entienden que han sido victimizados como parte de una guerra en contra de sus territorios y sus tradiciones. Y por eso mismo su lucha no es solo para lograr la reparación en su caso concreto, sino para acabar la guerra en su región, la que en muchas

ocasiones ha permanecido durante años después de su victimización. Esto explica también la insistencia de Alberto y Héctor Marino de mantenerse cerca de su territorio en el Cauca a pesar de la inseguridad, así como la frustración de Yolanda por la imposibilidad de ir a Riosucio debido a la presencia del ELN.

El componente territorial también es esencial para entender otro grupo identitario importante en el conflicto armado, como es el del campesinado. En la historia de Óscar Ospino, Arlex Arango y Rodrigo Londoño, enuncian sus inicios de vida reconociéndose como campesinos o de origen campesino. Sin embargo, solo Óscar y Arlex hablan de cómo su vida se desarrolló hasta cierto punto trabajando la tierra; pero llegaron circunstancias que cambiaron su rumbo, como la militancia, aspecto que comparten también con Rodrigo Londoño.

Nos pareció peculiar que ninguna de las personas con las que nos reunimos, que eran víctimas y no combatientes, se identificó como campesina, así vinieran de entornos rurales. Esto en parte puede tener que ver con su identificación con otros lugares de enunciación, como ser afrodescendiente o indígena. Aunque puede deberse también a la profunda estigmatización que ha existido hacia quienes tienen esta identidad. En muchos momentos del conflicto se ejerció violencia contra comunidades campesinas, la cual se justificó en supuestos vínculos de estas comunidades con las guerrillas. Otras comunidades, como la de la región Lozada-Guayabero en San Vicente del Caguán o la Comunidad de Paz de San José de Apartadó, reivindican la identidad campesina para desligarse de los actores armados.

El hecho de que quienes lideraron grupos armados se caracterizaran por ser campesinos muestra la dura realidad de que este grupo poblacional fue el que le puso el pecho a la guerra. Aunque para cada quien es diferente el significado de ser campesino y hay diferencias en el proyecto político alrededor del campo, es evidente que en su mayoría fue la gente del campo la que se enfrentó entre sí.



En este orden de ideas, existe otra identidad importante en el conflicto armado, que es la militancia. En primer lugar, la militancia de diferentes personas en grupos armados. Vemos así cómo, al narrar su historia, Óscar Ospino, Arlex Arango, Rodrigo Londoño, Antonio Navarro, Vera Grabe e Isabela Sanroque se enuncian como excombatientes: de las AUC, en el caso de Óscar y Arlex; de las FARC-EP, en el caso de Rodrigo e Isabela; y del M-19, en el caso de Vera y Antonio. Efectivamente, todos reafirman su militancia desde la ideología política, pero ciertamente desde diferentes bandos: Óscar y Arlex desde la antisubversión, y Rodrigo, Vera e Isabela desde la subversión, más específicamente desde el comunismo o la inspiración marxista.

En este sentido, la formación política que recibieron es otro punto de comparación identitario: Vera e Isabela se formaron en estos temas desde la academia en la universidad; el resto se formó políticamente por su legado familiar y a través de su desarrollo en el grupo armado. Así mismo, si bien su participación en estos grupos fue voluntaria, la experiencia de militancia varía en cada caso; Rodrigo e Isabela encuentran en las FARC-EP un sentido de unión y camaradería casi familiar: Vera ve en el M-19 ideológicamente un proyecto político y Óscar y Arlex hallan en las AUC un medio para defenderse de la guerrilla. Todos llegaron a ocupar importantes posiciones de liderazgo en sus respectivos grupos.

Los excombatientes con los que hablamos hicieron un llamado insistente a tomar la historia y las narrativas con cautela y a entender siempre su complejidad. Para Ospino y Arango, es un error llamar a las AUC un grupo paramilitar, pues los diferentes bloques eran autónomos, no subordinados al Ejército, como implica la idea del paramilitarismo, e incluso tuvieron combates contra ellos. Esta complejidad es evidente también en la explicación que nos dio Isabela Sanroque sobre las relaciones de género en la guerrilla, pues afirma que desde la Séptima Papeleta se marcó la igualdad entre mujeres y hombres en la organización, lo que mostraba un gran avance en estas relaciones; entre los ochenta y los

noventa se dio un gran ingreso de mujeres, al punto que estas se convirtieron en el 40% de la organización. Así mismo, eran superautónomas también en lo sexoafectivo: ellas decidían con quién estar, no había sometimientos emocionales; todos estaban unidos por el amor revolucionario. A ellas les permitían tomar sus propias decisiones. Aunque los proyectos armados quedaron en el pasado de las personas que dejaron las armas, son una parte importante de su recorrido vital y, por lo tanto, ellas esperan que sea reconocido como parte de la discusión sobre la historia del conflicto armado.

Por otra parte, así como se habló de identidades que nacieron de los territorios también hay identidades que nacieron de lo urbano y están vinculadas a las militancias. Este es el caso de Juan Carlos Villamizar, Vera Grabe e Isabela Sanroque, quienes identifican su crianza e inicios de vida en la ciudad, más específicamente, Bogotá. Los tres se educaron en Bogotá y se formaron en estudios de pregrado: Juan Carlos, en Ciencia Política en la Universidad Javeriana; Vera, en Antropología en la Universidad de Los Andes; e Isabela en una Licenciatura en Ciencias Sociales en la Universidad Distrital.

También María Eugenia Guzmán estudió Sociología en la Universidad del Atlántico en Barranquilla y luego Derecho en la Universidad Libre. Esta formación académica, que los llevó a construir su noción de la justicia social, fue crucial en el desarrollo de sus vidas. Además, hay un vínculo directo entre sus estudios y sus militancias, pues en todos los casos fue durante esta época que se involucraron en esta actividad. Los tres hablan de cómo sus estudios los llevaron a entender el país de forma distinta y a forjar su liderazgo. En los casos de Vera e Isabela, a participar en el M-19 y las FARC-EP, respectivamente, y en el de María Eugenia y Juan Carlos a desarrollar un liderazgo estudiantil y luego político como militantes comunistas.

La forma en que los militantes viven la guerra en colectivo es intensa, así como la forma de entender la guerra de quienes se arraigan en el territorio. En primer lugar, se crea un espacio de

ideas de cambio que mueven la forma de ver el país. Además, los ataques y las victimizaciones se vuelven un ataque personal cuando son contra el colectivo. Esto es evidente en la expresión recurrente de María Eugenia de que el genocidio contra la UP fue contra una generación. También en los recuerdos que tiene Isabela, en particular, de Mariana Páez y Cristóbal Sanroque, quienes fueron compañeros en la guerrilla y murieron en bombardeos.

Otro aspecto identitario importante desde lo urbano es la perspectiva que vivieron tanto Vera como Juan Carlos desde el extranjero: Vera es hija de inmigrantes alemanes y Juan Carlos en sus años de liderazgo estudiantil se fue exiliado a España, donde estuvo 14 años. Ambos coinciden en tener una visión de Colombia desde fuera y eso marca también la identidad que comparten. En este mismo orden de ideas, la experiencia de lo urbano para un foráneo también marca la vida de las personas, como en el caso de María Violet Medina, que siendo indígena nasa llegó desplazada a Bogotá, lo que la obligó a vivir su ancestralidad indígena de una manera distinta a como lo venía haciendo en su natal Cauca.

Otra identidad que también se muestra en el desarrollo del conflicto armado y que es muy fuerte es la de mujer; es el caso de Isabela Sanroque, Yolanda Perea, María Violet Medina y Vera Grabe. No obstante, sus experiencias como mujeres también son diferentes, dados sus otros rasgos identitarios: Yolanda es una mujer afro, María Violet es una mujer indígena, Vera es una mujer bogotana, descendiente de inmigrantes alemanes y académica, e Isabela es una mujer fariana. Estas características hacen que, si bien reconocen la importancia de su rol y del respeto por la mujer, los vean también desde diferentes aristas. No solo son mujeres, sino que son mujeres en un contexto específico y esto marca su forma de vivir, y la diferencia con otras mujeres. Esto implica que Yolanda y María Violet, por su historia de vida y su cosmovisión étnica, defienden el cuerpo de la mujer como un territorio sagrado; Isabela ve a la mujer desde una militancia política dentro de la cultura fariana, defendiendo el rol de la

mujer como sujeto de derechos; para Vera fue central ser mujer para enfrentarse a la cultura machista dentro de la guerra.

La visión étnica lleva a entender la violencia de una forma diferente, y la historia a partir de un lugar diferente. Desde esta perspectiva, la violencia no solo se ha dado desde hace sesenta años, sino que viene de antes de la historia republicana. Para los pueblos indígenas comenzó con la colonización por parte de España, que fue una invasión de sus tierras y un genocidio. Para las comunidades afrodescendientes, la violencia comenzó con el secuestro y la trata de personas traídas desde África hasta América. Al escuchar su historia de violencia sentida desde lo colectivo, vimos recurrentes referencias a estos hechos. Para estos pueblos étnicos, la violencia que han vivido en las últimas décadas no es más que la continuación de esa que empezó hace cuatro siglos.

Finalmente, la familia ha sido un elemento crucial en el desarrollo de la identidad de las personas en el conflicto armado. Bajo esa perspectiva familiar, Yolanda Perea se identifica como madre y como hija; María Violet Mediana se identifica como madre; y Óscar Ospino y Arlex Arango, como padres. El rol familiar que tiene cada uno de ellos fue muy importante en el desarrollo de su vida y lo es aún en la actualidad. Tiene que ver con la forma en que vivieron la guerra; por ejemplo, Yolanda con la pérdida de su madre y María Eugenia con la de su esposo. Por eso Yolanda, María Violet, Óscar y Arlex viven para crearles un mejor mundo a sus hijos. Así mismo, en el caso de Yolanda, ser hija de una mujer fuerte la inspiró a ella a ser una mujer y una madre fuerte.

### **¿Cuáles son las identidades de paz?**

El siguiente apartado tiene que ver con cómo esas identidades se transforman. Cómo quienes vivieron la guerra transforman su manera de relacionarse entre ellos y con el contexto, y así pasan a ser constructores de paz de diferentes maneras.

En primer lugar, es interesante analizar cómo los combatientes cambian la forma en que piensan la política y su rol en ella. La primera idea recurrente es que los grupos armados eran actores políticos, pues ejercían política con las armas. Entonces, la dejación de armas es tan solo un proceso de transformar la manera de hacer política. Las tensiones ideológicas no desaparecen con los procesos de desmovilización, tan solo se modifican. Las ideas de país que cada uno creyó posibles durante su paso por la guerra siguen siendo factibles. Para Óscar José Ospino, es claro que la lucha política no acaba, solo se transforma: «Cuando nos desmovilizamos creímos que podíamos continuar con nuestra lucha política, pero realmente lo que pasó fue que nos encarcelaron». Pero afirma también que ahora pueden tener una discusión política con opositores sin matarse entre ellos. Y esta es una visión coherente con las transiciones de guerrillas como el M-19, el EPL y las FARC-EP a partidos políticos.

Esta es una transformación esencial, pues aleja a los excombatientes de la obsesión por la homogeneidad, y permite la construcción de un país incluyente desde la diversidad. Esto fue evidente en la Asamblea Nacional Constituyente, que fue un ejercicio de pluralismo para la paz. Antonio Navarro, quien fue copresidente de la Asamblea Constituyente, nos dijo:

Yo había sido ministro de Salud ya del gobierno de César Gaviria. Me fui a donde Gaviria, que era el presidente del partido Liberal de hecho y le dije: «Hombre, vamos a hacer una presidencia distinta, una presidencia rotativa de la Asamblea o una presidencia colegiada» (...). A los ocho días me dijo: «No, presidente, un liberal porque somos veinticinco (...); ustedes primer vicepresidente porque son la segunda votación, el segundo número de constituyentes: 19. Y Salvación Nacional y Álvaro Gómez, la tercera, segunda vicepresidencia». A mí no me sonó la idea. (...) Busqué a Álvaro Gómez Hurtado, le mandé razón, y nos reunimos con Álvaro Gómez Hurtado en una casa que nos prestó una persona amiga de él. Una tarde

él y yo solos. Y en quince minutos estábamos de acuerdo en que íbamos a hacer una presidencia colegiada de tres miembros. Tres copresidentes de la Asamblea Constituyente. Y que íbamos a trabajar juntos la mejor constitución posible. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Antonio Navarro Wolf, 13 de junio de 2020)

Pero entender ese cambio de enemigos a contrincantes políticos implica una visión diferente sobre la vida. Estando fuera de la guerra, la vida no es una moneda que se pueda intercambiar. Se renuncia a la posibilidad de venganza, o al ajuste de cuentas político por medio de las armas. Se entiende que el debate se da públicamente ejerciendo los derechos democráticos. Hoy, personas como Sandra Ramírez y Álvaro Uribe, que en otro momento buscaron la muerte del otro, comparten espacios democráticos debatiendo con ideas sobre el futuro del país.

Para los excombatientes, contar las historias de lo que vivieron en la guerra tiene varios propósitos. El primero, por regla general, tiene que ver con la no repetición. Pero al contar su historia también buscan reivindicar los ideales por los que luchaban, así como explicar, generalmente dejando claro que no justifican las acciones criminales, las decisiones que tomaron. Pareciera inclusive como si vivieran en una lucha constante por reivindicarse ante la historia.

Los combatientes, además, en su tránsito a la paz se ven en la penosa obligación de enfrentar a sus víctimas, de encontrarse con gente a la que le hicieron daño, destruyendo su proyecto de vida, y entender que eran inocentes. Esos momentos de encuentro con las víctimas despojan a los combatientes de las justificaciones que tuvieron para atentar contra personas inocentes. De esa forma, además, hacen conciencia de que son responsables y deben reparar los daños causados.

Rodrigo Londoño nos comentó sobre la experiencia que vivió en un retiro de yoga organizado en el municipio de San

Rafael, Antioquia. A ese retiro asistieron víctimas, excombatientes, líderes sociales y artistas. Esto dijo sobre su encuentro con Bertha Frías:

Nos puso a hablar, cerrar los ojos, cogernos de las manos, y fue una experiencia muy bonita. Nos pusieron a escoger a la persona que más nos generaba confianza y yo la elegí a ella. Pero ella me decía que soy muy serio y yo le confesé, con toda sinceridad, que me daba mucha vergüenza por todo lo que le pasó a esa señora por una acción nuestra. Pero es muy bonito ver cómo nos trata ella; y así me he encontrado con otra gente. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Rodrigo Londoño, 1.º de febrero de 2020)

Pero, lamentablemente, la construcción de paz en Colombia también ha hecho que combatientes se conviertan en víctimas. Los exterminios que se han dado contra diferentes grupos de excombatientes los ponen en la situación de elegir entre la paz o la vida. Esta disyuntiva pone a prueba de forma permanente la capacidad de resistencia del colectivo, siempre tratando de que los excombatientes se mantengan en la legalidad. Lo que nos contó Londoño en relación con el atentado que habían planeado contra él tan solo días antes de nuestro encuentro es que cuando estaban decidiendo si apostar o no a este proyecto político fue algo muy complejo internamente. Duraron casi tres o cuatro días debatiendo si lo hacían o no, pero decidieron sacar la solución política adelante. Y en aras de la sinceridad, afirma que no tiene dudas de quién le provocó ese atentado y que es muy triste cuando se ratifican estos actos por una presunta traición.

Esta se ha vuelto una experiencia compartida entre los diferentes grupos de excombatientes. Todos los grupos que se han desmovilizado han afrontado una serie de persecuciones, o violencia directa: «el proceso de reinserción para las AUC se dio con 3600 muertos, grandes cifras de suicidio, violencia doméstica, adicciones en las cárceles, etc. Felicito la reinserción que le están

dando a las FARC-EP, pero con las AUC aún deben mejorar», dice Ospino. En el mismo sentido, luego de hablar con Salvatore Mancuso, Rodrigo Londoño destacó los asesinatos de exmiembros de las AUC como una experiencia para aprender. Esto lleva a que haya una serie de vivencias compartidas, más allá de lo vivido en la guerra. En esta línea, por ejemplo, participó Fredy Rendón en el Espacio de Escucha de la Comisión de la Verdad sobre el asesinato de excombatientes de las FARC-EP.

Hay que destacar que uno de los elementos clave que se encuentran en las narraciones de los excombatientes sobre su proyecto hacia el futuro es la paz como una decisión. Así lo dijo Vera Grabe, quien nos contó cómo esta decisión diferenció el proceso de paz de 1989 de los anteriores. Esto fue también lo que separó los procesos en Caracas/Tlaxcala y Caracas del que concluyó con la firma del Acuerdo Final.

Las víctimas también se transforman en constructoras de paz. Esto implica que se vuelven guardianas de una paz en potencia; gestoras de paz, de memoria y de reconciliación. Las historias que cuentan, así como el trabajo posterior de presionar para lograr acuerdos, buscar que se cumplan y exigir justicia, han sido centrales en los avances que ha vivido Colombia para lograr la paz.

Las víctimas, entonces, entienden la importancia de contar su historia. Saben que es un homenaje a quienes han perdido en la guerra y a su sufrimiento. También son conscientes del liderazgo moral que tienen, en especial cuando sus historias enarbolan valores como la reconciliación, la convivencia, la justicia y la paz.

Las víctimas se han vuelto un ejemplo moral en la transición colombiana. Particularmente, aquellas que han dejado de lado el odio y buscado la reconciliación. Como comentamos en el texto «Reconciliación pluridimensional», tienden a ser las víctimas quienes buscan espacios para encontrarse con sus victimarios. Esto hace que parte de los rasgos de las víctimas, o al menos un liderazgo característico de ellas, tenga que ver con una



profunda valentía al buscar espacios de reconciliación.

Para Juan Carlos Villamizar, quien fue exiliado por el paramilitarismo y hoy coordina el trabajo del ICTJ (International Center of Transitional Justice) con exjefes paramilitares, esto tiene que ver con el concepto de cambio de lugar social:

Una de las tareas para que nosotros dejemos los cincuenta años de violencia es la posibilidad de cambiar de lugar en el espacio común, y el lugar es el que da el otro. Es muy difícil cambiar en una población como la nuestra porque a pesar de que los paramilitares, por ejemplo, dejaron de serlo hace muchos años, todavía hay personas que los llaman *paracos*. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Juan Carlos Villamizar, 19 de octubre de 2019)

La promesa de paz llevó a quienes habían sido desplazados y exiliados a buscar el retorno. Esto significó para quienes lo vivieron, cerrar el círculo. Sobre su regreso al país Juan Carlos Villamizar afirma que anteriormente, cada vez que llegaba a Colombia, lo hacía por Venezuela en forma muy discreta, pero cuando lo llamaron para participar en las negociaciones de paz, era la primera vez que llegaba legalmente. Fue llevado a un hotel y al otro día directamente a La Habana para empezar a sesionar durante tres días seguidos en la Mesa de Víctimas. Para él, participar en los acuerdos significó terminar su etapa como víctima. El retorno cierra el ciclo de dificultades causadas por la guerra y permite una nueva oportunidad para retomar un proyecto de vida suspendido con el desplazamiento forzado. Para quienes aún no pueden volver a su territorio, la posibilidad del retorno es un sueño.

Otro elemento que nos pareció interesante tiene que ver con los procesos de organización. A medida que las víctimas lograban empoderarse políticamente y entender el patrón alrededor de lo que habían vivido, se organizaron de diferentes maneras para exigir sus derechos. Entonces se crearon organizaciones te-

ritoriales de víctimas, así como otras que reivindicaban los derechos de víctimas de determinados hechos victimizantes o de ciertos eventos específicos. Identificamos por ejemplo el trabajo que habían hecho las víctimas del Movimiento de Víctimas de Crímenes de Estado (MOVICE), y estas, en unión de otras organizaciones de defensa de víctimas de crímenes de Estado, como FASOL, REINICIAR y ASFADDES, y otros colectivos creados para defender a víctimas de un evento en particular, como las Tejedoras de Mampuján. También conocimos la existencia de organizaciones étnicas como la Organización Nacional Indígena de Colombia (ONIC), el Consejo Regional Indígena del Cauca (CRIC) y el Proceso de Comunidades Negras (PCN). Otras víctimas, como Yolanda Perea y Olga Esperanza Rojas, crearon fundaciones para llevar a cabo trabajo directamente dentro de su comunidad.

Pilar Navarrete nos explicó cómo su rol tuvo que transformarse durante el proceso que vivió y cómo cambió su lugar en la sociedad. Afirma que inicialmente no creía que existiera la desaparición forzada en Colombia, pues no teníamos dictadura. Le costó mucho creer que su compañero estaba desaparecido. Todavía lo esperaba y no se había deshecho de su ropa ni de otras pertenencias. Pero las familias se volvieron multidisciplinarias en el camino de encontrar la verdad: aprendieron de derecho, de criminología, de antropología forense, entre otras disciplinas, buscando sus seres queridos. En ese camino se encontró con otras experiencias sobre desaparición forzada, como la de Omaira Montoya y las de otras familias en ASFADDES.

Ahí tuvieron la oportunidad de encontrarse con otras personas que habían vivido lo mismo. Además, lograron avanzar con los procesos judiciales, inclusive acudiendo a instancias internacionales. Estos logros no habrían sido posibles si no fuera por la organización y la acción colectiva. Estos espacios permiten a las víctimas darse acompañamiento entre ellas.

También en el aspecto político las organizaciones han te-

nido un impacto importante. Son ellas las que han puesto en la agenda pública los sufrimientos de las víctimas. Han sido fundamentales para hacer incidencia efectiva en leyes como la de desaparición forzada en el año 2000 y la de víctimas en el 2011. Además, para lograr la participación de las víctimas en las negociaciones de paz. Por estas razones, entre otras, las organizaciones de las que hacen parte y los procesos que lideran son para las víctimas un aspecto central de su identidad.

Los liderazgos de víctimas han jugado un rol central en la transformación de los territorios. Es por esto que son tan importantes entidades como las mesas de víctimas, y nombres como Héctor Marino Carabalí, Yirley Velasco, Yolanda Perea, Mayerlis Angarita y Leyner Palacios, entre otros. Su rol como víctimas de la violencia en sus territorios ha consistido en exigir los cambios estructurales con enfoque territorial. Esto implica entender la paz no como un proceso político en la capital, sino como un proceso de transformación diferencial, en cada lugar que sufrió la guerra de forma distinta. Nos dijo Alberto Vidal:

La verdad y la paz han sido recogidas solo escritas y muy teóricas. Contrario a eso, en mi comunidad se ha construido la verdad con dinámicas propias y diferentes después de que reconocieran nuestras costumbres y cultura. Me reservo los detalles por respeto a las comunidades, pero tienen que ir y visitar. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Alberto Vidal, 15 de marzo de 2020)

### **Conclusión: la paz nos une como un factor esencial de nuestra historia**

En conclusión, la experiencia de las identidades en el conflicto y su posterior evolución hacia las identidades de paz marcan el punto de una macroidentidad de paz que comprende no solo la experiencia de la violencia, como se mencionaba al principio,

sino una nueva experiencia compartida que consiste en la no repetición. Esto va ligado a los procesos propios que ejerce cada actor respecto a la construcción de paz.

En cuanto a los excombatientes, parte de su identidad se manifiesta en reconocer los errores del pasado y trabajar por la no repetición. Así mismo, las víctimas ven en la paz la oportunidad de exigir al Estado y a los grupos armados existentes la no repetición del conflicto armado y de las violaciones de derechos humanos y así frenar, por ejemplo, la violencia política que enfrentan hoy líderes y lideresas sociales.

También, aunque hay discrepancias entre los diferentes actores sobre cómo hacer esto, necesitan que haya acuerdo sobre la importancia de lo territorial. Es decir, un entendimiento compartido de que la guerra se vivió de formas diferentes en los diferentes lugares del país. Que los repertorios violentos y sus consecuencias fueron diversos. Esto no solo tiene que ver con crear desarrollo con enfoque territorial, sino también con entender que el reconocimiento de responsabilidad y la reconciliación ocurren en los territorios.

Aunque las visiones de la paz son diferentes, hay un «acuerdo sobre lo fundamental», como diría Álvaro Gómez Hurtado. Se ha creado en Colombia, a través de los sucesivos procesos de paz y las oportunidades generadas, una cultura en la que prima el diálogo sobre la violencia. Que rechaza la venganza y busca el encuentro con el otro, así como el debate democrático. Que pone los grandes problemas del país en el centro de la discusión, deja de ignorar lo que vivimos y busca la verdad. Esta es una identidad que comparten víctimas y excombatientes.

Así mismo, este ejercicio muestra cómo la construcción de paz se comprende mejor en función de la identidad y, en consecuencia, cómo el proceso ha sido crucial para entender las nuevas dinámicas que moldean el país. Una paz estable y duradera no se puede conseguir sin un reconocimiento de las diversas verdades que la comprenden. Esto hace no solo que tengamos una noción

más fuerte de lo que nos podría unir como colombianos en el entendimiento del otro, sino que también comprendamos que la paz nos une como un factor esencial de nuestra historia, y que, como decía Juan Carlos Villamizar citando el cuento «Ulrica» de Borges, «ser colombiano es un acto de fe»; pues esta fe es la que nos ha enseñado que somos más que un conflicto.

### **Referencias**

Castells, M. (1999). *La era de la información: economía, sociedad y cultura. El poder de la identidad*. Vol. II. Argentina: Siglo Veintiuno Editores.

CAPÍTULO 8

**La categoría de víctima**

---





LA CATEGORÍA DE VÍCTIMA se ha logrado posicionar de forma exitosa cuando de políticas públicas se trata; basta simplemente con echar un vistazo a la legislación y los programas de gasto público nacionales que apuntan a identificar, reparar y recordar a quienes son víctimas. Sin embargo, aunque muchos creen que existe un acuerdo universal sobre lo que es una víctima, cuando se miran casos específicos la definición de víctima empieza a ser menos clara; por ello es importante reflexionar sobre los procesos de enunciación y también de problematización de la posición de víctima. Reconocerse en la categoría de víctima inmediatamente pone a las personas en una situación de tensión por diferentes motivos: en algunos casos, las tensiones se enmarcan en las eternas luchas contra las instituciones del orden nacional para lograr reconocimiento en violencias políticas o estigmatización, y en tener que enfrentar el constante cuestionamiento a su posición de víctima. Según lo anterior, reconocerse dentro de la categoría de víctima significa reflexionar y posicionarse políticamente. No obstante, esa posición está enmarcada en la capacidad para tomar el impulso necesario para generar procesos de resistencia.

Así mismo, la condición de víctima se concibe como una ruta para incorporar a las poblaciones en la participación política y social por medio de la vinculación a proyectos que conduzcan a la reparación y a la superación de los hechos victimizantes. La extrema complejización de la categoría de víctima implica que su identificación sea variable e inconstante. Se origina en un proceso de reconocimiento histórico, social, político y cultural que interviene de manera diferencial sobre las personas afectadas, y



que está sujeto a esas variables que deben ser acogidas por las instituciones y por la sociedad. El término *víctima* se aplica tanto en la cotidianidad como en el ámbito político y jurídico, siendo como concepto tan cambiante y difuso que incluso llega a tambalear entre la subjetividad y la objetividad. Adicionalmente, se empieza a considerar también una clasificación binaria que distingue entre víctima y combatiente.

Es importante tener en cuenta que es gracias a la Ley 1448 de 2011 que se califica a las víctimas como sujetos de derecho. La categoría de víctima es nueva, fruto de las guerras contemporáneas. Teniendo en cuenta la duración del conflicto armado en Colombia, esto sucede de manera tardía. Antes de dicha legislación la guerra no incorporaba a civiles, sino únicamente a combatientes, ignorando la existencia y participación de las víctimas en el conflicto. Anteriormente, solo se contaba con algunas acciones de asistencia humanitaria reconocidas para las víctimas de desplazamiento forzado, por ejemplo, con la Ley 387 de 1997, pero estas seguían siendo insuficientes dentro de las implicaciones del conflicto colombiano. En la Ley 1448 también quedan instaurados los derechos de las víctimas que empiezan a ser reconocidas por el Estado. Ellas dejan de ser consideradas efectos colaterales de la guerra, para hacerse partícipes de los procesos políticos. La categoría de víctima apropia el reconocimiento del sufrimiento para demandar a las instituciones garantías y acceso a mecanismos de reparación.

Allí se establece que las víctimas no son solo aquellas que fueron afectadas de primera mano por diferentes modalidades de violencia, pues se comprende que las segundas generaciones también se ven afectadas por los hechos que pudieron haber sido ocasionados en el pasado a sus familiares. Dentro de los derechos de las víctimas estipulados por dicha ley, se encuentran el derecho a la justicia, a la verdad y a la memoria, principalmente. El Estado se compromete a investigar y a crear instancias de de-

nuncia, sanción y acompañamiento a las víctimas. Es gracias a esta ley que la memoria aparece también como deber del Estado, e igualmente se hacen fundamentales el derecho a la reparación, la indemnización, la restitución y la rehabilitación.

Para hablar de reparación, se identifican también los diferentes tipos de daños sobre los diversos sujetos y poblaciones que requieren de un trato particular de acuerdo con sus condiciones y características. Esto significa, en primera instancia, que todas las víctimas tienen características muy distintas entre sí, que cada una merece un trato diferencial y enfocado en sus necesidades específicas. El impacto en la víctima de cada modalidad de violencia es distinto: podemos identificar los daños emocionales y psicológicos, los daños morales y los daños políticos y socioculturales. En estos últimos se empiezan a considerar los impactos sobre los pueblos y las comunidades indígenas y afro.

A pesar de estas consideraciones, que pueden llegar a limitarse a lo legislativo, es esencial comprender que no toda la reparación es ejercida por el Estado, además de que estos procesos requieren de un extenso componente burocrático que puede ser altamente ineficaz y estar lleno de trabas para que la población a la cual están dirigidos pueda tener acceso.

Por otra parte, la Ley de Justicia y Paz únicamente reconoció como víctimas a quienes sufrieron daños por parte de grupos armados ilegales, excluyendo a las víctimas de crímenes de Estado. Por lo tanto, es interesante conocer las luchas de las víctimas y sus propias consideraciones, sobre un concepto que es complejo y problemático si se observa con los ojos de la institucionalidad. En suma, las fallas institucionales pueden llevar a prácticas revictimizantes, en las que se genera sufrimiento por la forma en que es tratada la víctima, pues toda intervención es susceptible de ocasionar daño. Hablamos de la victimización secundaria, que se concibe como la persecución que se puede presentar tras haber sido víctima:

La victimización involucra mecanismos de inclusión y exclusión, creando con ello dicotomías, produciendo colectivos de víctimas, lo que en muchos casos funciona como una plataforma desde la cual la agencia política puede ser anunciada. (...) La construcción de la victimización produce verdades políticas. La víctima está dotada de un estatus y autoridad particulares, que encarnan una integridad moral particular para contar la historia. (Guglielmucci, 2017)

### **Considerarse víctima es una lucha política**

Es importante ser reconocido como víctima para poder ser reparado. En algunos casos, definirse como víctima y ser reconocido como tal ya conlleva una lucha que involucra diversos cuestionamientos. Un ejemplo son los casos que están mediados por la ambigüedad misma de la situación, como sucede con las víctimas de crímenes de Estado. ¿Cómo es el proceso de ser reconocido como víctima por el Estado cuando el Estado mismo también es concebido como el posible victimario? Los casos de desaparición forzada se encuentran en este lugar tan difuso y la reparación se hace muy compleja cuando se desconocen las circunstancias reales del hecho victimizante.

Pilar Navarrete no podía ser reconocida como víctima hasta que la Ley 1448 de 2011 reconoció como tal a las personas que hubieran sufrido eventos victimizantes desde el 1.º de enero de 1985. A ella misma le costó reconocer que su esposo había sido víctima de desaparición forzada; la aceptación de un hecho como este no fue fácil.

Pilar adelantó una extensa lucha jurídica en la búsqueda de una respuesta sobre el paradero de su esposo e hizo presión en la Fiscalía por el estudio de su caso, así como en la Corte Interamericana de Derechos Humanos en 2012. Esto ayudó a que se prestara mayor atención a su lucha, que era a la vez la de muchas otras víctimas. Podría decirse que allí se empezó a reco-

nocer su condición de víctima de manera real. Sin embargo, los incumplimientos y retrasos de estas acciones condujeron a una revictimización de las personas involucradas en dichos procesos.

Los impactos de la guerra no se reducen a un solo hecho, como podría ser la desaparición de Héctor Jaime Beltrán durante la toma del Palacio de Justicia:

Son casi veinte años del caso del Palacio de Justicia en que jurídicamente no pasa nada. En las familias sí pasan muchas cosas. Hay muertes de los familiares, hay hambre, algunos de los hijos de los desaparecidos están en reformatorio, se vuelven drogadictos, otros psicológicamente, muy mal. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Pilar Navarrete, 30 de marzo de 2019)

Con respecto a Julio César Andrade y el proceso desarrollado en paralelo al de Héctor Jaime, se demostró que incluso el dolor tiene clase social. Se revela la existencia de clasismo en la guerra, por cómo se les da mayor prioridad a algunas víctimas sobre otras, como parece haber sucedido con las respuestas de las instituciones a las familias de los magistrados, en contraste con la atención dada a los familiares de los trabajadores de la cafetería. Esta lucha llevó también a la estigmatización de las propias víctimas por hacer cuestionamientos al Ejército. «Las clases sociales existían hasta para los dolores. Ella, la esposa de un magistrado, y yo, la esposa de un mesero de una cafetería. Me duele igual, pero ella era la esposa de un magistrado».

Siguiendo la línea difusa que se dibuja en la desaparición forzada, encontramos el caso de Luz Marina Hache, a quien la incertidumbre le arrebató a su compañero. Con su caso nos vemos situados en las condiciones que implica asumir un liderazgo social y político. Luz Marina siempre ha sido una persona que ha asumido posiciones de resistencia social, especialmente inclinadas al sindicalismo, pues fue en una de estas luchas donde conoció a Eduardo Loffsner, quien se convirtió en su compañero

de vida. Eduardo militó en el paro cívico de 1977 y en el M-19, pero también fue partícipe en la creación de la CUT y otros movimientos sindicales. Fue en 1986 cuando Luz Marina dejó de saber de él, pero tuvieron que pasar 14 años antes de que ella acudiera a la ayuda de las instituciones para buscarlo.

«No soy víctima. Soy un ciudadano con derechos políticos, quien parte de que su historia fue que su compañero fue desaparecido». Durante nuestro encuentro, ella manifestó que no podía asumir el término de víctima como lo único que la identificaba; se veía más representada en los procesos de resistencia y reivindicación en los que se encontraba involucrada, lo que se demuestra cuando vemos que fue una de las fundadoras del MOVICE.

Hasta el día de hoy el caso de Eduardo sigue impune. No se conoce lo que realmente sucedió; hay vacíos en los relatos y en la verdad, y, sin embargo, Luz Marina es mucho más que una víctima. Su existencia no se reduce a un evento victimizante. Ella misma afirma:

Ese hecho no me impulsó a ser quien soy. Influyó. Jugó un papel porque Eduardo es mi compañero. Después de que lo desaparecieron a él nunca más tuve compañero. Pero mi vida no es solamente las víctimas. Porque yo fui trabajadora hasta marzo de este año, cuando logré jubilarme. Fui mamá, tenía que responder por mis obligaciones de lavar, planchar, cocinar. Uno sigue viviendo. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Luz Marina Hache, 30 de noviembre de 2019)

Acuñar el término de *víctima* muchas veces va de la mano con una apuesta política. Estos ejemplos nos conducen también al caso de María Eugenia Guzmán de Antequera. Ella y su esposo, José Antequera, estaban sumidos en la actividad política de la UP. El papel asumido por él dentro de este partido fue lo que condujo a su asesinato, muy seguramente motivado por el afán

de muchos sectores de silenciar los nuevos movimientos que le estaban apostando a maneras alternativas de hacer política. La persecución a ese partido terminó en un genocidio de sus miembros. María Eugenia sobrevivió, pero el asesinato de su esposo sería algo a lo que ella se tendría que enfrentar a lo largo de su vida.

María Eugenia nunca dejó de lado su lucha desde la política, ella continuó apoyando de distintas maneras los procesos que se estaban dando en la UP, pues los casos de este genocidio quedaron en la impunidad. Ella afirma que la verdad sigue sin ser esclarecida. Los responsables de los asesinatos de su esposo eran seguramente los mismos que se encargaron de asesinar a Bernardo Jaramillo y a Carlos Pizarro, pero esta búsqueda por la verdad continúa siendo marcada por la manipulación y los montajes. María Eugenia nos relata:

Sí, yo soy una víctima, (...) lo voy a decir hasta chistoso, yo soy una victimita ahí, y ya. (...) Yo soy de las que les fue bien, yo lo enterré y he podido hacerle la memoria y pude criar mis hijos y soy profesional; pude seguir. Eso no son todas las víctimas. (Encuentro A Ser Historia. Invitada María Eugenia de Guzmán Antequera, 25 de mayo de 2019)

### **El constante cuestionamiento y señalamiento de algunas víctimas**

Por otro lado, se hace fundamental considerar los matices que conlleva considerarse víctima y asumir los retos que supone la toma de esta posición, que aunque le permite ser incluida en la ruta de la reparación, a la vez que le confiere algunos derechos protegidos por las instituciones, puede acarrear estigmatizaciones y revictimización, producto de los imaginarios sociales.

Dentro de ese montón de implicaciones que conducen a dichas estigmatizaciones cuando se acoge la identidad de víctima, podemos analizar también el caso de Bertha Frías, víctima

del atentado de las FARC-EP contra el Club El Nogal el 6 de febrero de 2003. Este hecho agravaría la disputa que ya existía entre el Gobierno y este grupo armado. Dicho evento estaba dirigido esencialmente a una élite específica que solía reunirse en este club; no obstante, las víctimas que causó incluyeron a muchas otras personas como trabajadores del club y otros socios que no estaban implicados en esta disputa.

Bertha se ha caracterizado por su fuerte trabajo de liderazgo junto con otras víctimas y por su proceso de reconciliación con las FARC-EP. Ha sido una mujer que le ha apostado a la paz y al perdón. Esto mismo la ha hecho objeto de señalamientos por diferentes sectores que discrepan de sus posiciones de perdón a sus victimarios, o incluso la juzgan por su condición socioeconómica.

En medio de la heterogeneidad de las víctimas, en muchos casos aún se carga con estigmas y prejuicios. Adoptar la categoría de víctima implica asumir un lugar frente a las demás víctimas, en la aceptación por el otro. También se ponen en juego las preguntas sobre quién ha sido el victimario, o cómo se asume el proceso del perdón.

La historia de vida de Olga Esperanza Rojas es una de las más particulares e interesantes que tuvimos la oportunidad de conocer, pues a diferencia de la mayoría de los relatos que escuchamos, el de ella está directamente relacionado con uno de los actores del conflicto: las fuerzas militares. Olga Esperanza era la mujer de José Vicente, un sargento del ejército de Colombia en el Urabá, desaparecido el 2 de noviembre de 1992 cerca de la base militar de Mutatá. Ella se define en primera instancia como «una persona como cualquiera de ustedes»; sin embargo, a lo largo de su relato su posición va cambiando y pone en evidencia la lucha por ser reconocida como víctima, tarea que le ha costado años de trabajo y tensiones en diferentes esferas tanto legales como sociales. Olga recuerda la pérdida de su marido como uno de los momentos más difíciles de su vida:

Yo quedé solita a los 23 años con dos maravillosos hijos bebés y ahí empezó esta gran pérdida tanto emocional como material, porque usted queda sin nada. Queda como si le hubieran echado un baldado de agua y esa agua se le hubiera llevado todo. A veces uno no sabe hasta qué punto ama y yo quise quitarme la vida. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Olga Esperanza Rojas, 15 de noviembre de 2019)

Para ella, haberse recuperado de su pérdida fue un acto de fe por ella y sus hijos, pues al cabo del tiempo entendió que, a pesar del dolor, la vida sigue. Olga empezó el proceso de búsqueda de su esposo inmediatamente supo que había desaparecido, pero el momento clave para ella fue cuando por error escuchó una conversación sobre un hombre que estaban intentando canjear por un sargento: era un guerrillero a quien ella le lavaba la ropa sin saber que lo era; a partir de ese día su búsqueda se intensificó y empezó un proceso de lucha por el reconocimiento del hecho victimizante que sufrió y de su posición de víctima.

Como ya hemos dicho, el proceso de lucha por el reconocimiento de las víctimas no ha sido un trabajo fácil para quienes vivieron de primera mano el conflicto armado; y en el caso de Olga Esperanza esta lucha tiene la característica de no estar reconocida por la Ley 1448 de 2011 debido al trabajo que ejercía su esposo, pues únicamente se reconoce como víctimas a los miembros de la fuerza pública si el hecho es considerado una violación al DIH.

Ligado a esta situación se encontraba también el hecho de que en la mayoría de los espacios de encuentro con otras víctimas era rechazada por estar «del otro lado» de la guerra, es decir, por estar relacionada con las instituciones del Estado:

Nosotras somos muy agredidas, toda la parte de que el Estado ha hecho daño, nosotras las de la fuerza pública somos las que cargamos como la maleta de lo que hicieron algunos miembros de la fuerza pública; para muchos de ellos, somos lo peor.



Nos tratan muy degradante, me han dicho hasta asesina. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Olga Esperanza Rojas, 15 de noviembre de 2019)

Y es que para muchas víctimas que se encuentran en procesos de dolor o duelo es muy difícil aceptar que la guerra afecta por igual a todas las partes; y encontrarse con familias de la fuerza pública que reclaman el mismo derecho que aquellas que fueron agredidas por el Estado genera conflictos internos y abre nuevamente heridas profundas que son difíciles de cerrar.

Pero a pesar de la discriminación que tuvo que vivir en un principio, poco a poco Olga logró ir trabajando en conjunto con estas otras víctimas y juntas deconstruyeron las murallas que las separaban, se unieron y entendieron que solo así podrían llegar a conquistar la anhelada búsqueda de la verdad. Este proceso permitió también que se les diera el reconocimiento social de víctimas tanto a ella como a sus hijos y a las demás familias, lo que les permitió sanar y reconciliarse para trabajar en torno a la construcción de paz y la no repetición.

## **El territorio y el conocimiento tradicional como víctima**

Hacer la «rejunta» es reunirse desde distintos pensamientos y distintas formas de pensar para articular con la esperanza de la no repetición, hacer memoria y explorar sentimientos. Esto ayuda a construir la paz mientras recordamos. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Yolanda Perea, 15 de marzo de 2020)

Yolanda Perea nació en Riosucio, Chocó, un municipio pequeño donde se vivía de la abundancia de la tierra y el pancoger. La memoria de su infancia se basa en la alegría de la que solo quedan recuerdos. Un día su familia se fue a una fiesta y Yolanda se quedó sola en la casa de sus abuelos. Al mediodía un integrante

de las FARC-EP entró a la casa y le apuntó con un revólver en la cabeza; posteriormente abusó de ella: «En la mañana siguiente me encerré en un cuarto y para mí el tiempo se detuvo».

Yolanda le contó a su mamá, quien inmediatamente fue a quejarse con las FARC-EP por la violación de su hija. Después de un tiempo, los miembros de este grupo armado empezaron un tiroteo en la casa de sus abuelos; Yolanda corrió hasta el monte para refugiarse. Ella era muy pequeña para entender que los muertos nunca regresan; de esa manera entendió la muerte y lo que significaba perder a su amada madre.

En el caso de Yolanda, el hecho victimizante fue su violación por un miembro de las FARC-EP y posterior desplazamiento por este mismo grupo. Si se analiza en profundidad, la violación sexual es una estrategia de control territorial y de ataque contra la estructura comunitaria. La violencia sexual es una práctica utilizada por todos los actores armados, pero es una práctica que ninguno ha sido capaz de reconocer. Más bien, existen discursos negacionistas que lo único que hacen es cuestionar y revictimizar a las víctimas.

En este contexto, Yolanda emprende una iniciativa de construcción comunitaria a través de su voz. Indudablemente la impunidad ante lo que le ocurrió la hizo resistir y generar espacios de apoyo para otras víctimas. Yolanda plantea la violación del territorio-cuerpo como equiparable a la violación del territorio-tierra, dando a entender que el asesinato y las violencias sistemáticas que sufren las personas afro sin duda son una radiografía de las prácticas atroces que usan los actores armados para controlar el territorio. Pero esto no es nuevo: las violencias a las que ha sido sometido el territorio tienen origen en la Colonia.

En esta misma línea, María Violet, quien pertenece a un linaje de autoridades del pueblo nasa, menciona la importancia de rescatar la memoria de las violaciones de los derechos humanos de los pueblos indígenas desde la época colonial, lo que algunos llaman el *continuum*, o proceso continuado, de violaciones

a los derechos: «Para los pueblos originarios, estos sesenta años de conflicto solo son una modificación de las violencias que han sufrido de forma histórica».

Porque el origen de estas violencias comienza desde la colonización. A causa de esto se ha creado una deuda histórica con las comunidades étnicas, ya que existen hechos violentos que nunca han sido reconocidos o reparados. En este sentido, su lucha se enmarca en la resistencia contra el desprecio a los pueblos indígenas y sus maneras de concebir el mundo. La resistencia de María Violet se ha basado en «escuchar a sus mayores» y de esta forma transmitir su palabra y su conocimiento; conocimiento que también está en resistencia contra el desprecio a los pueblos indígenas por parte del Gobierno, la Iglesia y los actores armados.

Las expresiones de violencia estructural fueron contundentes en el periodo colonial a través del trato de inferioridad dado a los pueblos indígenas y afros. En el marco del conflicto armado podemos evidenciar cómo los conocimientos tradicionales, las lógicas asociativas y las apuestas comunitarias han sido profundamente afectados por un *continuum* de violencia. El conflicto armado ha convertido a los negros e indígenas en extranjeros en sus propios territorios, como es el caso de Alberto Vidal, originario del norte del Cauca, quien reconoce que su territorio ha sido marcado por la violencia.

Alberto se identifica como afro aunque no le gusta que se lo digan. Toda su vereda fue desplazada por una masacre en la que murieron siete personas, incluyendo a su tío y su primo. Él es víctima de desplazamiento forzado y dejó atrás su cultivo de pancoger para llegar a refugiarse en la cabecera municipal.

Su liderazgo comienza con su desplazamiento; sin embargo, su lucha tiene un origen ancestral, ya que las violencias que atraviesan la cultura del pueblo afro, como las ocasionadas a los indígenas, empiezan con el proyecto de colonialidad y modernidad. Alberto cita la famosa canción *La vamo a tumbá*, del grupo

Saboreo, la cual para él describe las fiestas en su pueblo, fiestas que solo quedarán en los recuerdos porque el conflicto separó a su familia. El proceso de resistencia de Alberto se podría enmarcar en el arte: creó la Fundación de Arte y Cultura de Caloto, Cauca, FUNARCCA, con el objetivo de evitar el reclutamiento forzado y aprovechar el tiempo libre de los jóvenes. Su mayor orgullo es ver que algunos niños siguieron estudiando música profesionalmente.

Al escuchar los relatos de Yolanda, María y Alberto, se evidencia la importancia de condenar el régimen de violencia que dio lugar a abusos físicos y sexuales contra los pueblos afros e indígenas. Estas atrocidades deberían ser consideradas como un capítulo determinante de la historia colombiana, ya que el sistema de violencia tuvo un impacto significativo en la destrucción del idioma, de la cultura, del sistema de conocimiento tradicional y de la manera como se ve el territorio.

### **Nuevas formas de vida por medio del activismo y la resistencia**

Es crucial entender el impacto que tiene para una persona vivir y crecer en las zonas rurales del país. En el marco del conflicto en Colombia, miles de víctimas tuvieron que emigrar forzosamente a las ciudades debido a la inseguridad que invadió a sus regiones. El cambio de la ruralidad a la urbanidad no es en absoluto sencillo y muchos no logran adaptarse nunca a un nuevo estilo de vida; sin embargo, pudimos ver en los encuentros las distintas formas en que las víctimas se recuperan de estos cambios drásticos y deciden montar proyectos de resistencia en sus nuevos territorios, los cuales enriquecen y nutren los procesos de posconflicto y reconstrucción de los territorios de los que provienen.

Dos ejemplos que tomamos para este apartado fueron los procesos que conocimos en las vidas de Darllery Díaz y Ciro

Galindo, quienes a pesar de lo que tuvieron que pasar a lo largo de su vida han aprendido a manejar el duelo y a retomar su cotidianidad con apuestas de reconciliación.

Darllery vivió su infancia en el pueblo y en una finca, bajo la crianza de su padre. Fue desplazada de su pueblo en Tolima en 2003, debido a la violencia que allí se padecía. Llegó involuntariamente a la ciudad y vivió momentos muy difíciles para ella y su familia. Como los hombres con los que estaba no tenían libreta militar, ella fue la que tuvo que desenvolverse en un entorno antes desconocido y empezar a buscar empleo en distintos sitios para sostener a sus dos hijos y al resto de su familia.

Por estar ella y su familia acostumbrados a la vida rural, a Darllery se le dificultó mucho adaptarse a la vida citadina. Afortunadamente, después de unos meses su esposo consiguió un empleo en las afueras de Bogotá, donde pudieron vivir en una finca en el ambiente de campo que tanto extrañaban; fue ahí cuando, según Darllery, «les volvió a sonreír la vida».

A pesar del dolor y la nostalgia que les causaba haber abandonado el campo, Darllery admite que en la capital existen mayores y más variadas oportunidades en los campos escolar y laboral, gracias a las cuales pudieron salir adelante, ingresar a sus hijos a la universidad y construir un futuro más sólido. «El campo no es visionario, se vive el día a día», nos contó ella en nuestro encuentro.

Después de un tiempo, Darllery tuvo la oportunidad de llegar a vivir con sus hijos en la Plaza de La Hoja, un lugar que le permitió transformar su vida por distintos factores. En primer lugar, tuvo la oportunidad de conocer la historia de otras víctimas que habían pasado por cosas similares o más graves que ella. Eso le hizo darse cuenta de que «los procesos de uno no son tan fuertes como los procesos de otros; cuando yo llegué a La Hoja venía con muchos duelos y me sentía atrapada en ellos. Al escuchar otras historias, eso me hizo despertar, hay gente que ha vivido cosas peores y acá están».

Esto nos hace comprender que los espacios que les permiten a las víctimas compartir entre ellas crean una perspectiva de colectividad que posteriormente genera procesos de autogestión y lazos de empatía que surgen de sus experiencias personales.

Como desde siempre tuvo una vida muy activa en su comunidad, hasta el punto de convertirse en presidenta de la Junta de Bienestar Familiar, su experiencia como lideresa la siguió hasta La Hoja: empezaron a crear talleres de sanación para mujeres, donde decidieron hacer un trabajo con huertas; ella fue desde el principio muy dedicada con el proyecto a pesar de que no duró mucho tiempo. Sin embargo, Darllery cuenta que «fue muy bonito porque uno empieza a conocer a más mujeres, a entenderlas y a entender ese vacío que todos tenemos, las habilidades de cada una. Ahí exploré que cada una siempre tiene algo que aportar a la comunidad».

Con el trabajo comunitario y colectivo de las huertas, ellas empezaron un proceso de empoderamiento y sanación, hasta el punto de tomar la decisión de abrir nuevos horizontes, estudiar e independizarse. Así mismo, Darllery nos contó de un proyecto que lleva a cabo con jóvenes, y su preocupación por la exclusión que sufren cuando son consumidores de estupefacientes. Nos contó que trabajar con esta población ha sido uno de sus mejores proyectos y aspira a que, como sus hijos, los demás jóvenes puedan conseguir oportunidades hacia el futuro.

El desplazamiento trae consigo mucho dolor y falta de oportunidades; pero la historia de Darllery es un claro ejemplo de que se puede generar resiliencia después de vivirlo. Tuvo la oportunidad de encontrarse con personas que le cambiaron la perspectiva sobre la vida, y juntos, de manera colectiva, se apoyaron para dejar atrás las heridas causadas por el conflicto.

Un punto muy importante en la historia de Darllery es cómo al volver a su territorio llevó consigo lo que aprendió en sus proyectos comunitarios de la capital. Volvió a Gaitania, en Tolima, a hablar con las mujeres sobre el empoderamiento femenino,

la autoestima y el reconocimiento de los valores propios. En esta etapa ella decidió alejarse de los proyectos de la Plaza de La Hoja para concentrarse en sus iniciativas particulares.

Ciro Galindo ha simpatizado con los ideales de izquierda desde que tuvo un acercamiento a los relatos de Guadalupe Salcedo y las guerrillas insurgentes de la Orinoquía. Su vida ha transcurrido en medio de la riqueza de los Llanos Orientales y la desigualdad social. A pesar de que había crecido en medio de tierras valiosas y codiciados paisajes, su pasado apenas mostraba vagas oportunidades de vida. Sin formación alguna, aprendió a leer y a escribir por cuenta propia a los 17 años, y mientras luchaba por sobrevivir en la marginalidad y la exclusión de la zona de La Macarena, Meta, parecía estar cerca de salir del círculo vicioso de violencia que lo encerraba. Sin embargo, cada vez que parecía acercarse a esa tranquilidad deseada terminaba viendo chorros de sangre colarse entre las aguas del río de Caño Cristales.

Es interesante y triste a la vez ver varias de las dinámicas de los grupos armados concentradas en la historia de un solo hombre. En primer lugar, Ciro se enfrentó a la muerte de su hijo mayor de 14 años; no mucho tiempo después su otro hijo, Elkin, fue reclutado por las FARC-EP cuando aún era menor de edad. Esto sucedió de manera simultánea con el fallido proceso de paz entre el Gobierno del entonces presidente Andrés Pastrana y las FARC-EP. Elkin se desmovilizó para entrar involuntariamente a jugar otro papel dentro de esta violencia: tener que hacerse informante del Ejército Nacional a cambio de recompensas, razón por la cual fue acogido por el bloque paramilitar Centauros y posteriormente asesinado por el jefe de este mismo grupo, tras intentar escapar de esta dinámica en la que resultó envuelto por los vínculos de su pasado con la guerrilla.

Estos cincuenta años de guerra nos han mostrado una variedad de modalidades de violencia que se evidencian de manera intermitente en distintas zonas y periodos de tiempo. Una de ellas es el reclutamiento de menores, la que más ha afectado a

campesinos como *Ciro*, que en su caso llevó al asesinato de su segundo hijo; posteriormente el hijo menor, *Esnéider*, terminaría por ser reclutado a sus 16 años por los paramilitares. Cuando escapó de tales circunstancias, en varias ocasiones se encontró acorralado por amenazas. En medio de todas estas dificultades, *Ciro* y su único hijo buscaron diversos medios para adquirir una voz que les diera garantías, y finalmente mediante una demanda lograron ser reconocidos como víctimas del conflicto y les fueron ofrecidas algunas alternativas de reparación.

*Ciro* y *Esnéider* responsabilizan en gran parte al Estado por la violencia que enfrentaron y por su negligencia frente al caso. Ahora, el hecho de ser reconocido como víctima le dio a *Ciro* la capacidad de resiliencia para seguir luchando por sus muertos y su desarraigo. Es muy valioso un comentario que expresó en nuestro encuentro tras haberse abierto y haber adquirido confianza. La empatía que percibió al establecer lazos con quienes, siendo ajenos a su situación, éramos capaces de comprenderlo y tenderle una mano después de haber sido reconocido como víctima, le permitió dejar de considerarse como tal. A pesar de lo paradójico de esta situación, define la condición de víctima como un privilegio:

Víctima, que fui, ya no me considero víctima. (...) Considero ser una víctima cuando lo ignoran a uno. Cuando uno ha perdido seres queridos y nadie lo escucha. Eso es ser víctima. Pero mal hiciera yo en estos momentos seguir creyendo de que soy una víctima cuando, bendito Dios, tengo todos los privilegios. (Encuentro A Ser Historia. Invitado *Ciro Galindo*, 27 de abril de 2019)

### **Conclusión: asumirse como víctima es ante todo una apuesta política**

En los diferentes espacios de escucha que tuvimos, notamos que asumir la posición de víctima no es algo inmodificable y, en definitiva, no hay una definición de víctima específica que se aplique



para todos los casos: cada experiencia de vida es tan diferente como podemos serlo los seres humanos. Es una postura que puede mutar, ya que el identificarse como víctima está atravesado por variables como la posición económica, el nivel educativo, la edad, el género, la raza y la orientación sexual. De igual forma, entendimos que asumirse como víctima es ante todo una apuesta política, una resistencia al olvido y una forma de generar transformación en la sociedad a través del relato de vida.

Mientras algunos entienden la posición de víctima más como algo con implicaciones administrativas o legales, otros sienten que las víctimas son todos los colombianos, e incluso muchos afirman que el territorio colombiano es una víctima. Para el caso de las comunidades indígenas y afro, podríamos decir que el conocimiento propio ancestral ha sido una víctima. Esto se explica porque las comunidades indígenas y afro se hacen con la palabra y el conocimiento tradicional; atacar estos valores es atacar a la comunidad de forma directa. Para nosotros es claro que para comprender las violencias es necesario saber leer el entramado de muchas máscaras, y una de ellas es la reproducción del desprecio hacia las prácticas culturales de los pueblos indígenas y afro. Por ello es importante visibilizar las causas históricas y profundas del nacimiento de las múltiples violencias que han sido infligidas a las comunidades minoritarias.

Por los testimonios que escuchamos en los encuentros y la forma en que las víctimas nos contaron sus historias, llegamos a la conclusión de que la posibilidad de estos espacios abre un ambiente sanador en el que los invitados logran la confianza para contar con transparencia sus vivencias y dolores. Pudimos notar que durante los encuentros los invitados tenían la disposición de transmitirnos sus conocimientos y dejarnos conocer algunos de los aspectos más frágiles de sus vidas. Es probable que, por tratarse de un proyecto de jóvenes universitarios, los invitados no se sintieran como lo harían en un encuentro formal para contar su vida frente a una organización estatal, sino que

descubrieron un espacio de igualdad donde los presentes en la sala escuchábamos, genuinamente interesados en aprender más sobre la historia de la guerra en nuestro país desde las voces de quienes la vivieron en carne propia. Esto también era evidente cuando varios invitados nos hacían comentarios como este: «Muchas veces en la ciudad no se toma en cuenta a la gente del campo; resistir en el campo es horrible (...), siempre hablamos desde lo que pensamos, mas no desde lo que sentimos», dijo Darllery Díaz.

Por eso nos parece de gran importancia abrir los diálogos con personas que desde diferentes condiciones han sabido lo que es el conflicto y se han visto atravesadas por él. No basta con leer libros o artículos académicos; es por las víctimas que podemos saber qué fue lo que pasó, para avanzar en la búsqueda que nos lleve a comprender por qué pasó y cómo no repetirlo. Así mismo, nuestros invitados nos expresaron el impacto que las conversaciones y «juntancias» tienen sobre ellos, pues al sentirse escuchados pueden procesar sus memorias y sentires sin verse juzgados o revictimizados. Así nos lo expresó Ciro Galindo cuando tuvimos la oportunidad de escucharlo: comentó que fue precisamente en el diálogo responsable con otras personas a las que les importaba su relato, cuando él sintió que dejó de ser una víctima: «La mejor reparación es el estar como estamos acá, hablando, construyendo, capacitándonos. Es una forma de sentir que se está haciendo algo por la reconciliación de un país».

## Referencias

- Guglielmucci, A. (2017). El concepto de víctima en el campo de los derechos humanos: una reflexión crítica a partir de su aplicación en Argentina y Colombia. *Revista de Estudios Sociales*, 59, 83-97. <<https://dx.doi.org/10.7440/res.59.2017.07>>.



CAPÍTULO 9

**La condición humana en la guerra**

---





## **Introducción**

ES EVIDENTE QUE LAS GUERRAS, y particularmente la colombiana, han estado marcadas por la negación de la humanidad. Es decir, las dinámicas de la violencia armada llevaron a los combatientes a desconocer la humanidad natural del otro y de sí mismos. Sin embargo, es necesario entender que la guerra tiene una complejidad que va mucho más allá de la discusión sobre lo bueno y lo malo, pues los seres humanos generalmente no nos encontramos en una sola de esas categorías, sino que nos movemos dentro de dimensiones que incluso pueden no ser fácilmente clasificables.

La discusión sobre las causas y consecuencias del conflicto armado en Colombia tiene que entenderse más allá de creer que personas malas matan a personas buenas, o viceversa. Las historias de quienes optaron por las armas, tanto en la legalidad como al margen de ella, nos muestran razones legítimas y altruistas en medio de situaciones profundamente adversas. Es común escuchar en las narraciones de excombatientes, tanto de la guerrilla como de las autodefensas, el sentimiento de que su vida estaría en peligro si no tomaban las armas. Muchas veces, nos es difícil entender y dimensionar que incluso la guerra, en su más cruda expresión, es tan humana como cualquier otro acto de nuestra especie.

Entender que es un acto natural del ser humano en ningún caso implica su justificación, y aún menos cuando una sociedad, casi mayoritariamente, está cansada de esta dinámica. Por esto nos hemos propuesto precisamente analizar en este apartado todas esas reflexiones de nuestros invitados quienes, independientemente del rol que tuvieron en el conflicto armado, nos

demonstraron cuán humana es la guerra y cómo nuestra complejidad natural nos permite tener identidades dinámicas y cambiantes. Es interesante poder valorar cómo el escuchar al otro, con sus pensamientos, conflictos y transformaciones, tanto durante el conflicto como después, nos permite reconocer rasgos característicos de cada ser humano que van más allá del papel que haya tenido en la guerra.

Es así como entendimos, por ejemplo, que los combatientes no dejaron de ser humanos al tomar las armas, como tampoco dejaron de serlo al dejarlas. También comprendimos que existieron actos de vulneración hacia otros, originados en la negación y falta de reconocimiento de su humanidad. Desaparecer a los meseros del Palacio de Justicia; asesinar a tres personas frente a un bebé; mantener secuestradas a personas indefensas durante más de una década: todos fueron actos de negación e indiferencia, de imposición sobre el otro, actos que demuestran la degradación de la guerra en nuestro país. Pero, paradójicamente, también hubo actos de empatía y reconocimiento de sí mismo en el contrario, como el hecho de establecer armisticios para poder descansar un poco de la dinámica, o rehusarse a secuestrar a la hija de un guerrillero.

Es el mismo camino que recorrieron todos aquellos excombatientes que decidieron apostarle a la paz: es una transformación de vida. Pero, más allá de eso, es una transformación humana, una decisión que ahora defienden incluso con más fuerza que la guerra y que demuestra la capacidad de cambio del ser humano. Ha sido también fundamental el rol de las víctimas del conflicto armado quienes, como los excombatientes, tuvieron diferentes inclinaciones que pasaron por el odio, el dolor, el duelo y los procesos de sanación y perdón. Así mismo, es valioso comprobar que ahora, en esta era del posacuerdo, ambos grupos, que en tiempos anteriores no habrían podido encontrarse frente a frente, trabajan en conjunto para la construcción de paz y las garantías de no repetición, dando ejemplo de otra faceta de nuestra condición humana.

## **El aspecto humano de los integrantes de las AUC**

Uno de los actores más odiados y públicamente criticados en el marco del conflicto armado colombiano son las AUC, o Autodefensas Unidas de Colombia, oficialmente fundadas a finales de los años noventa, que tuvieron origen en pequeños grupos contrainsurgentes de campesinos, ganaderos y latifundistas, cuyo propósito era la persecución de las guerrillas revolucionarias que en ese momento luchaban contra el Estado. Nuestros dos invitados, Luis Arlex Arango y Óscar José Ospino, son actualmente desmovilizados y excombatientes que pertenecieron a dos bloques de este grupo al margen de la ley, el Bloque Centauros del Meta y el Guaviare, y el Bloque Norte de la región Caribe colombiana. Esta organización armada llegó a tener la mayor cantidad de víctimas de masacres y asesinatos selectivos entre todos los bandos armados durante el conflicto, y con su formalización a finales de la década de los noventa adquirió una reputación sanguinaria y sórdida, derivada de sus nexos con el narcotráfico, la corrupción corporativa y las violaciones de los derechos humanos. Finalmente, el 15 de agosto del 2006 se desmovilizaron.

Al observar las cifras y los hechos reportados en los medios de comunicación y en la literatura, es difícil penetrar en el aspecto humano de muchos de los exintegrantes de las AUC y sentir alguna empatía. A pesar de lo anterior, debe tenerse en cuenta que en medio del contexto de estos grupos tempranos y su funcionamiento en los territorios para Luis Arlex, el ingreso a las AUC nunca fue una opción:

Mi papá, mucha de mi familia entró en las Autodefensas yo creo que por parte de mi papá la gran mayoría, y por parte de mi mamá y muchos de mis primos y tíos muchos sí fueron para el lado de la izquierda, más exactamente para el lado de las FARC-EP (...). La familia se quebró (...). Básicamente, me crié en una casa de AUC. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Luis Arlex Arango, 29 de febrero de 2020)



Con apenas 14 años, Arlex ya se enfrentaba a una división sustancial en su familia; una división ineludible e impuesta a la fuerza como consecuencia del conflicto en la zona, donde la mitad de la familia se unió a las autodefensas y la otra mitad a las FARC-EP, viviendo todos bajo un mismo techo. En una edad tan susceptible a las influencias, Arlex no tuvo la opción de decidir sobre su futuro y se vio rápidamente involucrado en el mundo de violencia y odio en el que se movían las AUC, por lo cual quedó privado definitivamente de la posibilidad de una niñez normal y segura, y sintió arrebatados sus sueños de ser profesor y de trabajar en artes dramáticas. En vez de esto, Arlex a esa temprana edad aprendió a patrullar y a manejar fusiles:

Es como les digo a mis hijos: si ustedes se reúnen solo con mecánicos, pues ustedes van a aspirar a ser mecánicos, porque ese va a ser su mundo. Mi mundo fue solamente AUC. Yo a los 15 años, catorce años, ya sabía armar y desarmar un fusil, y me encantaba; lo más verraco es que a tan corta edad me gustaba y lo disfrutaba. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Luis Arlex Arango, 29 de febrero de 2020)

En el caso de Óscar José, su ingreso a las AUC se dio como producto de un escenario desafortunadamente recurrente en el marco del conflicto armado. Desde pequeño, su vida giró en torno a una finca ganadera en la costa colombiana y a su papá, y su sueño era tener su propia finca: heredar la de su padre. Este sueño, no obstante, se frenó repentinamente con la aparición de guerrillas revolucionarias en la región, comenzando con el EPL, y más específicamente en relación con su historia, la incursión del ELN, algunos de cuyos integrantes asesinaron en su finca a dos tíos de Óscar José, por conflictos ideológicos:

Así crecimos, la familia netamente campesina, hasta que un día la guerra tocó a la puerta (...). Llegaron los famosos «compitas»,

empezaron a hacer reuniones en las veredas, y a llamar a ganaderos, y obvio, el sector ganadero casi nunca se ha vinculado con la izquierda. Entonces, entre nosotros la familia nunca aceptó eso y un día cualquiera llegó la guerrilla del ELN y mató a mis dos tíos en la finca. Ese día la historia de la familia se parte en dos. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020)

Aquí vemos un caso que se ha repetido constantemente en la historia del conflicto armado en las zonas rurales de Colombia. En contraste con el encuentro de Arlex con las autodefensas, Óscar no se crio ni heredó de su familia una posición familiar en las AUC, sino que tomó la decisión de unirse voluntariamente. No obstante, fue una decisión determinada por el profundo dolor que le causó, a una temprana edad, la muerte de sus tíos. Una decisión impulsada por la ira y la impotencia, al sentirse vulnerado con la pérdida de sus seres queridos y amenazado en su propio territorio y en su hogar, sin ninguna garantía de protección por parte de un Estado negligente:

Entonces ese día los muertos se tuvieron ahí un día completo porque no había quién los fuera a buscar. Cuando eso no había casi ni policía, ni ejército, entonces un vecino que tenía un tractor fue y los sacó en unas hamacas, hasta el pueblo, y fue muy duro. Parte de la familia se fue de la región, y bueno, mi abuelita sufrió mucho por eso (...). El dolor fue muchísimo. Cuando ahí, tomamos la decisión de enfrentar esa guerrilla (...). Me vinculé entonces a las autodefensas y empecé a operar con ellos hasta llegar a ser comandante de frente. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020)

En estos dos casos, podemos observar la difícil situación que ambos vivieron en el campo y las razones profundas, y hasta podemos decir que sistemáticas, que los llevaron a vincularse a un

grupo armado al margen de la ley, como las AUC: la división familiar y la venganza. Sin embargo, ambos contextos muestran un factor en común: la vulneración de la dignidad humana como catalizador del conflicto y la guerra. Para Arlex, esa vulneración a su dignidad estuvo representada en la imposibilidad de elegir su futuro; se vio sumergido en el conflicto armado por su contexto familiar, lo que lo dejó sin otra opción, y sus sueños de niño fueron reemplazados por fusiles, violencia e incertidumbre. Óscar, por su parte, sufrió una vulneración común a las víctimas del conflicto: el asesinato de sus seres queridos y la falta de seguridad por la negligencia del Estado. A pesar de que Óscar sí tomó la decisión de unirse a las autodefensas de manera voluntaria, fue una elección influenciada por el miedo y el odio, y a la vez por la necesidad de defenderse de una amenaza armada al no contar con presencia del Ejército o de la Policía Nacional en su territorio.

### **Los actos de dignificación en el marco del conflicto**

Como vemos en los relatos de Óscar José y Luis Arlex sobre su vida y su ingreso a las autodefensas, ambos se involucraron en el grupo armado debido a circunstancias extremadamente complejas e injustas a las cuales se vieron enfrentados a muy corta edad. En ambos casos, se adentraron en las AUC porque su forma de vida y su bienestar fueron vulnerados, fomentando en ellos el odio, el miedo y la necesidad de luchar por sobrevivir. Poco a poco, ambos fueron alcanzando posiciones de mando en la organización, hasta llegar a ser comandantes de sus respectivos frentes en los Llanos y en la Costa, con lo cual se involucraron directamente en la multitud de violaciones de los derechos humanos cometidas por las AUC. No obstante, el propósito de *A Ser Historia* no es resaltar las atrocidades de la guerra, las cuales ya todos conocemos, sino señalar los pequeños actos de dignificación y humanidad que destellaron entre tanta oscuridad. Tanto

para Arlex como para Óscar, uno de estos actos fue la separación que hacían entre la vida en las autodefensas y su vida familiar:

En el tema familiar, yo creo que intenté ser el papá más normal del mundo. Dejaba a mi familia y ya tocaba colocarse la armadura de guerrero (...), la guerra es cruel (...), entonces tocaba colocarse esa armadura. Y nos íbamos a la guerra. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020)

En esta frase, Arlex demuestra más o menos cómo se daba aquella separación tan radical entre el mundo de la familia y la violencia que lo esperaba afuera como comandante de uno de los frentes; una división que, según nos contó, muchos de sus compañeros en armas hacían también. Arlex afianzaba esta división estando en la casa sin un arma y sin su esquema de seguridad (a pesar de su posición), y siguiendo todos los rituales de una familia común, como jugar con los niños, participar en el amigo secreto y en la época de Navidad rendirle culto al Niño Dios. Conociendo la importancia que le daba a esta separación, podríamos deducir que para Arlex el hogar representaba algo sagrado, un oasis de tranquilidad y ternura separado de los horrores de la guerra, una fuente de dignificación personal permanente. Esta búsqueda de dignificación eventualmente chocó con el mundo exterior en las negociaciones del 2006, donde su apego a su familia se enfrentó al proceso de desmovilización que él apoyó, y a la condena de nueve años que luego tuvo que pagar en prisión. En sus palabras, Arlex afirma que la familia definitivamente logra «robarse un ex-combatiente».

Este choque entre los espacios de dignificación en el marco del conflicto y el mundo de la guerra también se observa en la vida de Óscar José, aunque de modo diferente. Como Arlex, Óscar también vivió una doble vida, dividiéndose entre su posición como comandante del Bloque Norte y la de padre de una

familia ganadera. No obstante esta necesidad de dignificación personal, este lugar seguro para Óscar en el que se podía olvidar de la guerra se vio trastocado y corrompido por su otra vida cuando, mientras estaba cumpliendo su condena después de la desmovilización, su segundo hijo lo confrontó con su pasado y con toda la información que encontró sobre su padre en internet:

Yo quedé frío. No supe qué decirle, me dieron ganas de llorar (...). No tuve otra opción que parar la conversación. En su momento, no tuve qué responder, porque yo era el papá bueno, buena gente, bacano, y ver lo que estaba en YouTube no fue fácil. Fue el momento más duro de mi vida, aún lo es, y es donde uno como papá siente que falló. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020)

De esta manera, podemos observar un hecho recurrente en la dinámica que enfrentaron ambos hombres entre la dignificación y la vulneración de la dignidad en el conflicto; cuando estos dos mundos chocan, todas las razones por las que luchan se deslegitiman. Arlex vivía una doble vida entre su familia y el campo, pero cuando llegó el momento de desmovilizarse y pagar la condena el apego a su familia le causó mucho dolor. Así mismo, Óscar busca esconder de sus hijos su vida en las autodefensas, y cuando estos se enteran inmediatamente siente haberles fallado. Mientras la guerra se nutre de las vulneraciones a la dignidad, el amor le arrebató toda razón y justificación.

### **La dignificación personal a través del proceso de sanación y perdón**

Finalmente, un acto de dignificación personal pertinente para la mayoría de los excombatientes en el marco del conflicto armado es el del encuentro con las víctimas, sumado al perdón y a la sanación individual que nace de este proceso. En el caso de los desmovilizados de las AUC, como Luis Arlex y Óscar José,

este proceso se dio con posterioridad a su condena, en un contexto diferente a los encuentros previstos por el Acuerdo de Paz de 2016 con las FARC-EP. Para Óscar, por ejemplo, el acto de dignificación que representa el reencuentro con las víctimas y el perdón conlleva un mayor impacto emocional y de sanación, dado que este perdón, a pesar de las barbaridades cometidas al calor del conflicto por las autodefensas y otros grupos armados, demuestra la prevalencia de lo humano hasta en los más oscuros momentos y contextos. Así, si una víctima puede perdonar a su victimario y logra verlo más allá del odio, no hay justificación alguna para el conflicto.

En contraste, según Óscar, una amenaza parece no tener el mismo impacto, puesto que solo propaga el ciclo de odio ya existente en el conflicto, como lo demuestra con esta reflexión sobre su proceso de reconciliación y reparación a las víctimas:

Quando la víctima te dice: «No, voy a coger la plata para coger un revólver y matarte», eso a uno no le da nada. Pero cuando la víctima desarma su corazón y llega y te abraza y llora contigo (...), esa es la parte más difícil. Es la parte que como victimario te hace entender que fue equivocada la guerra y que no hay justificación en lo que tú hiciste. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020)

Para Arlex, la empatía y la capacidad de las víctimas para perdonar son la mejor parte de la historia del país, no solo por lo significativo que es poder perdonar atrocidades como asesinatos y secuestros, sino también porque trasciende a una dimensión espiritual:

La mejor historia del país es esa parte de las víctimas, sin importar lo que usted les haya pisoteado (...). El perdón pasa por el campo espiritual, es obligación. Creo que si no pasa por el campo espiritual las personas no lo dan. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Arlex Arango, 29 de febrero de 2020)

Es claro que para Arlex la espiritualidad, sea de la religión que sea, es una parte muy importante de la reconciliación y la sanación de las cicatrices del conflicto. Esto se hace más evidente en las anécdotas de Arlex sobre su proceso de reconciliación y reparación con las víctimas; en una de ellas relata el encuentro con los padres de una víctima inocente de un proceso de justicia extraoficial por parte del comando de Arlex en un pueblo del Meta. Cuenta que, en vez de tenerle rencor y odio, los dos padres lo abrazaron y se pusieron a llorar, y en un acto de significado simbólico y espiritual, invitaron a Arlex a seguir un ritual que la familia hacía con su difunto hijo: la preparación de la mazamorra junto al padre. Otra historia que nos narró fue la adopción simbólica de Arlex por parte de la madre de una de sus víctimas, cuya llegada le fue anunciada por Dios en un sueño. Este proceso también fue acompañado por un rito simbólico que consistió en una serenata que solía hacer la familia con el hijo antes de su asesinato. Todo este proceso parece marcar profundamente a Arlex y, curiosamente, despierta en él la misma sensación de dignificación que suscitaron en Óscar sus encuentros con una familia cuyo hijo había sido asesinado por su bloque: «¿Cómo justifica usted políticamente destruir a una familia? ¿Por el odio a la izquierda? ¿O cómo justifico yo, como guerrillero, destruir a una familia hasta ese punto porque alguien era ‘paraco’ o de derecha?».

Esta pregunta es crucial y de nuevo expone la dinámica recurrente entre la dignificación y la vulneración personal en el marco del conflicto armado. A través de las anécdotas y las historias de Luis Arlex Arango y Óscar José Ospino, es fácil diferenciar estos dos momentos: los sueños en la juventud, las actividades en familia, y el hecho de recibir el perdón de las personas que hirieron, siempre contrastaron fuertemente con su vida pasada; una vida que los despojó de sus sueños a una temprana edad y, sin muchas alternativas, los encaminó hacia la terrible violencia que ha manchado nuestro país por varias décadas.

Lo crucial es que, en todo caso, los actos y procesos de dignificación personal llevaron a ambos hombres a cuestionar ese estilo de vida, a preguntarse si separarse de sus familias o quebrantar a otra familia es justificable con base en una ideología o por motivos políticos o económicos. En consecuencia, creemos que es posible afirmar que la guerra se nutre de estas vulneraciones al alimentarse del odio, el dolor y la tristeza; pero que, detrás de aquellas injusticias ocasionadas por el conflicto, lo único que hay son personas: personas con sueños, seres queridos y personas cuyos futuros fueron arrebatados por una guerra despiadada.

### **Excombatientes sanando heridas de la guerra**

Otro grupo importante y protagonista dentro de nuestro conflicto armado fue el grupo guerrillero de las FARC-EP, del cual Isabela Sanroque formó parte hasta la firma del Acuerdo de Paz en 2016, que ahora le apuesta al posconflicto y la no repetición. Este encuentro, igual que el que tuvimos con Arlex y Óscar, nos permitió tener un acercamiento más personal a las vivencias de los guerrilleros, tanto durante el conflicto armado como en el posconflicto.

Su historia de vida tiene la particularidad de mostrar que las marcas de la guerra quedan impresas no solo en las víctimas, sino también en quienes fueron sus protagonistas, y que sus repercusiones perduran hasta hoy. Es el caso de Isabela, quien nos relata lo que implicaba, por ejemplo, ser comandante y tener la obligación de garantizar la integridad de la tropa que tenía a cargo, lo que en medio de las dinámicas de la guerra era difícil de cumplir. Así nos describe lo que vivió durante un ataque que hicieron a su campamento:

Yo estaba dirigiendo una comisión en el Yará de trabajo con la gente, trabajo de masas y a mi campamento; yo salgo y enseguida llega el ejército y nos asalta y capturan a la radista (...).



Uno de comandante dirige unas tropas y tiene que garantizar la vida de esas tropas (...), el cuidado, que haya comida, que haya medicamentos, desarrollar un plan, y pues yo me sentía como muy frustrada en ese momento... En lo personal, ese fue uno de los momentos más difíciles. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Isabela Sanroque, 15 de junio de 2019)

Isabela nos da a entender que a pesar del dolor de las pérdidas que se sufren durante el conflicto, en esos momentos no hay tiempo para enfrentar los duelos sino que se sigue adelante, y eso se va acumulando en el inconsciente de cada persona. Estas heridas se hicieron visibles después del Acuerdo de Paz, cuando los escenarios cambiaron y las nuevas dinámicas permitían enfrentarse a esos fantasmas del pasado. Para ella fue un proceso extraño reencontrarse con esas heridas de guerra que, sin saberlo, la habían marcado tanto. Como ejemplo, nos habló de esta experiencia:

(...) iniciativa de hablar de las mujeres de las FARC-EP, justamente para romper todo ese imaginario que hay. Fue una iniciativa donde nos encontramos cuarenta mujeres, veinte de Icononzo y veinte de acá. Nos reunimos, hicimos una galería de fotos, unas jornadas así como de llorar, de abrazarnos, de hablar de los duelos que uno ni sabía que necesitaba. Uno en la guerra pues estaba era en la sobrevivencia y no sabía que tenía tantos (...) dolores pendientes. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Isabela Sanroque, 15 de junio de 2019)

Sentir y expresar esos dolores pendientes y vivir las jornadas de duelo le permitieron sanar en lo individual y transformar esas historias de vida en un ejemplo de reconciliación y construcción de paz. Hoy en día, esos espacios de diálogo con víctimas, actores y, en general, con población colombiana son para ella los más importantes y satisfactorios, pues permiten cambiar justamente esa perspectiva de la inhumanidad de la guerra. Nos habló, por

ejemplo, de cuando conoció y trabajó con el militar que ordenó los operativos en que murieron la mayoría de sus amigos, e incluso su compañero sentimental.

También se refiere a los espacios de duelo vividos en conjunto con las víctimas, como fue el caso de un encuentro con mujeres víctimas del conflicto armado, madres de soldados que fallecieron en combates contra las FARC-EP; de este encuentro destacan los resultados muy positivos que obtuvieron tanto las guerrilleras como las madres de los soldados: lograron ver desde otra perspectiva cómo ocurrieron las situaciones, y las implicaciones de cada una de ellas.

Por último, nos parece interesante destacar cómo el rol de Isabela ahora está encaminado a la construcción de paz, desde espacios de memorias sobre la guerra a partir de la perspectiva de las antiguas FARC-EP, buscando mostrar precisamente esas historias que solo se conocen por la versión de uno de los lados. En sus palabras, lo expresa así:

Yo estoy pensando en hacer mi tesis sobre esto, sobre el museo de las FARC-EP, porque creo que hay que contar desde lo cotidiano; desde cómo eran los amoríos en la guerrilla, hasta cómo se desarrolló el plan estratégico y cómo se desarrollaron distintas acciones. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Isabela Sanroque, 15 de junio de 2019)

### **El campo en la ciudad**

Darllery Díaz es una mujer cabeza de familia con un gran amor por la comunidad. Narra que en 2016 ella estaba en contra del Acuerdo de Paz, no se sentía recogida y estaba aferrada al No rotundo en el plebiscito. Pero al ir a visitar Planadas, Tolima, el pueblo que la vio crecer, cercano a Marquetalia, la cuna de las FARC-EP, se dio cuenta de que sus amigos y familiares estaban esperanzados por ese acuerdo, lo que la hizo cambiar de opinión

y votar por el Sí. «Solo perdonando realmente podremos cambiar», nos dijo.

Darllery piensa que ser madre es una oportunidad para que los hijos lleven a sus padres a replantear la forma de entender el mundo. Sus hijos, Cristian, Iván y Sofía, llevaron a Darllery a marchar por la paz y por la educación; vio en esto un acto de amor hacia el país que ella quiere para sus hijos y para sí misma.

Siempre vemos a los líderes sociales como esos actores políticos que luchan y exigen sus derechos, pero muy pocas veces nos preguntamos quiénes son y qué hay detrás de su liderazgo. El encuentro con Darllery fue uno de los más dignificantes que tuvimos, por cuanto mencionó a su familia como protagonista clave de su sanación en diferentes aspectos, como la recuperación física y emocional de los efectos que la guerra les causó en su diario vivir, como a muchas familias populares. La unión y la comunicación fueron muy importantes para ella, principalmente con su papá y su hermano. Ambos le fueron arrebatados, uno por la guerra y el otro por una enfermedad.

Siendo oriunda del campo, llegar a la ciudad la hizo reconocer y extrañar todo aquello que la identificaba, como el campo, la tierra y el aire fresco, pero sobre todo las formas de ejercer liderazgo. «En el campo uno es reconocido por lo que hace; en la ciudad uno siempre está compitiendo por el reconocimiento». Estas situaciones no han sido obstáculo para ella, pues ha mantenido su vocación altruista al ocuparse de ayudar a los demás. Desde su rol de liderazgo, define la comunidad como la forma de compartir lo que se tiene sin egoísmos para que todos puedan estar bien.

Manifiesta que el proceso de reparación empieza desde lo mental y lo emocional, pero hace una firme crítica a la falta de acompañamiento psicosocial, y agrega: «Si las víctimas no han sanado emocionalmente, el país no va a poder avanzar». Su proceso personal se funda, además, en su fe y su espiritualidad. Señala: «Yo creo profundamente en Dios; todos los días me levanto

y pido sabiduría para poder continuar mis procesos y también pido mucha humildad para continuar».

Las víctimas no se reducen a su relación con el conflicto armado: tienen una vida íntima y familiar, y se enfrentan a retos cotidianos. Las víctimas en Colombia no son solo una cifra, sino agentes de cambio y construcción social con grandes proyectos de vida. Es el caso de Darllery, quien con sus actos de amor, como la construcción de una huerta urbana colectiva en Bogotá, logra transformar vidas de mujeres.

### **El corazón camuflado**

Es importante resaltar que las víctimas no provienen de un solo lado: las dinámicas de la guerra permean todas las esferas sociales sin discriminación. Olga Esperanza Rojas es la esposa de José Vicente, un sargento del Ejército desaparecido por las FARC-EP en noviembre de 1992. Su relato se destaca en nuestros encuentros porque se trata de una víctima que está del lado de la institucionalidad del Estado. La vulneración de la dignidad de Olga Esperanza es desafortunadamente una de las más comunes en el conflicto armado: la desaparición forzada, que representa un reto doble para sus víctimas. Para Olga y sus hijos, la desaparición de su esposo representó una prolongación indefinida del profundo dolor de la pérdida, ya que, 28 años después, aún conservan la esperanza de que José Vicente siga con vida. Esta esperanza se evidencia en las palabras de Olga: «Lo que menos quise demostrarles a mis hijos fue el dolor, el fracaso; todo lo contrario: (...) Yo a Emerson le hablaba era: tenemos que prepararnos para cuando vaya a llegar tu papá, tú tienes que ser el mejor».

Para Olga, la pérdida de su esposo fue devastadora en todo sentido. De un día para otro, todos sus sueños e ilusiones de comprar una nueva casa y formar un hogar para su familia se desmoronaron completamente. En el momento más depresivo de su duelo, Olga llegó a contemplar el suicidio, y por la profunda tristeza se

sentía aislada hasta de sus propios hijos. Sin embargo, todo esto cambió gracias a su espiritualidad, un factor primordial para la dignificación personal de Olga, recurrente a través de su historia:

Yo escuché una voz. Yo creo mucho en Dios, mi familia es muy católica, y yo escuché una voz que me dijo: «¿Y sus hijos?», y me detuve, y sin mentir yo creo que duré llorando como una hora, pero era un dolor tan inexplicable, un dolor tan intenso, un llanto imparable. Me encontré a mi hijo (...) y empecé a ver que la vida seguía. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Olga Esperanza Rojas, 15 de noviembre de 2019)

La fe en Dios y tener a sus hijos rápidamente se convirtieron para Olga en el fundamento para su proceso de dignificación. Esto la motivó para emprender sus proyectos de apoyo y unidad con otras víctimas del conflicto armado, muchas de las cuales aún sienten rencor y un profundo dolor por sus pérdidas. Para ella, la fe actúa como catalizadora para apoyar a estos grupos de víctimas y para ofrecer el apoyo psicosocial y el amor que ella da. También es el pilar que le proporciona fortaleza a su estructura familiar y a sí misma, a pesar de la injusticia de su situación. Olga nos relata:

En este momento no tengo ni rabia (...). Yo le doy gracias a Dios porque si algo le he pedido es que me llene mi corazón con amor, con sabiduría (...) y con eso he podido ayudar a mis compañeras que aún no están fortalecidas para escuchar la verdad. Encuentro. (A Ser Historia. Invitada Olga Esperanza Rojas, 15 de noviembre de 2019)

El fortalecimiento de Olga permitió que integrara cada vez más su fe y el amor de su familia, con el amor y la empatía que siente por otras personas en situaciones similares a la de ella. Esto también le permitió una profunda dignificación personal, al buscar la verdad y compartir a través del diálogo la esperanza de un país en paz. Esto nos dijo Olga:

Uno se da cuenta que la guerra es muy difícil y es tan complicada porque, ¿usted a quién le tiene que preguntar qué pasó? (...) Usted le tiene que preguntar a la misma persona que lo escogió, y cuando usted se enfrenta (...) son seres humanos, que sienten, que también tienen una familia, que también aman y que también quieren libertad. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Olga Esperanza Rojas, 15 de noviembre de 2019)

### **El legado**

Algo importante para tener en cuenta en el marco del conflicto es que los casos de las víctimas son diversos y siempre únicos. En nuestro encuentro con Iván Calderón, descubrimos una historia de vida muy particular debido a su corta edad y la naturaleza de su caso: con tan solo 22 años, Iván es víctima directa e indirecta del conflicto armado. Cuando tenía 18 meses, sus padres Elsa Alvarado y Mario Calderón, investigadores del CINEP, fueron asesinados en su hogar junto con su abuelo, acontecimiento que Iván no recuerda pero que marcó su vida permanentemente. Por un acto repentino de simpatía por parte de los sicarios que mataron a sus padres, Iván salió ileso del encuentro y fue creciendo en el anonimato para salvar su vida. Con el transcurso de los años, reconstruyó su historia a través de los relatos que escuchaba sobre sus padres por parte de allegados. Es muy revelador el testimonio del sicario que decidió dejarlo vivo en el momento del violento ataque. Así nos lo relató Iván:

En realidad el sicario que se encontró conmigo, se encontró de frente conmigo y quién sabe si me encañonó o qué pensó (...). El testimonio que dio este hombre es que básicamente él no sabía a quién lo habían realmente mandado a ejecutar. A él le habían dicho que tenía que matar a dos guerrilleros y él cuando llegó se dio cuenta que no era así, que era mucho más compleja la realidad y terminó casi matando a cuatro personas (...) de los cuales los tres eran padres y él también era padre

(...) y él, quién sabe si sería verdad o no, dijo que él no quisiera que siendo padre le pasara algo similar, sin embargo sí le pasó, una semana después estando en la cárcel lo asesinaron a él y a los demás sicarios. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Iván Calderón, 27 de junio de 2019)

El relato de Iván nos muestra que su vida es una historia en movimiento. En sus primeros años, el acercamiento a su identidad y a entender de dónde venía consistió en saber quiénes eran sus padres y qué hacían; esto se dio en el diálogo con sus tíos maternos, a los cuales consideraba sus padres adoptivos. También tuvo algunas aproximaciones a sus raíces a través de los relatos contados por amigos de sus padres, pero fue realmente después de entrar a la Universidad Javeriana a estudiar Sociología cuando empezó a hacer verdadera memoria sobre lo sucedido cuando era un bebé y la importancia fundamental que tuvo este hecho en su construcción personal.

En su relato notamos que los años en la universidad le ayudaron a esclarecer muchas incógnitas alrededor de su identidad, y de su compleja situación como víctima, lo que suponía resignificarse dentro del conflicto armado y, aún después, en el marco del posconflicto. También se destacan actos concretos de dignificación, que realizó después de lo que él llama su «renacimiento» en su carrera de Sociología, así como la dignificación personal que representó para él poder desmentir su historia, además de su regreso y reconexión con la Reserva Natural de Sumapaz, localizada en la región del Sumapaz (localidad de Bogotá, netamente rural). Con estos actos buscó mantener viva la memoria de sus padres y también reafirmar algo muy importante para él y su dignidad; la verdad sobre los hechos.

Esto lo enfrentó a grandes retos, como lograr deducir la veracidad de los relatos con los que se encontraba. Con cada historia fue armando su propia versión, como si fuese un rompecabezas, y esa imagen lo acompaña ahora en su juventud. También

los medios de comunicación, al reconocer quién es él, lo han entrevistado para indagar sobre su historia. Es muy común la versión de que él fue encerrado en un armario cuando sus padres fueron asesinados, para evitar que muriera, relato que en nuestro encuentro mencionó que era falso:

No quiero hablar de lo que pasó esa noche; la verdad no quiero hablar de eso ahora. Lo único que sí puedo decir es que se han inventado un poco de chismes y de rumores sobre mí, tergiversaciones que se han ido alargando, como que yo me salvé porque me escondí en un armario. No, la realidad supera la ficción y la verdad es que el sicario que se encontró conmigo, se encontró de frente conmigo, quién sabe si me encañonó o qué pensó. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Iván Calderón, 27 de junio de 2019)

A lo largo del encuentro, Iván hizo gran énfasis en la importancia de que los medios de comunicación no tergiversen las palabras de las personas cuando son entrevistadas. Lo dijo enfáticamente: «Con fines de esclarecer la verdad, tenemos que depurar un poco las mentiras que se difunden».

Uno de los actos de dignificación personal vino para Iván con ocasión de su regreso a Sumapaz, a la reserva natural que su padre ayudó a fundar por medio de la comunidad anarquista y anticapitalista Longo Mai, donde todo se manejaba en reuniones, desde la informalidad y sin dinero. Iván volvió a la reserva natural a los 18 años, y en el primer encuentro la percibió como una tierra rara y desconocida, pero lentamente se fue involucrando más y más con la región y sus habitantes, hasta que la reserva del Sumapaz se convirtió en un símbolo de dignificación relevante, una reivindicación de sus padres, y, curiosamente, un encuentro con una parte de él mismo que no sabía que existía. Al oírlo hablar de su experiencia en este territorio, sentíamos que para él representa un recordatorio de los primeros movimientos agrarios y revolucionarios del campo, corriente de la cual su papá hizo



parte, y que le enorgullece contar, pues al parecer es un espacio que le permitió no solo revivir memorias sobre sus padres, sino también encontrarse a sí mismo. Iván afirma que «toda reforma agraria y lucha revolucionaria por el campo está ligada al Sumapaz».

En estos actos vemos que Iván se dignifica, no solo a través de la preservación de la memoria de sus padres, sino también gracias a procesos como el retorno al Sumapaz. Esta experiencia le aportó una dignificación personal e intransferible por el encuentro consigo mismo, además de la confrontación personal con su pasado y las dinámicas que de ahí surgieron. Hoy Iván resalta la importancia de la reconstrucción de la memoria en casos como el suyo, para asegurar la no repetición: «La verdad servirá para saber al menos qué pasó, y así todos, conociendo la verdad, entiendan cómo llegamos a este punto y cómo encontrar un camino para que no se repita».

### **Humanización relacional**

Entendemos la humanización relacional como el proceso en el cual una persona vuelve a ver a otra como un ser humano. Esta creación de empatía hacia la condición de la otra persona la lleva a actuar de forma diferente. Significa terminar con la negación de la humanidad del otro, que es lo que permite normalizar su desaparición física como forma de relacionarse compartiendo el territorio.

Esta situación es común en la guerra, particularmente en escenarios donde los victimarios se encuentran con sus víctimas. A propósito, Óscar José Ospino, quien era comandante del Bloque Norte de las AUC, nos contó sobre su reunión con Solís Almeida, comandante del Bloque Caribe de las FARC-EP. Ambos eran enemigos en la región Caribe del país. A Ospino le habían dado la orden de secuestrar a Farena, la hija de Solís Almeida, y, aunque tuvo muchas oportunidades, nunca lo hizo.

El ejemplo de Ospino muestra cómo la rehumanización, poder volver a ver al enemigo como un ser humano, está relacionada con un proceso profundo de creación de empatía; con entender que, más allá de las diferencias políticas que los definen en el conflicto, las personas involucradas en él tienen experiencias comunes. Estos dos comandantes tenían en común la paternidad y el amor por la familia. Esto nos relató Ospino:

El día que nos encontramos yo le conté esa historia a él. Le dije: «Solís, quiero contarte una historia que no sé si la sabes», y le eché la historia que les conté y el *man* lloró. Y me dijo: «Tole, si tú hubieses hecho eso, mi vida se hubiera destruido en las FARC». (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020)

En este caso, ocurren dos humanizaciones. La primera, durante la guerra, cuando Ospino decide no secuestrar a la hija de su enemigo y le da tiempo a Almeida para asegurarla. Esta muestra cómo la guerra, a pesar de su crueldad, abre un espacio repentino a la empatía. La segunda humanización se ve en el siguiente ejemplo.

Otro de nuestros invitados, Juan Carlos Villamizar, es asesor del Centro Internacional para la Justicia Transicional (ICTJ), donde se ocupa de la implementación del acuerdo, específicamente en temas de justicia transicional y restaurativa, en relación con excombatientes de diferentes grupos. En el encuentro con él nos contó una anécdota de cómo el Iguano, comandante de autodefensas en el Catatumbo y responsable de la construcción de hornos crematorios, de alguna manera saldría de lo que era hasta ese momento para transformarse y descubrirse nuevamente como Jorge Iván Laverde. Villamizar dice que entendió la dimensión del perdón y la limitación del odio, cuando le preguntó a Laverde por ese momento en que dejó de ser el Iguano, y su respuesta fue que ocurrió cuando en una audiencia se desplomó, fue

al baño, y alguien del INPEC le ayudó a anotar lo que quería decirles a las víctimas. Le contó que nunca, ni estando en combate, sintió un pánico igual al que experimentó al estar con esas cien personas que lo esperaban. Durante décadas, había conjugado el verbo *matar* todos los días.

Juan Carlos nos describe cómo en esa audiencia, una de las víctimas le relató su historia a Jorge Iván:

Había un retén en el Catatumbo; un informante decía quiénes eran informantes y luego los mataban. Dentro de los muertos estaban el esposo y el hijo de la víctima. La señora se enteró en el pueblo de lo sucedido, pidió ayuda y por miedo nadie la quiso ayudar. Fue hasta el lugar, tomó a su hijo y lo arrastró un kilómetro, se devolvió, cogió al esposo y lo arrastró un kilómetro (...). Así tres kilómetros, hasta la entrada del pueblo, los dos cadáveres. Mientras los arrastraba, pensaba que su hijo ya no se va a casar. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Juan Carlos Villamizar, 19 de octubre de 2019)

En ese momento, cuenta Juan Carlos, Jorge Iván Laverde no aguantó más y se desplomó, se cayó. Y en ese instante el Iguano murió y volvió a nacer Jorge Iván Laverde; porque él nunca había sabido qué pasaba después de dar una orden de asesinato. No era consciente del impacto.

Esto nos muestra cómo dentro de la guerra hay un efecto de deshumanización, cuando se deja de reconocer al otro; cuando no se sabe, o no se piensa, qué sucede con esa otra persona cuando muere. Una guerra en la que solo se protegen los propios intereses sin importar el daño que se genere. Pero ¿qué pasa cuando se confronta la verdad, cuando se encuentran la víctima y el victimario? Con la historia de Laverde podemos evidenciar que, con un acto tan simple como conocer qué aconteció después de la muerte de la persona a quien él ordenó matar, se crea un acto de humanización, donde la verdad ya no solo afecta a la víctima, sino que también tendrá gran relevancia para el victimario.

Villamizar nos explica que aquí confluyen, por una parte, una verdad reparadora para la víctima, y por otra, una reintegradora para el victimario. La verdad reparadora consiste en decir lo que pasó y la reintegradora se refiere a lo que pasó después. Esta última tendrá el efecto de que el responsable sienta remordimiento y vergüenza con la víctima y con su familia. Estos sentimientos evidencian la humanidad de los excombatientes, como en este caso de Jorge Iván Laverde. Igualmente, Rodrigo Londoño también expresó su pena al confrontarse con las víctimas del atentado del Club El Nogal, entendida como el reconocimiento de que esas personas tenían sueños, proyectos, metas y familias. A su vez, la expresión de esta vergüenza causa en la víctima un asombro que contribuirá al proceso de verdad. Villamizar concluye: «La venganza del amor es la única posibilidad que tiene la víctima de, por su propia mano, encontrar cómo infringir en el victimario un trozo de vergüenza por lo que hizo (...), y eso no significa el perdón».

En medio de las justificaciones propias de la lucha armada, es muy difícil para los combatientes ver la verdadera dimensión del daño que hacen. Muchas veces cuando se atacaba población civil, se utilizaban discursos estigmatizadores que vinculaban a la comunidad con el enemigo. Esto ocurrió, por ejemplo, en El Salado, donde la masacre se perpetró bajo la excusa de buscar a Martín Caballero. También en el atentado al Club El Nogal, en el que la guerrilla lo justificó con la supuesta presencia de políticos y paramilitares en el club. Para las autodefensas, el enemigo era la guerrilla, mientras que para la guerrilla el enemigo estaba representado en la clase dominante y el paramilitarismo.

Estos momentos de humanización ocurren en diferentes ocasiones según los procesos de cada grupo. En el caso del paramilitarismo, sucedió durante las audiencias con víctimas en el marco de la Ley 975 de 2005 o Ley de Justicia y Paz. En lo que respecta a las FARC-EP, se dio por primera vez en las audiencias con víctimas durante las negociaciones en La Habana. Posteriormente, es-

tas oportunidades continúan dándose por medio de los procesos con la JEP y la Comisión de la Verdad, así como por iniciativas de víctimas y de la sociedad civil. Son estos espacios los que, ya fuera de la confrontación armada, permiten a los excombatientes escuchar o exponer los sucesos de los que son responsables, sin la posibilidad moral de excusarse en su lucha o en sus ideales.

Esta humanización está pendiente no solo en quienes tomaron las armas: la guerra fragmenta profundamente a la sociedad, y la evidencia de esto es la profunda división en el movimiento de víctimas en Colombia. En particular, la estigmatización que hay hacia las víctimas dependiendo de donde provengan. Esto se hizo evidente en 2008, cuando, después de una masiva manifestación contra las FARC-EP, la protesta que se realizó en contra de los crímenes de Estado fue descalificada por el Gobierno y estigmatizada, al señalar que había sido impulsada por la guerrilla.

Entonces, la humanización relacional es un proceso mediado permanentemente por la empatía. Esto nos conecta con Olga Esperanza Rojas, esposa del Sargento José Vicente, desaparecido el 2 de noviembre de 1992 cuando salía para la base militar de Mutatá, donde se topó con un retén de los frentes quinto y 34 de las FARC-EP.

Olga nos contó una experiencia que tuvo en un encuentro con madres de militares y excombatientes, sobre el cual dice que «las familiares relacionadas con la fuerza pública son muy agredidas y son las que cargan el bulto. A las madres de Soacha les da rabia que las madres de agentes de la fuerza pública estén buscando derechos». En un principio, ella no quería trabajar con MAFAPO, por lo cual rechazó las primeras invitaciones. Pero un día aceptó. En los primeros encuentros formaban dos grupos separados, pero después de un tiempo se les fue olvidando quién era quién. Hubo dos momentos muy importantes en ese encuentro: el primero fue una actividad en la que tenían que subirse en una mesa a hacer una pintura con las huellas de los pies.

Se subieron tanto mamás de militares como mamás de excombatientes y, al sentir que cuando estaban arriba se podían caer, tuvieron que recurrir a las otras para sostenerse entre todas. El segundo momento fue cuando debían llevar unos materiales para hacer una manualidad; Olga decidió llevar un camuflado para hacer un corazón. Las madres de MAFAPO se sintieron muy afectadas con eso. Ella dice que «las madres de militares defendían que hubiera llevado el camuflado, las otras lo atacaban». Después de la conmoción, Olga explicó que había llevado ese uniforme para demostrar que tras esa prenda había una familia, sentimientos y corazones.

El efecto de la guerra se puede percibir también en las víctimas cuando se crea estigmatización y se marcan distinciones entre buenos y malos, con lo que se generan odios y enemigos invisibles. Sobre todo, cuando se asume a quienes fueron víctimas del otro lado como aliados de un bando enemigo. Pero se puede dar la humanización entre víctimas, cuando se logra un encuentro entre ellas en donde se llegue a generar empatía. Al reconocimiento de la otra persona, y a la comprensión de que, como consecuencia de la guerra, ella también ha tenido que vivir ese mismo dolor, que tiene sentimientos, dolores y pérdidas, y que a unas y otras, aunque hayan vivido situaciones victimizantes muy diferentes, las une el hecho de haber sido víctimas de una guerra en la que todas han terminado afectadas. Al ser conscientes de esto y ver que apoyándose mutuamente, respetándose y aprendiendo a ponerse en los zapatos de los demás pueden construir paz, se hará posible esa humanización relacional mediada por la empatía.

**Conclusión: toda persona que ha vivido un conflicto armado, por despiadado que sea, sigue siendo una persona**

La dignificación frente a la vulneración nos permite contemplar la diversidad existente en los procesos de duelo y en las situaciones

que surgen de estos, especialmente en las víctimas; es el caso de Darllery, que en su proceso de dignificación y sanación personal, basado en el profundo amor a sus hijos y el rompimiento con los estereotipos de la mujer sumisa y débil, logra empoderarse e ir más allá de la etiqueta tradicional de víctima. Por otra parte, vemos el caso de Iván Calderón, cuyo proceso de dignificación, así como la relación con su identidad de víctima del conflicto armado, se basan enteramente en un acontecimiento que no recuerda, pero que cambió su futuro para siempre. Para Iván, el proceso de dignificación no se basa en el empoderamiento y la trascendencia de la identidad de víctima, sino en la reconstrucción de la memoria de sus padres y el rol que esta ejerce en su construcción personal. Cómo se puede evidenciar, en cada una de estas personas hubo un proceso que a la final logró que se empoderaran de su historia de vida y de ellos como personas, aquella historia que les dejó algunas heridas o, en el caso de otros, responsabilidades, pero que a la final les ayudó a ser mejores, a ser luchadores, para así entender qué es el perdón y la reconciliación.

Después de hacer un análisis y una reflexión conjunta, descubrimos la importancia de reconocer las diversas historias de vida de nuestros invitados, así como las complejas dinámicas emocionales que aparecían en ellos en el marco del conflicto armado: el dolor y la felicidad, la incertidumbre y la fe, la conexión entre el pasado y el ahora, el amor y el odio. Esto se observó también en la existencia de empatía hacia los otros, e incluso en amistades inesperadas en los momentos más oscuros del conflicto, como las treguas establecidas entre las AUC y las FARC-EP por razones familiares y personales. También lo apreciamos en los diversos rituales y procesos de reconciliación entre las víctimas y sus victimarios a lo largo del proceso de paz. Igualmente, es importante resaltar los procesos de duelo y sanación interna de los protagonistas del conflicto, realizados a través de diferentes momentos como la búsqueda de la verdad y de los seres queridos desaparecidos, el pedido y otorgamiento del perdón,

la fe, y la separación entre la vida familiar y la brutalidad del conflicto.

La condición humana en la guerra, como la misma naturaleza humana, está llena de giros y situaciones inesperadas, las cuales se ven ignoradas y hasta menospreciadas a veces desde la comodidad de nuestras torres de marfil en las ciudades del país. La guerra cosifica al ser humano, convirtiendo a una familia digna de campesinos en una cifra más de la violencia rural, al combatiente en un animal despiadado sin rasgos de personalidad ni de compasión por el otro, y a las víctimas en seres indefensos e incapaces de superar su situación. Si algo aprendimos de estas historias fue que toda persona que ha vivido un conflicto armado, por despiadado que sea, sigue siendo exactamente eso; una persona. Un exguerrillero, un exparamilitar, una lideresa social, personas que han dado y perdido todo en el conflicto, capaces de sonreír, de fraternizar, de seguir adelante con esperanza, y lo que puede ser el acto más valioso e inspirador en aquel contexto tan oscuro: saber y querer pedir perdón y perdonar.





CAPÍTULO 10

**La importancia del liderazgo social**

---





*Este capítulo está dedicado a los más de mil líderes y lideresas sociales, defensores y defensoras de los derechos humanos que han sido asesinados desde la firma del Acuerdo Final hasta la publicación de este texto.*

UNA DE LAS PRINCIPALES tragedias tras la firma del Acuerdo de Paz y a pesar de los esfuerzos dirigidos a la terminación de la confrontación armada ha sido el asesinato de líderes sociales o defensores de derechos humanos en nuestro país. Hablamos de esto como un tragedia, por la importancia de la resistencia que, día a día, llevan a cabo los líderes sociales en la defensa de los derechos humanos, en un contexto como el colombiano; un contexto en el cual, al matar a un líder social, se acaba con los sueños de una comunidad entera que ha depositado en esta persona su esperanza por la reivindicación de sus derechos o la defensa de su territorio.

Más específicamente, los ataques a líderes sociales responden a una conjunción de factores de riesgo y desafíos tanto estructurales como coyunturales. Muchos de ellos se enfrentan a una confluencia de grupos armados, la nula presencia institucional que agudiza la violencia hacia los líderes y las comunidades, una pobre estrategia de investigación y judicialización de los crímenes de los que son víctimas y, finalmente, desde el Gobierno, la falta de articulación en la atención de alertas tempranas. Además, las fallas en la implementación del acuerdo de paz en los territorios intensifican las pugnas sociales. Ejemplo de esto son las disputas por los cultivos ilícitos y el control territorial de grupos armados, entre otros conflictos.

Si bien es cierto que no existe consenso entre la institucionalidad y la academia en la cifra registrada de líderes sociales asesinados, indudablemente estos casos siguen en aumento; y mientras siga faltando una política que garantice su seguridad de manera integral, más se fortalecerá la violencia. Parte de las garantías de la no repetición del conflicto es precisamente la protección a los líderes sociales. Este es un punto crucial para entender la importancia de estos ciudadanos, pues, como lo ha mostrado la historia, Colombia ha venido saliendo de uno de los peores conflictos armados, y las consecuencias de la violencia dejaron más de ocho millones de víctimas, según los datos de la Unidad para la Atención y Reparación Integral a las Víctimas de Colombia (UARIV).

Cada vez que se asesina a un líder, podemos ver la crudeza y barbarie de la guerra, pues con él se asesina también la oportunidad de una comunidad entera por tener mejores condiciones de vida y un desarrollo propio, en un país donde en muchos territorios este es aún precario. Ser líder social en Colombia implica mucho más que solo luchar por la defensa de los derechos humanos: implica ser un tejedor de voluntades, esperanzas y oportunidades de toda una comunidad, que por años se ha visto abandonada y violentada, tanto por el mismo Estado como por actores ilegales.

En consecuencia, en este capítulo nos preguntamos: ¿por qué el liderazgo social territorial es importante para la construcción de paz? En respuesta, sostenemos que los líderes sociales son actores clave en la implementación de un acuerdo de paz, en tanto su liderazgo en las comunidades garantiza la paz territorial. En ese orden de ideas, la hoja de ruta del documento trata en primera instancia de definir lo que es un líder social y su rol en la construcción de paz; después se abordará la historia de vida de algunos líderes invitados a los encuentros, seguido de un panorama sobre las dificultades que enfrentan en su vida los líderes sociales, para finalmente terminar con algunas conclusiones.

### **¿Qué es un líder social y cuál es su rol en la construcción de paz?**

Definir el liderazgo social en Colombia es una tarea difícil. Cada comunidad tiene diversos liderazgos, cada uno sus propias tareas. A la vez, hay diferentes tipos de comunidades que responden a una variedad de historias e identidades. Algunas son comunidades de base: comunidades territoriales cuya vinculación es sencillamente geográfica. En otros casos, las comunidades y sus liderazgos tienen que ver con luchas políticas y sociales, como las organizaciones feministas, el movimiento LGBTI y los movimientos raciales. En muchos casos, las comunidades no están reunidas geográficamente sino que pueden encontrarse dispersas en el territorio nacional, haciendo más complicado el trabajo de quienes ejercen su liderazgo. En algunos casos, los líderes buscan defender un estilo de vida y, en otros casos, intentan mejorar el estilo de vida de su comunidad. Cada comunidad tiene lideresas y líderes que responden a su forma particular de funcionar, sus intereses y sus necesidades.

Debemos resaltar que la Organización de las Naciones Unidas (ONU) define la defensa de los derechos humanos como un derecho: «Toda persona tiene derecho, individual o colectivamente, a promover y procurar la protección y realización de los derechos humanos y las libertades fundamentales en los planos nacional e internacional» (Declaración de defensores de derechos humanos, ONU, 1999). Entonces, son precisamente los defensores y las defensoras de los derechos humanos quienes ejercen ese derecho.

Según define el CINEP en colaboración con otras instituciones, por líder o lideresa social se entiende: «Una persona que cuenta con reconocimiento de su comunidad por conducir, coordinar o apoyar procesos o actividades de carácter colectivo que afectan positivamente la vida de su comunidad, mejorar y dignificar sus condiciones de vida o construir tejido social» (CINEP *et al.*, 2018, p. 9).

Para nuestra definición en este texto, incluiremos dos condiciones más para considerar a alguien un líder social. La primera, que la defensa de los derechos se haga por medios no violentos; es decir, no tendremos en cuenta a quienes dicen defender derechos por medio de las armas o en alianza con actores armados. Además, que sean liderazgos de base en las comunidades, así haya otros tipos de activistas que puedan ser considerados defensores de derechos humanos.

Los líderes tienen diferentes orígenes: en algunos casos, han sido educados por su comunidad para heredar el liderazgo. Esto es particularmente cierto en el caso de los pueblos indígenas y afrodescendientes. Un ejemplo es Andrés Vitonas Yatacué, líder nasa del norte del Cauca asesinado el 16 de diciembre de 2019, quien tenía tan solo 21 años y desde su adolescencia se había vinculado en actividades de defensa de su territorio.

La politóloga nasa Mayerly Alejandra Legarda Quilcué describe el rol que tiene en su pueblo la educación para el liderazgo:

La noción de liderazgo se comprende de forma distinta, como se mencionó anteriormente en el apartado de la justificación, el liderazgo no sólo entendido desde el campo político representativo, debido a que el liderazgo para el pueblo Nasa es comprendido desde diferentes dimensiones; espirituales, culturales, educativas, sociales, familiares, políticas, entre otras. Así pues, los jóvenes están iniciando o creando procesos en los cuales su liderazgo se desarrolla en cualquiera de las dimensiones mencionadas. (Legarda Quilcué, 2018)

En otros casos, los liderazgos surgen de momentos y necesidades coyunturales. Por ejemplo, de la necesidad de organizar una comunidad. Esto resulta particularmente cierto en comunidades víctimas del conflicto armado, quienes, luego de tragedias violentas, se ven obligadas a unirse para proteger sus derechos. Ese fue

el caso de Temístocles Machado, quien convocó varias mingas contra la violencia en Buenaventura, a donde llegó desplazado del Chocó. Con su actividad se estableció como un líder fuerte y llegó a organizar el paro humanitario de la ciudad en 2017. El 27 de enero de 2018 fue asesinado.

Algunas de las tareas de los líderes sociales pueden relacionarse con la defensa del territorio. Esto se da particularmente en las comunidades que han luchado por la tenencia colectiva de la tierra. La Constitución colombiana consagra el derecho a la propiedad colectiva del territorio, de tres comunidades: los indígenas, por medio de los resguardos; los afrodescendientes, por medio de los consejos comunitarios; y los campesinos, por medio de las Zonas de Reserva Campesina (ZRC). Esta defensa en buena parte tiene que ver con impedir proyectos extractivistas y mineroenergéticos en territorios de propiedad colectiva o sagrados de las comunidades.

Esta era la lucha de Erley Monroy, líder de la región Losada-Guayabero en el Caquetá, quien defendía los parques La Macarena y Tinigua de la explotación minera. Sobre todo, se oponía al *fracking* en su región. En cambio, buscaba fortalecer a las comunidades campesinas para que pudieran construir una vida digna en la legalidad. Fue asesinado en noviembre de 2018.

Otra causa que se ha vuelto central en el marco de la justicia transicional es la defensa de la restitución de tierras despojadas durante el conflicto armado. Estos liderazgos se basan en la ayuda a sus comunidades en el proceso jurídico para recuperar sus tierras. Un ejemplo de esto es Porfirio Jaramillo, quien lideraba el retorno a las tierras en la vereda Guacamayas de Turbo, Antioquia, de la cual había sido desplazado por presiones de los paramilitares. Al retornar, encontró sus tierras ocupadas por otras personas. Fue asesinado el 29 de enero de 2017.

Por otra parte, están los liderazgos territoriales involucrados en la implementación del Acuerdo de Paz en los territorios, en particular los puntos de la Reforma Rural Integral y la



Solución al Problema de las Drogas Ilícitas. Sus acciones están dirigidas a organizar a la comunidad alrededor de una subsistencia con dignidad, lejos de los actores armados y su influencia.

También la comunidad LGBTIQ+, en particular la comunidad trans, ha hecho resistencia para defender sus derechos humanos. Esta colectividad tiende a ser segregada dentro de su comunidad y perseguida por los grupos armados. Sus líderes demuestran la capacidad de este grupo de defender su identidad, y lo hacen con valentía hasta en las situaciones más difíciles. Un ejemplo de esto es la historia de Oriana Nicoll Martínez, quien fue asesinada en Riohacha, Guajira. Era lideresa trans y de víctimas. Fue asesinada a los 32 años, tres años por debajo de la expectativa promedio de vida de las personas trans en Colombia.

También han sido asesinados más de doscientos excombatientes de la guerrilla de las FARC-EP, quienes hoy están agrupados alrededor de su partido Fuerza Alternativa Revolucionaria del Común, muchos de ellos cumpliendo su proceso de reintegración a la vida legal en los Espacios Territoriales de Capacitación y Reincorporación, ETCR. Esta era la situación de Dimar Torres, quien lideraba la desmovilización en el ETCR de Convención, Norte de Santander, en la región del Catatumbo, y había salido de la cárcel amnistiado, gracias al Acuerdo de Paz. Fue asesinado por el Ejército, al parecer como venganza por la muerte de un soldado que pisó una mina durante la guerra. Buscaron hacerlo pasar como combatiente del ELN. José Manuel Torres, padre de Dimar, se refirió a él en uno de los espacios organizados por la CEV:

Cuando mi hijo salió de la cárcel hace dos años, me decía: «Papá, es muy bonita la libertad; papá, voy a ser un hombre trabajador». Él, enfermito de los pies, casi no podía caminar. Y así enfermito de los pies me estaba manteniendo a mí, a la mamita y manteniendo a la mujercita. (Comisión de la Verdad, 9 de marzo de 2020)

Dentro de quienes trabajan en la defensa de los derechos humanos en el territorio, hay un grupo poblacional que se destaca: las víctimas del conflicto armado. Ellas son, por excelencia, las defensoras de los derechos humanos en el territorio. ¿Por qué este grupo juega un rol central en esta defensa? Con frecuencia, son personas que venían ejerciendo liderazgo por otras causas y al convertirse en víctimas del conflicto armado se ven obligadas a migrar, con lo cual continúan sus procesos en otras comunidades y pasan a liderar esfuerzos de cambio dentro de ellas.

María del Pilar Hurtado, asesinada el 21 de junio de 2019, es un claro ejemplo del rol central de las víctimas en la defensa de los derechos humanos. Fue desplazada dos veces, lo que la obligó a atravesar el territorio nacional. Inicialmente salió desde Puerto Tejada, Cauca, hacia el Chocó, y de allí fue desplazada de nuevo hasta llegar a Tierralta, Córdoba. En ese lugar se dedicó al reciclaje y comenzó a trabajar con la comunidad de un barrio de invasión habitado por desplazados y migrantes venezolanos. Se convirtió en negociadora con la alcaldía luego de que el Escuadrón Móvil Antidisturbios (ESMAD) de la Policía Nacional impidió la invasión de otro terreno. Cuando la asesinaron se hizo viral el video de su hijo de nueve años gritando frente al cuerpo de su madre.

Dado que el conflicto armado ha sido una macroviolación de los derechos humanos, es natural que quienes lo vivieron sean quienes buscan reivindicarlos. Buscan acceso a los derechos que tienen las víctimas: verdad, justicia, reparación y no repetición. Con este propósito, conforman espacios de participación como las Mesas de Víctimas establecidas por la llamada Ley de Víctimas. Esto se manifiesta particularmente en liderazgos por la restitución de tierras. Sin embargo, buscan también reivindicar otros derechos fundamentales que muchas veces le son violados a la población víctima: el derecho a la vivienda, el acceso a la salud, el acceso a la justicia y a la educación. Los líderes sociales, más aún quienes han sido víctimas del conflicto, han asumido como

propia la monumental tarea de hacer posible la paz territorial, procurando contribuir a la implementación del Acuerdo de Paz. Esta es una de las razones por las cuales consideramos que la lucha de varios de nuestros invitados, más allá de sus experiencias de victimización, debe ser parte de la historia de nuestro país.

### **Historias de vida**

Las historias de vida de Yolanda Perea, María Violet Medina, Héctor Marino Carabalí, Alberto Vidal y Darllery Díaz son ejemplos vivos de la resistencia de los líderes sociales. Sus vidas, cada una diferente a las demás y con sus particularidades, convergen en puntos comunes por la naturaleza del liderazgo social.

Empezamos por María Violet Medina: ella se define como una mujer indígena del pueblo nasa, de Tierradentro, Cauca. Le incomoda hablar en primera persona y tiende a hablar en colectivo como homenaje a una cosmovisión milenaria. De su historia de vida destaca que era docente en una escuela rural con el pueblo koreguaje, en el Caquetá, y constantemente se enfrentó a la guerrilla, que reclutaba y violentaba niños. Tras la experiencia del desplazamiento, la llegada a Bogotá marca su resistencia como indígena en un medio urbano, dejando atrás una tradición territorial y un linaje indígena muy fuerte. Esto implica también que, como indígena, relacione el conflicto armado con el antecedente de la colonización española, cuando los pueblos nativos fueron desalojados de su territorio y les fue impuesto a la fuerza un gobierno de otras latitudes, a través de instituciones coloniales.

El liderazgo de María Violet surge a partir de su experiencia en Bogotá. La llegada de un foráneo al contexto urbano es dura y más cuando se es indígena y se han dejado atrás las costumbres y tradiciones. Sin saber cómo vivir o qué hacer, accede a asistir a un grupo sobre trauma del conflicto armado y, tras atravesar diferentes circunstancias, llega a la Casa Indígena, que para el momento estaba en la localidad de Kennedy. Sin conocer

mucho a nadie, comunicándose al principio con sus nuevos compañeros en nasa yuwe, la lengua del pueblo nasa, hace su camino y tras un tiempo llega a ser representante nasa en la Mesa Local de Víctimas. Aunque María Violet era nueva en Bogotá, su nombre era conocido en el cabildo, pues varios miembros de su familia habían tenido roles de liderazgo en el territorio.

Desde entonces, si bien no está en su región, trabaja día a día por la resistencia de los pueblos indígenas en Bogotá y por poner en marcha sus planes de vida. Ha hecho resistencia para incidir en las políticas públicas del Distrito, logrando que sean realmente acordes a las particularidades de los pueblos. También, los nasa hacen resistencia a través de la palabra y el conocimiento, de modo que, partiendo de su vocación como profesora, Violet ha logrado concretar proyectos para que las comunidades indígenas puedan estudiar en universidades. Además, aunque lastimosamente no han contado con los recursos ni la voluntad de la institucionalidad, trabaja en la construcción de un colegio indígena para que en él se reconozca la diferenciación de los pueblos. Ha recibido amenazas, pero dice que su papá la cuida desde la espiritualidad y también ella misma, haciendo las cosas bien.

Por otra parte, Héctor Marino Carabalí narra su historia como la de un líder social negro del municipio de Buenos Aires, Cauca. Así como María Violet, pone de presente su identidad cuando habla en nombre de su comunidad y en representación de su territorio. Su liderazgo surge desde cuando, siendo niño, en la vereda Brisas de Marilópez, quiso conocer sus raíces desde la historia de la esclavitud y el racismo estructural que esta ha generado en la sociedad. Ha tenido una trayectoria política y social importante: participó en la conformación del primer colectivo juvenil, fue de los primeros jóvenes en hacer parte de la Junta de Acción Comunal, y es parte de la guardia cimarrona. Su liderazgo social comenzó cuando tuvo que hacerse escuchar como profesor en las alcaldías y gobernaciones. Fue concejal de su municipio en tres periodos, hasta que se convirtió en víctima

de desplazamiento por el paramilitarismo. Creó la Asociación de Víctimas Renacer Siglo XXI y fundó el movimiento CONAFRO (Coordinación Nacional de Organizaciones y Comunidades Afrodescendientes), con el cual participó en la escritura del capítulo étnico incluido en el acuerdo de La Habana. Fue miembro también de la Mesa Nacional de Víctimas, y entre 2016 y 2018 comenzó a participar en la denuncia internacional del asesinato de líderes sociales en Colombia.

Esta larga trayectoria en la defensa de los derechos humanos le ha costado varias amenazas y atentados contra su vida. Entre tanto, para Buenos Aires, su liderazgo ha sido crucial: esta comunidad no solo ha sido víctima del conflicto armado, sino también de la desigualdad en el acceso a las oportunidades que deben tener todos los colombianos; como en muchas otras partes del país, el Estado no ha dado las garantías a esta comunidad tan vulnerable, que constantemente se ve acechada por grupos criminales. Héctor continúa su lucha porque ha presenciado los esfuerzos de su comunidad por reconstruir su vida después del conflicto armado, y los muchos impedimentos que esta sigue encontrando para un desarrollo integral. Por su experiencia de vida, rechaza completamente la violencia e invita activamente a que los jóvenes tomen conciencia de sus actuaciones, de la indiferencia, de la necesidad de denunciar la situación que se vive en la ruralidad, de ser empáticos y de trabajar por generar una sociedad más justa.

En este mismo sentido, Alberto Vidal es un joven afro, líder de las víctimas en el Norte del Cauca. En su narración hace énfasis en las diferencias que hay en el Cauca por la influencia de los departamentos limítrofes, y explica que la cultura de su comunidad negra es distinta a la cultura negra del Pacífico, señalando esto como un aspecto importante de su identidad. Es un joven que ejerció la docencia con tribus indígenas de la comunidad nasa. Su experiencia con el conflicto empieza tras el desplazamiento de su familia por la presencia de las FARC-EP y

los paramilitares, y la militarización del territorio bajo el régimen de la Seguridad Democrática. Estos eventos lo llevan a iniciar su proceso —en cierta forma heredado de su abuelo— del liderazgo social en su territorio, haciendo resistencia frente a la violencia.

Para su vereda, Alto del Palo, en Caloto, Cauca, su liderazgo trajo nuevas respuestas que el Gobierno no proporcionaba. Así fue como se creó la Asociación de Desplazados por la Violencia Nuevo Renacer, y nacieron liderazgos fuertes que, con asesoría del mismo Héctor Marino Carabalí, comenzaron a trabajar por Caloto. Así mismo, confiesa que las acciones de resistencia no fueron fáciles, pero que gracias a ellas obtuvieron el reconocimiento de los hechos victimizantes, que contempló los enfoques territorial y étnico (teniendo en cuenta a las comunidades ROM, indígena y afro). Por otra parte, al ver que la asociación no cobijaba a los niños, se creó FUNARCCA, con el objetivo de evitar el reclutamiento forzado de los niños y aprovechar su tiempo libre. Alcanzaron a tener cuarenta niños y una banda sinfónica. Con satisfacción, cuenta que algunos niños siguieron estudios musicales profesionales, incluso algunos fuera del país. La fundación fue disuelta, pero promete volver a ella para seguir salvando vidas y cambiarlas.

Como ha sucedido con otros líderes, ha recibido amenazas que lo han obligado a no volver a su territorio desde hace tres años. No obstante, sigue trabajando por el liderazgo de las nuevas generaciones en la construcción de paz, por corregir errores en la Ley de Víctimas y por una educación para la paz que cobije a todo el mundo.

Por otra parte, Darlery Díaz se describe como una mujer líder de la Plaza de La Hoja. Originaria de Gaitania, Tolima, vivió la experiencia del desplazamiento, lo que la obligó a trasladarse a Bogotá junto con toda su familia. En Bogotá debió afrontar la muerte de su padre y su hermano, quienes eran grandes pilares de su vida; también tuvo que enfrentar un divorcio, que significó la terminación de un matrimonio de veinte años del cual

nacieron tres hijos. Habiendo pasado por situaciones adversas en busca de la subsistencia en una ciudad como Bogotá, encontró La Hoja: un proyecto de vivienda de interés prioritario, que correspondió a un plan de 100 000 viviendas gratis que dio el Gobierno nacional, donde se ubicaron 450 familias víctimas del conflicto, de diferentes departamentos. Su vida en La Hoja la condujo a un empoderamiento como mujer, que le permitió superar las adversidades que, como las demás compañeras que encontró allí, había tenido que vivir.

Allí inició su proceso de liderazgo. Se dio cuenta de que debía empezar a ser protagonista en muchos espacios y a darse a conocer; a tomar conciencia de que había mucho por construir y de que debía hacer también un proceso hacia afuera, con los demás. Su participación como parte del Consejo de Administración de La Hoja la llevó a liderar con otras compañeras un proyecto de una huerta urbana que les permitió a muchas recordar su territorio, pero también empoderarse en un nuevo espacio. Recuerda a Gaitania con amor y ha pensado mucho en volver, pues considera que el liderazgo social en el territorio es muy diferente al liderazgo urbano. Afirma que en su región uno impacta mucho más con lo que hace, mientras que en la ciudad el liderazgo suele ser competitivo. Ha notado que no todos buscan construir juntos como comunidad, sino que van tras diferentes propósitos. No obstante, está convencida de su compromiso como líder y su lucha por un mejor reconocimiento a las víctimas del conflicto armado.

Finalmente nos referimos a Yolanda Perea, otra importante lideresa social, que representa a las víctimas de violencia sexual. Su historia la describe como una mujer negra y colombiana; así se reconoce, y orgullosa luce su cabello con trenzas tricolor. Es de Riosucio, Chocó, lugar que recuerda como un ambiente de «re-juntancia», término que define como reunión o encuentro entre personas muy diversas que se juntan para construir. Tras sufrir una terrible violación sexual en 1997, por un integrante de las

FARC-EP, cambió completamente su vida y su juventud, pero siempre tuvo el apoyo de su familia, en especial de su madre, una mujer fuerte y valiente a quien Yolanda admiraba mucho. Luego del reclamo que su madre les hizo en el campamento de las FARC-EP por la violación a Yolanda, llegaron un día a la finca de su abuelo siete hombres armados, pertenecientes a esa guerrilla, y asesinaron a su madre y a un tío. Como si esto fuera poco, tiempo después ella y su familia fueron desplazados de su territorio; posteriormente regresaron, pero Yolanda supo que la habían empezado a seguir, así que el miedo la obligó a irse nuevamente. Fue cuando se instaló en Medellín y comenzó a trabajar en casas de familia.

Aunque en un momento tuvo sentimientos de venganza contra quienes la violentaron y debió afrontar diferentes situaciones adversas, su liderazgo nació de un proceso de empoderamiento y del deseo de que ninguna otra persona sufra lo que ella vivió. Empezó a apoyar a Riosucio con la ayuda de donaciones que conseguía, y, en 2011, estando en Medellín, nuevamente sufrió amenazas. Fue cuando con ayuda de la comisionada de paz Ángela Salazar fundó la Corporación Afrocolombiana El Puerto de mi Tierra, que trabaja en la defensa de los derechos de las mujeres. Más adelante, en el 2013, participó en la campaña: *Violaciones y otras violencias: saquen mi cuerpo de la guerra*, con la cual viajó a España a contar su historia de vida en una charla internacional sobre la violencia. Al regresar empezó a formar parte de la Mesa de Víctimas. Actualmente participa en la Mesa de Víctimas de Medellín, Antioquia, y en la Mesa Nacional. En compañía de otras mujeres, creó la campaña *Arrópame con tu Esperanza*, que trabaja con mujeres y hombres víctimas de violencia sexual; allí confeccionan colchas de retazos que cuentan sus historias de vida, labor que adelantan entre todos como forma de reparación.

Las amenazas y el hostigamiento no paran contra su vida; no obstante, ella sigue fuerte, liderando procesos de empoderamiento con las víctimas del conflicto armado y apoyando la



construcción de paz y la implementación del acuerdo de La Habana, pues afirma que prefiere un acuerdo imperfecto a que no haya nada. Cree en la «rejunta» y la promueve como un medio para crear sociedad y para ser agente de paz.

Al conocer las historias de vida de nuestros invitados, concluimos que es indudable el riesgo que corren a causa de sus actividades. Podríamos afirmar que vivir amenazado no es vivir, pero estos líderes y lideresas siguen adelante por el bienestar de sus comunidades. El conflicto y la violencia los han llevado a sacrificar muchos proyectos e intereses personales por la defensa de la vida. La experiencia de un líder social tiene muchos elementos de sacrificio, lágrimas y dolor al conocer gente que pasó por momentos muy similares a los que ellos vivieron, pero lleva consigo también muchos elementos de sanación, apoyo y unidad, que se hacen presentes gracias a la fuerza de su pueblo. Esto les permite seguir adelante.

### **Las dificultades que enfrentan en sus vidas los líderes sociales**

La situación de seguridad de las lideresas y los líderes sociales, como la de las defensoras y los defensores de derechos humanos en Colombia, es crítica. Con más de mil asesinatos hasta la fecha, cien de los cuales han ocurrido en 2020 (González, 21 agosto de 2020), ser líder o lideresa social es un trabajo que encierra un alto riesgo.

Estos peligros provienen muchas veces de estigmatizaciones públicas con bases falsas, generadas por actores de mayor poder y visibilidad, o por actores anónimos, que por su naturaleza no asumen responsabilidad ante la sociedad. Es el caso de los panfletos que circulan a nombre de un grupo denominado Águilas Negras, cuya existencia no ha sido comprobada, y que son difamatorios contra sus víctimas. Por ejemplo: el 6 de febrero de 2020 se publicó una amenaza contra excombatientes, periodistas

y líderes sociales acusándolos de ser, citamos textualmente: «Caja de resonancia del ELN y de los malparidos narcotraficantes de las FARC-EP». Otro escrito, decía: «Pues nuestro país no puede ser la cuna de izquierdosos, guerrilleros, milicianos, cuentistas de anticorrupción, camuflados de supuestos líderes sociales y defensores».

Esta estigmatización está dirigida a justificar los asesinatos. Además, en ocasiones es difundida por actores con incidencia en la opinión pública. Por ejemplo, en una columna de la revista *Semana*, la periodista Salud Hernández Mora dice: «Es un criminal en toda regla, ningún chichipato, y si se quitó de en medio a Jorge Manuel Ortiz alguna razón oscura tendría» (Hernández-Mora, 20 de junio de 2020). Mientras tanto, la realidad es que Ortiz era un profesor y líder social, y el esquema de la Unidad Nacional de Protección (UNP) (que la columna insinúa lo relaciona con la mafia) es una medida común entre líderes y lideresas amenazados.

Esta retórica es peligrosa por cuanto repite elementos de las estrategias que llevaron al genocidio de la UP ocurrido treinta años antes. En ese caso, se culpaba a los militantes de ese partido de pertenecer a las FARC-EP y se decía que «combinaban las formas de lucha» (Gómez-Suárez, 2015).

«Uno de los enfoques fuertes de la ley (de Víctimas) es el derecho a la no repetición, y vemos que a muchas víctimas las están revictimizando. Entonces, no se está cumpliendo con el tema de la no repetición», dice Alberto Vidal.

Es evidente el impacto que tienen los asesinatos de líderes sociales, al causar miedo en sus comunidades y afectar también otros liderazgos. Los asesinatos les dan mayor poder intimidatorio a los panfletos y a otras amenazas. En muchos casos, las agresiones contra otros líderes o inclusive contra personas cercanas a ellos tienen la intención de silenciarlos o intimidarlos. Un ejemplo es el de Ibes Trujillo, cuyo asesinato en el norte del Cauca en julio de 2018 tuvo que ver directamente con el trabajo que estaba

haciendo su primo hermano, Héctor Marino Carabalí (Bolaños, 17 de julio de 2018).

Las medidas de protección para los líderes y las lideresas, aunque en muchos casos logran defender la vida de los líderes, en otros son profundamente ineficaces. Es común que el tratamiento para las y los defensores de derechos humanos consista en asignar medidas de protección individual que van desde chalecos antibalas y celulares o botones de pánico, hasta esquemas con guardaespaldas y camionetas blindadas, medidas que están a cargo de la UNP. Al respecto, Carabalí nos contó:

Andar en un carro blindado para arriba y para abajo con dos personas ahí que estén pendientes, para mí eso es cortarme inclusive presencia y trabajo para con mi comunidad. Porque es no permitirme llegar a donde yo quiero llegar. Ya es un control, estar un poco controlado. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Héctor Marino Carabalí, 30 de mayo de 2020)

Debido a la desconfianza de muchas comunidades hacia la presencia de fuerza pública, originada en abusos cometidos durante el conflicto armado, e inclusive luego de la firma del Acuerdo Final, los hombres armados alejan a los líderes de sus comunidades.

Por otro lado, estrategias territoriales como la guardia indígena o la guardia cimarrona han resultado efectivas para salvaguardar la seguridad, según dicen varios líderes en el documental *Nos están matando* (Wright & Laffay, 2018). Estos mecanismos ancestrales de carácter pacífico, aunque no siempre logran enfrentar a los grupos armados que deciden abrir fuego contra las comunidades, están investidos de una legitimidad mayor a la de cualquier actor armado en el territorio.

Por otra parte, las implicaciones de los riesgos en la seguridad de estos líderes no se limitan al inminente peligro de muerte. En un foro sobre violencia sexual, Yolanda Perea contó que se ha visto imposibilitada para seguir desempeñándose como trabajadora doméstica a causa de su situación de seguridad:

Somos líderes a los que nadie nos paga, hijuemadre. Somos unos líderes que lo hacemos por amor, porque nos duele nuestro territorio. Porque nos duele lo que pasó y no queremos que a nadie le pase. Y no ganamos (...). Yo no puedo seguir trabajando en casa de familia porque las patronas dicen que pongo en riesgo su vida y su familia, y es cierto. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Yolanda Perea, 15 de marzo de 2020)

También habla sobre cómo sus problemas de seguridad afectan su vida personal:

Es la desprotección del mismo Gobierno que no se ve articulada, porque, por ejemplo, yo tengo medidas de protección y tengo varios hombres de protección que andan a mi par, pendientes de mí y no es fácil. A veces, uno no tiene derecho ni de echarse un polvo, pero lo importante es que le protegen la vida a uno. Para salir al parque es muy complicado con tus hijos, para ir a donde tus amigos es muy complicado. Entonces por ejemplo yo de reuniones a la casa, del trabajo a la casa. Pierde una vida social como lideresa. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Yolanda Perea, 15 de marzo de 2020)

Todo esto ha implicado que, además de las difíciles condiciones que la habían obligado a desplazarse de Apartadó a Medellín en 2011, tenga ahora también una precaria situación económica. Esto limita su posibilidad de tener un liderazgo efectivo en su territorio, al que no ha podido regresar de forma segura por causa de la presencia del ELN.

Carabalí nos contó de las dificultades que han traído para él y su familia su liderazgo y su situación de seguridad:

Yo renuncié a mis privilegios personales, y tengo que decirlo así: renuncié a la presencia familiar, al colectivo familiar, a mis hijos, a mi esposa; renuncié por dedicarme al trabajo con la comunidad (...). Encontrarme por ejemplo en la casa con que

un hijo le reclame a uno y le exija: «no me dedicó tiempo por dedicarse a la comunidad y mire cómo estamos que de pronto nos toca irnos de aquí»; ver un panfleto como esos; verte en una fotografía con un signo pesos ahí, de que pagamos tanto para que te asesinen, eso no es así de sencillo. Hasta el número de amenazas que he tenido ya se me ha olvidado. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Héctor Marino Carabalí, 30 de mayo de 2020)

En un foro sobre violencia sexual, también Yirley Velasco comentó sobre los retos de ser lideresa en medio de las amenazas:

A mí me tocó salir de El Salado, dejar mi casa y venirme a pagar arriendo por acá pasando miles de necesidades. (...) Yo en este momento tengo un esquema de seguridad con dos hombres y un carro pero eso no es solamente seguridad. La palabra seguridad para mí es que a mí me garanticen seguir trabajando en mi territorio, que yo pueda vivir tranquila, que yo tenga un empleo digno; que yo pueda salir a la calle y sentirme segura. Eso para mí es seguridad. (Velasco, 14 de agosto de 2020)

Como hemos visto, las amenazas al derecho a la vida de los líderes y las lideresas sociales son tan solo el eje de una serie de dificultades. Les han implicado desplazamientos forzados e inclusive exilios, que limitan seriamente el trabajo que desarrollan con las comunidades. También les acarrearán enormes retos para garantizar su sostenibilidad económica y moral, más aún cuando se ven obligados a desplazarse a la ciudad, donde no tienen los medios de subsistencia con que cuentan en el campo, ni el apoyo de su círculo social. Las soluciones armadas, como los escoltas personales o la militarización de las zonas en riesgo, atizan aún más el fuego de la violencia en los territorios y crean desconfianza en las comunidades.

Parece haber consenso entre los líderes sociales acerca de que estas respuestas armadas no son la salida. Solamente la

paz territorial parece ser la solución duradera para garantizar la defensa de los derechos humanos. Para esto es necesario un compromiso estatal profundo con los problemas estructurales del campo y no limitarse solo a combatir a los grupos armados ilegales. Este compromiso implica, en cambio, lograr soluciones negociadas y sometimientos a la justicia; adelantar campañas efectivas contra la estigmatización, con el respaldo irrestricto del Estado y de los diferentes gobiernos a la labor de estos líderes; encontrar mecanismos para garantizar la vida digna de líderes y lideresas, más allá de solo defender su derecho a la vida, haciendo visible el valor tangible del trabajo que hacen por los derechos humanos. Además, y esto es algo esencial, garantizar la dignidad en el campo.

### **Conclusión: la seguridad para el liderazgo social es la paz territorial**

La tragedia del asesinato no se queda solo en la muerte del líder, sino en el enorme daño que se deriva de que todos los proyectos productivos y el trabajo que desarrollaba esta persona queden truncados. Como se ha repetido en este escrito, en el contexto actual de violencia que se vive en los territorios, cuando se mata a un líder, se mata a la comunidad. De hecho, los grupos ilegales que cometen estos crímenes eliminan este liderazgo para aumentar su control sobre la sociedad: para «matar» a una comunidad que en últimas lo que quiere es el desarrollo para su territorio. De esta manera, lastimosamente, se vuelve a revivir la guerra, con la violencia y la conflictividad que han enfrentado desde hace muchos años. Con esto, las comunidades que trabajan por encontrar la paz, vuelven a quedar en manos de la violencia.

La sociedad civil, periodistas, líderes de opinión, *influencers*, políticos y artistas, entre otros, deben estar comprometidos y unidos en el objetivo de acabar con la estigmatización. La cultura colombiana debe dejar de normalizar la violencia y de

justificar los crímenes, o de interpretarlos como indicio de que los líderes sociales tienen «cuentas pendientes». Estas formas de negacionismo y estigmatización revictimizan, pero además son un gran obstáculo para la construcción de paz. La sociedad civil, particularmente la urbana, debe ser una línea de vida para la defensa de los derechos humanos. Debemos abrir los espacios para que puedan visibilizarse las luchas y de esta manera proteger los liderazgos.

Los problemas de la seguridad de los líderes sociales en el territorio no se solucionan aumentando la presencia militar ni la cantidad de escoltas, carros blindados, chalecos salvavidas o botones de pánico. Estas son soluciones temporales, que pueden proteger vidas mientras el Estado soluciona la situación de seguridad territorial. Pero no son soluciones permanentes. La única solución real a la seguridad de los liderazgos sociales y de las comunidades es la paz territorial. Esto implica lograr la desmovilización y el sometimiento de los grupos armados y extender la institucionalidad más allá de la fuerza pública. El Estado debe estar comprometido con la construcción de una paz integral. Solo así se honrará la memoria de los líderes sociales que han luchado por la paz y que por eso han sido asesinados.

## Referencias

- Bolaños, E. A. (17 de julio de 2018). Se confirma la muerte de Ibes Trujillo, líder social en Cauca. *El Espectador*. Recuperado de <<https://www.elspectador.com/colombia2020/territorio/se-confirma-la-muerte-de-ibes-trujillo-lider-social-en-cauca-articulo-856923/>>.
- CINEP/PPP, ASCAMCAT, Comisión Colombiana de Juristas (CCJ), Confederación Acción Comuna, Coordinación Colombia Estados Unidos, Instituto de Estudios Políticos y Relaciones Internacionales (IEPRI), Movimiento Ríos Vivos, Somos Defensores, Universidad Nacional de Co-

- lombia. (2018, 19 diciembre). *Informe: ¿cuáles son los patrones? Asesinato de líderes sociales en el Post acuerdo*. Recuperado de <[http://iepri.unal.edu.co/fileadmin/user\\_upload/iepri\\_content/boletin/patrones6.pdf](http://iepri.unal.edu.co/fileadmin/user_upload/iepri_content/boletin/patrones6.pdf)>.
- Comisión de la Verdad. (9 de marzo de 2020). *Espacios de escucha: asesinatos de exintegrantes de FARC y garantías de seguridad*. [Video]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=n-kvrcnIgSc>>.
- Gómez-Suárez, A. (2015). *Genocide, Geopolitics and Transnational Networks: Con-Textualising the Destruction of the Unión Patriótica in Colombia*. Routledge.
- González, L. (21 agosto de 2020). *1.000 líderes y defensores de DD.HH.* Instituto de Estudios para el Desarrollo y la Paz (Indepaz). Recuperado de <<http://www.indepaz.org.co/1-000-lideres-y-defensores-de-ddhh/>>.
- Hernández-Mora, S. (20 de junio de 2020). Los falsos líderes sociales. *Semana*. Recuperado de <<https://www.semana.com/columna-los-falsos-lideres-sociales/681123/>>.
- Legarda Quilcué, M. A. (2018). *La formación política de los jóvenes Nasa en el resguardo indígena López Adentro en el municipio de Caloto, Cauca*. (Tesis de grado), Universidad Javeriana, Santiago de Cali. Recuperado de <[http://vitela.javerianacali.edu.co/bitstream/handle/11522/11360/Formacion\\_politica\\_jovenes\\_nasa.pdf?sequence=1&isAllowed=y](http://vitela.javerianacali.edu.co/bitstream/handle/11522/11360/Formacion_politica_jovenes_nasa.pdf?sequence=1&isAllowed=y)>.
- Velasco, Y. (14 de agosto de 2020). «Rejuntancia sobre violencia sexual. La rejuntancia». Invitadas: Yolanda Perea, Dayana Domicó, Yirley Velasco. [Transmisión virtual].
- Wright, E. & Laffay, T. (2018). «Nos están matando», el grito de los líderes sociales en Colombia. [Documental]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=IJOKfMaMh3w&t=160s>>.





## CAPÍTULO II

# Rol del arte en la construcción de paz y la reconciliación

---





COMO ES BIEN SABIDO, el conflicto armado deja marcas en todas las sociedades, comunidades e individuos que lo viven; entre las más fuertes están la pérdida de identidad, la alteración de la emocionalidad y de las relaciones interpersonales. Esto genera una nueva necesidad: la reparación de una sociedad con individuos y comunidades profundamente afectados. La velocidad de los hechos, la cantidad de violencia y la falta de verdad nos han convertido en una sociedad desmemoriada, una sociedad que no ha tenido las herramientas, el tiempo, y en ocasiones ni siquiera la voluntad, de reconstruirse. Además, en general, se caracteriza por la falta de empatía, como consecuencia de una educación ineficaz y una indiferencia cómplice frente a las atrocidades del conflicto armado.

A lo largo de nuestro recorrido con A Ser Historia, dialogamos con diferentes invitados que fueron partícipes del conflicto armado, o afectados por este, y que desde su experiencia de vida nos permitieron tener un acercamiento más humano y real a la guerra. Esto nos permitió comprobar cómo en los procesos de duelo, resistencia, sanación y reconciliación, las manifestaciones artísticas fueron herramientas para la construcción de memoria e identidad, a partir de los relatos particulares y colectivos de los actores involucrados en el conflicto. De esta forma, el arte se revela como un instrumento de reconciliación y como un medio de construcción de paz, como pudimos experimentarlo al interactuar con estas personas.

### **Los impactos del conflicto en la identidad**

Para lograr la transformación de esta sociedad es indispensable observar de qué manera el conflicto ha afectado a la población. Como en esta guerra el cuerpo y el territorio son los primeros escenarios donde el poder se impone a través de la violencia, para la construcción de la paz en Colombia se hacen fundamentales la comprensión y sanación de los cuerpos y de las relaciones entre individuos. De esta manera, el arte, al tener la identidad como objeto de estudio y de trabajo, y como parte de esta el cuerpo, el sentir y la emocionalidad, es un medio que permite la construcción de un relato común, a través de la transformación de cuerpos-individuos y relaciones-comunidades, que son transversales a la construcción de paz.

Las personas que vivieron el conflicto armado a menudo tienen secuelas tanto físicas como psicológicas, y es interesante ver cómo estas últimas se expresan muchas veces a través del cuerpo y la interacción con el entorno. A este respecto, notamos en nuestros encuentros que existen secuelas tanto colectivas como individuales. En el primer caso, logramos sentir que, especialmente en las víctimas del conflicto, las heridas colectivas asociadas al cuerpo tienen que ver con la violencia acontecida en la guerra; es el caso del desplazamiento forzado, el cual implica que las relaciones con el entorno físico de la comunidad se rompen. Esto crea heridas profundas que repercuten en la forma en que las personas sienten e interactúan corporalmente, pues se ven obligadas a ejercer prácticas que no son propias de su identidad colectiva.

Un claro ejemplo de estas rupturas colectivas que afectan la forma en que se relacionan las comunidades, así como el uso de sus cuerpos, lo percibimos en el encuentro con Alberto Vidal, cuya comunidad fue víctima de desplazamiento forzado en dos ocasiones, y que relata cómo cambiar de ambiente afectó fuertemente tradiciones comunitarias que practicaban entre ellos y con su territorio:

Regresamos y efectivamente el conflicto iba en intensidad mucho más. Ahí fue cuando al año siguiente nos tocó volver a salir del territorio y ya quedarnos en la cabecera municipal de Caloto (...). Eso ha sido, pues, como el proceso de desplazamiento forzado que tuvimos: dejamos el territorio abandonado, la casa, la finca, todo ese proceso donde teníamos muchas cosas como pancoger, y salir a buscar trabajo (...). Siempre habíamos trabajado en la huerta, en la finca, a salir a buscar otro tipo de trabajos que no son identitarios de nosotros. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Alberto Vidal, 15 de marzo de 2020)

Vidal nos contó también cómo incluso dinámicas cotidianas como conocer a sus vecinos, sentirse familia entre todos y reunirse los diciembres en la casa toda la familia fueron imposibles de sostener a raíz del desplazamiento forzado. Él refleja lo que muchas de las comunidades tuvieron que vivir en el marco del conflicto armado, y que se traduce en la pérdida de identidad colectiva, expresada a través de relaciones físicas y sociales con los suyos y su territorio.

Por otro lado, a través de los diversos relatos hemos comprobado en este proyecto que el individuo es transgredido con el fin de establecer una jerarquía, para de esta manera someterlo. Así, se violentan los cuerpos y se dejan marcas que afectan la autopercepción, modifican el modo de actuar, y con esto se transforman las relaciones de toda una sociedad.

Conocer estas experiencias nos permitió ver cómo, a pesar de todas estas heridas en el cuerpo causadas por la guerra, y aun cuando parte de su identidad se desdibujó, muchas de las personas y comunidades buscaron la forma de reconectarse consigo mismas y resistir ante las adversidades de la guerra. Esta búsqueda en muchas ocasiones dio resultados por medio de expresiones artísticas, hecho que nos motivó a reflexionar acerca de la importancia del arte como elemento reparador y como medio de resistencia y resiliencia.

### **Arte como medio. ¿Por qué necesitamos el arte?**

El arte tiene la capacidad de sanar y generar transformación tanto en los individuos como en las comunidades, ya que tiene el poder de tocar las fibras más profundas del individuo y afectar su emocionalidad, su autopercepción y sus modos de relacionarse con el otro.

El arte responde a la necesidad de plasmar, por medio de formas y potencias creativas, las experiencias vividas a lo largo de la guerra en el país. En consecuencia, precisamente dadas las agresiones y los múltiples hechos devastadores ocurridos en la violencia colombiana, el arte surge para transformar aquellas vivencias. Cuando las personas damnificadas confluyen en un punto donde sienten que la vida cotidiana no funciona para ellas, para poder sanar necesitan encontrar ciertas potencialidades dentro de sí mismas y exteriorizarlas, para hacer visible aquello que sienten como una aguja en el corazón.

De esta manera, logran crear un tejido que vibra en los otros; una resonancia tal que hace que la creación artística no sea una demostración actuada, simulada, imitada, o que responda a la traducción de un *performance* o representación. Por el contrario, son procesos que emergen desde su esencia, desde lo que la guerra dejó en cada uno de ellos, expresados de diversas formas, donde encuentran el perdón para sí mismos. Estos trabajos surgen de forma consciente o inconsciente, cuando al usar el arte van descubriendo la liberación que produce, por ejemplo, un canto en comunidad, y cómo puede esto ser una forma de transmitir a otros la vida de quienes ya no están.

Como dijo Juana Ruíz, directora del grupo de las Tejedoras de Mampuján, Colombia es un país que no está y no estuvo listo para la guerra. Por esta razón, el arte aparece como una necesidad, para depurar aquellos vestigios de las violencias y para que aquellos que no entienden el alcance destructivo que tiene la guerra en las personas puedan ser capaces de expresar sus experiencias en una pieza artística.

Un ejemplo palpable del arte como camino de sanación son las tejedoras de Mampuján, quienes, con una ayuda externa que recibieron en un primer momento, plasmaron con retazos de tela el desplazamiento, la pérdida de identidad y la impotencia de la violencia. En una segunda etapa, después de lograr contar las agresiones recibidas de un grupo armado y la violencia intrafamiliar, viajaron con sus voces por el espacio dibujando con cantos los colores de la fuerza, bailaron con los olores de la gastronomía en búsqueda de la identidad perdida y con los ojos llenos de esperanza se reconocieron la una en la otra. Sus tejidos, que llegaron a ser expuestos y galardonados, fueron una forma de demostrar los hilos entrelazados entre ellas, su historia y el proceso del perdón. Encontraron su voz por medio de una fuerza extraordinaria y desplegaron hacia las demás mujeres las sensaciones, el perdón y la alegría que adquirieron, después de atravesar este camino de inspiración por medio de la cocina y los tejidos.

### ***Resistencia***

Es evidente el gran sufrimiento que atraviesan los actores involucrados en el conflicto armado. A partir de los múltiples encuentros que tuvimos, identificamos el arte como una forma de resistir simbólicamente a los diversos perjuicios y consecuencias psicológicas que los afectados sufren debido a la negligencia y la violencia ejercida, tanto de parte del Estado colombiano como de las organizaciones políticas y grupos armados inmersos en el conflicto.

Entre muchos otros elementos, las culturas están constituidas por las prácticas cotidianas que identifican como individuos sociales a los miembros de una población específica. Estas poblaciones y sus individuos encuentran en el arte la forma de expresar sus propias experiencias y percepciones sobre lo que ocurre a su alrededor. Cuando existen dificultades y conflictos sociales, los individuos encuentran en las prácticas artísticas un canal para representar lo que han sentido y lo que quieren



reivindicar a través de su mensaje, en especial cuando el discurso oficial no es suficiente para retratar los hechos vividos.

Dado que las medidas estatales para garantizar los derechos de las víctimas del conflicto armado en Colombia son insuficientes, se genera un silenciamiento en ellas que se agrava por la indiferencia con que son acogidas por la sociedad. Por ello, deciden hacer uso del arte para recuperar y reivindicar aspectos claves en su proceso de sanación: la memoria, el reconocimiento y la reparación.

Del mismo modo, el arte como forma de resiliencia y reparación es un arma simbólica dentro de la guerra colombiana. Para ilustrar esta afirmación, planteamos algunos argumentos: en primer lugar, el arte ha sido utilizado dentro del combate para, en cierta forma, humanizar la guerra o verla desde otras perspectivas, como puede ser la mirada del combatiente. En segundo lugar, el arte político y rebelde ha sido utilizado por distintos grupos políticos para llamar la atención de la ciudadanía y hacer una propaganda subversiva más empática con el público no militante. En tercer lugar, el arte abre las puertas a una subcultura política que pone en evidencia de manera alternativa, didáctica y a veces humorística los propósitos y metas que tienen los grupos militantes.

Como ejemplo, tomamos la guerrilla del M-19 partiendo de nuestro encuentro con Vera Grabe, la cual desarrolló una estrategia cultural que no solo expresaba el descontento social en términos de movilización social o política, sino que se manifestó como movimiento cultural en el teatro, en el periodismo y en la literatura colombiana de la época. Ejemplo de la sincronía que tuvo el M-19 con este movimiento cultural se observa en las acciones directas que realizaban en la ciudad, como el robo de la espada de Bolívar o las propagandas satíricas que se repartían en las calles y publicaban en los periódicos. Es posible imaginar estas acciones como una especie de *performances* que servían para atraer la atención mediática además de la acción armada. Avisos

como el de «parásitos... gusanos? espere M-19» figuraban en los periódicos locales suscitando confusión y curiosidad, y llegaban a la ciudadanía a partir de la sátira y la apropiación de campañas publicitarias muy particulares.

### ***Comunicación***

A partir de las experiencias vividas por las personas involucradas en el conflicto armado y en la violencia derivada de este, hemos comprobado cómo el arte responde a la necesidad de expresión comunicativa para ellas mismas y el entorno.

Existen diversas formas de comunicar las vivencias: una carta, un relato, una crónica, una pintura, una fotografía. Sin embargo, es sumamente transformador notar cómo las creaciones de las personas afectadas por la violencia no responden a los tecnicismos del arte, sino a una necesidad profunda de ser. Así, cada persona puede ver surgir desde el interior su historia plasmada en un tejido, un *performance* o un encuentro verbal, y es entonces cuando esa historia puede aparecer transformada en el perdón, la sanación y la memoria.

Por su sentido profundo, estas expresiones atraviesan las experiencias, comunican y nos movilizan con potencia, sin saber exactamente el porqué. Es ahí cuando entendemos que lo que se sintió fue un momento artístico. Es indudable que el uso excesivo de cifras y estadísticas para mostrar las secuelas del conflicto y sus víctimas ha hecho que la sociedad colombiana no sienta la suficiente empatía hacia lo ocurrido; en contraste, el arte actúa como un factor humanizador para devolverle a la guerra y a las personas inmersas en ella las emociones y sensibilidades que muchas veces se pierden en los medios convencionales de comunicación.

Así sucedió en el encuentro que tuvimos con Luz Marina Hache, líder sindicalista quien encontró la forma de presentarnos a Eduardo, su esposo, desaparecido un 26 de septiembre de 1986. Bastó con unos cigarrillos, lentejas, una pancarta y una canción para entender que estaba encarnando a su compañero

desaparecido. Su relato en primera persona, de la vida y la historia bogotana de Eduardo, rodeada de aquellos objetos, hizo que ese instante fuera inolvidable y entrañable para cada joven presente en el encuentro. Sin buscarlo, realizó un *performance* basado en su experiencia, conectó los recuerdos con el presente y con el dolor de la injusticia por las cifras exorbitantes de las personas desaparecidas forzosamente, dándole continuidad a su narración desde la memoria. Su pareja y sus luchas siguen viviendo en su recuerdo, en sus hijos, en su vida en el exilio y en todos nosotros.

Cerrando los ojos e hilando cada frase que expresaba para conducirnos por aquella época, sentimos en ella la fuerza y el vigor con que libró sus luchas, y comprobamos que el arte llegó como un respiro para comunicar y contar su historia después de 14 años de silencio, para permitirle decir lo que necesitaba exteriorizar y nosotros esperábamos oír.

### **El arte desde la comunidad para la comunidad**

Las manifestaciones artísticas surgen espontáneamente cuando las circunstancias llevan a las personas a buscar un medio para sanar heridas que fueron abiertas por los eventos victimizantes. Así, vemos cómo ellas emprenden estas acciones ya sea individual o colectivamente. En el caso de Pilar Navarrete, reconocimos el acercamiento al arte a través de la actuación y la exploración de su cuerpo para dirigirse a un público en busca de comunicar su experiencia derivada de la desaparición de su esposo Jimmy durante la toma del Palacio de Justicia.

Pilar cuenta que desde el colegio estuvo interesada en la actuación y desde entonces ha tenido una relación estrecha con los escenarios. De hecho, fue en una obra escolar donde conoció a Jimmy. Después de su desaparición, la constante búsqueda de la verdad ha desembocado en la realización de distintos actos de memoria. Entre ellos se encuentran diferentes *performances* como *Cuerpos gramaticales*, una iniciativa que sigue la ruta de

Medellín a Bogotá como respuesta a lo sucedido en el 2002 durante la Operación Orión, y adquiere una reinterpretación en la capital del país para desarrollarse en conmemoración a los desaparecidos.

Para Pilar, el acto de conmemorar es un acto de memoria; con este propósito ha realizado diversas puestas en escena, una de ellas antes de que el cuerpo de Jimmy le fuera entregado. Posteriormente, la obra de teatro *El palacio arde* partió de su experiencia y la de Inés Castiblanco, hermana de Ana Rosa Castiblanco, también desaparecida en los hechos del Palacio. Desde un escenario dispuesto en el CNMH se construyó un puente entre ella y los espectadores, hacia un dolor que puede ser reparado a través de la verdad y la empatía. De allí partió también Pilar para hacer un *stand up comedy* con una calavera que representa a Jimmy. Recurre al humor para sanar sus propias heridas; humor que a la vez le sirve para llegar al público y suscitar sonrisas y lágrimas a partir de su experiencia. «Yo les decía a mis abogados: un día yo quiero hacer un *stand up*. Que la gente se ría y lllore. Que sepan que yo perdí todos los dientes y me volví gorda y me volví vieja en el proceso de búsqueda de mi esposo», cuenta Pilar.

En estas experiencias, la colectividad ha encontrado un sentido en la generación de empatía, cuando se descubren identidades y puntos en común con el otro, cuando se advierte que la lucha no es individual y que en los territorios a su alrededor hay personas que han vivido situaciones similares y siguen resistiendo. Las manifestaciones artísticas permiten que estos diálogos sucedan.

De esta manera, es imposible pensar en el arte como acto individual. Este siempre envuelve a la comunidad de manera colectiva e introduce a las personas que se hacen partícipes desde distintos ámbitos. El caso de Alberto Vidal nos permite situarnos en el punto de intersección entre el arte y la pedagogía, desde el trabajo colectivo y las iniciativas que parten del liderazgo social en las comunidades para lograr su propia reivindicación.

Habiendo sido víctima de desplazamiento, Alberto se planteó la siguiente pregunta: ¿cómo podemos ayudar a la gente que sufrió lo mismo que nosotros para que pueda conseguir la resistencia y resiliencia que hemos venido logrando? Tras el desplazamiento a Caloto, donde fue acogido por una familia, encontró en el estudio de la danza y la música una ruta que le mostró la respuesta a este interrogante. Después de fundar la Asociación de Desplazados por la violencia Nuevo Renacer, nació FUNARCA con el objetivo de incluir a los niños en los diferentes procesos de reparación desde el arte y la cultura.

«Se les dio un proyecto de vida a los chicos por medio de la música».

Alberto nos permite entender que en la música se encuentra una alternativa a la violencia. El arte se hace desde el territorio, como respuesta a un contexto y a unas circunstancias específicas para los habitantes de Caloto y sus necesidades. Por lo tanto, se hace imprescindible acercarse a los procesos culturales y artísticos como forma de resistencia a los hechos violentos de reclutamiento que ocurren en estos sectores del país. La música ofrece una manera de construir y habitar el territorio y abre las puertas a nuevas oportunidades para aquellos jóvenes cuyo futuro es incierto por las condiciones de violencia en que viven. Al respecto, nos cuenta Alberto:

El arte es uno de los elementos que pueden llegar a reconciliar el país. (...) La música no solo te da conocimientos musicales, te da conocimiento en valores, en escuchar, en saber interpretar al otro, en trabajar en unión, en grupo y en equipo. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Alberto Vidal, 15 de marzo de 2020)

El arte es uno de los elementos que puede llegar a reconciliar el país, como dice Alberto. Establece un punto en común que lleva a la unidad de las comunidades desde el respeto a la diferencia, pues se encuentra el valor de la diversidad. La pedagogía a través

del arte juega un papel fundamental en la formación en valores, ya que motiva a dialogar con el otro, a interpretarlo tal como se hace al escuchar un instrumento musical. Allí se ofrecen nuevas oportunidades y proyectos de vida, con rumbos alternativos a la violencia que pudo haber atravesado un grupo de personas por cuenta del conflicto armado.

En compañía de otras mujeres, Yolanda Perea creó la campaña «Arrópame con tu esperanza», en la que se reúnen mujeres y hombres víctimas de violencia sexual en torno al tejido colectivo de colchas para hacer una suerte de terapia conjunta a través del diálogo y la creación artística. Estos métodos constituyen una voz propia que habla por estos colectivos de víctimas que encuentran en el tejido una forma de sanación.

Yolanda acuñó el término «rejuntancia» para denominar los talleres de escucha y diálogo que se realizan en diferentes lugares del país, para hacerse sentir y hacer sentir su lucha en contra de la violencia sexual: un llamado a la construcción de paz y especialmente a la empatía. Tejer una colcha es entender a quien está a tu lado, es comprender cada puntada y entrelazar los hilos y los retazos del otro con los propios. Nos relató Yolanda:

Hacemos la rejuntancia desde esa esperanza de arropar a Colombia y que Colombia nos arrope con la esperanza de la no repetición; y es allí donde nosotras empezamos a construir. (...) Hay mucha memoria y mucho sentimiento en cada una de las colchas. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Yolanda Perea, 15 de marzo de 2020).

Adicionalmente surgió la posibilidad de realizar una subasta de estas colchas, que son producto del trabajo colectivo y la creatividad, para recoger fondos que serían destinados a la adecuación de una casa dedicada a la memoria de las mujeres y jóvenes víctimas de violencia sexual; un proyecto a largo plazo que se construye con los cimientos de la esperanza y la resiliencia.

Por otro lado, Olga Esperanza Rojas nos contó su experiencia en los talleres de tejido y pintura en los cuales participaron las madres de Soacha y mujeres familiares de militares. Olga cuenta cuánto le costó involucrarse en ese espacio, ante todo por los prejuicios que existían de lado y lado, y también cómo, en una ocasión en que debían pintar con los pies sobre una mesa, se tomaron de las manos y se sostuvieron la una a la otra para no dejarse caer. Al final del ejercicio, todas decían haber sentido que era la otra quien la sujetaba, con lo que desaparecieron las fronteras entre los dos grupos y empezaron no solo a sentir empatía, sino a reconocerse en las demás y a ofrecerse ayuda. En definitiva, fue una actividad que les permitió reconciliarse e incluso perdonarse.

De esa manera, se han realizado diferentes propuestas que además impulsan las economías locales y envuelven a los habitantes en otras iniciativas artísticas, otro ejemplo que se gesta de manera paralela a FUNARCCA podría ser la apropiación de arte urbano y grafiti que se da en la Comuna 13 para sobrellevar los problemas que alguna vez azotaron a esta comunidad. Es lo que hace Casa Kolacho, que al igual que Alberto se enfoca en ofrecer a los jóvenes caminos alternos a la violencia a partir del arte. Estos son dos ejemplos de resistirse a las lógicas de la violencia que ya han sido impuestas a los territorios, son iniciativas que nos han permitido ver cómo la ausencia de la institucionalidad lleva a las personas afectadas a actuar ellas mismas por su propia sanación y por buscar que los distintos hechos victimizantes no se repitan. Las comunidades llegan a este tipo de propuestas sin necesidad de la intervención de terceros.

### **Retos a los que se enfrenta el artista**

La guerra es un tema muy complejo que ha de ser tratado con el mayor cuidado posible. En este sentido, el arte aspira a una transformación del espectador, a una resignificación del lugar y a una construcción de lazos entre la audiencia y el propio artista.

En este contexto, es fundamental el compromiso del artista con la comunidad y con la historia del país; esto conlleva una enorme responsabilidad por el poder que tiene su trabajo para transformar el rumbo de una sociedad. Así pues, el artista debe ser un sujeto crítico frente a su contexto, y como dice la cineasta Natalia Orozco, también hacia sí mismo. Al hablar por otros, tiene un compromiso con sus historias, de forma que al hacerlas visibles debe cuidarse de evitar la revictimización y la instrumentalización de la comunidad.

Según afirma Natalia, la labor artística debe estar acompañada de un proceso previo, una metodología que permita que la población reciba de la forma más adecuada la información y los sentires que son expresados mediante la obra. Por otro lado, el artista debe procurar no limitarse a mostrar una problemática; debe pretender no dejar al público en la desesperanza: «No solo es resignificar con la obra, esta debe trazar un camino».

Bajo estas condiciones, nos encontramos con un importante desafío del arte frente a la situación que atraviesa Colombia, a fin de que su contribución pueda acompañar de manera significativa aquellos retos a los que ya se enfrenta el país con la búsqueda de verdad, justicia, reparación y no repetición, labor que adelantan instituciones como la JEP, la CEV y la Unidad de Búsqueda de Personas Desaparecidas (UBPD) creadas por el Acuerdo de La Habana.

El arte aspira a una transformación del espectador, a una resignificación de los lugares y a una construcción de lazos entre participantes, audiencia y el propio artista. Cuando una persona ajena se acerca a las comunidades, a las personas o a los colectivos de víctimas para realizar una propuesta artística, hay una serie de variables que hacen diferentes estos procesos de aquellos que surgen por iniciativa de las víctimas o que parten desde los territorios afectados: hay el riesgo de instrumentalizar a las personas, de revictimizarlas o de utilizar la condición de otros de manera negativa. Sin embargo, también se pueden descubrir otras



potencialidades que enriquecen y motivan el establecimiento de diálogos desde distintas perspectivas.

En el caso de Pilar Navarrete, que ya mencionamos, es interesante cómo desde su lugar de víctima entra a participar con artistas internacionales y muy consolidados en el campo del arte como Spencer Tunick, en propuestas polémicas y ruidosas, como fue posar desnuda junto con otras víctimas e incluso combatientes para el proyecto «Reconciliación». La foto, que estaba destinada para ser publicada en la revista *Semana*, retrataría a un policía, dos excombatientes de la guerrilla y los paramilitares, y otras víctimas, presentando un diálogo entre ellos que ya no solo se ve mediado por las palabras, sino por el arte.

En el campo de la producción audiovisual, es vital el papel del cine y en particular de los documentales para difundir la realidad del desplazamiento forzado y sus efectos, así como otras modalidades de violencia que se han experimentado en el conflicto armado. En *Ciro y yo*, el documental dirigido por Miguel Salazar sobre la vida de Ciro Galindo, vemos que las luchas de Ciro han estado acompañadas de mucho dolor, pero también de superación y resistencia a las adversidades. El director del documental consigue establecer un punto de convergencia entre el público y los protagonistas, Ciro y su hijo Esnéider, al describir la relación de amistad que ya estaba consolidada desde años atrás entre él y Ciro. Además de ser un documental que caló profundo en sus espectadores, también fue muy significativo para Ciro al dar visibilidad a su caso. Él reconoce que el documental ha servido como medio para llegar a una población ajena al conflicto, generar empatía y visibilizar iniciativas como la suya.

«Dad palabra al dolor. El dolor que no habla gime en el corazón hasta que lo rompe». Así cita Salazar a Shakespeare en una entrevista de la revista *Semana* tras el estreno de su documental. Esta producción audiovisual amplifica la voz de Ciro y se convierte en un canal para llegar al público. Desde su condición de víctima Ciro ha trabajado por la creación de la fundación «Ciro y todos».

### **Nuestra apuesta desde el arte**

Durante los encuentros que sostuvimos, fueron parte fundamental las actividades que realizamos para movilizar la imaginación y propiciar otras formas de expresión alrededor del momento vivido. Logramos preparar o adaptar el espacio, y encontrar condiciones clave que los procesos de sanación necesitan, tales como una escucha empática y abierta, una observación generosa y constructiva, o un aporte sincero hacia los invitados.

Estas propuestas partían muchas veces del arte como medio de reconocimiento de sí mismo y del otro, y con ellas empezamos o terminamos los encuentros. La potencia del arte siempre fue nuestra opción, ya que nos brindaba una energía y una conexión excepcionales que no suele tener un espacio formal de escucha. Permitía aceptar al invitado desde su presente, y aportaba con establecer una visión de nosotros mismos como jóvenes en construcción y en acción.

Las actividades variaron según las circunstancias y necesidades del día, con resultados siempre positivos para todos. Podían consistir en un acercamiento corporal, o un recorrido hecho con prendas de ropa para representar el testimonio del invitado. Comprendimos cómo las manifestaciones artísticas superan las palabras y permiten exteriorizar sensaciones como el resentimiento, o la pesadez en el corazón. Por esto quisimos buscar un espacio en medio de cada encuentro para enriquecer la experiencia de esta manera.

Cuando estuvimos con Yolanda Perea, la actividad empezó por reconocer sensorialmente al otro como forma de buscar un espacio seguro. Para sintonizarnos con los derechos defendidos por nuestra invitada hicimos caminatas de lado a lado del lugar, tomados de la mano, para sustentar a cada persona y al mismo espacio creado entre todos. Con este gesto, deseamos la transformación con solo un apretón de manos.

Cuando nos reunimos con Ciro Galindo, tuvimos un encuentro con el cuerpo y el corazón desde el juego de la golosa;

este juego nos remitió a la infancia y nos condujo, a través de algunas preguntas, a establecer lazos entre nosotros, encontrar lo que teníamos en común, identificarnos en el otro, y sentir empatía.

Con María Eugenia Guzmán nos sentamos alrededor de un mapa de Colombia, con marcadores y papeles de colores, para identificar los diferentes valores que surgen en la construcción de un país que busca la paz y la reconciliación.

En el diálogo con Rodrigo Londoño realizamos una actividad que surgió tras un análisis de los encuentros previos. Se partió de la premisa de que el cuerpo lleva consigo las narrativas individuales y comunitarias. Por tal razón, buscamos que nuestro ejercicio pudiese ayudarnos a comprender mucho más este elemento. Así pues, propusimos plantear historias importantes que cada parte del cuerpo nos contaba, para luego traducirlas en sentimientos; a continuación, estos se escribieron en una cartelera que tenía dibujado un cuerpo humano. Fue bastante interesante observar cómo el remitirnos a nuestro cuerpo generaba ya cierta predisposición. Nuestro plano físico narra una historia y pensar-nos de esta manera nos hace conscientes de esto. Además, fue muy impactante el hecho de observar al final el cuerpo dibujado con los diversos sentires individuales, incluso con los de Rodrigo Londoño, y generó diversas preguntas, como, por ejemplo, qué narrativas estará contando el cuerpo nacional, qué historias narra nuestra geografía y cómo a través del reconocimiento de estas podría llegarse a una resignificación.

### **Conclusión: el arte puede contribuir a la reconstrucción del tejido social**

Gracias a este proceso pudimos comprobar que el arte tiene la facultad de permitir la transformación y la libre expresión de sentimientos, situaciones, anécdotas y recuerdos, entre otros elementos. Esto sucede porque el lenguaje del arte en ocasiones es

mucho más apropiado para encontrar la forma de comunicar: su flexibilidad permite que las personas logren conectarse con esferas de su ser a las que el lenguaje hablado no llega. En algunos de los encuentros que tuvimos logramos identificar, por ejemplo, que en muchas ocasiones expresiones como el teatro, el *performance*, la música, los tejidos, el dibujo y la pintura han servido como elementos que facilitan la realización de ejercicios de catarsis, perdón y reconciliación.

También, el arte puede ser un elemento que contribuya a la reconstrucción del tejido social y las relaciones entre diferentes actores involucrados en la guerra, al ser de gran utilidad en los ejercicios que se realizan con las comunidades en busca de la reconciliación y la no repetición. Es así por cuanto el arte puede tener un papel fundamental en la construcción de memoria a través de su efecto transformador, que nos permite hacer una reconstrucción de las líneas temporales y de las cartografías territoriales y corporales de las diferentes víctimas para trazar caminos hacia la reconciliación y la reparación.

Por otro lado, creemos fundamental aclarar que el arte debe usarse tanto con quienes han vivido la guerra de primera mano como con aquellos que se creen ajenos a este conflicto por haber vivido en las grandes urbes; aquellos que apenas conocen el conflicto por los libros de historia y las vagas menciones diarias en noticieros o periódicos. También notamos en los encuentros que todos nuestros invitados destacaban que, para ellos, la reparación del conflicto armado no debía ser únicamente monetaria, pues el dinero solo repara en lo material. Es ahí donde el arte entra a jugar un papel fundamental para llenar esos vacíos, pues, para quienes estuvieron involucrados en el conflicto armado, es en los espacios artísticos donde se puede tener una mayor apertura a la sensibilidad y la empatía, lo que tiene un valor mucho mayor que otro tipo de reparaciones.

A partir de nuestra experiencia con los ejercicios de sensibilización realizados en los encuentros, proponemos implementar

actividades artísticas en espacios dirigidos a dar a conocer la historia del conflicto armado en el país. Lo planteamos por la respuesta tan positiva que se dio entre quienes participamos, al permitirnos comprender las historias de una manera más humana y posibilitarnos una mayor empatía, además de generar reflexiones trascendentales en todos los jóvenes presentes.

### **Referencias**

- Blanco, P., Carrillo, J., Claramonte & J. Expósito, M. (2001). *Modos de hacer: arte crítico, esfera pública y acción directa*. España: Ediciones Universidad de Salamanca.
- Martínez Quintero, F. (2013). Las prácticas artísticas en la construcción de memoria sobre la violencia y el conflicto. *Eleuthera*, 9(2), 39-58.
- Suárez, B. (10 de mayo de 2014). Discursos sociales para reproducir la sociedad. Tópica del arte relacional en Latinoamérica. *Hallazgos*, 11(22), 67-87.

CAPÍTULO 12

**Reconciliación pluridimensional**

---





DURANTE MÁS DE CINCUENTA años, Colombia hizo honor al color rojo de su bandera. Ya no por la sangre derramada por los patriotas en los campos de batalla para conseguir la libertad, sino por un pueblo que, indefenso, era masacrado a diario, desde las profundidades de la selva amazónica hasta las playas de la Guajira. Por un largo periodo, la guerra fue desmembrando el tejido social de una nación que ya no encontraba escapatoria a un conflicto que la iba fragmentando poco a poco. Ante la necesidad y el deseo de reconstrucción, surge la reconciliación como un pilar de la añorada paz. Colombia tendrá que enfrentar un proceso de transformación que le permitirá resurgir como un fénix de sus cenizas, y unir las voluntades de un pueblo colombiano que se encargue de reconstruir las relaciones sociales que han sufrido rupturas a causa de la guerra.

Con este objetivo se ha fomentado el concepto de reconciliación, como forma de pasar la página del pasado sin olvidar lo ocurrido. Es decir, reconciliarse no implica ignorar lo pasado, sino repensar y reconstruir las relaciones luego de transcurrida la historia. Aun así, la noción de reconciliación es realmente complicada. Diferentes personas la han entendido de forma distinta, y las políticas públicas alrededor del asunto, en diferentes lugares, se han planteado de diversa manera.

En comparación con otros países, vemos que se han desarrollado diversas propuestas. Sudáfrica, por ejemplo, luego de más de cuarenta años de segregación, se planteó una transición por medio de la reconciliación. Nelson Mandela, quien había estado como prisionero del régimen durante casi treinta años,



lideró esa transición haciendo un llamado a la reconciliación. Con este fin, el diseño de la Comisión para la Verdad y la Reconciliación en ese país incluyó audiencias públicas de reconocimiento de verdad transmitidas por televisión nacional (Hayner, 2001). El mismo Mandela daba ejemplo de reconciliación en sus discursos, al punto de que recibió el Premio Nobel de Paz al lado de Frederick de Klerk, quien creyó en este proceso después de haber sido uno de los presidentes del Apartheid.

En cambio, en Argentina la transición posterior a la dictadura se planteó desde la justicia. No se pensaba en la necesidad de reconciliar una nación, sino de castigar a los responsables y hacer reformas profundas para garantizar la no repetición. Juan Méndez, abogado argentino defensor de derechos humanos, decía que la reconciliación era la palabra clave de quienes no querían que se hiciera nada: «Nos piden que nos reconciliemos con nuestros torturadores y a ellos se les pide que no hagan nada» (Hayner, 2001, p. 335). Y esto fue tan cierto que llegó hasta el punto de ser la excusa del presidente Carlos Menem para amnistiar a los militares condenados. Así, muchas veces, se siente que la reconciliación, y especialmente la noción de perdón, están profundamente vinculadas a la impunidad. Es decir, que la reconciliación implica perdón y olvido.

En Colombia, quizás inspirados en Sudáfrica, optamos por un proceso donde la reconciliación es central. Tanto así que se ha renunciado a la posibilidad de cárcel para perpetradores miembros de las FARC-EP y de la fuerza pública, así como de políticos y empresarios terceros en el conflicto, con tal de que reconozcan su responsabilidad, aporten verdad y apoyen el proceso de reconciliación desde el primer momento. Las instituciones de la justicia transicional se han diseñado para promover este concepto que se ha constituido como uno de los objetivos más populares del proceso de paz. Gran parte del diseño institucional para la construcción de paz en Colombia tiene en su centro la reconciliación.

No obstante, el contexto de polarización que surgió en medio del proceso de paz y resultó en el Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera, como se denominó al Acuerdo de La Habana, ha obstaculizado el logro de este propósito. Las circunstancias que ha vivido el país entre 2017 y 2020 han dificultado en gran medida los avances esperados. En primer lugar, están las precarias condiciones de muchas comunidades y particularmente la difícil situación de seguridad de los líderes y lideresas en el territorio por la persistencia de la guerra (ver capítulo anterior). Por otra parte, surgieron los riesgos de la pandemia del Covid-19 que desde el mes de marzo de 2020 han obligado a suspender el trabajo presencial, tan necesario para crear espacios de reconciliación.

En medio de esta realidad, las iniciativas de reconciliación han sido emprendidas en gran parte por la sociedad civil, salvo algunas excepciones. Estos espacios han llenado de autenticidad la reconciliación en Colombia a pesar de las dificultades que implican. Las imágenes que dejan los encuentros entre víctimas y victimarios, o entre antiguos enemigos, ayudan a sanar las heridas, construir memoria y pasar la página, permitiendo trazar nuevas metas como nación.

También es necesario mencionar que, además de aquellos hechos simbólicos de reconciliación que quedan plasmados en fotografías y han tenido un gran impacto en la vida y en la opinión nacional, hay relaciones que se han roto a causa del conflicto armado y no pueden ser restablecidas solo por medio de encuentros y reuniones. Estas son relaciones cuya reconstrucción requiere compromisos precisos para cumplir acuerdos y restablecer derechos. Entonces, si quienes deben reconciliarse no son solo víctimas y excombatientes, ¿quiénes son los actores y las relaciones que definirán la reconciliación en Colombia?

Más allá de la reconciliación entre antiguos combatientes y entre víctimas y victimarios, la no repetición implica el restablecimiento de relaciones entre diversos sectores de la sociedad

colombiana que no necesariamente estuvieron confrontados directamente en el conflicto. Esta reconciliación no es solo un intercambio simbólico entre personas o grupos. Requiere además la solución de las situaciones que generan violencia estructural en la sociedad.

### **¿Qué es la reconciliación?**

Según la Comisión para la Verdad y la Reconciliación de Sudáfrica, «La reconciliación no es sobre estar cómodo; no es sobre pretender que las cosas fueron diferentes a como fueron. La reconciliación basada en falsedad, en no reconocer la realidad, no es una reconciliación verdadera y no durará» (Comisión para la Verdad y la Reconciliación, 1998).

Para Saffon & Uprimny (4 de julio de 2005), hay tres nociones de reconciliación: una minimalista, una maximalista y una democrática. La minimalista implica tolerancia obligada o resignada donde la enemistad puede seguir existiendo después de la dejación de armas. La maximalista implica que, más allá de la convivencia pacífica, la paz supone sentimientos de simpatía y afectos hacia los antiguos enemigos. Ambas resultan problemáticas, en últimas, por la misma razón: la minimalista solo suspende la violencia, mientras la maximalista exige de toda la sociedad lo que parece imposible.

Hablan estos autores, entonces, de una reconciliación democrática:

En particular, esta concepción implica que todos los actores sociales participen activamente en la toma de decisiones sobre el futuro de la sociedad y que lo hagan a pesar de tener visiones distintas o antagónicas, incluso sobre el contenido y el alcance de la noción misma de reconciliación. (Saffon & Uprimny, 4 de julio de 2005)

Esta reconciliación logra mediar entre las otras dos. No implica volvernos amigos todos y todas, pero tampoco está restringida a solo soportar la presencia del otro en el mundo. Tiene que ver con una convivencia de tolerancia. No se cae en la homogeneidad, pero tampoco en la eliminación del diferente. No solo se elimina la violencia física, sino que también hay un trabajo conjunto para eliminar violencias culturales y estructurales. Tampoco se elimina la diferencia, ni política, ni étnica, ni de género, ni ningún otro tipo de diferencia.

Esto la separa sustancialmente del perdón, el cual es un proceso personal que puede involucrar a otros actores. El perdón es una decisión individual, que puede ocurrir aun sin una petición de perdón, o sin el restablecimiento de relaciones con el victimario. En este sentido, puede haber perdón sin reconciliación. También puede ocurrir que la reconciliación sea un paso anterior o paralelo al perdón. La reconciliación no está directamente vinculada, entonces, con el perdón.

La reconciliación no significa necesariamente una alianza incondicional o una relación de amistad entre antiguos enemigos o entre víctimas y victimarios. Como dice John Paul Lederach: «La reconciliación no se logra buscando formas innovadoras de desacoplar o minimizar las afiliaciones de los grupos en conflicto, sino que se construye en mecanismos que acoplan los lados de un conflicto con los otros, como humanos relacionados» (Lederach, 1997).

Entonces tampoco implica que todos los intereses sean compartidos. Las diferencias políticas en muchos casos siguen siendo profundas y no hay consensos completos respecto a los hechos de la historia. Pero los casos de reconciliación que analizaremos a continuación muestran cómo al menos hay un interés compartido: sacar la violencia de la política.

En consecuencia, la reconciliación es un proceso relacional. Tiene que ver con el otro y su percepción, y con la comunicación. Hay procesos internos, como el perdón, que pueden

ayudar a hacerla posible. En cualquier caso, no hay reconciliación sin que haya una transformación en las relaciones de dos o más grupos de seres humanos.

### **La reconciliación entre víctimas y victimarios**

El establecimiento, o restablecimiento, de relaciones entre víctimas y victimarios es un tema controversial. Partiendo del principio de la centralidad de las víctimas, clave en el Acuerdo de Paz en Colombia, no se puede imponer a quienes vivieron la violencia la obligación de reconciliarse. Tampoco se les puede obligar a confrontar a sus victimarios; a quienes violaron sus derechos fundamentales y arruinaron su proyecto de vida. Esto es aún más inaceptable cuando sus victimarios niegan lo ocurrido o lo justifican. Las experiencias en este sentido durante la aplicación de la Ley de Justicia y Paz fueron el punto central de las críticas de las víctimas.

Aun cuando no es posible exigirles a las víctimas estas confrontaciones, hemos conocido varias historias de algunas de ellas que, sorprendentemente, ante la falta de espacios institucionales para la reconciliación, con valentía se han acercado a sus victimarios para transformar la relación. Esto se ha dado, vale la pena anotarlo, en el marco de procesos que buscan lograr compromisos como su aporte a la verdad plena sobre lo ocurrido o la garantía de no repetición. Aun así, esto da testimonio de la grandeza de las víctimas y su compromiso, quizás paradójico, con la reconciliación.

Bertha Lucia Frías se ha convertido en un símbolo de esta actitud. Ella, víctima del atentado contra el Club El Nogal, donde estuvo cerca de quedar parapléjica, fue invitada en 2016 a hacer parte del grupo de ciudadanos que intervino en la renegociación del Acuerdo Final luego del triunfo del No. Los delegados de las FARC-EP la invitaron después de ver su presencia en los medios en relación con el plebiscito.

De este viaje cuenta varias anécdotas. Su primer encuentro con un excomandante guerrillero, que se dio con Pastor Alape en el vuelo a La Habana, y cómo aunque sus acompañantes esperaban que su reacción fuera violenta, ella le estrechó la mano amablemente, sin rencores. También, ya estando en la isla, su primer almuerzo con Rodrigo Londoño, quien aún lideraba la guerrilla. De este almuerzo resultó la posibilidad de trabajar en conjunto para lograr un compromiso para encontrar la verdad del atentado. Este trabajo lo adelantó inicialmente con Iván Márquez y luego con Carlos Antonio Lozada, nativo de Bogotá y comandante del Frente Urbano Antonio Nariño. Cuenta con humor que este la dejó plantada dos veces cuando habían planeado reunirse y solo la tercera vez el excomandante guerrillero, quien luego fue nombrado senador, la recibió. Desde entonces, han aparecido en muchos espacios juntos y han trabajado de forma coordinada. «Se sorprenden si les digo que todas las semanas almuerzo con las FARC», nos dijo Bertha. Inclusive, Carlos Antonio Lozada y Rodrigo Londoño acompañaron a Bertha, junto con los excomandantes de las autodefensas Rodrigo Pérez y Freddy Rendón, en la entrega de su informe a la CEV y a la JEP. En esa ocasión, Bertha Fríes dijo:

Lo que hay que resaltar en este espacio es quiénes estamos acá. El hecho de encontrarnos hoy con dos excombatientes del mayor conflicto armado, las ex-AUC y hoy en día el partido FARC, a nosotros nos llena de satisfacción de que podemos mandarles un mensaje al país, de que sí es posible definitivamente generar la esperanza de que los distintos grupos, conjuntamente con las víctimas, podemos trabajar en la búsqueda de la verdad. (JEP, 7 de febrero de 2020)

Por su parte, Carlos Antonio Lozada, quien trabajó con Fríes en el proceso de verdad sobre el atentado del Club El Nogal, dijo en esta ocasión:

Primero que todo, quiero destacar el hecho tan significativo que en este momento estemos sentados aquí representantes de las víctimas y de quienes estuvimos interviniendo en el conflicto (...). El ejercicio que está haciendo el país en este momento es precisamente lograr construir un relato único, en el sentido de que se puedan recoger las versiones frente a este, y los hechos más significativos del conflicto desde las diferentes perspectivas. (Lozada, citado por Frías, 6 de junio de 2019)

Otro de nuestros invitados, Juan Carlos Villamizar, llegó en algún momento a trabajar con excomandantes paramilitares luego de haber estado más de una década en el exilio por amenazas recibidas siendo activista del movimiento estudiantil. Decidió volver a Colombia después de haber pasado por La Habana como parte de la delegación de víctimas que participó en la negociación.

En nuestra conversación, Juan Carlos nos contó cómo fue ese encuentro con ellos: luego de entrar a trabajar al ICTJ le pidieron encargarse de una tarea importante, sin decirle inicialmente de qué se trataba. No obstante, le aclararon que luego de la primera reunión podía decidir si la asumía o no. Se trataba de una reunión con exparamilitares que querían participar en un informe sobre procesos de las responsabilidades de los perpetradores con sus víctimas, luego de cumplir sus penas en la cárcel: «(...) Con todo lo que pasó y uno se los imagina. “¿Usted era el mismo que mandaba masacres?”. Es increíble, es difícil pensar eso». Luego les contó quién era él y su historia.

Juan Carlos nos contó también sobre su conversación con Rodrigo Pérez Alzate:

«¿O sea que usted y yo éramos enemigos?». Entonces le dije: «Sí, señor, pues sí, definitivamente éramos enemigos». Dicen todos: «Oiga, nos encantaría trabajar con usted». (...) Meses después me contó cómo habían dado la orden de asesinar a los estudiantes, porque él fue el que la dio por orden de Castaño, y cómo hicieron el operativo. Ya nos contamos muchas cosas.

Pero resulta que yo al frente no tenía a Julián Bolívar, yo al frente tenía a Rodrigo Pérez Alzate. Esa fue la diferencia. Al frente no estaba Juan Carlos, el que se fue al exilio; estaba Juan Carlos, el que ya volvió. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Juan Carlos Villamizar, 19 de octubre de 2019)

Más drástico aún es el caso de Teresita Gaviria y de las Madres de la Candelaria. Ellas se han acercado a los miembros de las autodefensas para pedirles la verdad sobre los desaparecidos en Antioquia. «El mejor camino es la reconciliación. Es el mejor camino como objetivo principal para llegar a la paz», dice Teresita Gaviria, lideresa de este movimiento y madre de Cristian Camilo Quiroz Gaviria, desaparecido en 1998. «Esa cercanía que tenemos nosotras con los desmovilizados, a nosotras nos ha parado un poquito las enfermedades. Las mujeres están más tranquilas y dicen: “Yo me siento más liviana”».

Ellas han liderado espacios de reconciliación con desmovilizados en la cárcel de Itagüí. Su profunda religiosidad, que se manifiesta en que su resistencia ha tenido lugar en las escaleras de Nuestra Señora de la Candelaria en Medellín, también ha influido en su forma de interpelar a sus victimarios. Cuentan que en una ocasión les mandaron a los excomandantes de las autodefensas extraditados en los Estados Unidos estampillas de la Virgen y rosarios con mensajes de buena voluntad:

Les mandamos mensajitos de perdón, de reconciliación, de amor. Porque es eso lo que conduele a una persona entre rejas y amarrada de pies y manos. Una de las madres que le mataron su hija, le desaparecieron su hija, le mandó la estampa de la Santa Cruz. Y esta semana decía: «A la Santa Cruz le debo mucho, porque la Santa Cruz conmovió a Don Berna y me dijo: tranquila señora, que yo voy con la verdad para Colombia. Y no se preocupe, señora, que nosotros estamos en condiciones de contar la verdad». Eso la llenó a ella de tanta satisfacción. Entonces seguimos mandándole pildoritas a Mancuso, a todos ellos. (Gaviria, 14 de mayo de 2020)



En los casos ya expuestos, la reconciliación tiene como eje central la verdad, individual o colectiva, que parte del reconocimiento de responsabilidad, el esclarecimiento de los hechos y un compromiso sólido con esa verdad. Gracias a ello ha sido posible de manera gradual la reconciliación entre víctimas y victimarios. Ahora bien, ¿qué sucede cuando se presenta un hecho victimizante y nadie ha asumido la responsabilidad de este? Incluso, ¿qué sucede si una víctima está dispuesta a iniciar un proceso de reconciliación pero no sabe con quién hacerlo? Esto nos lleva a apreciar una vez más la necesidad del reconocimiento de la verdad y del esclarecimiento de los hechos para poder hablar de reconciliación.

La reconciliación, entonces, entendida como un proceso que se da en el largo plazo, debe seguir unos pasos y un orden específicos que permitan alcanzarla. Mauricio García (2018) plantea la reconciliación en cuatro pasos. El primero, *la revelación de la verdad de lo que pasó*, explica que es fundamental hacer un ejercicio de memoria que permita visibilizar el dolor. El segundo, *un acercamiento a la justicia*, sea esta restaurativa o retributiva, que evite la impunidad. El tercero, *el impulso a la reparación*, en que las víctimas son compensadas por los daños sufridos. Y, finalmente, *la sanación*, que se puede dar a través del perdón, pero principalmente se refiere a una reconstrucción del proyecto de vida individual y de la vida en comunidad. En este orden de ideas, la meta de un proceso de paz como el colombiano, tendiente a la reconciliación, es que todos los actores en el conflicto armado puedan alcanzar la sanación, habiendo pasado por cada uno de cuatro pasos anteriores. Es fundamental, entonces, hacer énfasis en la secuencialidad del proceso, que ha de partir necesariamente de la revelación de la verdad.

Uno de los requisitos para la verdad es tener una narrativa común sobre lo ocurrido durante la guerra (Hayner, 2001). Indudablemente, no existe algo que podamos entender como la verdad absoluta, y es posible que nunca se logre un completo

acuerdo sobre las causas y los sucesos ocurridos. Sin embargo, el acercamiento de las partes para entablar un diálogo y relatar lo sucedido puede contribuir a eliminar la actitud de negacionismo sobre hechos atroces, a la que se han enfrentado un sinnúmero de víctimas por más de cincuenta años.

Según datos del CNMH, alrededor de 80 000 personas sufrieron la desaparición forzada en Colombia. Esta dinámica del conflicto les arrebató sus familiares cercanos a miles de colombianos, y los dejó enfrentados a un gran enigma al que aún no pueden dar respuesta. Los colombianos aprendimos a vivir en medio de la guerra y, de alguna forma, a normalizar la violencia. Sin embargo, la desaparición forzada tiene la particularidad de que genera un sentimiento de incertidumbre que ni el pasar de los años puede mitigar. En el documental *Memoria de los silenciados: el baile rojo* (2003), Gloria Mancilla, además de narrar su éxodo a causa de la desaparición forzada de su esposo, Miguel Ángel Díaz, y las siguientes amenazas a su familia, comparte una anécdota en la que le pregunta a un compañero suyo si él también pensaba cada noche lo que le había pasado a su hijo. Este le responde: «Gloria, llevo 1107 noches pensando 1107 muertes diferentes de mi hijo, cada noche pienso en una manera distinta como lo mataron». Para ella, lo ocurrido es un sistema de tortura permanente.

El caso de Luz Marina Hache presenta algunas similitudes con estos. Durante 14 años, Luz Marina no habló en público de la desaparición de Eduardo Loffsner, por una promesa que años antes le había hecho. Sin embargo, la necesidad de encontrar la verdad era tal que acudió a Medicina Legal, a la Policía y finalmente a la ayuda de brujas, pero con ninguno pudo lograr saber nada del paradero del «negro» ni sobre lo que le había ocurrido.

Luz Marina nos contó en el encuentro que 33 años después aún no conoce la verdad de lo que le ocurrió a Eduardo. Nos decía: «No he vivido un duelo porque el caso de desaparición trae esa consecuencia: no es lo mismo que yo pueda enterrar a mi ser

querido a que no sepa qué pasó». El proceso de duelo, naturalmente, es diferente en cada ser humano y no está supeditado a la muerte; sin embargo, en los casos de desaparición sí existe un elemento común: «Lo esencial del duelo es el cariño (apego) y la pérdida. La muerte imprime al duelo un carácter particular en razón de su radicalidad, de su irreversibilidad, de su universalidad y de su implacabilidad. Una separación no mortal deja siempre abierta la esperanza del reencuentro» (Meza *et al.*, 2008). Por esta razón, a pesar de que los años pasen, sigue presente la incertidumbre sobre lo ocurrido y, por consiguiente, la necesidad de conocer la verdad, sumada a la esperanza, así sea en una pequeña posibilidad, de que el ser querido esté vivo. Luz Marina afirmaba: «Mi razón me dice que está muerto, pero mi corazón me dice que no». Ella no ha tenido la posibilidad de llevar una flor al lugar donde reposa el cuerpo de su compañero. Ante esta situación, la compañera de Eduardo se pregunta: «¿Yo con quién me perdono? No sé a quién pueda perdonar. ¿Con quién me reconcilio? (...) Primero tengo que saber quién fue para tomar la decisión de si perdono o no». Luz Marina quiere conocer y entender qué le pasó a Eduardo y poder explicárselo a su hijo. Dice que a través del odio es imposible resolver los conflictos, pero sí hace énfasis en la necesidad de esclarecer los hechos ocurridos. Los años pasan y ellos siguen sin entender qué pasó. Sin embargo, de algo sí tiene certeza: de que era una mujer muy alegre, y la desaparición del «negro» le robó su sonrisa.

Otro caso que pone en evidencia la necesidad de reconciliación, pero la imposibilidad de alcanzarla cuando no hay verdad, es el asesinato de José Antequera. Quienes sobrevivieron a este genocidio fueron y siguen siendo constantemente amenazados, a tal punto que muchos se vieron forzados al exilio. José Antequera desde muy joven participó en política: cuando tenía 14 años entró a la Juventud Comunista y años después pasó a formar parte de la UP. Cuando fue asesinado en 1989 en el aeropuerto El Dorado de Bogotá, su hija Érika tenía diez años y

su hijo José, apenas cinco. Allí comenzó la lucha de la familia, en cabeza de su esposa María Eugenia Guzmán, por descubrir la verdad.

En el 2016, el entonces presidente Juan Manuel Santos reconoció la responsabilidad del Estado por el exterminio de la UP, que ha sido catalogado como genocidio. En su discurso, Santos afirma: «Esa tragedia jamás debió haber ocurrido. Debemos reconocer que el Estado no tomó medidas suficientes para impedir y prevenir los asesinatos, los atentados y las demás violaciones, a pesar de la evidencia palmaria de que esa persecución estaba en marcha». Es decir, reconoce la responsabilidad del Estado por omisión. Adicionalmente, existen acciones particulares como la sentencia del Consejo de Estado que condenó al Ministerio de Defensa y a la UNP a indemnizar a la familia de Josué Giraldo Cardona, dirigente de este partido, asesinado en octubre de 1996 en Villavicencio. En casos como este, se ha logrado que las familias sean reconocidas como víctimas de Estado, pero no se ha llegado a alcanzar la verdad.

En palabras de María Eugenia, viuda de José Antequera, «Los casos de la UP no tienen ninguna verdad». Ella dice que la misma persona que contrató a los sicarios de Luis Carlos Galán fue quien pagó a los asesinos de Antequera, Bernardo Jaramillo y Carlos Pizarro. Sin embargo, explica, los testigos fueron asesinados uno por uno, hasta el punto de no poder tener una respuesta. Cuando le preguntamos por el perdón, María Eugenia dijo:

En cuanto al tema del perdón, yo no creo en esa carreta, a mí que nadie me venga con la carreta que si yo perdoné. ¿A mí quién me ha pedido perdón y de qué? A mí nadie me ha aceptado lo que me hicieron. A mí se supone que ante el país nadie me ha hecho nada, nadie lo admite, ni siquiera se conoce la historia. Entonces el perdón para mí es una gran carreta. (Encuentro A Ser Historia. Invitada María Eugenia Guzmán de Antequera, 25 de mayo de 2019)

Para resaltar que el reconocimiento de la historia y de lo ocurrido hace parte de la recuperación de la verdad, y que todas las partes deben mostrar un compromiso con ella, afirma: «No podemos seguir teniendo una verdad con posiciones frente a lo que pasó; tiene que haber verdad. Si todas las verdades no se ponen sobre la mesa, no se puede hacer», dice María Eugenia.

Si bien en este caso se ha reconocido una responsabilidad colectiva, no se ha podido alcanzar la reconciliación debido a que aún hay muchos enigmas sin resolver. Miles de familias siguen sin saber quién ordenó y perpetró el asesinato y la desaparición de sus seres queridos y por qué. En estas condiciones, al estar ausente el pilar que es la verdad, no se cumple con el primer paso para llegar a la tan añorada sanación. Esto pone en evidencia que la prioridad de un gobierno debe estar enfocada en esclarecer los hechos victimizantes para poder iniciar un proceso que permita la reconciliación y la reconstrucción del tejido social. Si bien la indemnización monetaria es necesaria y hace parte de la reparación, el esclarecimiento de la verdad no debe dejarse de lado, ya que está conectado no solo con la reconciliación, sino también con las garantías de no repetición. ¿Cómo se puede evitar que ocurran de nuevo hechos victimizantes si ni siquiera se sabe qué ocurrió?

Como ocurre con la desaparición forzada, solo la verdad puede terminar con el constante dolor de la incertidumbre y darles a las víctimas la oportunidad de vivir un duelo y un proceso de sanación. Para poder reconstruir las relaciones sociales quebrantadas por la guerra, es imperativo que los victimarios reconozcan su responsabilidad y asuman su deber de contar la verdad a quienes llevan en su espalda el peso de un conflicto tan prolongado, en el corazón el dolor de la ausencia de sus seres queridos y en el alma las preguntas que solo ellos les pueden responder.

## Reconciliación entre excombatientes que fueron enemigos

*Siempre sostuve, a lo largo de los 26 años que estuve en la guerra, que durante los mismos, en el país no cabíamos guerrilleros y paramilitares. 1 148 000 kilómetros cuadrados no daban lugar para que unos guerrilleros y otros paramilitares conviviéramos juntos. Hoy aquí estamos en un escenario de unos setenta metros cuadrados y cabemos.*

—IVÁN ROBERTO DUQUE

Conversatorio en Dabeiba, Antioquia,  
sobre la película *Golpe de estadio*.

La reconciliación entre quienes eran enemigos armados y hoy están en la vida civil marca un avance importante. En primer lugar, muestra un compromiso con la no repetición de las atrocidades; además, simboliza el cierre de momentos dolorosos. Las imágenes de importantes excomandantes de la guerrilla y las autodefensas sentados juntos, ahora de saco y corbata, deja la impresión de que el conflicto, marcado por los odios entre ellos, se ha cerrado.

Hay grandes ocasiones en que el trabajo conjunto entre antiguos enemigos da frutos. En particular, nos referimos a dos encuentros entre varios excombatientes de guerrillas y de grupos de autodefensa. Estos encuentros tuvieron como objetivo central la contribución a la verdad para el país y se desarrollaron en privado con mediación externa. El público estuvo aislado de las reuniones y solo por decisión de los participantes se hicieron comentarios a la opinión pública.

El primero se dio en la Casa Provincial de los Jesuitas en Bogotá el 19 de julio de 2017. Era, quizás, el primer escenario que reunía a los exguerrilleros de las FARC-EP, aún en proceso de desarme, y los excomandantes de las AUC que recientemente habían salido de la cárcel. En este encuentro participaron: Iván Márquez, Jesús Santrich y Pablo Catatumbo, de las FARC-EP, y

Edward Cobos, Iván Roberto Duque y Freddy Rendón, de las AUC. Fue mediado por el padre Francisco de Roux, Álvaro Leyva y Diego Martínez. Ese encuentro fue a puerta cerrada y poco fue publicado. No obstante, es el comienzo de un camino de encuentros progresivos y constructivos.

Iván Márquez, quien también había participado en procesos de reconocimiento de responsabilidad de las FARC-EP en La Chinita (Apartadó, Antioquia) y Bojayá (Chocó), y Jesús Santrich, anunciaron su retorno a las armas el 29 de agosto de 2019. Iván Roberto Duque falleció de un infarto el 19 de noviembre de ese mismo año.

Dos años después de este encuentro, comenzó el trabajo que lideró ABCPaz y el ICTJ para la Comisión de la Verdad. Se llamó Mesa de Excombatientes y reunió excombatientes de las guerrillas desmovilizadas en los años noventa (M-19, EPL, CRS, PRT, MAQL), de las autodefensas desmovilizadas entre 2003 y 2006, de la ya desaparecida FARC-EP ahora convertida en partido político, así como exguerrilleros que no se desmovilizaron en procesos colectivos, sino de forma individual en diferentes momentos. Durante ocho meses, esta mesa tuvo reuniones confidenciales que culminaron con la redacción de un informe que entregaron a la Comisión de la Verdad. Este proceso se concluyó en una sesión abierta al público el 14 de noviembre de 2019. Del Compromiso por la Vida, la Paz y la Reconciliación, que firmaron los participantes de este ejercicio, extraemos lo siguiente:

Del apretón de manos distante que inauguró las actividades, pasamos a escucharnos, a discutir algunas veces con vehemencia, hasta llegar a descubrir circunstancias coincidentes, lógicas recurrentes, esfuerzos y dolores padecidos, así como reconocer los altos costos, el drama y el horror derivados de la guerra. Despojados de las armas, entendimos la posibilidad histórica que se nos presentaba con este empeño, que estamos seguros puede tributar con creces al logro de la paz y la reconciliación. (Comisión de la Verdad, 15 de noviembre de 2015)

Juan Carlos Villamizar nos contó cómo se construyó confianza durante las sesiones en las que se desarrolló ese proceso. Había muchos dolores pendientes, ocasiones en que unos habían sido víctimas de otros, o se habían causado bajas en combate cercanas y dolorosas. Los espacios de encuentro permitieron sanar esos dolores bajo el entendimiento de que no ocurrirían de nuevo:

Había muchos dolores, muchas suspicacias, mucha desconfianza, muchos lugares inamovibles. Pero lo que pasó después fue que, poco a poco, el proceso permitió que se fueran flexibilizando las posturas, que se le diera más valor a la escucha, que se reconociera al otro y que a partir de eso se recompusiera la versión general de cómo había empezado todo, de cómo se había desarrollado todo. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Juan Carlos Villamizar, 19 de octubre de 2019)

Luego del compromiso entre excombatientes ante la Comisión de la Verdad, Freddy Rendón asistió a uno de los espacios de escucha de esta entidad sobre el asesinato de excombatientes de las FARC-EP. En esta ocasión, se mostró la experiencia compartida, pues más de tres mil excombatientes de las AUC también fueron asesinados. Los resultados han mostrado un cierre definitivo del conflicto entre estos actores y un trabajo comprometido con fines comunes.

Si bien los mensajes enviados por reuniones plurales son potentes a nivel político, hay una magia particular en los encuentros individuales; hay un efecto de humanidad en los momentos en que antiguos enemigos se encuentran uno a uno. Especialmente cuando los encuentros se dan entre quienes al haber combatido en la misma zona fueron enemigos directos. Óscar José Ospino, conocido durante la guerra como «Tolemaida», quien fue lugarteniente de Rodrigo Tovar Pupo alias «Jorge 40», en el Bloque Norte de las Autodefensas, nos contó un ejemplo de esto. Se trató de la primera anécdota de reconciliación cubierta por el



proyecto Colombia 2020, del diario *El Espectador*, que ocurrió en Valledupar, en uno de los encuentros denominados «Hablemos de verdad». En este espacio, Ospino conoció a Solís Almeida, comandante del Bloque Caribe de las FARC-EP, quien luego lo invitó a la ETCR Tierra Grata en La Paz, Cesar:

Él es fundador del Frente 49 de las FARC-EP y nosotros como autodefensas acabamos ese frente y ellos se tuvieron que ir de la zona. Fue una confrontación dura de ellos con nosotros. Ese frente las autodefensas lo exterminaron tanto en la parte militar como en la parte urbana, sus redes de apoyo (...). Tuvimos la oportunidad de reencontrarnos a través de Gloria Castrillón, en estos eventos de *El Espectador* Colombia 2020, y se presentó la oportunidad. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020)

Sus encuentros fueron difíciles, tensos. No obstante, estuvieron llenos de verdades importantes, que les ayudaron a pasar la página. Entre ellas, los momentos en que uno había actuado, o decidido no actuar, contra el otro. En particular, sobre un episodio en que Óscar tuvo la oportunidad de secuestrar a la hija de Solís y prefirió no hacerlo:

El día que nos encontramos yo le conté esa historia. Yo le dije: «Solís, quiero contarte una historia que no sé si tú la sabes». Y le eché la historia que les conté. El *man* lloró, el *man* me dijo: «Tole, si tú hubieses hecho eso, mi vida se hubiese destruido en las FARC-EP. Porque era mi única hija, hija que tengo 15 años que no la veo porque se la llevaron pa' Cuba. Y al regreso más nunca la vi. Pero si tú la hubieses matado o secuestrado, imagínate, mi vida se hubiese destruido». Entonces, fue el momento que rompió el hielo entre nosotros, y esa historia nos unió, y hoy en día somos grandes amigos. Permitió un escenario de confianza. Después me invitó al ETCR y yo fui allá y me quedé y dormí allá. Yo voy sin escolta. Yo me fui en avión, me recogió

en el aeropuerto con su esquema de protección. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Óscar José Ospino, 29 de febrero de 2020).

Por otra parte, Ospino también comentó sobre su trabajo con Alejandro Segundo González, quien fue comandante del Frente Domingo Barrios del ELN, bajo el alias «Fabio». «Le pegamos sus correteadas», dice Óscar en chiste refiriéndose a que su frente casi acabó militarmente al de Alejandro. Su trabajo conjunto, basado en las exigencias de compromisos con la no repetición, ha consistido en viajar por diferentes lugares de la costa Caribe hablando con jóvenes sobre el uso de la violencia y sus consecuencias.

Este camino comenzó con un recorrido que hicieron juntos por tierra por toda la costa, región donde ambos habían combatido. Durante los 15 días que duró, hablaron sobre el conflicto armado y el impacto que tuvo sobre la zona, donde no solo combatieron sino donde también ambos habían crecido. Salieron muchas verdades sobre la confrontación, así como experiencias compartidas de la desmovilización y del proceso judicial. Encontrar esas experiencias compartidas y conocer el dolor del otro creó confianza entre ellos.

En su relación de amistad está claro que no comparten las posiciones políticas por las cuales estuvieron en guerra durante varias décadas. No obstante, hay decisiones conjuntas: en primer lugar, la decisión de que nunca volverán a tomar las armas para defender sus ideas. Además, el propósito de sanar las heridas que la guerra dejó en una región por la que ambos sienten amor.

No obstante, es notoria la ausencia de otros excombatientes en estos espacios: los policías y militares. Particularmente, aquellos que tuvieron responsabilidad en momentos del conflicto armado que causaron grandes impactos, como las alianzas con grupos antisubversivos y ataques contra grupos insurgentes. Su presencia en espacios de reconciliación, específicamente siguiendo

los acercamientos que se lograron en el Acuerdo de La Habana, es clave. Isabela Sanroque nos contó sobre las interacciones entre militares y guerrilleros durante las negociaciones:

Cuando estuve en La Habana yo tuve que encontrarme allí, porque estaba en la subcomisión técnica, al militar que ordenó dos de los operativos que fueron ejecutados en el frente de donde yo era, y ahí murieron muchos de mis amigos, tanto en una acción que hubo en el Meta como en una que hubo en el Sumapaz. Inclusive murió mi compañero. Y tuve que encontrármelo (...). Pues sentarse uno a hablar con ellos, y ya; no a ser amigos. Bueno, vamos a coordinar esto y esto. Podría uno escupirle en la cara y decirle asesino, lo mismo que hacen ellos, o eternamente estar embargado de odio. Pero yo creo que no tiene que ver con el perdón, pero tiene que ver con espíritu de reconciliación y de sanarse uno mismo. Yo creo que de verdad lo que a nosotros nos hace falta es encontrarnos y poder hablar. (Encuentro A Ser Historia. Invitada Isabela Sanroque, 15 de junio de 2019)

La participación de la fuerza pública en estas instancias es clave, al ser el único grupo armado que seguirá siéndolo de forma legítima. Es esencial profundizar en la creación de confianza y las relaciones constructivas, particularmente entre el Estado y quienes fueron sus enemigos y dejaron las armas.

### **Reconciliación entre víctimas de diferentes victimarios**

El reconocimiento del otro y la eliminación de los estigmas sociales que se han ido construyendo en Colombia a lo largo de la historia son elementos esenciales en la reconciliación. Los señalamientos y prejuicios son muy evidentes respecto de grupos como los guerrilleros o de estos frente a la población civil. Sin embargo, también hay otras posibilidades, como vimos en el encuentro con Olga Esperanza Rojas, viuda del sargento José Vicente Rojas,

desaparecido por las FARC-EP. Su caso es un ejemplo de cómo también se presentan choques entre personas que no tuvieron relación directa dentro del conflicto armado, específicamente entre víctimas de diferentes victimarios.

Tanto en Colombia como internacionalmente existen estructuras colectivas, como las asociaciones o los movimientos sociales, que les facilitan a las víctimas crear vínculos de apoyo. Estas estructuras les permiten trabajar en conjunto para manifestarse y presentar exigencias de manera unificada tanto a la ciudadanía como al Estado. Igualmente, encontrar otras personas con vivencias similares que pueden ser un apoyo psicológico para afrontar la realidad o para luchar en pro de metas comunes.

Una de estas agrupaciones es MAFAPO (Organización de las Madres de Víctimas de Falsos Positivos), conformada por familiares de jóvenes que fueron asesinados por el Ejército Nacional de Colombia y presentados ante la ley y la ciudadanía como guerrilleros dados de baja en combate. Por otro lado, la Asociación Colombiana de Víctimas de Desaparición Forzada y Otros Hechos Victimizantes – Organización de Víctimas (Acomides O. V.) es un espacio para la voz de los desaparecidos de la fuerza pública, cuyo representante legal es Emerson Rojas Rojas. Emerson, hijo de José Vicente y Olga Esperanza, acompaña a su madre en los procesos de búsqueda y esclarecimiento de la verdad, así como de construcción de memoria y de tejido social con otros familiares de soldados desaparecidos. Aunque tanto MAFAPO como Acomides O. V. son espacios de interacción entre civiles, que vivieron los tormentos de una guerra que les fue quitando todo y que tienen clavada en su corazón la espina de la ausencia de un ser querido, se han presentado situaciones en las que unos responsabilizan a los otros del hecho victimizante al que fue sometida su familia.

Olga Esperanza lleva 28 años esperando el regreso de José Vicente a casa. Como algunas madres de los mal llamados falsos positivos, aún no entiende qué pasó ni por qué pasó y mucho

menos quién dio la orden del secuestro de su esposo. Las incógnitas y el dolor rodean a estas familias, y aunque esto debería ser motivo para luchar juntas por la verdad, el sentimiento de odio por quien relacionan con su victimario puede cegar a las personas. Cuando le preguntamos a Olga sobre el trabajo con MAFAPO, nos dijo que al comienzo no quería hacerlo, pues ya había sido agredida y tildada de asesina. Según Olga, ella y otras víctimas familiares de militares han debido cargar con la culpa de los crímenes que cometieron algunos miembros de la fuerza pública: dice que a algunas organizaciones les molesta que las víctimas que pertenecen a la fuerza pública estén reclamando derechos. Sin embargo, Olga Esperanza nos contó cómo fue la primera vez que se arriesgaron a trabajar en conjunto. Los primeros días se dividieron y cada grupo trabajaba por su lado; no obstante, «llegó el día en que se nos olvidó quién era quién».

Tenían que hacer una actividad que consistía en pintar con los pies sobre una mesa. Poco a poco se fueron subiendo, y sin darse cuenta estaban ubicadas unas al lado de las otras, intercaladas, una mamá de un soldado y una de un joven víctima de ejecución extrajudicial. Al final, en el momento de la reflexión, Olga dijo: «Trabajando con ustedes sentí como que me sostenían». Una compañera de MAFAPO le respondió: «No, pero si yo sentía que era usted la que me sostenía y no me iba a dejar caer». Para Olga Esperanza, desde el primer momento la situación fue un reto. Cuenta que les dijo: «Yo no quería venir porque ustedes siempre nos insultan, nos tratan mal y yo no entiendo por qué; si yo soy víctima, a mí me desaparecieron a un ser querido y ustedes están en las mismas condiciones».

Fue en ese momento cuando ambos grupos entendieron que tenían que partir de las similitudes y no de las diferencias para poder construir en conjunto. Olga dice: «Nosotras en unidad nos podíamos sostener porque estábamos trabajando en lo mismo y ese fue un aprendizaje maravilloso»; como ese día con la

pintura, era necesario eliminar los estigmas atribuidos a los otros para poder trabajar juntas en la construcción de paz y la lucha por los derechos de las víctimas en Colombia.

Olga Esperanza nos contó sobre otra situación en la que debían hacer un trabajo manual. Ella decidió coser un corazón usando tela de camuflaje. Cuando lo mostró en el espacio de trabajo, naturalmente, produjo un impacto muy negativo en los familiares de los falsos positivos. Olga dice que ese momento parecía una batalla campal: las madres de víctimas de ejecuciones extrajudiciales manifestaban su disgusto por esa tela, y las familiares de los soldados defendían su camuflado. Es increíble pensar cómo un corazón, que simboliza el amor y la vida, podía generar tantas controversias. Ella les dijo: «Yo traje este camuflado para demostrarles que debajo de él hay una familia, sentimientos y un corazón». Para ella, además, fue muy difícil hacer ese trabajo porque es una tela muy dura y se lastimó los dedos. Pero su mensaje era claro: mostrar al humano dentro de ese corazón. Hoy en día los dos grupos se comunican y comparten diferentes escenarios; sin embargo, aún se presentan tensiones y sigue habiendo quienes buscan fomentar el odio entre ellos, o al menos así lo siente Olga Esperanza.

Las relaciones sociales en medio de la guerra suelen romperse y transformarse: aunque ni las esposas ni las madres de los soldados habían hecho daño a las esposas ni a las madres de los jóvenes asesinados por militares, existe una inclinación a trasladarles la responsabilidad, especialmente cuando no se ha identificado un responsable directo por los hechos victimizantes. Igual que cuando se trata de víctimas y victimarios, en palabras de Olga, «es necesario construir paz dejando de lado los pensamientos y comentarios negativos», y reconocer al otro dentro de sus vivencias y su sufrimiento, sin caer en la revictimización. Solamente quienes tejen paz juntos y son capaces de escuchar al otro pueden hilar el fragmentado tejido social y reconstruir las relaciones que la guerra se ha encargado de romper.

### **Reconciliación entre el Estado y las víctimas**

Hay un clamor generalizado de las víctimas, inclusive de quienes lo fueron por causa de grupos insurgentes: corresponde al Estado la defensa de los derechos humanos, en particular de aquellos que están consagrados en la Constitución y en el bloque de constitucionalidad (artículos 2.º y 5.º de la Constitución Política). Además, el Estado tiene que responder también por las víctimas que fueron afectadas por agentes e instituciones estatales. La persistencia durante varias décadas de una guerra interna que deja casi diez millones de víctimas es responsabilidad del Estado.

La precisión de esta responsabilidad por parte del Estado está consagrada en la Ley 975 de 2005, Ley de Justicia y Paz, que en sus artículos 4.º a 8.º establece la definición de víctima y sus derechos a la verdad, la justicia y la reparación. Esta ley reconoce que la condición de víctima se adquiere sin importar si hay o no condena a los responsables y crea un primer programa de reparaciones y la Comisión Nacional de Reincorporación y Reconciliación. Es problemático, no obstante, que en el artículo 5.º dicha ley determina que se reconoce como víctimas solo a quienes hayan sufrido daños o violación de sus derechos fundamentales por grupos armados organizados al margen de la ley. En consecuencia, excluye a quienes hayan sido víctimas de acciones ilegales de la fuerza pública.

Esto se corrigió más adelante en la Ley 1448 de junio de 2011, o Ley de Víctimas y Restitución de Tierras, expedida con una vigencia de diez años. Adicionalmente, esta nueva legislación creó un marco en que las víctimas son el centro en el proceso transicional y el Estado debe indemnizarlas de forma administrativa (con dinero del propio Estado), además de crear la ruta de reparación. Se esperaba llegar a cuatro millones de víctimas durante esos diez años. Actualmente casi diez millones de víctimas han sido reconocidas y la persistencia del conflicto armado ha llevado al incremento continuo de este número. Cerca del fin de

la vigencia de la ley, ha sido necesario abrir la conversación para expandir sus amparos y prorrogarla.

A pesar de los avances, un amplio sector de las víctimas siente que aún no ha tenido reparación más allá de las indemnizaciones que en diferentes ocasiones se han entregado. Estas últimas, por errores de cálculo en el momento del diseño de la ley, también han sido incompletas. Alberto Vidal, integrante de la Mesa Nacional de Víctimas, se refirió a las dificultades de lograr avances en la política pública para las víctimas:

Nuestro primer reto como mesas de víctimas en este momento es: uno, la prórroga de la ley. Que efectivamente la Corte ya nos dio un primer impulso. Sin embargo, nos toca irnos a pelear al Congreso de la República, donde hay muchos enemigos de la ley. Y, dos, que hay que hacerle reformas porque la ley fue pensada en 2011 para cuatro millones de víctimas y hoy somos nueve millones de víctimas reconocidas, que están en el Registro Único de Víctimas. (...). La ley habla de reparación integral y, yo me atrevo a decirlo, que hasta hoy no ha sido ninguna víctima reparada integralmente como lo consagramos en la ley. Ah, sí, y hay que reconocerlo, se han entregado indemnizaciones, se han entregado ayudas humanitarias, se han dado proyectos productivos, se ha dado vivienda. Pero no solamente eso es reparación integral. Uno de los enfoques fuertes de la ley es el derecho a la no repetición. Y vemos que a muchas víctimas las están revictimizando; entonces no se está cumpliendo el tema de la no repetición. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Alberto Vidal, 15 de marzo de 2020)

Esto se hace evidente en casos como el de *Ciro Galindo*: luego de haber sido desplazado dos veces, la primera a Villavicencio y la segunda a Bogotá a raíz del reclutamiento y el asesinato de su hijo *Elkin*, se vio en una larga lucha para conseguir que se reconociera la responsabilidad del Estado. Esta responsabilidad era directa, pues habían sido militares encargados del proceso de



desvinculación y reinserción quienes habían entregado a Elkin al Bloque Centauros:

Por duro que sea, saber la verdad. Yo en estos momentos me siento engañado. ¿Por qué me siento engañado? Porque a mí nunca me han dicho que mi hijo fue reclutado. Y que algún tipo militar lo entregó y que directamente fue reclutado al Bloque Centauros de San Martín. Y a mí me dicen: «No, fue que llegó allá y se presentó y nos dijo que él se quería ir con nosotros». (Encuentro A Ser Historia. Invitado Ciro Galindo, 27 de abril de 2019)

Esto tiene sentido, pues las víctimas reclaman más que una indemnización: buscan también la reparación. Las reparaciones tienen el valor de darles a las víctimas su lugar en la sociedad y reconocer su dolor como legítimo. Para Hayner (2001), «reparación es un término general que abarca todo un abanico de medidas de resarcimiento, entre ellas la restitución, la compensación, la rehabilitación, la satisfacción y garantías de no repetición».

Es casi un consenso entre las víctimas de violaciones de los derechos humanos en el marco del conflicto armado sentir que no han sido correctamente atendidas por el Estado. Las quejas frecuentes incluyen la falta de un tratamiento psicosocial verdadero, la ausencia de políticas públicas diferenciales y la permanencia de la guerra. Para reconciliarse con las víctimas no es suficiente un programa de indemnizaciones, como lo expresaron aquellas que viajaron a La Habana durante las negociaciones. La única forma de cerrar el dolor de las víctimas es cerrar los ciclos de violencia política, como lo muestra el ICTJ en el documental *Anónimas en la guerra, protagonistas en la paz*, de Margarita Martínez Escallón.

Si la reconciliación es un proceso relacional, el Estado tiene una responsabilidad importante con las víctimas: garantizar la no repetición. Solo si las víctimas sienten que el Estado, no solo un gobierno o una entidad en particular, está trabajando

decididamente para que se acabe la guerra, se podrá restablecer la confianza y, por lo tanto, será posible la reconciliación.

### **Reconciliación entre el Estado y el campo**

El centro del conflicto armado está en el campo. Tiene que ver con la inequidad en la distribución de la tierra, el aplazamiento de una reforma agraria y la desconfianza del Estado hacia las comunidades campesinas. Precisamente por esta desconfianza los movimientos campesinos fueron en un momento denominados «repúblicas independientes» por el entonces senador Álvaro Gómez Hurtado; esta prevención también determinó el bombardeo a Marquetalia y la creación de autodefensas campesinas que se convertirían posteriormente en las FARC-EP. Lejos de reducirse, este ciclo de desconfianza se acrecentó durante la guerra.

Una expresión de esta actitud se manifiesta en las tensiones entre la comunidad de Lozada-Guayabero de San Vicente del Caguán y la fuerza pública a raíz de la sustitución de cultivos. Estas tensiones han incluido el asesinato de un líder de la organización, Erley Monroy en 2016, así como otras amenazas a la seguridad de esta comunidad. Con el interés de cerrar esta brecha de oportunidades entre el campo y la ciudad, así como de definir el tema de la posesión de la tierra, Erley Monroy dijo, antes de ser asesinado por grupos paramilitares:

Los que más hemos sufrido la guerra somos nosotros los campesinos. Nosotros los del pueblo excluido. Los grandes de la oligarquía que quieren la guerra nunca han sentido la guerra en carne propia. A él no le duele, pero nosotros sí somos quienes ponemos nuestros hijos para que paguen servicio y para que se vayan a la guerrilla. Y eso no lo queremos más, queremos que eso termine. (IAP, 2 de diciembre de 2016)

No obstante, la evidente falta de compromiso estatal con este tema se confirma en el cuarto informe del Instituto Kroc publicado

en junio de 2020 sobre la implementación del Acuerdo Final entre diciembre de 2018 y noviembre de 2019, donde menciona que los puntos sobre la reforma rural y las drogas ilícitas son los que muestran menos avances, con tan solo una implementación del 4 y el 8 %, respectivamente.

Una de las consecuencias de este abandono ha sido la entrada de los cultivos de uso ilícito a la economía campesina. Las comunidades campesinas recurrieron a estos tras el abandono estatal que no ha creado las condiciones, tales como vías, seguridad y acceso a mercados para poder cultivar productos lícitamente y de forma rentable. Sin embargo, la salida de acudir a los cultivos de uso ilícito, lejos de solucionar las causas estructurales, resultó en la criminalización de los campesinos que buscaban sobrevivir. La misma lucha de los campesinos de San Vicente del Caguán mencionados anteriormente, por defender la erradicación voluntaria y la sustitución, es la que se vive en el norte del Cauca. A este respecto, Héctor Marino Carabalí nos dijo:

Los cultivadores de hoja de coca, marihuana y amapola hemos constituido, creado, elaborado, tenemos una propuesta frente a la salida a los cultivos de uso ilícito del país. Solo que este gobierno no lo tiene en cuenta y hoy ha renunciado a esas apuestas. Y lo que está tratando de incorporar en este momento es la fumigación aérea y la aspersión aérea. Pero ya la erradicación forzada hace rato empezó este Gobierno a implementarla. Y lo que están haciendo es asesinar a través de la erradicación forzada a los campesinos y campesinas en el país. Esa no es la solución. (Encuentro A Ser Historia. Invitado Héctor Marino Carabalí, 30 de mayo de 2020)

La reconciliación con el campo tiene otro componente de fondo, que tiene que ver con reconocer las comunidades indígenas y afro. Estas comunidades han vivido la violencia desde mucho antes del comienzo de lo que consideramos como el conflicto armado. Para los pueblos indígenas, la violencia comenzó con la

llegada de los españoles, que trajo despojo y hacinamiento; para las comunidades afro llegó con la esclavitud, que implicó el secuestro y la trata masiva de personas. Aunque el desplazamiento forzado las ha llevado a las ciudades, aún hoy su proyecto de vida es profundamente rural. La violencia contra el campo, tanto directa como estructural, es algo anterior al conflicto de los últimos sesenta años. Y solo si se comprende esta realidad se pueden lograr soluciones de fondo.

Dado que la guerra se vivió de forma tan intensa y permanente en el campo y sus causas están estrechamente vinculadas a lo rural, el Estado tiene que hacer las paces con el campo. Esto implica entender integralmente la forma de vivir de las comunidades campesinas, así como la de los pueblos indígenas y afros, y adaptar el desarrollo a sus proyectos de vida. Es decir, solucionar sus problemas de fondo sin criminalizar ni estigmatizar a estas poblaciones.

### **Reconciliación entre la sociedad y las víctimas**

Cuando se habla de la responsabilidad de las comunidades urbanas en el conflicto, es recurrente el comentario de que apagaban el televisor o cambiaban el canal cuando aparecían noticias de las masacres. Esta actitud condujo al negacionismo sobre la existencia del conflicto armado y, por consiguiente, la negación de la existencia de las víctimas. Así, para legitimar la violencia que se había naturalizado, se puso en la discusión pública la veracidad de sus relatos.

Siendo director de la Unidad de Víctimas, el exgobernador Alan Jara contó en una conferencia una experiencia suya con el general Luis Mendieta cuando estaban secuestrados en la selva. Escuchaban por radio el debate en un programa de opinión acerca de si existía o no un conflicto armado. Entonces se volteó el general Mendieta y le dijo a Jara: «Si no hay conflicto armado, que alguien les diga a estos muchachos y nos vamos todos».

Varias veces hemos oído al padre Francisco de Roux, al referirse a la masacre de Barrancabermeja que vivió en 1998 siendo párroco allí, decir:

Los que vivimos esas cosas, si alguna cosa vivimos de una manera muy dolorosa fue la inmensa soledad en la que nos dejaron los colombianos. Los colombianos veían esto por la televisión; se publicaban por los periódicos las noticias. Pero los que estábamos viviendo las cosas estábamos totalmente abandonados por el país. Nadie que llegara ese día a decirnos: «Estamos con ustedes, ustedes son colombianos, el dolor de ustedes es el dolor nuestro». (*El Tiempo*, 15 de mayo de 2018)

Y es seguro que no se refiere solo al presidente de turno, sino a Colombia como nación. Esta soledad muestra que las comunidades urbanas habían normalizado la violencia en el campo.

Una de las grandes luchas de las víctimas es probarle a la sociedad que lo que vivieron es real. De esto habla también Ciro Galindo cuando dice, en relación con esta incredulidad: «No me estoy inventando lo que digo».

Un caso que pone en evidencia la responsabilidad que además del Estado tiene la sociedad, y en particular la población urbana, es el de Bertha Frías, quien nos contó cómo ha sido rechazada en el Club El Nogal en razón de su trabajo por la reconciliación. Inclusive han llegado a decir que tiene «síndrome de Estocolmo».

Bertha ha recibido fuertes críticas por su demanda contra el Estado, así como le ocurrió a Ingrid Betancourt, que se vio obligada a retirar la suya en 2010. «Yo no quiero demandar al Estado colombiano, quiero que se me dé la oportunidad de relatar los hechos para que lo que me sucedió a mí no vuelva a suceder», dijo luego de que el vicepresidente Francisco Santos la calificara como «premio mundial a la codicia, ingratitud y desfachatez». Esto muestra la lucha aún pendiente de las víctimas por

el reconocimiento por la sociedad de lo que pasó, como una responsabilidad compartida, que no es solo de los actores armados. Y, sobre todo, para que no se responsabilice a las víctimas.

La cultura de la desconfianza, propia de las guerras civiles, aún está profundamente arraigada. Sigue habiendo una negación del conflicto promovida incluso por entidades estatales. Solo si la sociedad colombiana entiende que el conflicto sí existió, que las víctimas son reales y que lo que cuentan es cierto, podremos transitar juntos hacia el final definitivo de la guerra, en medio de la diversidad.

### **Conclusión: una deuda pendiente**

Aunque Colombia ha avanzado en el proceso de reconciliación en varios frentes, como los encuentros de excombatientes y víctimas o excombatientes entre sí, propiciados con frecuencias por la justicia transicional y la sociedad civil, estos encuentros no son suficientes para poder restablecer las relaciones sociales luego de la guerra.

Es necesario que la sociedad colombiana en su conjunto empaticé con quienes vivieron la guerra. Solo con el apoyo de la sociedad en su conjunto es posible lograr los cambios necesarios para restablecer de fondo las relaciones de los y las colombianas con un país que busca construir un futuro lejos de la guerra.

### **Referencias**

Action Pearce Org (IAP). (2 de diciembre de 2016). «Nunca vi la paz». Erley Monroy, campesino asesinado por paramilitares». [Video]. Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=KvtoEYEEFmI>>.

Comisión para la Verdad y la Reconciliación. (1995). *Reporte Final*. Comisión de la Verdad. (15 de noviembre de 2015). «Firma del “Compromiso con la Vida, la Paz y la Reconciliación”».

- Recuperado de <<https://comisiondelaverdad.co/actualidad/noticias/firma-del-compromiso-con-la-vida-la-paz-y-la-reconciliacion>>.
- El Tiempo. (15 de mayo de 2018). «A tres voces: la masacre del 16 de mayo de 1998 en Barrancabermeja». *El Tiempo*. [Video]. Recuperado de <[https://www.youtube.com/watch?v=-IyGQ8UG\\_-Q](https://www.youtube.com/watch?v=-IyGQ8UG_-Q)>
- Frías, B. L. (6 de junio de 2019). *Fui mi propio laboratorio. Pasé de la guerra a la paz*. [Videoconferencia]. Instituto de Estudios Políticos y Relacionales Internacionales. Recuperado de <<http://iepri.unal.edu.co/1/post/fui-mi-propio-laboratorio/>>.
- Gaviria, T. (14 de mayo de 2020). «¿Qué hacemos con la crisis de líderes sociales?». Invitados: Francisco de Roux, Teresa Gaviria y César López. Javeriana Cali. [Transmisión virtual].
- García, M. (2018). La reconciliación: reto ético y político en el contexto colombiano. *Controversia*, 211, 17-58.
- Hayner, P. (2001). *Verdades innombrables*. Bogotá, D. C.: Fondo de Cultura Económica.
- Henao, L. (2017). Análisis sociológico del perdón: discursos dominantes y alternativos. *Controversia*, 209, 111-168.
- Jurisdicción Especial para la Paz (JEP). (7 de febrero de 2020). «Rueda de prensa. Entrega de informe de un grupo de víctimas del atentado a El Nogal. JEP». Recuperado de <<https://www.youtube.com/watch?v=G0Pb8AZtC00>>.
- Lederach, J. P. (1997). «Building Peace: Sustainable Reconciliation». *Divided Societies*. United States Institute of Peace Press.
- Marín Hinestroza, I., Triana Osorio, L. A., Martínez Saldarriaga, M. G. & Alzate Berrío, S. M. (2016). Perdón, convivencia y reconciliación en el proceso de paz, desde una mirada psicológica. *Poiésis*, 31, 245-256.

- Meza Dávalos, E. G., García, S., Torres Gómez, A., Castillo, L., Sauri Suárez, S. & Martínez Silva, B. (2008). El proceso del duelo. Un mecanismo humano para el manejo de las pérdidas emocionales. *Revista de Especialidades Médico-Quirúrgicas*, 13(1), 28-31. ISSN: 1665-7330. Recuperado de <<https://www.redalyc.org/articulo.oa?id=473/47316103007>>.
- Saffon, M. P. & Uprimny, R. (4 de julio de 2005). *Hacia una concepción democrática de la reconciliación*. Dejusticia. Recuperado de <<https://www.dejusticia.org/hacia-una-concepcion-democratica-de-la-reconciliacion/>>.





## Acciones urgentes

TRAS LOS ENCUENTROS LLEVADOS a cabo en marco del proyecto A Ser Historia y la redacción del presente reporte, consideramos que hay cambios estructurales necesarios que deben desarrollar el Estado, la sociedad colombiana, los grupos armados y la comunidad internacional. Estas son nuestras recomendaciones:

Al Estado:

- Se debe agilizar la investigación de los asesinatos de líderes sociales, defensores de derechos humanos y excombatientes. Las investigaciones deben no solo conducir a castigar a los responsables, sino dar a las autoridades la información necesaria para detener el exterminio y garantizar la no repetición.
- Es deber del Estado rechazar toda violencia, sobre todo aquella que ocurre contra jóvenes inocentes. No debe el Estado caer en lógicas revictimizantes de estigmatizar y justificar asesinatos, ni de utilizar eufemismos ante la barbarie.
- El Gobierno nacional debe insistir en la solución negociada al conflicto armado. La historia muestra la evidencia de que las soluciones militares tienen un costo social más alto del que está dispuesto a pagar la sociedad. Solo negociando con el ELN y sometiendo a la justicia a las disidencias y grupos paramilitares se lograrán la paz territorial y la seguridad en el campo.
- El apoyo del Gobierno nacional al Sistema Integral de Verdad, Justicia, Reparación y No Repetición, SIVJRNR, debe ser público e irrestricto. Seguir atacando las instituciones del Sistema pone en riesgo los derechos de las víctimas.

- El SIVJRNR, en particular la Comisión de la Verdad, debe seguir propiciando espacios de reconciliación y reconocimiento público de la verdad. Especialmente, en los espacios de reconocimiento de verdad deben tener presencia tanto perpetradores como víctimas. Esto crea imágenes importantes para la cultura pública de la nación.
- El Acuerdo Final para la Terminación del Conflicto y la Construcción de una Paz Estable y Duradera debe ser implementado en su totalidad. Cada uno de los gobiernos debe comprometerse a lo que le corresponde, sin aplazar aquello que es urgente. El Estado, además, debe retomar los compromisos pendientes de procesos anteriores y cumplirlos, así sea de forma extemporánea.
- El Congreso debe retomar el proyecto de acto legislativo para las Circunscripciones Territoriales Especiales de Paz, cuya creación se pactó en el punto 2 del Acuerdo. Solo así se puede dar a las víctimas el lugar que merecen en la política nacional.
- La reparación integral de las víctimas debe trascender la indemnización sin excluirla. La política de reparación a las víctimas debe incluir la verdad, la justicia y la no repetición, además de facilitar espacios de reconciliación y de reconocimiento dentro de la sociedad colombiana.
- La reparación debe ser realmente diferencial: pensada para las mujeres, los diferentes pueblos indígenas, las comunidades afrodescendientes y las personas que viven desplazadas o en el exilio, entre otras. La reparación integral en esos casos implica soluciones a las situaciones de victimización diferencial.
- No es suficiente el final de la violencia directa: el Estado debe luchar por solucionar los problemas causantes de la violencia. Esto implica transformaciones duraderas a los problemas del campo. En particular el desarrollo rural y su vínculo con el problema de las drogas ilícitas.

A los grupos armados:

- La sociedad colombiana exige ver actos de paz. Estos implican el final inmediato de las acciones contra la población civil y las violaciones de los derechos humanos y del Derecho Internacional Humanitario, como los secuestros y las masacres.
- La paz es solo posible con el respeto a la vida de los líderes y lideresas sociales. Insistir en su asesinato impide la posibilidad de paz y desarrollo para Colombia.
- La voluntad de paz también implica la posibilidad de dialogar, negociar y hacer acuerdos. Para esto se requiere generosidad y autocrítica, con la intención de superar la confrontación armada, lograr las transformaciones estructurales necesarias y garantizar los derechos de las víctimas.
- Contamos con su compromiso para acudir a la justicia transicional y restaurativa, comprometerse con la verdad, la justicia, la reparación y la no repetición luego de su desmovilización.
- Contamos también con su compromiso con la reconciliación. Solo con el compromiso de los excombatientes con estos espacios se pueden lograr posibilidades de encuentro para la paz.

A la comunidad internacional:

- Agradecemos su apoyo incondicional al Acuerdo Final de Paz entre el Estado colombiano y la guerrilla de las FARC-EP, así como su participación en otros procesos de paz. Les pedimos que, a pesar de las dificultades que vivimos en Colombia, sigan insistiendo en apoyar los procesos de paz. Hay una generación trabajando para hacer la paz posible.

A la sociedad colombiana:

- Es necesario que la sociedad colombiana escuche a las víctimas de todos los lados sin cuestionar sus historias,

y entendiendo el sacrificio que ha implicado para ellas la resistencia que han emprendido.

- Es necesario abrir espacios para la reconciliación con ex-combatientes de los diferentes grupos. Debemos apoyar sus proyectos productivos, su reintegración a la vida laboral y social, escuchar sus historias y trabajar mano a mano para garantizar la no repetición. Así mismo, es importante tender puentes con los militares retirados y sus familias, en su proceso de reincorporación a la sociedad.
- La comprensión del conflicto debe trascender el análisis racional de ideologías y estrategias utilizadas por los diferentes actores. Solo entendiendo los miedos y odios creados pueden estos ser transformados en amores y esperanzas.
- La educación debe repensar la forma de enseñar lo que ha pasado en Colombia. No puede seguir perpetuando la sobresimplificación de la guerra entre buenos y malos, justos e injustos. Se debe enseñar la guerra en su complejidad y siempre con interés de garantizar la no repetición. Para esto, creemos que las artes son un medio esencial.
- La sociedad colombiana nunca puede volver a caer en la justificación de la muerte violenta. Para superar la violencia, hay que superar también la estigmatización de las personas y la normalización del asesinato, la desaparición, el secuestro y las violaciones, entre otros hechos gravísimos que se han presentado en Colombia.
- La paz no solo implica el final de la violencia directa. Trabajar por la paz también significa trabajar por la justicia social y ambiental, así como por el fin del machismo, el clasismo, el racismo, la homofobia y la transfobia, entre otras injusticias.
- La sociedad civil debe ser parte del proceso de reconciliación. Debemos insistir en los encuentros y diálogos improbables para vernos como seres humanos de nuevo.
- Se debe rechazar la muerte en todos sus contextos, jamás justificando el final violento de la vida.

## Manifiesto generacional

LA GENERACIÓN *CENTENNIAL* en Colombia recibió un país desangrado. Crecimos viendo en la televisión los secuestros a políticos y militares, así como las noticias de ejecuciones extrajudiciales contra tantos jóvenes. Vimos también a madres movilizadas para que sus hijos volvieran a casa, de un lado y otro del conflicto. Nacimos y hemos crecido a la par con las grandes tomas y masacres. Nuestra infancia estuvo cruzada permanentemente por la guerra.

Pero también somos una generación llena de esperanza. Somos la generación que pasó a ser adulta con el proceso de paz entre el Estado y las FARC-EP. Nuestras memorias de la adolescencia siempre estarán cruzadas por los momentos en que por primera vez vimos delegados de las FARC-EP y del gobierno Santos en La Habana, hablando sobre los problemas del país; por los encuentros entre antiguos enemigos y la presencia de los antiguos insurgentes en el Congreso.

Aún creemos en ese país posible que prometen la Constitución de 1991 y el Acuerdo Final de La Habana, entendiendo que lograrlo requerirá un trabajo profundo. Hemos aprendido a reconocer y respetar las diferentes luchas sociales como identidades étnicas en nuestro país, y si bien las diferentes perspectivas pueden representar conflictos, creemos en la transformación pacífica de estos y condenamos la violencia en la resolución de conflictos.

Creemos en la justicia. Pero más allá de la venganza institucionalizada, queremos una justicia restaurativa que garantice la verdad y la reparación. Que nos permita cerrar los ciclos de violencia. Que también incluya la justicia ambiental y social. Una justicia que realmente nos trate como iguales y nos permita sentirnos como tales en la sociedad.

Entendemos que la paz es más profunda que el final de la violencia directa. Hay violencias culturales y estructurales que aún nos persiguen como sociedad. Como juventud, rechazamos la estigmatización contra nosotras y nosotros, contras nuestras causas. Creemos que querer un país más justo no es ser vándalo o subversivo.

Seguimos dedicados a conocer el pasado. Entendemos que en el estudio de la historia está la clave para construir un país diferente al que nos entregan. Estamos convencidos de que una historia que incluya a quienes siempre han estado excluidos, que tenga en cuenta sus historias, es la única forma de crear una visión compartida de país.

Nos nutrimos de las diferencias. Rechazamos cualquier intento de aniquilarlas. Estamos convencidos de que solo por medio del diálogo podemos entendernos desde la humanidad del otro, y así buscar soluciones a los problemas que compartimos. Estamos comprometidos a compartir el territorio entendiendo la diversidad como nuestra gran herramienta para el cambio, y no como un obstáculo.

Trabajaremos con generosidad y autocrítica para entregar a nuestras hijas e hijos un país en paz. Donde el respeto por los derechos humanos sea la normalidad y nadie viva las violaciones que se vivieron durante el siglo XX y que se siguen viviendo en el XXI. Un país donde nadie perderá su vida por lo que piensa o por las luchas que emprenda.

Tenemos un compromiso que va más allá de nuestra juventud, que nos ata una vida entera a buscar la paz. Un compromiso que solo prescribe al lograr aquel objetivo y que nos obliga a entregar un país mejor que el que recibimos. Este compromiso no abarca solo la lucha política por la paz, sino la transformación personal que esta requiere, desde la honestidad y la solidaridad.

Pero, por eso mismo, exigimos que el país que se nos entregue sea mejor al que recibimos. Que el Estado le apueste a la paz inequívocamente, y en eso nos tendrá de aliadas y aliados.

Que los grupos armados depongan las armas y se integren a la sociedad, y en eso nos tendrán de aliadas y aliados. Que la sociedad colombiana dé el primer paso a la reconciliación, y en eso nos tendrá de aliadas y aliados.

Estamos comprometidos, para siempre, en construir la paz para Colombia.



Este libro se terminó de imprimir en  
los talleres gráficos de Imageprinting Ltda.,  
a comienzos de junio de 2021,  
Bogotá, D. C., Colombia.